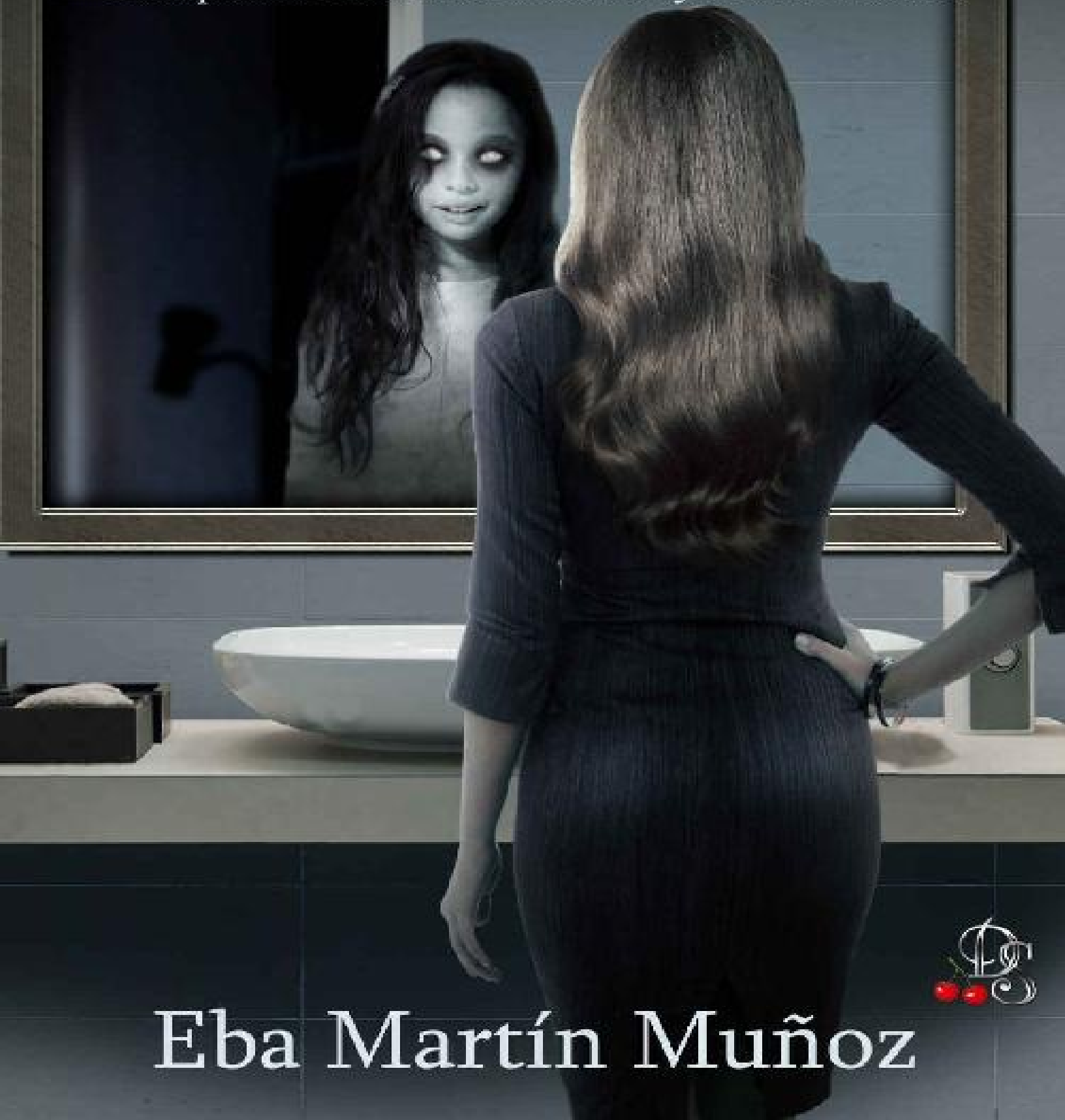


ÁNGELA

La esperada continuación de *Los ojos de la muerte*



Eba Martín Muñoz



Ángela

Por

Eba Martín Muñoz

Título original: *Ángela*
1ª edición: enero de 2018
Este libro se imprimió en Amazon KDP
En enero de 2018

© Eba Martín Muñoz, 2018
© Dolce Selection

Maquetación, edición y corrección: Eba Martín Muñoz
Diseño de portada: Juan Manuel Martín (equipo Serves)

ISBN-13: 978- 1976239106
ISBN-10: 1976239109

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.



Ángela

Por

Eba Martín Muñoz

Dedicatorias

A Una, por enseñarme
que de verdad te amaba,
y tú a mí. Te extrañamos.

A Leo, por dárme todo.
Por hacerlo cada día.

Y a ti, que jamás sabrás cuánto de mí te llevaste.

Agradecimientos

A todos los que habéis creído en mí, seguido, apoyado, leído y recomendado; a todos los que lo que lo seguís haciendo, incluso en la distancia, incluso sin conocernos, incluso desde el anonimato. A ti, lector, por escogerme y ayudarme a cumplir mi sueño. Por leerme y no piratearme, por defender la cultura y el arte.

A mis queridos *testers* y a mi editora, por creer en mí.

A esos maravillosos profesionales que me han ayudado en este camino, como **Pedro Araque**, **Dolors López**, y **Susana Escarabajal**; a los bloggers que me apoyan, leen y reseñan: mil gracias.

Y un agradecimiento especial a **Loreto Navarro**, un ser excepcional que se ha dejado la piel conmigo para tratar de que toque las estrellas con la mano. Te quiero, amiga.

Índice

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[No entres dócilmente en esa noche quieta](#)

[Así concluyó](#)

[Los ojos de la muerte...](#)

[PARTE 1:](#)

[EL MUNDO EXTERIOR](#)

[La salida](#)

[Diario de David \(I\)](#)

[En la cueva](#)

[Un diario para ella](#)

[Diario de David \(II\)](#)

[Carta para ti, ama:](#)

[Lo que fue mi vida sin ti](#)

[La gran noche](#)

[Fragmentos de diarios](#)

[PARTE 2:](#)

[EL MATRIMONIO](#)

[El día del enlace](#)

[Diario de David \(I\)](#)

[Diario de Ángela](#)

[Sonia y Ángela se ven las caras](#)

[Fragmentos de diarios \(I\)](#)

[Fragmentos de diarios \(II\)](#)

[Diario de David \(II\)](#)

[El cumpleaños de Ángela](#)

[Visitando a Natalia](#)

[PARTE 3:](#)

[COMIENZA LA](#)

[INVESTIGACIÓN](#)

[Diario de David](#)

[Natalia](#)

[Reunión de tres](#)

[Fragmentos de diarios](#)

[El nacimiento de Morana](#)

[PARTE 4:](#)

[EL DESENLACE](#)

[Un regalo para Morana](#)

[Fragmentos de diarios \(I\)](#)

[Marta](#)

[Diario de David \(I\)](#)

[Fragmentos de diarios \(II\)](#)

[Diario de David \(II\)](#)

[El enfrentamiento](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Qué alegría vivir
sintiéndose vivido.
Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.
Pedro Salinas, *La voz a ti debida*

¿No es verdad que destruyo a mis enemigos si los convierto en mis
amigos? **G.R.R. Martin**,
Carne compartida

Hay corazones que siguen latiendo cuando los destrozan; otros que
dejan de funcionar.
Baby doll, **H. Overton**

LA MEDIDA DE MI MADRE
No sé si lo he dicho:
mi madre es pequeña
y tiene que ponerse de puntillas
para besarme.
Hace años yo me empinaba,
supongo, para robarle un beso.
Nos hemos pasado la vida
estirándonos y agachándonos
para buscar la medida exacta
donde podemos querernos.
Begoña Abad

Prólogo

Como sabéis ya, escribí la novela *Los ojos de la muerte* basándome en un relato que creé siendo una niña. Mi objetivo inicial era el de componer una novela corta (de unas cincuenta o sesenta mil palabras de extensión, al igual que *La condesa muerta*), pero la historia comenzó a exigir más complejidad, profundidad y elaboración, de modo que se transformó en un proyecto con el doble del contenido esperado (ciento un mil palabras exactamente).

La terminé muy pero que muy satisfecha, pues la había comenzado siendo un «¿por qué no?», luego se convirtió en mi obra dedicada a Una y, después, en el escondite en el que me refugié durante todo el proceso de su partida (operación, falsa recuperación, golpe de realidad) hasta que, finalmente, ella murió; y estoy convencida de que terminar de escribirla me sostuvo para que no me deshiciera del todo.

Creo que ha sido la novela más especial para mí hasta la fecha, la que me ha hecho derramar más lágrimas en mi vida, tanto de felicidad como de sufrimiento. Cuando la terminé, sentí que ella, mi Una, se había ido del todo hasta que ese mismo día escuché sus patitas caminando por la cocina. Una locura, ¿verdad?

También me ha hecho llorar de orgullo y alegría al ver la acogida que ha tenido en el público. Ha sido muy importante para mí y prefiero quedarme con eso, con lo bonito, y al resto... «dientes, dientes...», como dijo una «filósofa de la copla» en su día.

A su vez, los lectores me empezaron a escribir con un sinfín de preguntas, comentarios y sugerencias. Muchos de ellos demandaban una segunda parte. Algunos querían una precuela que hablara de los orígenes de la maldición y de Ángela, y venían con teorías alucinantes sobre ella y su naturaleza. Otros querían disfrutar de una continuación de la historia. Así, se hizo indiscutible que la mayoría deseabais más páginas de Ángela y, de ese modo, surgió este nuevo libro que tenéis hoy entre vuestras manos.

Partiendo de que no me interesaba demasiado escribir una precuela

(considero que en la anterior novela queda bastante claro que la familia está ligada a Ángela y a esa maldición desde siempre -sea locura o realidad- como un legado tan antiguo como los genes, y el porqué no es relevante para mí), y de que yo ya había dado por concluida la novela con un final redondo y atado (con estructura circular) en el que se daba a entender que David moría también a manos de la Muerte, jamás pensé en escribir una segunda parte.

No obstante, y aquí es donde hacen su magia la unión de la literatura y unos buenos lectores, empecé a preguntarme (por vuestra culpita) qué pasaría si David no muriese inmediatamente al abandonar el orfanato. Y esta nueva novela es el producto de aquella dichosa pregunta. Espero que la disfrutéis...

No entres dócilmente en esa noche quieta

No entres dócilmente en esa noche quieta.
La vejez debería delirar y arder cuando se cierra el día;
Rabia, rabia, contra la agonía de la luz.

Aunque los sabios al morir entiendan que la tiniebla es justa,
porque sus palabras no ensartaron relámpagos
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los buenos, que tras la última inquietud lloran por ese brillo
con que sus actos frágiles pudieron danzar en una bahía verde
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Los locos que atraparon y cantaron al sol en su carrera
y aprenden, ya muy tarde, que llenaron de pena su camino
no entran dócilmente en esa noche quieta.

Los solemnes, cercanos a la muerte, que ven con mirada deslumbrante
cuánto los ojos ciegos pudieron alegrarse y arder como meteoros
rabian, rabian contra la agonía de la luz.

Y tú mi padre, allí, en tu triste apogeo
maldice, bendice, que yo ahora imploro con la vehemencia de tus lágrimas.
No entres dócilmente en esa noche quieta.
Rabia, rabia contra la agonía de la luz.

De mi adorado **Dylan Thomas**.

Así concluyó

Los ojos de la muerte...

Martes 14 de febrero, 2017

—¿David? —preguntó la madre Mercedes al joven que dibujaba concentrado sobre una mesa de dibujo.

—¿Sí, madre? —se volvió el muchacho esbozando una sonrisa radiante.

—¿Lo tienes todo recogido? —preguntó la religiosa acercándose cariñosamente hacia él.

—Sí, madre —repitió alzándose de la silla—. Pero me aterroriza y entristece dejarnos y salir ahí fuera. He estado tanto tiempo aquí... —se sinceró el muchacho de ojos y corazón claros.

—¡Como me hagas llorar, te voy a castigar rezando tres veces al día el Rosario, verás! —bromeó la religiosa mientras ocultaba la prueba delatora en forma de lágrimas que se habían comenzado a dibujar bajo sus ojos—. Nosotras también te vamos a echar de menos, nuestro pintor angelical, pero ya has cumplido los dieciocho... Y, mírate, estás hecho todo un hombre, un buen hombre, David. Estamos muy orgullosas de ti.

Los dos se dieron un sentido abrazo y ninguno ocultó las lágrimas en esa ocasión. Su pequeño David, que había llegado a ellas el día en que cumplía los cinco añitos, se les iba ahora, trece años después. No era justo.

La madre Mercedes carraspeó emocionada y volvió a sonreír.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó suspicaz el muchacho.

—Tengo una sorpresa para ti —le anunció ella—. Bueno, en realidad, la sorpresa ha sido para todas nosotras. No esperábamos este milagro...

—¿De qué hablas? —preguntó él, muerto de la curiosidad.

—Ahora lo verás. Deja tu equipaje aquí y sígueme —dijo ella, encantada de poder mantener la expectación.

El muchacho la siguió a través de los corredores del centro de acogida para niños sin hogar. La madre Mercedes se detuvo frente a la puerta de su despacho y le regaló otra sonrisa antes de entrar.

—Adelante... —le invitó ella franqueándole la puerta.

David se adentró en el despacho, donde una atractiva mujer de cabellos largos y castaños deambulaba a uno y otro lado de la habitación. Ésta detuvo su caminar impaciente en cuanto notó su presencia y clavó sus enormes ojos verdes en el azul de él. Sus labios se curvaron exageradamente y David quedó prendado de aquella belleza que bien podría llevarle una década.

—¿Quién es? —preguntó confuso, buscando la mirada de su mentora para escapar de ese estado de hipnosis en el que le sumía la desconocida.

—Es tu abogada —dijo la monja mostrando las encías de tanto sonreír.

Él le dirigió una mirada interrogante pero la mujer se adelantó hacia ellos y tomó la iniciativa:

—Soy la señorita Peralta, tu abogada, Ángela Peralta. Vengo a hacerte entrega de tu herencia familiar, una casa ubicada en Santurce, con terreno y preparada para una pequeña granja.

—¿Una casa... mía? ¿Y no se trata del piso de Lejona de mi madre? —preguntó con desconcierto.

—Me temo que esa propiedad no nos consta ahora mismo... Firma aquí y, ahora, cuando salgamos, te ayudo a instalarte en la casa y te lo explico todo con más detalle, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —titubeó el chico.

La madre Mercedes asintió con la cabeza para animarlo y el chico estampó su firma en los documentos ignorando que acababa de venderle su alma al diablo. O a la Muerte...

No muy lejos de ahí, en un sanatorio mental, una mujer de ojos verzuados profirió un alarido espantoso que recorrió todo el sanatorio hasta alterar a todos sus habitantes, enfermos y enfermeros.

—¡Mi nieto, no! ¡Mi nieto, no, Ángelaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Él nooooooooooooo!

PARTE 1:
EL MUNDO EXTERIOR

La salida

Martes 14 de febrero, 2017

—¿Preparado, David? —inquirió la joven abogada de curvas en las que podría perder fácilmente la vida, incluyendo la curvatura de esos labios diabólicos que le atraían y repelían al mismo tiempo.

El joven asintió, esbozó una sonrisa incómoda y corrió a cubrirse con el equipaje su inoportuna erección, con la que sus hormonas adolescentes recién despertadas saludaban al mundo. Mercedes, la madre superiora, lo contempló a través de las lágrimas y le dio un último abrazo titubeante en el que anidaban sus dolores y sentimientos. Quería confesarle al chico de los ojos azules que lo había amado como a un hijo propio a pesar de un útero sin uso y de ser sierva de Dios. Él calmó sus heridas con un beso de cariño sincero en la mejilla.

—Os vendré a visitar con frecuencia, lo prometo —susurró al aire antes de separarse para siempre de ella e ignorando que jamás cumpliría aquella promesa.

—Te echaremos de menos —acertó a pronunciar la religiosa con la voz rota.

—Yo más. Te quiero, madre Mercedes —contestó el chico con la misma emoción quebrada.

—Y yo... —dijo ésta con cariño mientras lo animaba con la mano a salir del despacho y a terminar con esa dolorosa despedida que le picoteaba el corazón como un pájaro hambriento—. Te quiero, mi niño. Venga, ¡vete! El mundo te está aguardando. Vas a ser un gran hombre, David, y harás grandes cosas...

El muchacho quiso responder pero, en ese momento y como en una coreografía estudiada de antemano, la religiosa volvió el rostro turbado hacia el lado opuesto hasta darle la espalda y la mujer embutida en esa falda de tubo imposible abrió la puerta con decisión.

—Vamos, David. Tu nueva vida te espera... —aseguró la abogada.

David sintió aquella voz como una caricia prometedora y supo que la seguiría como un corderito feliz a cualquier parte del mundo que ella deseara, el matadero incluido...

—¿Y bien? ¿Te gusta? —preguntó la abogada con una sonrisa en los labios.

David tragó saliva y sorpresa, y volvió a dar una vuelta sobre sí mismo para observar el entorno.

—¿Que si me gusta dices? ¡Estoy alucinando! —exclamó el muchacho con la boca abierta sin dejar de mirar el corral, repleto de animales que parecían recién adquiridos y colocados ahí como parte del *atrezzo* de una película que estuvieran rodando en exclusiva para él—. ¿De verdad todo esto es mío? ¿Esta casa, el terreno con la huerta y la granja?

—Todo... y una buena cuenta bancaria también. ¿Pero no quieres que entremos a la casa y te lo explico? Entiendo que es demasiada información nueva para procesar... —intervino la mujer mientras cerraba su delicada mano de pianista sobre la muñeca del otro.

El chico respingó hacia atrás, sobresaltado al sentir, por un instante, como si lo hubiera apresado una garra fría y metálica. Confuso, cabeceó y se rio nerviosamente para ocultar su azoramiento. Ángela se apercibió de ello y la sonrisa se le derramó por su piel clara hasta tornarse inquietantemente ostentosa. Sin embargo, sus ojos verdes no sonreían. Lo devoraban clavándose en él. Su miembro dormido tornó a desperezarse en un bostezo impúdico.

—¿Soy rico? —preguntó tratando de liberarse de esa extraña sensación de peligro y deseo que le rondaba.

Los ojos de Ángela rieron por fin, adquiriendo de nuevo humanidad aparente.

—Se podría asegurar que vas a vivir muy bien durante toda tu vida con lo que tienes en el banco si usas la cabeza y no despilfarras. Pero, por lo que yo sé, estoy convencida de que no lo harás. Ven, vayamos adentro, que te muestro la casa...

El chico se dejó guiar por la mano tenaza de la mujer y, conteniendo a

duras penas el aliento, se adentraron en la casa que ocultaba secretos y muertes en cada uno de sus rincones. Un escalofrío le atravesó la médula al recorrer junto a ella aquel pasillo oscuro y extraño.

—Sí, hace frío —corroboró la señorita Peralta, atenta a cada uno de sus movimientos, gestos y... ¿pensamientos?

David alejó esa idea de su mente y se recriminó por ser tan paranoico con la mujer portadora de las mejores noticias y sensaciones más potentes que había experimentado en su corta existencia.

—Tengo algo para ti... —le informó Ángela con súbita alegría, deteniéndose a mitad del corredor mientras rebuscaba, a oscuras, en su maletín de cuero—. Sígueme hasta la cocina y te lo doy. Esto no forma parte del lote de tu herencia, ¿de acuerdo? Es un... regalo personal.

—¿Un regalo personal? —repitió el muchacho, enarcando las cejas de incredulidad a la vez que alcanzaban una puerta cercana y entraban los dos en la estancia.

La luz de la ventana les envolvió y devolvió el día perdido. David olisqueó el lugar, extrañado, pues había algo en el ambiente cuyas notas aromáticas le transportaron a tiempos ya perdidos en su memoria, a su niñez e, incluso, a momentos previos a su creación, no experimentados por él pero latentes en su ADN. Entendió que aquella casa era algo más que una simple construcción. La casa respiraba y lo hacía con él, al unísono, compartiendo un mismo corazón.

«Ama...», lloriqueó su mente.

Cuando sus ojos volvieron a electrocutarse por un nuevo impacto con los de ella, Ángela ya había tomado posesión de un asiento y lo aguardaba frente a la mesa de la cocina para que él hiciera lo propio. Tomó la silla más próxima y esperó a que ella hablara. Así le habían enseñado a comportarse en el centro de acogida para menores sin hogar. Por primera vez desde que estaba frente a esa enloquecedora mujer, la percibió nerviosa, dubitativa e, incluso, frágil.

—Espero que te guste... —remató ella a la vez que le acercaba con los dedos inquietos un paquete envuelto en papel dorado.

—¿Qué es? —preguntó David sin salir de su asombro.

—Tú ábrelo. Considéralo tu regalo de cumpleaños por tu mayoría de edad...

El chico desnudó el paquete con suavidad y elegancia a la par que se mordisqueaba, asediado por los nervios, el labio inferior. Mientras lo hacía,

en su cabeza se sucedían imágenes perturbadoras, novedosas para él, en las que se veía a sí mismo desvistiendo a la abogada con la misma curiosidad y excitación con la que abría el regalo. Azorado por la visión de la ropa interior de ella, terminó de rasgarlo con un gruñido animal que dejara libre el campo de visión. La sorpresa se adueñó de su rostro cuando se topó con el objeto frente a frente. Alzó su mirada azul hacia la de ella, hecha de praderas y primaveras (o eso pensaba él), y preguntó:

—¿Un diario?

—Sí... ¿No te gusta? —dijo ella con la sonrisa fugitiva.

—Ehhhh... No sé... Siempre lo he visto como una «actividad de chicas».

—¿Actividad de chicas? —repitió Ángela con frialdad manifiesta.

La habitación pareció congelarse de improviso y el sol menguó su intensidad, como si no quisiera ser descubierto.

—Yo... discúlpame... —contestó el chico, azorado a causa de la reacción de ella y de las imágenes del pubis de ésta todavía alborotando sus ideas—. Nunca he tenido uno ni la necesidad de escribir nada, pero, en fin... lo usaré.

—Creo que debes hacerlo, David... —habló ella impostando amabilidad—. Tu madre también escribía. Pensé que eso te uniría a ella y a tus recuerdos.

—¿Mi... madre? —preguntó él, convertido en eco.

—Sí, tu madre.

—¿La conociste? —la interrogó él con interés genuino.

La mujer rio abiertamente. Su risa evocaba al silabeo de las serpientes, al tintineo de una cascabel letal, hermosa e inquietante a un tiempo.

—Tu madre y yo fuimos... amigas una vez. Bueno, para serte totalmente sincera, yo era más amiga de su hermana pequeña, tu tía. Pero, en realidad, siempre he sido amiga de toda tu familia y ahora lo soy tuya... —se explicó la mujer.

—¡Guauuu! ¡Eras amiga de mi madre! ¿Y yo tengo una tía? ¿Cómo es que no sé nada de ella? Pero si tú eres muy joven, ¿no? —quiso saber él mientras rezaba en su interior para que no se llevaran tantos años.

Su cabeza volaba hacia todo tipo de fantasías con ella, fantasías que nunca le habían pertenecido pero que tampoco se cuestionó, aunque intuyera que no eran del todo suyas. Ángela se humedeció los labios y se inclinó hacia él buscando su cercanía. Las fosas nasales de la nariz de David se

emborracharon con el aliento de ella al hablar.

—Tengo once años más que tú si es lo que quieres saber. Pero ya eres mayorcito. Todo lo que hagamos por propia voluntad nos está permitido... —susurró ella.

David sintió el perfume de la mujer entrando dentro él, inflamando su pasión, y acercó sus labios a los suyos con urgencia. Sabía que, si no la besaba en ese instante, moriría de sed e inanición. Ella permitió que la boca del muchacho la rozara, aunque, en el último segundo, se retiró con crueldad.

—Júrame que escribirás ese diario. Júramelo... —dijo ella en un susurro que contenía promesas de placer.

—Lo juro —gimió él, desesperado, firmando su sentencia de muerte e introduciéndose en los labios de ella.

Ángela sonrió y le dejó pasar. Después de todo, hacía ya tiempo que el muchacho tenía invitación especial para entrar en ella y en su mundo...

—¿Dónde estoy? —pronunció en voz alta, extrañado.

Movió la cabeza a izquierda y derecha sin cesar de preguntarse qué tipo de sueño era aquél, tan vívido y real que podía percibir con nitidez cómo sus sentidos se despertaban y emocionaban ante ese lugar mágico e ignoto.

Se trataba de un jardín repleto de colorido, de aromas y música que lo colmaban de vida y calor, que hacían que su corazón riera alborozado, contagiado de luz y felicidad. Bajó la mirada y observó con incredulidad que se hallaba completamente desnudo.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Qué sueño es éste?

En el cielo, pájaros de mil y un colores, formas y tamaños jugaban a deslizarse por los rayos de sol que iluminaban el espacio mientras intercambiaban trinos alegres y despreocupados. Entonces sintió un leve aguijonazo en la nuca y la sonrisa se le envejeció en los labios cuando se vio a sí mismo dormido en la cama de su nueva casa, abrazado a ella y asediado por una oscuridad discordante que dolía.

—Ángela... —suspiró al notar sus curvas bajo las sábanas.

En la luz, dentro del jardín, unos rosales próximos a él se marchitaron a cámara rápida ante el contacto con ese nombre, como si hubieran sido

rociados con ácido. Contempló una vez más la zona oscura donde su otro «yo» dormía aferrado a la mujer y, lleno de estupefacción, paseó las yemas de los dedos sobre los cadáveres vegetales ennegrecidos.

—¡La has traído! —exclamó una voz infantil a su lado.

Sus ojos se toparon con la presencia de una niña pequeña, de unos nueve-diez años, de ojos y cabellos tan negros como las rosas que yacían podridas a sus pies.

—¿Ama? —titubeó David, inseguro.

—Pues claro, ¿quién iba a ser si no? —contestó la niña con desparpajo—. ¿Tengo pinta de ser el ratoncito Pérez o qué? Anda, dame dos besos, tesoro —añadió, tirando de su mano para que él se agachara hacia ella lo suficiente para poder alcanzar su mejilla.

David enrojeció súbitamente y exclamó, mientras se tapaba sus partes colganderas con ambas manos:

—¡Mamá, que estoy en bolas!

—¿Y es culpa mía acaso? —replicó la niña con seriedad—. Yo no soy responsable de que no llevases nada encima cuando te he podido invocar...

—¿Pero qué es todo esto, ama? ¿De qué va? ¿Me estoy volviendo loco? —lanzó atropelladamente sus interrogantes el chico sin dejar de tapar su anatomía más delicada.

—Es un sueño... —replicó su madre-niña, como si esas tres palabras respondieran a sus preguntas.

—Ya, sí... Genial que te cagas, pero...

—¡Esa boca! —le reprendió ella—. ¿Desde cuándo dices esas palabrotas, cariño?

—Desde que mi madre desaparecida (pues nunca encontraron tu cuerpo) se me aparece en sueños trece años después, convertida en una niña pequeña, y encima me pilla sin ropa. En serio, ama, ¿qué es esto?

—Ohhh, txikitxu^[1] mío, ¿me das un abrazo y un gran beso, y trato de explicarte qué haces aquí y por qué te he llamado? —dijo ella con lágrimas en unos ojos que no dejaban de oscilar entre su hijo y la oscuridad en la que el otro David dormía con Ella.

Alba frunció los labios con dolor y preocupación. Se obligó a sonreír, y lanzó una mirada implorante y desesperada a aquel muchacho que se tapaba como podía.

—¿Sí?

David esbozó una sonrisa y se inclinó hacia ella para albergar los

pequeños brazos de una madre que apenas reconocía. Alba lo rodeó entre temblores y una emoción que comenzaba a desbordársele por los lagrimales al tiempo que recordaba algo que había olvidado tras su muerte.

—El amor duele... —musitó sin querer.

—¿Qué dices, ama? —contestó el muchacho cobijado en su abrazo.

—Que te quiero, mi vida —replicó ella sorbiéndose las lágrimas.

—Ama..., ¿por qué eres una niña pequeña? ¿Qué te sucedió? ¿Por qué me dejaste ese día? ¿Por qué jamás he vuelto a saber de ti hasta hoy? ¿Por qué?

Sus preguntas, aprisionadas durante tantos años en su corazón, se liberaban ahora causando estragos, hiriendo todo a su paso, sangrándole el pecho y los ojos. Ignoraba que guardara todo aquello dentro de él, pues apenas ya si pensaba en ella. Al fin y al cabo, ella lo había abandonado sin más cuando sólo era un crío, ¿o no era así?

—Ven. No tengo mucho tiempo, mi amor —dudó ella con un atisbo de miedo encaramado a sus pupilas mientras su cabeza regresaba a la oscuridad y a ese tálamo que le hacía sentirse enferma—. Si ella me escucha o nota mi presencia, yo...

—¿Quién? ¿Quién es ella?

Alba ignoró sus demandas, tomó la mano de su hijo con impaciencia y lo dirigió hacia una pequeña cascada brillante cuyas aguas producían sonidos musicales inusualmente hermosos. David abrió la boca ante el exceso de belleza. Su madre-niña volvió a tirar de él y ambos se introdujeron bajo el agua. Tocó el agua embargado por el asombro, pues ésta no sólo no los empapaba, sino que había adquirido tonalidades doradas. Se atrevió a acariciarla y una felicidad desconocida para él le inundó el pecho hasta ahogarle los ojos.

—Éste es mi jardín mágico de los sueños —le explicó Alba según se iban adentrando en la pequeña estancia—. Aquí venía a refugiarme de todo: de la vida, de la realidad, del dolor... Supongo que, al regresar hoy a él, he tomado mi forma de entonces, de la niña que fui un día. Pero sigo siendo yo, hijo mío. Ven, siéntate aquí conmigo un momento —añadió, señalando hacia unos asientos de piedra adornados de pequeñas florecillas que parecían crecer dentro de la propia roca—. Intuyo que pronto desaparecerás de aquí. No tengo poder para retenerte mucho más tiempo...

Sin dejar de mirarse el uno al otro, se sentaron en la piedra.

—¿Por qué ahora, ama? —repitió el chico con decisión—. ¿Por qué me

abandonaste?

—David, escúchame con atención, por favor... —le rogó la niña Alba, cogiéndole las manos entre sus manitas infantiles—. Debes abandonar esa casa y todo lo que tenga que ver con ella. Todo...

—¿Por qué dices eso, amatxu? Ángela me ha dicho que...

El agua de la cascada de oro se tornó negra como el alquitrán, y la musicalidad de la corriente mutó en un sonido estridente que trepó por las paredes y les arañó los oídos con violencia. Pequeñas aves cayeron al suelo inertes, y las plantas más próximas a ellos se convirtieron en sucia ceniza.

—¡No la nombres! ¡No la nombres, o nos oirá y sabrá que estás aquí! ¡Que he conseguido traert...! —alzó su voz Alba.

Pero ya era tarde: la figura de su hijo inició a desdibujarse frente a sus ojos horrorizados.

—¿David? —siseó la voz gélida de la mujer tumbada a su lado.

—¿Sí, Ángela? —respondió David, fingiendo un bostezo sin comprender muy bien los motivos.

—¿Qué hacías? —preguntó la otra, posando su fría mano muerta sobre la piel desnuda del chico.

Ésta reaccionó erizándose. El deseo y el miedo volvieron a hacerle cautivo. David sintió que su cabeza comenzaba a girar demasiado rápido.

—¿Qué hacías? —repitió ella, incansable, con una sonrisa que apenas ocultaba una amenaza.

El joven se encogió, tragó saliva y dijo la primera mentira consciente de su vida:

—He tenido una pesadilla, la peor de mi vida, pero gracias a ti me he despertado. ¿Oíste cómo te llamaba? —quiso saber él, inquieto, tratando de dominar su voz y que el miedo no lo descubriera.

—Me pareció... ¿A qué hueles? Juraría que son flores... —respondió ella acusadora.

—No lo sé. Quizá eres tú... ¡Hueles tan bien! —exclamó aturdido.

Volvía a sentir hambre de ella, un hambre que hacía que su estómago se retorciera de dolor y lo arañara desde dentro, un hambre mezclado con un pavor tan intenso que lo dejaba sin aliento.

—¿Yo... huelo bien? ¿A flores? —repitió ella, sacando a David de sus

pensamientos y mostrándose risueña, francamente halagada y sorprendida.

—Sí...

Entonces ella saltó sobre él, enloquecida por un sentimiento primario de lujuria y deseo, y la noche se hizo día mientras los dos se llenaban y vaciaban el uno al otro.

Diario de David (I)

Santurce (Vizcaya), jueves 16 de febrero, 2017

Veamos cómo va esto de tener un diario...

¿Qué se supone que debo hacer? ¿Digo mi nombre y me presento como si estuviera en una reunión de Alcohólicos Anónimos? ¿Le pongo yo un nombre al diario, como dice Ángela que hacía mi madre?

Mi madre... He pasado de sentir su ausencia todos estos años a verla en mis sueños dos noches seguidas. ¡Qué locura!, ¿eh? Es posible que tantos cambios en mi vida me estén afectando y el estrés se libere de modo retorcido en mis sueños.

Veamos con perspectiva estos cambios, como si fueran una lista de motivos que justificaran esta chaladura. Tiene que existir una razón por la cual me haya dado ahora por verla en sueños.

- 1) He salido del orfanato, al que siempre he considerado mi hogar, y me encuentro alejado de mis amigos, de la madre Mercedes y de todo cuanto me hacía sentir abrigado y protegido. Y, claro, eso acojona. Hay que reconocerlo.
- 2) Y ahora, a mis dieciocho años recién cumplidos, me encuentro con que tengo una casa de dos plantas completamente mía, con huerta y una granja llena de animales que no sé ni cómo funcionan, pues no he visto un cerdo o una gallina en mi vida salvo en la tele.
- 3) Otro cambio: soy rico (o casi). Tanto que Ángela (tengo que hablarte de ella en otra entrada porque no es solamente mi abogada, sino una diosa, mi Diosa...), Ángela va a contratar a una empleada de hogar para el cuidado de la casa, la cocina, la granja y la huerta. Y yo... yo he pasado de ser un pobre niño sin familia ni futuro a un proyecto de hombre con posibilidades. Ahora ya sé qué voy a hacer con mi vida. ¡Voy a formarme como

diseñador y abriré mi propio estudio de diseño! ¡El mundo es mío, cojones!

4) Pero... me siento solo y perdido la mayor parte del tiempo, incluso cuando Ella está conmigo. Viene, me posee y se va. La quiero, la quiero, LA QUIERO... y la temo.

5) Claro, y también está lo de haber dejado de ser un *pringao*. ¡Yo que pensaba que perdería la virginidad a los cuarenta o así, al paso que iba! Y he follado más (ahora tengo la duda de si puedo escribir aquí como hablaría con los colegas o si debo cuidar el vocabulario en plan entrevista de trabajo...) en estos dos días que un hombre casado en toda su vida, estoy seguro. ¡Y con qué mujer, con todo un pibonazo! Me muero de ganas de contárselo a los chicos este fin de semana. Siempre se estaban burlando de mi vida monacal en el orfanato. Ahora... ahora no sólo soy como ellos... ¡Seré la envidia de todos en cuanto se lo cuente!

6) ¡Porque ésa es otra! Ahora soy libre de entrar y salir, y podré quedar los fines con ellos como un chico «normal». Viviré, ¿sabes? Puede que incluso pruebe mi primera copa y mi primera borrachera. ¡Hay que celebrar a tope los dieciocho! ¡Ya no hay límites!

7) Y luego estás tú, diario, que no sé ni cómo dirigirme a ti. ¿Puedo decir tacos o no? ¿Eres amigo o enemigo? ¿Por qué Ángela insiste tanto en que te escriba?

Y, a grandes rasgos, éstos son los cambios a los que me he enfrentado en los dos últimos días. Mucho para un polluelo al que han dado una patada repentina en el culo para que abandone el nido sin importar que sus alas aún sean frágiles, ¿verdad?

Me siento revolucionado, feliz y cagado de miedo al mismo tiempo; enamorado y prisionero de Ángela... Y ni siquiera sé si mi madre es producto de mi cabeza o no, pero te juro que los sueños con ella son dolorosamente reales. Ayer volví a encontrármela. Aquí va el segundo sueño, atento...

—Esta vez has venido solo —dijo la versión pequeña de mi madre a

modo de saludo mientras señalaba a la oscuridad donde mi «yo» real dormitaba.

Ángela no se había quedado a dormir esa noche.

Giré mi cara hacia la niña que clavaba sus ojos negros en mí y esta vez sonreí de veras al encontrarnos, de nuevo, en la misma postura del día anterior: sentados en las sillas de rocas floreadas, acunados por el concierto de la cascada de aguas de oro. Pero en aquella ocasión no me había cogido desprevenido: me cuadré y mostré orgulloso mi mejor pijama de invierno. Quería causarle una gran impresión, mayor todavía que la que mi desnudez pudiera haberle causado.

Me incliné a ella, le solté el típico «Hola, ¿qué tal?» y, sin esperar su respuesta ni su permiso, la abracé con verdaderas ganas. Ella me estrechó también y regó mi mejilla de besos fugaces bañados en lágrimas. Permanecimos así largo tiempo, rodeándonos con los brazos, disfrutando con el contacto silencioso de su pequeña y fría boca sobre mi piel. Respiré el aroma familiar de su pelo y supe que sus labios sonreían tanto como los míos.

—Sí, Áng... —comencé a explicarme.

—¡No, no digas su nombre, por favor! —me interrumpió ella, deshaciendo violentamente nuestro abrazo—. ¡No la menciones nunca!

—¿Por qué, ama? —pregunté después de comprobar que ya no quedaban huellas de la destrucción espontánea del día anterior.

Todo brillaba e irradiaba una vida perfecta, sin máculas.

—No debe ser nombrada o nos oirá. Puede ser muy peligroso. ¡Tienes que prometerme que jamás pronunciarás su nombre cuando nos veamos! —me rogó en un grito aterrado a la vez que envolvía mis manos con sus manitas.

—De acuerdo, ama. No diré su nombre, pero...

—Si no cumples tu promesa, ella sabrá que has estado aquí y jamás podrás volver a verme, jamás. Me castigará, y puede que también a ti... —continuó ella.

Sus manos empezaban a cerrarse sobre mí de un modo angustioso, incluso molesto. Asentí, apartando una sensación acuciante de peligro y malestar.

—De acuerdo. Pero yo la amo...

Mi madre me soltó entonces, castigándome con una mirada horrorizada, y se incorporó de un salto de su asiento.

—¡La Muerte busca pareja! —exclamó lívida antes de taparse rápidamente la boca, como si hubiera cometido una torpeza intolerable.

—¿Qué dices, ama, de la muerte?

—No..., no he dicho nada... ¡Nada! —rectificó entre temblores y miradas asustadas dirigidas hacia todos los lados o a ninguno—. ¡Debes liberarte de ella, de esa casa, de todo lo que te ha traído y dado! —gritó.

—¿Pero estás loca? Es lo único que tengo. ¡No puedo quedarme en la calle porque el fantasma de mi madre DE CUANDO ERA UNA CRÍA me lo pida en un sueño! Y, si tanto peligro corro, ¿por qué no me has avisado o visitado antes para protegerme? —le arrojé, rabioso, parte de mi dolor.

Ella se arrodilló frente a mí esbozando una sonrisa nerviosa que casaba a la perfección con su mirada triste y húmeda. Me dieron de ganas de dibujarla en ese momento. Tan hermosa y pequeña, tan frágil...

—Verás, cielo... —comenzó ella, sentada en el suelo, con sus enormes ojos oscuros clavados en los míos—. He tardado muchos años en poder reconstruir este sitio, cariño. Tuve que reunir fuerzas primero para «escapar» de mi prisión durante pequeños momentos; después, conseguir encontrar el camino otra vez hasta aquí, repoblar el jardín y poder llamarte. No ha sido fácil. Cuando ya estaba lista para que nos viéramos, descubrí con tristeza que la entrada a lugares sagrados o religiosos me estaba vetada. No podía atravesar las paredes tras las que vivías y he aguardado hasta entonces. Te iba a esperar lo que hiciera falta hasta que pasaras, por fin, una noche fuera de aquellos muros. Y así ha sido: te he esperado siempre, cada noche, cada día de tu vida; siempre alerta, siempre atenta...

—Ohhh, amatxu, ¿por eso no has venido antes? —pregunté con curiosidad emocionada mientras hacía caso omiso del resto de información—. ¿Porque estaba en el orfanato?

—Así es, mi pequeño guerrero de ojos azules. ¡Cuánto te pareces a tu padre, mi amor! —exclamó ella conmovida.

No sé por qué lo hice y, además, si lo pienso bien ahora, fue extraño que te pasas, pero el caso es que aupé a mi madre-niña del suelo y, sin pensarlo dos veces, la senté sobre mis rodillas para disfrutar de su proximidad y del calor que tanto había echado en falta de ella. No me sentí avergonzado en absoluto. Más bien, mi corazón se alborozó de júbilo al notar que aquél era mi hogar, sosteniendo a esa niña que me había dado la vida. Las preguntas se me agolparon en la lengua, las mismas que no me había respondido el día anterior.

—¿Por qué te fuiste así, mamá, sin despedirte? ¿Por qué no volví a saber de ti?

—Dentro de poco tendré que irme —me informó apenada—. Mi

carcelera me requerirá en breve... No me lo tengas en cuenta si desaparezco de repente, ¿de acuerdo? Mi hermana vino a buscarme aquella tarde...

—¿Tu hermana? Eres la segunda persona que la menciona. ¿Por qué no he sabido hasta hace poco que tenías una hermana, mamá? —repuse extrañado.

No obstante, la extrañeza no provenía de mi desconocimiento, sino de un lugar, muy dentro de mí, que me susurraba que yo ya conocía algo de esa historia, que conocía a aquella hermana desconocida pese a que mi madre jamás la hubiese mencionado en nuestra corta convivencia juntos.

—Sí, tuve una hermana una vez... —contestó con los labios fruncidos—. Era menor que yo y desapareció cuando era muy pequeña. Pero no puedo nombrarla tampoco. Ella... estará a punto de regresar de comer. Cuando lo haga, empezará a buscarme y a llamarme enseguida...

«Sonia», me dijo una luz en mi cerebro a pesar de que no recordaba haber escuchado ese nombre en mi vida.

—Ella... —prosiguió mamá—, ella vino a casa aquel día y me llevó a su guarida. Quería una mascota (ahora lo sé), no una hermana, un juguete más con el que divertirse y que acompañara a sus pobres bestias peludas. ¡Mi amado Juanfran...! —se quejó al viento, olvidándose por un instante de mí.

Los pájaros se aproximaron a nosotros con delicadeza, ocultando el azul del cielo con plumas multicolores que brillaban al sol sobre nuestras cabezas. Los observé inquieto, sintiéndome un pelín Tippi Hedren en *Los pájaros*, y entonces éstos entonaron un canto fúnebre tan sentido y hermoso que incluso la cascada de agua comenzó a salpicar lágrimas de oro. Mi madre se limpió las suyas, que rodaban tímidas por sus blancos pómulos, y yo dejé que las mías corrieran libres por una vez. No quería borrar de mi cara el sufrimiento que mi madre había compartido conmigo.

—¿Qué recuerdas de ese día? ¿Qué te sucedió? —me preguntó, revolviéndose inquieta sobre mis piernas, cuando la melodía se extinguió y el cielo volvió a mostrarse azul, libre de alas.

—¿El día en que me dejaste? —logré escupir aquellas palabras, convertidas en cuentas de cristal que iban desgarrándome la lengua a medida que las pronunciaba.

Mi madre tembló ligeramente sobre mí, pero no como tiembla un cuerpo humano al uso, no. Más bien lo hizo su imagen, como si ella no fuera otra cosa que un reflejo en el agua tras haberla tocado.

—¡No hay tiempo! ¡Aprisa! —me rogó.

Comprendí que llevaba toda una «vida» preguntándose aquello. Abrí la

boca para relatarle qué había sido de mí ese día cuando, ahogado en lágrimas, conseguí escapar de ese baño traicionero cuya puerta no quería abrirse, y comprobé asustado que ella ya no estaba, y que otra puerta, la principal, estaba abierta.

Pero no pude.

No hubo tiempo.

Su cara se transformó en una mueca horrorosa y el temblor se hizo más virulento.

—¡Dios mío, lo sabe! —gritó aterrada—. ¡Sabe que he «salido» de la cueva y va a castigarme!

Saltó al suelo de un movimiento grácil y sus labios me susurraron un «Te quiero» antes de que una garra larga y peluda envolviera su cuello de niña, tirara de ella con virulencia y desapareciera del todo.

Otra vez.

Miré hacia la oscuridad y mi cama con indecisión. No sabía si debía volver a ella para poder despertarme, pero el cuerpo me pedía que explorara el rincón de los sueños de mi madre. Quería... no sé... conocerla más por un lado y, por el otro, espantar los negros pensamientos que me asediaban después de haber visto esa increíble manaza ciñéndose a su garganta.

Dejé atrás las sillas empedradas, la cascada de oro y llegué hasta un riachuelo de aguas de plata. El agua rio apenas introduje mi mano. Una sed enorme se había apoderado de mí, así que me incliné para dar un sorbito, pero ésta se volvió densa y oscura a mi contacto. Di un respingo involuntario al sentir el sabor de la maldad en mi boca y caí de culo en la mullida hierba. Creo que perdí el sentido por unos cuantos minutos, quizá horas. Abrí los ojos, desorientado, con la brisa acariciándome el rostro, y miré hacia el río que me había repelido.

—¡No nos beberá el novio de la Muerte! —escupieron las aguas, encolerizadas.

—¡Yo no soy el novio de la Muerte! ¡Ni que fuera legionario! —protesté, rebasando con aquel diálogo mi dosis de esperpento y surrealismo para una buena temporada.

—¡Pruébanoslo! —me retaron las aguas—. Pruébalo y traeremos a tu madre de vuelta mañana...

—¿Cómo os lo pruebo? ¿Qué debo hacer? —pregunté, acercándome de nuevo al río, que había recobrado su belleza tranquila original.

Por toda respuesta, en el agua empezó a perfilarse la imagen de un

libro.

—¿Qué es? —interrogué, lleno de intriga.

—Un diario... —sonaron las aguas.

—¿Mi diario?

—No, el diario que le regalarás a ella... —me corrigió la voz de agua, arrullándome como una madre.

—¿A quién?

—¡Ya lo sabes! ¡Regálaselo! ¡Regálaselo! ¡Regálaselo! —gritó la voz líquida—. Haz que escriba en él. Hazlo, hazlo, hazlo, HAZZZZZZZZ

—LOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO —grité, empapado en sudor, arañando las sábanas de la cama.

Necesité de unos pocos segundos para ubicarme y calmarme. Palpé la cama, reí nervioso pensando en cómo una tonta pesadilla me podía afectar tanto y me giré hacia el lado vacío que me habría gustado que Ángela ocupara también esa noche. Pero no se encontraba vacío. Temblando, encendí la luz para examinar el objeto con el que se habían tropezado mis manos ciegas, aunque sabía de sobra la respuesta.

Era un diario.

Un diario idéntico al del río de mi sueño, un diario que debía entregarle a la mujer que me había regalado una nueva vida, un futuro, y de la que jamás me separaría. Me daba igual lo que opinara mi madre muerta sobre Ángela. Yo la amaba y, por lo que sabía de la vida por las pelis, todas las suegras odiaban a sus nueras y eran igual de cabronas con ellas.

Decidí enterrar mis inquietudes y las molestas preguntas que acudían a mi cabeza, apagué la luz y me quedé frito antes de que me pudiera dar cuenta. Nunca he tenido problemas para conciliar el sueño...

¿Qué? ¿Qué tal lo he hecho para ser mi primera vez? No sé yo si esto de escribir un diario se me da bien... Es cierto que ahora mismo me siento mejor, con las ideas más claras al haberlas puesto por escrito.

Todo esto que me está sucediendo es una puta locura y no puedo contárselo a nadie si no quiero que me llamen chalado, así que igual está bien que existas tú para leerme y escucharme, ¿no? Pues gracias por ser mi confidente, hombre.

Ahora me voy, que he quedado con ella... Me muero de ganas de verla...

Ya te contaré, ¿vale? ¡Hasta otra, majo!

En la cueva

Madrugada del miércoles al jueves 16 de febrero, 2017

—¿Dónde diablos te habías metido? —preguntó la niña mostrando los colmillos con hostilidad.

—Estaba... estaba aquí mismo —balbuceó ella, encogida y en voz baja, como si el silencio fuera a aliarse con su engaño.

La primera barrió la lóbrega cueva con una mirada rápida y esbozó una sonrisa que auguraba dolor, mucho dolor. Alba se encogió aún más.

—¿Entonces estabas aquí dices? —repitió la niña con sorna.

La mujer tragó saliva, asintió con la cabeza y se enfrentó a los ojos azules que una vez pertenecieron a su hermana. El repentino pensamiento sobre el gran parecido físico entre ésta y su hijo la dejó aturdida, demasiado como para percatarse de la peligrosa proximidad de su hermana.

—Pero, ¿te crees que soy estúpida acaso, hermanita? —bramó ella con el rostro pegado a su cara después de tirar violentamente de sus cabellos y hacerle caer de rodillas.

—No, yo no... —titubeó la mujer.

A lo lejos, su abuela Azucena, mezclada entre los fantasmas de sus antepasados, se chocaba bajo las lágrimas contra las paredes cavernosas una y otra vez, una y otra vez, incapaz ya de intervenir. Su cuerpo se volvía cada vez más incorpóreo y transparente, y su voluntad apenas daba para esas lágrimas rebeldes que expresaban su dolor. La propia Alba notaba cómo, con cada año transcurrido, se desvanecía un poco más. Menos color, menos fuerza, más muerte devorándolo todo...

—¿Tú no qué? —gritó Sonia antes de estrellar a Nino contra el suelo encharcado, aferrar el rostro de su hermana y dirigirlo con violencia hacia el mismo destino que el osito.

Alba sintió la sangre invadiendo tanto su boca como su nariz mientras se preguntaba por qué, de entre todas las hipótesis que formulábamos los

humanos sobre la muerte, jamás incluíamos la única verdadera: que seguía habiendo dolor y sangre tras ella, que nunca terminaba. NUNCA...

—¿Vas a ser una niña buena y a decirme a dónde has ido y cómo has podido escapar de la cueva? —le espetó la pequeña Sonia clavándole el pie en la cara.

—Yo... —volvió a dudar ella—. ¡No voy a decirte nada, pequeña hija del demonio! —exclamó de repente, insuflada de fuerza.

Sonia retiró su pie, asombrada, y la alzó en el aire con una sola mano, llena de garras letales y afiladas.

—¿Así que estás juguetona, eh? Ya te sacaré tu secreto... —le amenazó la niña—. No sé cómo diablos has podido escapar de tu encierro ni adónde has ido, pero te juro que, con cada maldito jirón de piel que te arranque, te voy a sacar todas las palabras que busco y, cuando termine contigo, no tendrás fuerzas ni para imitar a la abuelita dándose golpes contra los muros para toda la Eternidad, como si fuera tonta.

—¿Por qué? —preguntó Alba por quincuagésima vez desde aquel día en que se le apareció en su casa y se la llevó consigo—. ¿Por qué me haces esto? Yo te quería, tata. Yo te quería...

Sonia la atrajo hacia sí hasta que sus narices se acariciaron hostilmente, curvó sus labios en una mueca malévolamente y respondió:

—Sigues siendo igual de estúpida que aquella tarde, «tata», aferrándote a una mortalidad y una existencia que ya no nos pertenece a ninguna de las dos. Tú eres sólo un juguete, una diversión, y mi herencia por derecho. Ya no eres humana. Ni yo. Yo soy la Muerte ahora, la Muerte; dueña y señora de todas vosotras —señaló al corro de mujeres que se chocaban al fondo—, y de toda vida existente en este cochino mundo. Yo decido, yo juego, yo como. YO EXISTO, y tú no.

—Pero soy tu hermana... —contestó la joven tratando de apelar a los sentimientos que un día anidaron en ese corazón muerto.

—Gilipollassss —le escupió, y esa palabra le causó más dolor que el golpetazo contra el suelo que le había aplastado la nariz—. Y por eso sigues aquí conmigo, para esos momentos escasos de debilidad en los que necesito recurrir a unos lazos. Por eso viniste, hermanita, ya te lo he dicho mil veces. En ocasiones me siento sola y ya sabes lo que dicen: «Como con la familia, en ningún lado...». Además, eres muy divertida. Jugar contigo es siempre un placer... —añadió mientras paseaba la garra del dedo índice por su cutis.

—¡Vaya! Divirtiéndote en familia, ¿eh? —sonó una voz tras ellas,

situada a la entrada de la cueva.

Sonia lanzó a su presa al suelo sin miramientos y se dio media vuelta con una sonrisa de compromiso.

—¡Menuda sorpresa! ¿A qué debo el honor de que visites mi humilde morada? —saludó Sonia con una genuflexión estudiada.

—Tu morada... —repitió la voz, aún lejana—. ¿Consideras que debo avisar cada vez que quiera visitar MIS DOMINIOS? —remarcó con acidez.

El juego de luces y sombras del interior de la cueva se detuvo en cuanto los tacones de la mujer se adentraron y alcanzaron el corazón de la gruta. Observó largamente a su acólita y, después, sus ojos se posaron sobre Alba, que jadeaba, envuelta en sangre, en el suelo.

—No, por supuesto que no. No he querido decir eso... —se desdijo la otra con odio oculto.

—Bien, porque no he podido evitar oírte según me aproximaba. Y, claro, escucho todo ese discurso tuyo y entonces me pregunto... ¿Quién diablos soy yo según tú si tú eres la Muerte? —gritó Ángela, aproximándose cada vez más a ésta en un taconeo nervioso.

—Tú eres la Muerte, claro, Ángela —dijo Sonia con la cabeza gacha y las uñas horadando rabiosamente su propia carne.

—Ajá... ¿Y quién eres tú? —prosiguió la abogada mientras la alcanzaba y apretaba con ferocidad el cráneo de la niña.

—Soy tu ayudante... —suspiró la cría con la rabia aumentando en su estómago.

—Mejor di «mi sustituta» cuando yo no esté por aquí, porque te conviene no olvidarlo. Esto son sólo unas vacaciones... No desapruuebo tus juegos ni que te diviertas como quieras, faltaría más —añadió con una sonrisa dirigida a Alba—. Pero será mejor para las dos si tienes en cuenta que todo esto —señaló al aire con un manotazo rápido—, es mío, que puedo desposeerte de ello cuando me venga en gana y volver a ocupar MI lugar. Y, entonces, tus lobombres, tus víctimas... todo será mío. Y tú desaparecerás y te pudrirás como la piel de un plátano al sol.

—Sí, Maestra —se obligó a responder una vez más.

—Perfecto entonces... —remató soltando su cara—. ¿Dices que esta mujerzuela ha conseguido salir de la prisión, eh? ¡Qué interesante!

—Sí, ahora pensaba jugar con ella un rato. ¿Sabías tú de alguien que lo haya podido hacer antes en todo tu... reinado? —preguntó Sonia con un falso tono de camaradería que hizo reír para sus adentros a Ángela.

—Sí, la estúpida de su abuela, Azucena. Tenía un gran poder.

—¿Cuál? —quiso saber la niña, intrigada de veras.

—El amor, so estúpida, el amor —le espetó la otra—. ¿O no tienes tú a ese zarrapastroso osito de peluche y a tu hermana por lo mismo? El amor... Y, por cierto, a eso venía. A decirte que puede que yo lo haya encontrado por fin...

—¿El amor? —repitió Sonia con la boca agrandada por el asombro.

Alba se arrastró sutilmente por el suelo para poder escuchar la conversación y hacerle partícipe a su hijo de ella en cuanto tuviera ocasión. Mientras, la Muerte y su sucesora, ajenas a la primera, continuaron hablando.

—Claro, mugrosa. Lo intenté con mi madre y luego contigo, pero no funcionó. Sólo me dabais más hambre y vacío. Pero ahora, ahora es diferente... Quizá pueda lograrlo esta vez.

—¿Cómo? —le animó la niña mientras ésta hacía sus propias cábalas y una idea diabólica surgía en su mente para quedarse ella con los dominios y el título de la Muerte.

—Siempre he sabido que el secreto estaba en la maternidad. Por eso insistí en tener una madre. Pero creo que estaba equivocada en el planteamiento, visto que no he querido a ninguna. ¡Debo convertirme yo en la madre!

—¡Nooooooooooooooooo! —el miedo, la angustia y la repulsión emergieron en forma de grito horrorizado desde la garganta de Alba.

Ángela desvió la mirada hacia ella y le dirigió una sonrisa traviesa:

—¡Hola, suegri!

Alba alzó la cabeza y sonrió orgullosa a través de la sangre mientras le mostraba su dedo corazón. Un latigazo doloroso le azotó la cara. Ángela le había abierto el pómulos de un único zarpazo.

—¿Cómo? ¿No chillas? —preguntó la abogada con la voz teñida por la decepción—. Bueno, ya lo harás cuando me vaya y os deje jugar a solas a tu hermana y a ti—. Y tú, querida ayudante... —se dirigió a Sonia con un retintín tan odioso que la aludida la habría matado de ser aquello posible—. Estaré ocupada embarazándome y divirtiéndome ahí fuera, pero recuerda: vendré en cualquier momento. ¿Está papá por aquí?

Sonia llamó a sus lobombres de un silbido y éstos aparecieron en escena de la nada. Las bestias se irguieron a dos patas, poderosas y gigantescas, atentas a la orden de su dueña.

—Aquí, ¡perrito! —llamó Sonia.

Una de las ellas, la que destacaba por unos llamativos ojos rasgados de color turquesa, se adelantó hacia Ángela y Sonia en un trote ligero.

—¡Caramba, papá! —saludó la abogada—. ¡Qué boca tan grande tienes y qué nariz tan laaaaarga tienes! —añadió entre risas.

La bestia se encogió sobre sí misma, herida, y agachó la testa con la vista humillada hacia las pezuñas de sus patas. Ángela la observó con un puchero teatral:

—Pero, papá..., ¿todavía me guardas rencor por convertirte en bestiecita y traerte aquí? Bueno... A mí tampoco me gustó que mamá y tú os deshicierais de mí como una apestosa colilla en aquel internado de pijos. Así que, mira, si le consigues sacar a Alba cómo ha hecho para salir de la cueva, te perdono...

El lobombre alzó sus ojos turquesa y emitió un gruñido interrogante. La mujer volvió a reír, encantada.

—No, hombre, no me malinterpretes... Te quedas aquí para siempre pero, a cambio, yo te perdono... en el fondo de mi corazón. Demuestra que me quisiste, papi. ¡Atácala y haz que hable, que grite y llore! ¡Vamos! —le azuzó Ángela.

El animal buscó la mirada de Sonia, la cual le confirmó su aprobación con un raudo asentimiento de cabeza. Estaban disfrutando. Ambas.

Juanfran se encaramó de un salto a la pared rugosa y húmeda sobre la que descansaba Alba, y sonrió enigmáticamente con los colmillos hambrientos asomándose bajo las comisuras de la bestia. Los ojos negros de Alba le imploraron en silencio que no la dañara y, por un segundo, ella creyó ver un destello de comprensión, de reconocimiento y amor, escondido en las pupilas de la bestia. Un instante después, el lobombre se había abalanzado sobre Ángela y pendía, colgando de su cuello, en un grotesco amasijo de carne. El olor de la humedad y del salitre se fundió con el de la sangre.

—¡Quítamelo, quítamelo de encima! —chilló la mujer, que, completamente desprevenida, había caído al suelo bajo la fuerza y el cuerpo descomunal del animal.

«Mírala, se está humanizando y perdiendo poder a medida que pasa más tiempo entre los mortales», reflexionó Sonia sonriendo para sus adentros, «Lo que ella pierde, yo lo gano. Y lo que yo gano, ella lo pierde...»

—¡Quítamelo de encima, joder! —volvió a gritar a través de los borbotones de sangre que manaban de cuello y labios.

Sonia acudió a socorrerla de mala gana. Agarró a la bestia de una mano,

la lanzó contra la pared en un gesto de aburrimento, y la sonrisa triunfal se le borró de los labios como tiza mojada cuando se giró hacia Ángela y se la encontró ya en pie, con los ojos furiosos y el cuello abierto en una segunda boca de dimensiones inquietantes.

—Ya hablaremos tú y yo de tus mascotas... —le recriminó con una voz de ultratumba que hizo temblar tanto los cimientos de la caverna como el corazón muerto de la niña.

Y, acto seguido, saltó sobre la bestia que un día había sido su padre, le partió el cuello con una velocidad inusitadamente cruel y lo engulló con idéntica premura. Sonia y Alba presenciaron atónitas el festín de la Muerte. La primera, rabiosa al comprobar que seguía siendo poderosa; la segunda, rota en llanto y tristeza al ver al amor de su vida desaparecer para siempre. Después, Ángela alzó la cabeza al techo y profirió un alarido de regocijo. Las terribles heridas que presentaba hacía escasos segundos en cuello, tórax y cara no eran ya más que simples manchas reseca de sangre.

Se habían evaporado.

Para siempre.

«Como Juanfran», lloró Alba.

A partir de ese momento, la soledad de esa cueva terminaría por devorarla del todo.

—Te veo decepcionada, mocosa —habló Ángela después de escupir una enorme bola de pelo—. ¿Qué te estabas imaginando? ¿Que me había humanizado, eh? Ha sido un pequeño despiste, y por ser mi progenitor en mi forma humana, nada más. Harás bien en recordar que soy yo quien te mataré a ti, no al revés, cuando me plazca o desee regresar a casa. Considéralo... un trabajo temporal, una sustitución laboral por maternidad o excedencia. Volveré cuando menos te lo esperes...

Las sombras y luces volvieron a proyectarse y a bailar libremente sobre las irregularidades de las paredes en cuanto Ángela hubo desaparecido. Sonia, en pie y ardiendo de rabia, lanzó un alarido al aire:

—¡No puedes quedártelo todo, Ángela, no puedes! ¡O vives como una mortal más entre ellos o eres la Muerte! ¡Y ahora yo soy la Muerte! ¡YO SOY LA MUERTE ahora! —pataleó la niña con furia.

—El diario... —musitó Alba desde el suelo.

Sonia se volvió hacia ella, sorprendida, y tiró de su cabello hacia arriba hasta que sus caras quedaron igualadas en altura.

—¿Qué has dicho?

—Si quieres deshacerte de ella, hazle llegar un diario —repitió Alba con la voz clara y valiente.

—¿Qué cojones dices? ¿Por qué habría de hacerte caso? —preguntó la cría con más curiosidad que furia.

—El diario conecta al propietario con sus emociones, las canaliza y las amplifica. Sus amores, sus ilusiones, sus decepciones, sus temores... se hacen más reales y poderosos.

—¿Sus debilidades, sus sentimientos! ¡Eso es! —exclamó triunfal ella—. Un momento... ¿Tú qué ganas ayudándome a mí, queridísima tata?

«Tiempo».

—Que no se lleve a mi hijo —respondió en su lugar.

—Muy bien, te escucho...

—Permíteme ausentarme unos segundos para hacérselo llegar.

—¿Cómo?

—Creándolo con mi pensamiento —contestó la joven sabiendo que estaba hablando más de la cuenta, aunque no había otra salida...

—¿Así de sencillo? ¿Unos segundos y vuelves?

—Sí, así.

—Está bien. No tardes o se te va unir una nueva paliza con el castigo por tu fuga y por la pérdida de mi lobombro favorito. No creas que se me escapa que ha sido culpa tuya... ¡No tardes!

Alba imaginó en su mente un nuevo diario y lo proyectó sobre el río. Encontró a su hijo desmayado en la pradera próxima a la orilla. Lo despertó, transformada en una suave brisa que jugó a acariciar su cara, y colocó el libro sobre la cama oscura de David al tiempo que hablaba con él a través de las aguas. Intuía que sus felices encuentros en el Jardín de los Sueños nunca más se darían. Su fortaleza iba menguando con los años, y la nueva sesión de juegos que Sonia pretendía tener con ella le impediría levantarse durante mucho tiempo.

Asediada por la resignación y limpiándose las lágrimas del rostro, se dispuso a regresar a su celda, donde la aguardaban horrores y horas de torturas que la llevarían a la inconsciencia. Entró en la cueva y se obligó a sonreír ante las garras de Sonia mientras rezaba en su interior para que la treta del diario funcionara.

Un diario para ella

Noche del jueves al viernes 17 de febrero, 2017

¡Por todas las calaveras del mundo y por los Cuatro Jinetes del Apocalipsis! ¡Me cago en ellos y en todos sus muertos! ¿Cómo me he podido dejar convencer? ¿Cómo? ¡Mi propia arma utilizada contra mí! ¿Cómo he llegado a esta situación? ¿Cómo?

Releyó las oraciones escritas de su puño y letra sin reconocerse a sí misma ni a su caligrafía, esbozó una mueca teñida de odio y, víctima de un arrebato furioso, arrojó el diario contra la pared como si éste fuera su enemigo. El libro se estampó contra el muro en un golpe seco y cayó al suelo en una posición estoica y abierta, sumiso y paciente, sabiendo que su legítima dueña regresaría a buscarlo. Ángela le regaló una mirada retadora mientras las imágenes de lo sucedido aquella tarde se agolpaban rabiosas en su mente...

—¿Se puede? —le había preguntado ella con una sonrisa fascinante nada más verlo, apostada en el umbral de la entrada.

—Siempre —contestó él, con las rodillas fundiéndose en gelatina y los tobillos convertidos en flanes, antes de hacerse a un lado para cederle el paso.

David se apoyó en la pared más próxima para no acabar admirando las baldosas del suelo pese a su miopía, y ella le sonrió felina, consciente de sus efectos sobre él. De un taconazo rápido, la mujer cerró la puerta verde a su espalda y reptó hacia el chico.

—Ángela... —musitó él con adoración indiscutible y se abalanzó sobre ella en un gesto tan nuevo para él como habitual para ella.

La abogada entreabrió su boca y consintió que fuera él quien la buscase y bebiese de ella, insaciable. David perdió y recuperó la cordura mil y una veces dentro de ese pozo húmedo y oscuro que era su boca y que sabía a sexo, lujuria, ¿y sangre? Después acercó, con veneración absoluta, sus manos tímidas y temblorosas a los pechos de la mujer, prisioneros bajo una blusa roja de raso.

—¿Se puede? —preguntó el muchacho entre el respeto y el deseo.

—Siempre —respondió ella con hambre desmedida.

Y se abrió la camisa para él ante un baile de botones plateados y díscolos que saltaron de sus ojales. David salivó al ver el encaje negro del sujetador y emitió un gruñido animal que dejaba bien claro su gusto por la lencería femenina. Ángela, a su vez, le rasgó la camisa sin contemplaciones y se alzó la falda-lápiz hasta las caderas. El apetito de ésta se había tornado cada vez más violento y, allí mismo, contra la misma pared que había contenido el temblor del muchacho minutos atrás, ella exigió más, mucho más. David se despojó con torpeza de los pantalones y entró en ella en un murmullo de gozo y frenesí. Unidos como bestias, hicieron el amor el uno contra el otro hasta secarse y despojarse de sus máscaras, hasta quedar únicamente ellos.

—¿Qué piensas, Ángela? —le preguntó él con ojos soñadores mientras, desde arriba, le servía un café recién hecho en la cocina.

—¿Quién, yo? —respondió ella en un gesto de sorpresa, como si acabara de regresar de algún sitio lejano.

—Estás ausente... —susurró cariñosamente el chico antes de agacharse y robarle un beso de amor en los labios.

Ella sonrió como si aquel gesto le hubiera dolido, frunció los labios, se aferró a la taza humeante y cabeceó con tristeza.

—¿Qué me has hecho? —musitó la mujer en un sonido casi imperceptible que, de algún modo, se las arregló para alcanzar y mimar las orejas del joven.

David la abrazó desde la espalda y le dijo dos palabras que lo cambiarían todo en su vida, en la de él y en la de muchos otros:

—Te quiero —le confesó al oído desde atrás, aferrado a ella y al

contacto de su cuerpo.

Ángela dejó caer la taza de café a la mesa, turbada, y, sin dar muestras de estar sintiendo las quemaduras por el líquido negro y ardiente que bañaba su piel desnuda, se giró y alzó la cabeza hacia él con el espanto cosido al rostro.

—¿Qué me has hecho? —repitió de nuevo incrédula, en voz alta ahora.

—Que... creo que te quiero —dudó David con el estómago encogido por los nervios y por miedo al rechazo—. ¿Está... mal?

Los ojos de ella se cristalizaron y amenazaron tormenta.

—¿Tú me quieres? —repitió la otra, procesando esas palabras que ella sintió como dagas afiladas en su cuerpo.

David cabeceó afirmativamente con la sonrisa más dulce que ella jamás hubiera presenciado. La mujer dio un respingo en su asiento al notar un pequeño movimiento dentro de su corazón.

—¿Qué ha sido eso? —pronunció aterrada tocándose el pecho con ambas manos.

—¿El qué? —quiso saber su enamorado.

—Ese golpe, como una llamada de nudillos en mi tórax... —respondió la mujer desnuda con auténtico desconcierto.

—No sé... Habrá sido un latido de corazón —apuntó el otro sin más.

—Creo que debo irme de inmediato —dijo ella alzándose con decisión del asiento.

La taza vacía rodó por la mesa ante el brusco movimiento de sus brazos y terminó por estamparse en el suelo. David observó la escena imaginando que su corazón era aquella taza, chocando contra Ángela y haciéndose irremediabilmente añicos.

—¡Espera un minuto, por favor! —le rogó tomándola suavemente del brazo teñido de café.

—¿Para qué? —contestó la mujer, que había recobrado su frialdad habitual.

—Tengo algo para ti... —sonrió el chico sin dejarse amilanar.

«No te vayas, por favor, no huyas. Te quiero. No importa lo que diga mi madre...»

—¿De qué hablas? —preguntó ella mientras recorría con la vista el espacio para tratar de localizar su ropa y escapar cuanto antes de ahí.

—Tengo un regalo. Para ti —volvió a decir sonriente—. ¡Dame un segundo y vuelvo!

—¿Un regalo? ¿Para mí? —repitió la boca de Ángela cuando éste ya se había ido, escaleras arriba, en busca de la sorpresa.

La tormenta se desató finalmente en sus ojos y dos nuevos latidos le golpearon desde dentro.

—¿Qué me está pasando? —repitió, cada vez más confusa y asustada.

David regresó sin aliento, resoplando a causa de la carrera improvisada, con la mirada luminosa y expectante.

—Toma, Ángela —le dijo alargando el brazo.

Ella titubeó un rato, paseó la mirada por el objeto que le ofrecía, volvió a refugiarse en los risueños ojos azules de él y supo que lo acabaría aceptando.

—¡Maldita sea! —blasfemó con la cara mojada por algo húmedo y extraño que se le derramaba por los ojos—. ¡Un regalo para mí!

Lo sostuvo entre sus manos y ahogó un grito al descubrir que se trataba de un diario, ¡un jodido diario!

—¿Y esto?

—Tú me dijiste que el diario me uniría a mi madre y a mis recuerdos, ¿verdad? —le recordó él—. Pues quizá este diario te una más a los tuyos y a mí —dijo de carrerilla después de haberlo ensayado infinidad de ocasiones frente al espejo.

—Ohhhh —acertó a responder—. ¡Tengo que irme ahora mismo!

Y, cinco minutos más tarde, una abogada a medio vestir huía de la casa, del chico y de aquellos latidos con un libro entre las manos. David la vio alejarse por las calles sin saber qué pensar, pero decidido a no creer las locuras que su madre le había comunicado en sus sueños.

—La Muerte dice... La Muerte. ¡Pffffff! —exclamó, y enfiló hacia la cocina para arreglar aquel desastre de café y porcelana.

Se sacudió los recuerdos a base de rabia, observó el diario entre temerosa, molesta y ¿feliz?, se aproximó hacia él y lo recogió con mimo del suelo. Recuperó la posición inicial sobre la camilla del depósito de cadáveres en la que acababa de comer y comenzó a escribir de nuevo en él...

¡Me cago en todo!

¡La Muerte escribiendo un diario! Y todo, ¿por qué?
¡Por ese muchacho de ojos azules, ladrón de ... de..., no sé de qué, pero ladrón al fin y al cabo!

¿No va y me dice que me quiere el muy..., el muy...?

¿No va mi pecho y le responde? Pero esto se acabó.
Mañana mismo voy a su casa, me embarazo y me lo como.

¡Que se joda!

Diario de David (II)

Santurce (Vizcaya), viernes 17 de febrero, 2017

Veamos, ¿dónde lo dejamos el otro día, diario? Te conté los sueños con mi madre y poco más, ¿verdad?

Pues a ver qué tal me sale la segunda entrada, aunque ya te adelanto que hice lo que me pidió aquel río del sueño... lo del diario para ella. Lo hice, ¡y nada! Mira, te cuento cómo fue:

Ayer por la tarde apareció Ángela en casa. No habíamos quedado ni nada, como es costumbre en ella. Y es cierto: nunca sé cuándo aparecerá, cuánto tiempo se quedará, si vendrá durante el día o en mitad de la noche, si se quedará a dormir..., nada. Me tiene loco.

Abrí la puerta sabiendo de sobra que era ella, pues la había olido (sí, olido) mucho antes de que tocase el timbre. Es extraño, pero puedo notarla a gran distancia; además, es percibir su olor y enloquezco. Siento que pierdo mi ser y mi raciocinio ante su presencia, tan sólo con olerla, y que debo, DEBO entrar en su cuerpo, tan profundamente como pueda, para recuperarlo o enloqueceré de veras.

Y no fue una excepción ayer. O sí. Estaba deslumbrante, sexy, peligrosa y acabamos haciéndolo en el pasillo a lo bestia. Al principio todo fue como en nuestros encuentros anteriores: sexo, sexo y más sexo sin apenas hablar. ¡Vamos, el puto amo! ¡La envidia de mis amigos! Pero yo quería más, necesitaba más de ella. Varias veces me mordí la lengua para no decirle de nuevo que la amaba, que quería pasar mi vida junto a ella (sí, lo sé, soy un *pringao* de cojones al enamorarme de la primera mujer con la que me he acostado en mi vida), pero entonces sucedió algo, ¿sabes?

Acabábamos de entrar en la cocina. Ella se había acomodado, desnuda y ausente, en una de las sillas frente a la mesa principal y yo le estaba sirviendo un café recién hecho. La llamé en voz baja para no sobresaltarla y, cuando me miró, habría jurado en ese momento que yo también significaba

algo para ella; habría jurado... que también ella me necesitaba a mí. Parecía incluso frágil. No sé explicarlo, pero el miedo que en ocasiones me produce casi desapareció y no me pude contener más.

Se lo confesé, le dije que la quería.

Me miró espantada, aterrorizada, como si le hubiera dicho que iba a matar a toda su familia o alguna barbaridad similar. Al principio pensé que era a causa del café que había volcado de la taza, pero ni se inmutó, ¡alucina! Café ardiendo tanto por su brazo como por su pierna derechos, achicharrándole la piel; y ella, inalterable, mirándome con una especie de locura aterrada y febril en los ojos.

Entonces me entró el pánico a mí, ¿sabes? Por si se iba de mi vida. Pánico a que se distanciara y me dejara solo y perdido en este nuevo mundo que, para mí, solamente tiene su nombre. ¡Sentí tanto miedo de perderla que podría haber cometido cualquier locura, cualquiera! Sabía que ella se estaba preparando para alejarse de mí, como si yo la dañara, y no podía permitirlo. Recordé lo del diario y me apresuré a regalárselo.

Tenías que haber visto el asombro asomado a sus ojos y a esa boca abierta que la hacía aún más bella e, incluso, pequeña. Como una niña pequeña, eso es. Dijo algo extraño (hasta para ella) sobre su corazón, vertió unas lágrimas y escapó de mi lado a la carrera.

Y no he vuelto a saber de Ángela desde entonces. Más de veinticuatro horas en las que no he querido moverme de aquí por si aparecía, por si volvía a buscarme. Pero no ha venido y su contestador repite estúpidamente que el número al que llamo está apagado o fuera de cobertura. ¡Me cago en todo! No sé ni dónde vive ni trabaja, ni cómo encontrarla. Sólo puedo esperarla aquí y rezar para notar su olor acercándose a mí un día más. Lo de matricularme en el curso de diseño puede esperar unos días más. Ahora..., ahora sólo quiero que vuelva, ¡joder!

Eso respecto a ella. Vayamos ahora a la otra mujer que también me tiene *amargao* de la vida: mi madre. Se suponía que, si convencía a Ángela para que usara el diario, si se lo daba, a cambio volvería a encontrarme con ama en sueños, ¿verdad? ¡Pues nada de nada! Vamos, que no te fíes jamás de lo que te dice un río cantarín cualquiera, porque miente aunque no tenga boca. Me acosté pensando en tener un reencuentro con ella, pero no ocurrió nada: ni jardín mágico, ni madre convertida en niña... Y ahora no sé qué esperar de ella. ¿Tampoco volveré a...?

¿ESTÁS AHÍ?
¿?

David soltó el bolígrafo sobre la mesa, aterrado, y espetó un «¡Me cago en la puta!» cuando vio que, bajo las líneas que él estaba escribiendo, aparecían, como por arte de magia, aquellas misteriosas palabras.

¿ESTÁS AHÍ?

Volvió a aparecer. El muchacho se santiguó, se levantó muy lentamente y, sin quitarle el ojo de encima al diario (como si éste fuera un depredador a punto de saltar sobre él), se alejó en movimientos estudiados y pausados de la mesa en la que estaba escribiendo. Nuevas letras surgieron de la nada, pero él ya estaba demasiado lejos del objeto endemoniado para lograr descifrar su significado.

—¿Qué coño es todo esto? —dijo en voz alta, buscando un sonido familiar que lo tranquilizara, aunque fuera su propia voz.

El diario se alzó en el aire con suavidad y danzó torpemente ante sus ojos. El chico reculó en pequeños pasos titubeantes para escapar de su proximidad, pero el libro cada vez acertaba más las distancias entre ambos. Trató de avanzar unos cuantos pasos más hasta que la pared traidora le comunicó que no había huida posible. Podría haber intentado escapar hasta la puerta. Quizá, en una alocada carrera lo conseguiría, conseguiría llegar hasta ella y cerrarla tras él. Sin embargo, el miedo había paralizado sus extremidades y el corazón le empezó a latir con tanta violencia que pensó que aquélla sería su última visión en vida antes de palmarla de un infarto o de un ataque de pánico.

En ese momento el libro efectuó un par de vueltas teatrales sobre sí mismo a la altura de la cara de David y se abrió sugerente como una bailarina oriental. Las hojas de éste se deslizaron con parsimonia, a modo de velos que mostraban y ocultaban secretos a un tiempo, hasta que detuvieron su danza en la última página escrita.

¿HIJO MÍO, ESTÁS AHÍ?

Eran las últimas palabras que se habían perfilado solas.

—¿Ama? —preguntó David al aire, oscilando entre la incredulidad y el alivio.

SÍ, SOY YO.

—¿Por qué no apareciste anoche? ¿Por qué te «muestras» de este modo? ¿Pretendes que no llegue a viejo y matarme de un jamacuco o qué? — trató de bromear el chico—. Además, no es por ser desconfiado, pero... ¿cómo puedo saber que eres tú? Porque esto es inquietante de cojones.

El diario empezó a sacudirse, como aquejado de alguna posesión endemoniada chungu, mientras un sinfín de palabras surgían en tinta negra, violando la virginidad del papel.

¿ MÁS INQUIETANTE QUE UNA MUJER HECHA Y DERECHA TE
SAQUE DEL ORFANATO,
TE SOLUCIONE LA VIDA Y SE ACUESTE CONTIGO SIN MÁS?
¿MÁS INQUIETANTE QUE EL HECHO DE QUE SE LE DERRAME
EN LA PIEL CAFÉ ARDIENDO Y QUE NO MUESTRE SIGNOS DE
DOLOR MIENTRAS,
A SU PASO, SURGEN AMPOLLAS COMO CHAMPIÑONES DE
GORDAS?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó otra vez David, quien se había acercado, a su pesar, para leer el nuevo texto.

Después se alejó asustado para recuperar su posición inicial junto a la pared que antes había tildado de enemiga y que ahora, en cambio, le ofrecía una sensación de cobijo, seguridad y alivio. Le aterrorizaba menos aquella extraña escena que se estaba dando ante sus ojos que verse forzado a procesar esas palabras ajenas de las que había conseguido abstraerse y mantener alejadas de forma inconsciente. ¿Por qué? ¿Para qué? Sus lágrimas le dieron

la amarga respuesta: para ser feliz todo lo que pudiera. Una semana, un mes, un año, toda la vida... Pero ahí estaban las palabras espabilando a su consciencia dormida, rasgando su escenario de felicidad de cartón piedra.

—¿Cómo sabes todo eso? —repitió sorbiéndose las gotas de tristeza.

LO HAS ESCRITO TÚ MISMO HACE UN RATO EN EL DIARIO,
MENDRUGO.

—¿Ama, de verdad eres tú? —sonrió débilmente al escuchar aquella palabra que lo trasladó a su infancia y a sus recuerdos más enterrados—. Dime algo que me tranquilice y quite las dudas...

COGE EL LIBRO DE UNA VEZ Y VUELVE A LA MESA AHORA
MISMO, ANDA.

—¿Nada, mamá? —preguntó, decepcionado.

ME ACABAS DE LLAMAR «MAMÁ», DAVITXU. SABES QUE SOY
YO, PERO TE DIRÉ ALGO QUE SÓLO YO PUEDO CONOCER ADEMÁS
DE TI.

AQUELLA TARDE EN LA QUE «ME FUI»,
TÚ HABÍAS DIBUJADO A NUESTRA FAMILIA EN UN FOLIO,
¿LO RECUERDAS?

Y, EN EL DIBUJO, AÑADISTE A DOS PRESENCIAS QUE NO
DEBERÍAN
HABER ESTADO AHÍ.

¿LO RECUERDAS, MI AMOR?

David se llevó las manos a los labios para ahogar un grito al sentir el mordisco del miedo en su estómago. Asintió con la mirada trastornada, se atrevió a tomar el diario flotante y regresó con él al punto de partida.

—Creo que lo recuerdo, ama —confesó entre temblores—. Había una ventana, algo tras ella, una niña pequeña y un muñeco. ¿Un osito, puede ser? —dijo, luchando por disipar las telarañas de su memoria.

ESO ES, TESORO.

—¡Vaya! ¿Y quiénes eran todos ellos? —preguntó al final mientras tomaba asiento.

El diario se mantuvo unos segundos inmóvil, dubitativo, hasta que, finalmente, nuevas palabras se imprimieron en él:

LAS QUE NO SE PUEDEN NOMBRAR,
MIS CARCELERAS Y ASESINAS. LAS MISMAS QUE TE BUSCAN
Y TE QUIEREN AHORA A TI;
LAS MISMAS DE LAS QUE TE PIDO QUE TE ALEJES, POR
FAVOR. SÁCALAS DE TU VIDA Y ABANDONA ESTA CASA.
ABANDÓNAME INCLUSO A MÍ, SI ES NECESARIO,
PARA DESLIGARTE DE ELLAS. ¡POR FAVOR!

—Ama, no me pidas eso... La amo y quiero tenerla en mi vida.

¡PERO CON ELLA NO TENDRÁS VIDA SINO MUERTE! MUERTE,
DOLOR, DESTRUCCIÓN.

—Estás equivocada, amatxu. Todos moriremos un día e ignoramos cuándo. Creemos que somos inmortales, hacemos planes (a corto y largo plazo) dando por hecho que los cumpliremos, que llegaremos para verlo; pero no es así, mamá. No es así. Yo mismo puedo morir ahora, justo «delante» de ti, o esta noche. O pasado mañana, dentro de un mes... No lo sabemos. Por eso, ama, no me vale que me digas que ella es la Muerte o que

me traerá la muerte si continúo con ella. Porque la quiero y vivir sin amor, sin amar ni ser amado, sí que es morir, mamá. Y yo no quiero eso. Mi objetivo es ser feliz lo poco o mucho que esté aquí en este mundo, ¿sabes? ¿Que son cuatro días? Bienvenidos sean si vienen acompañados de sonrisas que no se agotan, miradas de complicidad y alegría, mamá. Prefiero esos cuatro días felices que cuarenta años manchados de soledad y tristeza.

¡ PERO ELLA TE DESTRUIRÁ, HIJO MÍO!
SE LLEVARÁ TODO DE TI Y SUFRIRÁS TODA LA ETERNIDAD.
ADEMÁS, ¿QUIÉN TE DICE QUE NO CONOCERÁS DENTRO DE DOS
DÍAS A LA FUTURA MADRE DE TUS HIJOS, A UNA MUCHACHA
BONITA DE TU EDAD Y DE TU MUNDO?

—Ama, ella es de MI MUNDO porque mi mundo es ella. Sé lo que quiero. No insistas. ¿De verdad te apareces así, asustándome hasta acojonarme, porque no te gusta tu nuera? —dijo David con un movimiento hastiado de cabeza y el bolígrafo bailando entre sus dedos.

¡ELLA (Y MI HERMANA) ME MATARON! ¡TIENES QUE
CREERME!

—Ama, ahora mismo lo que creo es que estoy fatal de la azotea, que todo esto no es real y que se trata de otro maldito sueño. Por cierto, ayer no viniste...

NO.

—¿Por qué?

ME DESCUBRIERON.
DIGAMOS QUE ESTOY... CASTIGADA.

NO CREO QUE PUEDA VOLVER A HUIR DE MI PRISIÓN. NO
TENGO FUERZAS Y ESTOY MUY MALHERIDA. ADEMÁS, HAN
DESTRUIDO EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS, PERO HA VALIDO LA PENA
CON TAL DE QUE LE DIERAS EL DIARIO.
ES MI OPORTUNIDAD DE CONSEGUIR...

—¿Conseguir qué, ama?

HUMANIZARLA. QUE ELLA JUEGUE EN TU TERRENO EN
LUGAR DE TÚ EN EL SUYO. DERROTARLA Y QUE TÚ GANES, AMOR
MÍO.

—No sé de qué hablas, en serio. A veces pienso que estoy pirado y que
todo esto es producto de mi cabeza, ¿sabes?

CARIÑO, ESCUCHA. ES MÁS QUE PROBABLE QUE NUNCA NOS
VOLVAMOS A VER, NI SIQUIERA CON MI APARIENCIA DE NIÑA.
ES PROBABLE QUE NUNCA PODAMOS ABRAZARNOS DE
NUEVO
NI SENTIR TU CORAZÓN JUNTO AL MÍO.
CADA DÍA QUE PASA SOY MÁS DÉBIL Y NI SIQUIERA SÉ SI
PODRÉ SEGUIR EN CONTACTO A TRAVÉS DE LOS DIARIOS.
SI ME DESCUBREN O ME AGOTO... ADIÓS.
NECESITABA DECIRTE Y PEDIRTE TRES COSAS...

—Dime, amatxu. Haré cualquier cosa por ti excepto dejar esta casa y a
ella. Pero cualquier otra cosa... lo haré, te lo juro.

LA PRIMERA:
QUE NO ME OLVIDES NI PIENSES QUE TE HE OLVIDADO YO SI
JAMÁS VUELVES A SABER DE MÍ, PORQUE NI LA MUERTE ME
PODRÁ SEPARAR DE TU CORAZÓN, TESORO MÍO.

TE QUERRÉ POR TODA LA ETERNIDAD.
Y PERDÓNAME SI TE HICE DAÑO, SI MI CARENCIA TE HIZO UN
NIÑO TRISTE Y SIN AMOR.
PERDÓNAME POR TODOS MIS AÑOS DE AUSENCIA, POR NO
HABER ESTADO A TU LADO. PERDÓNAME...

—Ama, no te perdono porque no tengo nada que perdonarte. Hubo un tiempo en el que te odié, sí, y pensaba que me habías olvidado porque tu cuerpo jamás apareció. Nunca supe nada, y la rabia y el dolor de imaginarme rechazado, de pensar que estabas por ahí con otra vida (u otra familia) y que me habías abandonado me hicieron compañía demasiado tiempo. Pero también pasó. Crecí y supe que algo muy grave debía de haberte sucedido para que me dejaras aquella tarde. Aún recuerdo tus abrazos, tus cuentos a la hora de acostarme, tus juegos y tu risa, mamá. Te quiero. Y paro ya, que me estoy poniendo muy femenino... —rio mientras secaba el río de sus mejillas.

¡FEMENINO, FEMENINO!
QUÉ TONTERÍAS TENÉIS LOS CHICOS.
¡COMO SI LAS LÁGRIMAS O LAS EMOCIONES FUERAN UN
INVENTO FEMENINO!

—¡Mamá!

¿QUÉ?

—¿Has venido del Más Allá para echarme una charla sobre afectividad y tópicos masculinos? ¿En serio?

PERDONA, CIELO. PERO, AUNQUE NO TE LO CREAS, ESTO ME
HACE SENTIRME MÁS VIVA QUE CUALQUIER OTRA COSA.
POR UN SEGUNDO, CASI ME HE SENTIDO COMO UNA MADRE
MÁS; CASI ME HE OLVIDADO DE QUE ESTABA, DE QUE ESTOY...

MUERTA.
LA SEGUNDA PETICIÓN ES...

—¿Ama? ¿Estás ahí? ¿Por qué te has detenido?

(...)

—¿Ama? —preguntó nuevamente David, asediado por la inquietud.

CIELO, DEBO IRME AHORA MISMO.

—¡No! ¡No te vuelvas a ir, por favor!

CARIÑO, ESTÁ A PUNTO DE REGRESAR
A LA CUEVA.
SI ME DESCUBRE CONECTADA A TI,
SERÁ MI FIN.

—¿Y las otras dos peticiones, ama? Escríbemelas, por favor.

SERÉ RÁPIDA, TESORO. LA SEGUNDA:
QUE, SI TIENES CUALQUIER PROBLEMA, DUDA, PREGUNTA O
MIEDO, TRATES DE CONTACTAR CONMIGO A TRAVÉS DEL DIARIO,
Y QUE ME PROMETAS QUE JAMÁS LO DEJÁRAS AL ALCANCE
DE ELLA. ¡PROMÉTEMELO!

—Lo prometo. Te escribiré a menudo, ama, por si me lees. Por si vuelves a mí. Lo juro. Lo haré y protegeré el diario como un tesoro de la vista

de todos los demás. Estate tranquila.

NO, NO LO ESTOY, DAVID.
CREO QUE CORRES PELIGRO,
PERO AÚN NO ESTÁS PREPARADO PARA ESCUCHAR Y CREER
LA VERDAD.
SÓLO TE PIDO QUE, CUANDO LA DESCUBRAS, CUANDO SEAS
CAPAZ DE VERLA O SENTIRLA POR TI MISMO, O BIEN TE NOTES EN
PELIGRO, ABANDONES ESA CASA MALDITA (Y A ELLA)
SIN MIRAR ATRÁS, SIN IMPORTAR LO QUE DEJES A TU
ESPALDA. ¡CORRE!

—Lo haré, en serio. Pero exageras: si ella fuera lo que dices, ¿no estaría muerto ya? Creo que me quiere, ama; y yo a ella. ¿Por qué si n...? —
David dejó de hablar cuando el bolígrafo comenzó a danzar poseído sobre el diario.

NECESITO, HIJO MÍO, NECESITO SABER QUÉ FUE DE TI
AQUELLA TARDE Y LAS SIGUIENTES. CUÉNTAMELO, POR FAVOR.
ESCRÍBELO AQUÍ MISMO. NECESITO SABERLO, LO
NECES.....

.....

—¿Ama? ¿Ama? ¿Te has ido, verdad? —gritó al aire con un poso de amargura.

Aguardó unos largos minutos, que le bastaron para acumular balsas de tristeza en los lagrimales y, cuando comprendió que no volvería a dibujarse ninguna otra palabra, se levantó del asiento con la apatía pegada al corazón como un incómodo y sucio chicle.

—¿Y así se acaba todo otra vez, mamá? ¿Otra vez me abandonas? —
chilló mezclando furia con lágrimas mientras intercalaba miradas fugaces al libro con la estúpida esperanza de que volviera.

Pero no lo hizo.

—Está bien —concedió derrotado.

Recuperó la silla abandonada después de alejar el libro de él, enterró el rostro entre sus manos, y lloró todas y cada una de las lágrimas acumuladas que, a fuerza de coraje y empeño, no había vertido desde aquella noche lejana en la que, con siete años, se juró que no volvería a llorar por ella. ¡Y vaya sí lo cumplió! Fue la última noche en la que se durmió empapando la almohada, pudriéndola a base de llamarla en sus sueños y no hallarla.

Media hora más tarde, se obligó a comer algo y a darse una ducha que se llevara los últimos restos de desdicha, y volvió al diario con la determinación de un soldado que aspira a la gloria. Escondió los temblores de sus dedos con toses infantiles y se dispuso a escribir la carta más dura a la que jamás se enfrentaría...

Carta para ti, ama:

Lo que fue mi vida sin ti

Hola, ama:

Hará una hora que te has ido de mí y parece que hayan transcurrido ya años, muchos años. Imagino que es lo que sucede cuando quieres mucho a alguien. Porque necesito que lo sepas, mamá: te quiero, ¿vale? Ahora me doy cuenta de que siempre lo he hecho, incluso cuando pensaba que te odiaba y deseaba que te murieras por no estar conmigo. Y resulta que ya lo hacía...

Me preguntas por esa tarde y por todas las demás, que fueron demasiadas, sin ti. Bueno, pues aquí me tienes, listo para regalarte mi vida en litros de tinta y kilos de papel. Ahí voy...

Recuerdo que ese día era mi quinto cumpleaños y que me habías regalado unas cajas de pinturas de colores muy chulos y yo me moría de ganas por estrenarlas. Pero me enfadé contigo porque me dijiste que iríamos a ver a la amama^[2] otra vez. Entonces me escondí en mi habitación para molestarte y me puse a hacer un dibujo. Hacía mucho frío en el dormitorio, mucho, como si mi rabia lo produjera.

Recuerdo oír tu voz llamándome desde la otra punta de la casa pero, ahora que hago memoria, recuerdo otra mucho más cercana, una voz que susurró, pegada a mí, las siguientes palabras:

—Escóndete en el baño, niño, y así no tienes que ir a ver a la abuela.

Así, me llamó: niño. ¿Sabes por qué me acuerdo? Porque soñé muchas noches con esa voz dentro de mí repitiéndome la frase, haciéndome sentir culpable. Sí, ama, me sentí culpable y mucho, tanto que hasta hoy no he sido capaz de verbalizarlo, ni siquiera en mi mente. Te preguntarás por qué un crío se va a sentir culpable de lo que pasó, ¿verdad?

Ama, perdóname por lo que voy a contarte, pero aquel día, mientras estaba encerrado en el baño, deseé que te murieras por obligarme a ir otra vez a ese sitio horrible, lleno de gente chillona, donde estaba la amama. ¡Pero yo

no lo decía en serio! ¡No sabía lo que decía! Aita ^[3]se había muerto hacía poco y me salió decir eso, pero yo no quería que te murieras, de verdad. Perdóname, por favor. Por eso prefería pensar que te habías ido con otra familia, por ser un niño malo, a que te hubieras muerto por mi culpa. Yo no te odiaba, ¡me odiaba a mí porque sentía que yo te había matado! Y nunca apareciste, nunca...

Cuando fui a salir del servicio, comprobé que no podía. La manilla se había atascado y no era capaz de bajarla. Quise gritar pero, en ese momento, te escuché hablando con alguien. No oía tus palabras, pero sí el sonido de tu voz. Parecías alterada. Recuerdo que puse la oreja pegadita a la puerta para tratar de escuchar qué estaba ocurriendo ahí fuera, pero la superficie estaba tan helada que me abrasó la piel. Me aparté de ella de un salto y chillé de dolor. Entonces, apenas unos segundos después, la manilla se dobló sola y la puerta se entornó para invitarme a salir.

Y eso hice. Salí corriendo a buscarte. La entrada principal estaba abierta. Te llamé a gritos por toda la casa; primero, sin moverme del sitio; después, sin dejar de hacerlo. Registré cada habitación, cada mueble, cada rincón. Te llamé durante horas, ahogado en lágrimas y en gritos que nunca recibieron respuesta. Cuando ya estaba afónico y sin fuerzas, me tiré al suelo y todavía recuerdo seguir llamándote en susurros hasta que alguien tiró de mí y me izó del suelo.

—David, cariño, ¿qué haces aquí solo? ¿Y tu ama? —me dijo la voz.

Me limpié las lágrimas y, cuando vi que se trataba de la vecina (ni siquiera me acuerdo de su nombre), me abracé a ella gritando:

—¡Mamá no está! ¡Mamá se ha ido!

Es extraño, realmente muy extraño, porque puedo evocar la escena con tanta nitidez que asusta. Puedo notar el regusto amargo del miedo, de la rabia y la culpa bailando dentro de mi garganta. Recuerdo también el frío que hacía en aquella casa vacía (porque ya no estabas tú), y recuerdo cómo dicho frío se vino conmigo esa misma noche al centro de acogida, un frío que jamás llegó a irse del todo.

Los primeros días fueron duros, ama realmente muy duros. La gente adulta cuchicheaba en mi presencia, como si yo no me diera cuenta de ello por ser pequeño, y algunos decían que te habías suicidado; otros, que estabas loca como tu madre y que me habías abandonado... Y yo cada noche me acostaba llorándote hasta que me dormía de puro cansancio. Así, cada día durante mucho tiempo.

Hasta que prometí no llorarte más.

Y cumplí.

Y me fui olvidando de ti, porque hacerlo era olvidarme también de mí, de aita, y de la familia que un día fuimos y cuyo recuerdo siempre me escocía los ojos. Os olvidé y permití que la madre Mercedes ocupara tu lugar y llenara mis huecos, mis dolores y soledades.

Y fingí, mamá, fingí... como un cabrón. Fingí que nunca exististeis y me olvidé de que una vez lo fuiste todo en mi vida; me olvidé de la presencia helada que todavía, a veces, me perseguía, y me olvidé también de quién era yo.

Y me convertí en otro.

Y fui feliz, mamá, muy feliz en ese hogar para niños tristes donde recibí mucho cariño y se me permitió inventarme un nuevo «yo» que no me ahogara, que me ayudara a avanzar sin volver la vista atrás. Me dejé vencer por la sensación protectora de pertenecer a un lugar y a alguien, y continué mi vida sin ti.

¿Y sabes qué es lo peor, lo que más me avergüenza de todo, mamá? Que no fue difícil traicionarte. No lo fue. Hice grandes amigos en el centro, me dejé querer por ellos y yo los quise a ellos también. Y reí, y crecí. Y unos brazos que no eran los tuyos me abrazaron cada vez que estuve enfermo, triste o enfadado. Y lloré en un pecho que no era el tuyo. Perdóname, mamá, por dejar que otro cuerpo me consolara como a un hijo, por serte infiel y olvidarte, por no haber sido un buen hijo...

David se detuvo. Las lágrimas apenas le permitían seguir escribiendo. Se las limpió con incomodidad evidente y comprobó que éstas no sólo habían emborronado su visión sino también el propio papel. Rio ante la ocurrente duda de si un fantasma entendería lo escrito bajo aquellas balsas delatoras de agua, tomó una bocanada de aire y regresó a la carta con una nueva sonrisa floreciendo en sus labios...

Fui un adolescente alegre, amatxu, con muchos amigos tanto dentro como fuera del centro de acogida, sobre todo cuando entré en el instituto. Ellos sabían que yo era diferente, pero me permitieron fingir que era uno más a pesar de no ir nunca de botellón con ellos los fines de semana ni salir con

chicas, fumar o, incluso, tomar parte en conversaciones sobre programas de televisión que a mí me sonaban a chino puesto que en el Centro apenas la veíamos. Fueron años dulces, te lo prometo, años en los que me dediqué a estudiar mucho, a leer todavía más, a charlar y reír con los amigos y, sobre todo, a dibujar. Dibujaba todo lo que veía, recordaba y soñaba, ama.

Todo... menos a ti. Perdóname.

Dibujar se convirtió en mi vida esos últimos años y las monjas siempre me alentaron para que continuara con ello. Me regalaron una mesa de dibujo, material y siempre me animaron, siempre.

He sido un chico afortunado pese a todo, debes creerme.

Y perdonarme.

Por esas cosas terribles que deseé aquel día, por olvidarte y traicionarte, por haber seguido a pesar de ti. Perdón por haberte hecho esperar cada día mi regreso y GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS por haberme aguardado todo este tiempo pese a mi olvido, por no haberme borrado de tu memoria, por quererme más allá de la vida.

Eso es todo lo que puedo decirte de estos años sin ti, ama.

Ahora mismo me encuentro confuso. Supongo que ha sido demasiado tiempo teniendo todo esto enterrado y ahora..., ahora me siento revuelto, miserable, sucio y dolorido. Y, justo cuando recupero estos recuerdos, estos sentimientos, ¿ya no estás? ¿De verdad que ya no volveremos a vernos? ¿Que no podré darte ese abrazo que tanto necesito darte ahora?

Ama, vuelve a mí, por favor. Busca el modo de encontrarme en mis sueños...

Y o, entretanto, te escribiré cada vez que pueda para compartir contigo mis sueños, mis preocupaciones y proyectos. Quiero ser dibujante o diseñador gráfico, me da igual, pero quiero ganarme la vida con mis dibujos y podré realizar ese sueño junto a Ángela (mamá, por favor, dame/ dale una oportunidad de demostrarte que te equivocas, que es buena y me quiere). Voy a matricularme en un curso que tiene una duración de dos años y, cuando tenga el título, abriré mi propio estudio gracias a la herencia. Nada va a ir mal, ama, ya verás.

Sólo que..., igual te parece una tontería, ama, pero me corta un poco saber que puedes leer todo lo que ponga aquí. No sé si me entiendes. Una cosa es escribir un diario y poner lo que me salga de la napa; y otra muy distinta, escribir a una madre, por muy muerta que esté. Porque yo sí que me muero de vergüenza ahora que caigo en que has leído todo lo que he escrito con

anterioridad, las cosas que he hecho con Ángela... Yo... no creo que pueda seguir usando el diario de un modo honesto si sé que otra persona (tú) lo va a leer. ¿Y no es ése el fin de tener uno?

David suspiró. Ahora le estaba echando la bronca a su madre por espiarlo. El aguijón de la culpabilidad volvió a acosarle las pupilas. Soltó el bolígrafo y se masajeó ligeramente la sien, con los ojos cerrados, en un vano intento de obstaculizar una amenazante migraña. Cuando volvió la vista al diario, se encontró con una nota escrita con letras temblorosas:

NO TE PREOCUPES, CARIÑO.
PROMETO LEER SÓLO LO QUE TITULES «CARTA PARA AMA».
TE PROMETO RESPETAR TU PRIVACIDAD Y NO LEER, NUNCA
JAMÁS, AQUELLO QUE NO VAYA DIRIGIDO A MÍ, AMOR MÍO.
GRACIAS POR ESTA CARTA.
LA NECESITABA.
YO TAMBIÉN TE QUIERO Y SIEMPRE HE SABIDO QUE TÚ
TAMBIÉN ME QUERÍAS.
NUNCA HE DUDADO DE ELLO.
TE QUIERO, PEQUEÑO.
AHORA DEBO IRME...

—¡Vaya, ama! —exclamó el chico torciendo una sonrisa alegre—. ¿Has vuelto? ¿Qué ocurre allá donde «vives»? ¿Por qué no puedes quedarte más tiempo? ¿Yo también quiero saber de ti! ¿Amaaaaaaa? ¿Ama?

Sintiendo que vivía un gigantesco *déjà vu*, se concentró en el folio en blanco en espera de una respuesta, mas nada sucedió. Asintió con los puños insatisfechos y se dijo que era suficiente dolor por aquel día. Esa noche saldría con los amigos para celebrar su cumpleaños y su «puesta en libertad», como decían ellos entre bromas, y pensaba vivir una noche memorable.

No sabía hasta qué punto llevaba razón...

La gran noche

Bilbao, noche del viernes al sábado 18 de febrero, 2017

Un grupo de muchachos reía bajo una tímida luna menguante que apenas alcanzaba para iluminar los pasos borrachos de aquéllos sobre los adoquines encharcados por la acción de la lluvia.

—¡Ahora yo, ahora yo! —gritó uno de ellos, reclamando la atención mientras el resto se giraba para admirarlo—. BRUAAAAAAAAAAAAAP —eructó hacia el cielo, dejando que la fina lluvia le acariciase la cara.

El resto de amigos le vitoreó por su gran aportación con aplausos y reverencias.

—¡Joder, Andoni! ¡No hay quien supere eso, me cago en la puta! —exclamó Jon, un joven rubio de aspecto desgarrado y asediado por un virulento acné.

—¡Cierto, cierto! —concordó Julen, un chico de piel y cabellos oscuros que destacaba en estatura y complexión sobre todos ellos—. Propongo que le otorguemos esta noche el título (y el premio) de «Míster eructo 2017» y vayamos ya de pubs. ¡Tengo ganas de conocer a unas tías y ligárnoslas!

Todos alzaron su katxi^[4] para mostrar su conformidad y corearon el nombre del afortunado ganador del concurso.

—¡Por Andoni! ¡Que hoy se lleva el premio!

—¡Eh, eh, esperad! —se detuvo con el rostro fingidamente serio el ganador, un chaval rellenito, pecoso y apelirojado—. Ya que es la primera vez (¡pero no la última!) que David se viene de gaupasa^[5] con nosotros y que acaba de cumplir los dieciocho..., ¿por qué no le dejamos hoy el premio a él?

Los otros tres asintieron con sonrisas maliciosas y volvieron sus miradas alcoholizadas hacia él. David tragó saliva, a la expectativa.

—¿Cuál es el premio...? —preguntó dubitativo a sus cuatro amigos, que no dejaban de intercambiarse codazos, risitas y guiños de ojos.

—El super premio dirás... —matizó el cuarto amigo, un chaval de

belleza nórdica de anuncio que respondía al nombre de Christian—. Cuando «contactemos» con un grupo de tías buenorras, tú podrás elegir la que más te guste para ver si te la ligas y tienes suerte —explicó con una sonrisa de dentífrico que haría suspirar a cualquier dentista (hombre o mujer).

—Ohhh —musitó el flamante ganador sin mucha efusividad.

—¡Joder, tío! ¡Que te he donado el premio! ¡Más alegría, caraculo! —le reprendió Andoni.

—A éste lo que le pasa es que nos ha calado —apuntó Jon—, y sabe que, con premio y sin premio, el cabrón de Christian es el que se las lleva a todas de calle.

—Tío, ¡no te pases! —se defendió el aludido—. Además, no creo que David tenga problemas para ligarse a nadie. Recordad que, en clase, las chicas solían ponerle ojitos ante su cara de niño bueno, su pelo rubio y su mirada azul.

—¡Lo que me faltaba! ¡Más competencia! —protestó Julen, propinando una patada a una de las latas de cerveza que empezaban a proliferar sobre el pavimento mojado según se acercaban a la zona de pubs—. ¡Así, con vosotros, no me como un colín en la puta vida!

—Chicos, chicos... —titubeó David mientras se paraba a escasos metros de la puerta de un local llamado Azkena^[6]—. No me interesa el premio...

—¡Joder con el virgen! —rio Andoni—. Cualquiera diría que tú ya te has comido más que un colín...

David carraspeó con cierta incomodidad y desvió los ojos hacia el suelo fingiendo un repentino interés por los charcos que los rodeaban.

—¡No me jodas! Tú... Tú... —le apuntó Christian con el dedo—. ¡Tú has hecho arroz!

—¡Ehh, di algo! —corearon los demás mientras le regalaban pequeños empujones amistosos.

—Pues... —se arrancó al fin David, levantando la cabeza en un acto de orgullo—. Pues... ¡me he empachado, tíos!

—¿Qué? ¡Joder! ¿De qué estás hablando! ¡Cuenta, cuenta! ¡Pero si saliste sólo hace cuatro días de Monjilandia! —gritaron los chicos, pisándose unos a otros en sus preguntas y exclamaciones—. ¿Pero con quién?

—Con mi abogada... —resumió el joven, acaparando las miradas del grupo, cuando las voces ya habían comenzado a extinguirse—. Una mujer de casi treinta años, con curvas de infarto, ojos verdes, pelo castaño muy largo y

un culazo que lo flipáis.

Los chicos enmudecieron del todo. Julen y Andoni abrieron sus bocas como si estuvieran preparándose para iniciar un nuevo concurso de eructos; Christian negó repetidas veces con la cabeza, incrédulo; y Jon, alias Paella, empezó a dar saltos alocados y a reírse con la mandíbula desencajada.

—¡Serás cabronazo! Casi nos lo tragamos, tío —le soltó Jon alternando risas y tragos de su katxi—. ¿Y luego, qué? ¿Se acabó la peli porno y decidiste que era hora de abonarte a Netflix?

Los demás chicos lo imitaron, y se unieron a las risas y a las puyitas graciosas.

—¡Pero que os estoy hablando en serio, tíos! —protestó David.

—¡Que sí, machote, que sí! —respondieron a coro éstos.

—¡Vengan, entremos! Que se me está pasando el pedo y la lluvia empieza a resultar molesta —apuntó Andoni a la vez que encaminaba sus pasos a la entrada del Azkena.

Todos ellos lo siguieron sin dejar de palmotear y vacilar al «virgen» del grupo, quien se tragó su orgullo herido, forzó una sonrisa y se prometió no volver a mencionar a Ángela a los colegas.

—¿Te gusta? —le preguntó Julen al oído a la vez que señalaba con la mano el interior del pub.

—¡Joder, mola un huevo! —asintió David una vez dentro mientras examinaba la colección de bajos y guitarras eléctricas suspendidas en el escaparate—. ¡Y hay buena música!

—¡Hostias, claro! —contestó orgulloso Andoni—. ¿Te pensabas que íbamos a ir a una mierda de ésas de reggaetón o qué?

—¡A mí me gusta esa música, tío! ¡No te pases! —protestó Julen.

—¡Y por eso no te comes una mierda! —gritaron a la vez Christian y Jon mientras chocaban sus puños tras la frase que ya se había convertido en su respuesta para todo.

—Chicos... A las diez y media... ¡fijaos qué grupete más majo! —apuntó Julen, ignorando el comentario y siempre presto para la caza.

—Son seis... —dijo David con desánimo, pues no le apetecía entablar conversación con ninguna de ellas.

—¿Y qué...? —intervino Christian, mirando con evidente interés al grupo de chicas.

—Que nosotros solamente somos cinco... —explicó el otro con cierto fastidio al verse forzado a explicar lo evidente.

—¡No seas tonto! Mejor... Así hay más posibilidades de que alguna pique, cojones —le dijo Jon mientras le propinaba una pequeña colleja que terminó de irritar a David.

Definitivamente, no se sentía a gusto en el local. Quería salir de ahí y refugiarse en la piel de Ángela, hundirse en su cuerpo y aspirar ese olor que le enloquecía. Miró a sus amigos y confirmó una terrible realidad que le confinaría a una soledad amarga: en sólo unos días en libertad, él había crecido, madurado tantos años que las barreras entre ellos se habían ensanchado en lugar de desaparecer, como se había imaginado él, y supo que nunca volvería a sentirse cerca de ellos.

Reprimió sus ganas de huir de aquel sitio y de alejarse de los chavales que habían sido sus amigos desde los doce años, y se dejó guiar hacia el fondo del garito entre empellones y risas hasta que un último empujón lo situó junto al grupo de las jóvenes seleccionadas. Y, de repente, David se vio frente a aquellas chicas desconocidas que reían, charlaban y bailaban al ritmo de Fito y Fitipaldis. Se giró hacia sus amigos implorando auxilio con la mirada de un becerro asustado, pero los muy mamones se habían alejado lo suficiente de él para que pareciera que no tenían nada que ver entre sí, aunque no por ello dejaron de hacerle gestos obscenos con las manos y la entrepierna. David carraspeó mientras repasaba en su interior su lista de palabrotas favoritas, y se animó con unas palabras que derrochaban tanta imaginación como originalidad:

—Ho... ¡hola, chicas!

Éstas detuvieron su baile y su conversación unos instantes para mirarlo de arriba a abajo. Después, se agruparon por parejas para hablar entre cuchicheos y tímidas risas, que alternaban con miradas fugaces hacia él.

—¡Hola, majo! ¿Cómo te llamas? —se dirigió finalmente a él una muchacha bajita, pero muy resultona, con una espectacular melena de color azabache y una delantera no menos espectacular.

El corro de chicas se abrió para dejarle espacio y que se uniera a ellas. Sus amigos observaron incrédulos la escena y comenzaron a hablar atropelladamente entre ellos.

—¡Hostia puta! ¡Ha coronado la cima sin despeinarse el cabrón! —apuntó Andoni boquiabierto.

—¡Cómo lo miran todas! ¡Eso es un «ocho mil»! —exclamó Julen.

—Sí, bueno... Pero no lo veo yo muy a gusto... —añadió Christian, algo herido en su orgullo de guaperas oficial de la pandilla.

—¡Joder con David! —se lamentó Andoni en voz baja—. ¡Míralo! Ahí lo tienes, como un pasmarote entre ellas, sin saber qué decirles, pero las tiene a todas en el puto bote. ¡Para que me digan a mí que lo que importa es el carisma y no el físico!

—Tío... Eructar como si tuvieras un puto megáfono en la garganta no es lo que yo definiría como tener carisma... —apuntó Jon «Paellas».

—¡Cállate o te meto! —le respondió el otro con amargura.

—Chicos, ¡basta! —intervino Julen—. Vamos a ayudar al bizcochito, que está claro que le hacen falta más huevos para terminar la receta... ¡Vamos!

Los chavales se aproximaron a David y a las chicas. Como si de unos movimientos ensayados de baile se tratara, dejaron paso a Christian, el cual se dirigió directamente a su colega mientras fingía desinterés por las jóvenes.

—¡Aúpa^[7], David! —saludó «el Sueco», como lo habían apodado debido a sus rasgos físicos.

Las seis chicas volvieron a intercambiar miradas, risas, cuchicheos y codazos por parejas.

—¡Aúpa, tío! —respondió el otro, cada vez más incómodo y desubicado.

—¿Cómo os llamáis? —intervino una chica negra de pelo rizado y largas pestañas.

Christian la miró desde sus ojos grises y esbozó su mítica sonrisa «mojabragas», que arrancó varias risas nerviosas entre las féminas.

—Pues yo soy Christian, él es David... —inició las presentaciones al tiempo que se giraba hacia el grupo de rezagados—... y éstos de aquí son Julen (el grandote), Andoni (el pelirrojo), y Jon (el del acné).

—¡Gilipollas! —bufó entre dientes el último, lo que provocó risas distendidas en ambos grupos.

—Nosotras —contestó a su vez la chica de la delantera y el pelo azabache—... somos Ainhoa —dijo señalándose—, y, de derecha a izquierda, éstas son Andrea (la más alta de todas), María Loreto (la morena de pelo corto), Lidia (la rubia), Begoña (la del pelo rizado y castaño), y Danielle (nuestra «Beyoncé» particular).

—¿Danielle? —no pudo evitar preguntar David ante el exotismo del nombre.

—Sí, soy francesa —se explicó la chica de ojos tan negros como su piel, esbozando una sonrisa preciosa.

David se sorprendió cuando percibió un cosquilleo en su estómago al

saberse el destinatario de esa dulce sonrisa, tan diferente a la de Ángela, que siempre sabía a peligro y a sangre. Y, sin saber cómo, se notó cada vez más interesado en aquella preciosidad de ébano hasta terminar hablando cada vez más cerca de su oído con la excusa del volumen de la música.

—Tío... ¡Que hoy mojamos fijo! —exclamó Julen, alias «la Mole», a causa de su tamaño descomunal pese a ser el más joven del grupo.

—¿Quieres bajar la voz, subnormal? ¡Que te van a oír! —le amonestó Jon «Paellas» a la vez que lo fulminaba con la mirada.

—¡Que no nos oyen, joder! —se defendió el otro—. Además, ¿no ves cómo babean mirando al «Sueco» y al «Monjiles»?

—Pues no metáis la pata y seguro que algo nos cae a nosotros también —se sumó Andoni después de reprimir un eructo que carecía de invitación para unirse a la fiesta.

Los tres chocaron sus puños a la par que asintieron con la cabeza a modo de ritual y se prepararon para triunfar esa noche. No se les podía dar tan mal cuando, además, les sobraba una tía en caso de rechazo. Rompieron filas y, tras evaluar sus posibilidades reales con cada una de ellas, ocuparon sus posiciones estratégicas infiltrándose entre ellas. Éstas, a su vez, les hicieron hueco y agasajaron su compañía con alegres risotadas, pestañeos llenos de coquetería y seducción, y dedos que jugaban a enredarse entre sus cabellos. Los muchachos, David incluido, cruzaron sus miradas y se regalaron una sonrisa triunfal. La noche era joven y ellos, también.

Danielle acercó su boca aún más a la oreja de David hasta rozarla ligeramente con sus labios. Una corriente de electricidad atravesó el cuerpo del chico cuando ésta le susurró algo ininteligible. Quizá se entendiera, pero él sólo podía estar atento a las veces en que la boca femenina rozaba su lóbulo con aparente inocencia mientras le hablaba, a las veces en que las palabras de ella se transformaban, por arte de magia, en aire caliente sin sonido que le acariciaba y cosquilleaba la piel hasta erizarle el vello.

—¿Qué di... dices? —tartamudeó el chico.

La joven se aproximó todavía más a él y a su oreja sorda con una sonrisa pícaro, de forma que David pudo sentir todas las curvas femeninas apretándose contra su pecho. Contuvo la respiración y aguardó a que ella repitiera las palabras de antes, pero, en lugar de un suave hálito jugando con su lóbulo, se topó con el contacto inesperado de una lengua húmeda y caliente.

—¿Qué...? —acertó a decir con la respiración entrecortada.

Había dejado de ser consciente de sus amigos, de las amigas de ella, de

la música, del pub y hasta de su propia existencia. Ahora sólo vivía para aquella lengua que jugueteaba con su oreja y que ansiaba conocer.

—Me gustas... —susurró Danielle con claridad.

David buscó su cara, observó un segundo sus ojos y su sonrisa, y no necesitó más para acudir al encuentro con aquellos labios hinchados que se abrían para él. La pareja de jóvenes se exploró con avidez durante segundos, minutos o varias vidas sin ser conscientes de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Entretanto, los chicos habían seguido su propia aventura y jugado sus cartas. Christian estaba demostrándole a Ainhoa su habilidad en el arte de los besos y ella tenía intención de aprobarle con muy buena nota. Julen, acaso por su envergadura física, había ido directamente a hablar con Andrea, alias «la Jirafa» y, aunque ésta no se mostraba interesada físicamente en él, se descubrió teniendo una charla de lo más apasionante sobre juegos de rol y frikadas variadas, como solían decir sus colegas. Jon y Andoni no habían tenido tanta suerte, sobre todo después de que este último hubiera decidido impresionar a sus posibles conquistas con un concierto *a capella* dirigido por don Eructo. Lidia, Begoña y María Loreto asistieron al espectáculo con un rictus de asco en la cara y decidieron hacer su propio corrillo entre ellas, de manera que sólo quedaron «fuera de juego» Andoni y Jon, que empezaron a discutir sobre la (in)conveniencia de eructar canciones y a insultarse... hasta que algo capturó su atención. Ambos volvieron la vista hacia la entrada, donde una espectacular mujer con los ojos llameantes dirigidos hacia ellos estaba apostada.

—¡Me cago en la puta! —exclamó el eructador profesional—. ¿Has visto qué piba?

—Tío, ¡cómo para no verla! —apuntó «Paellas»—. ¡Si parece que engulle la oscuridad a su paso!

Andoni lo miró un segundo con incredulidad.

—¡Tú estás tonto! —le escupió—. ¡Joder, si es que está buenísima! Le hacía un favor yo a ésa...

—¿Túúú? ¿Tú le hacías un favor a esa tía? Tío, ni pagándole podrías tocarle una teta...

—¡Serás cabrón! —exclamó el otro—. Bueno, quizá si es un poco mayor para nosotros, ¿no? Yo le calculo unos veinticinco...

—Sí, por ahí... —concordó su amigo.

—Ya, tío, pero..., ¿no te parece que nos está mirando a nosotros? —

dudó Andoni.

—¡Sí, claro! Se ha quedado prendada de tu concierto de eructos y viene a pedirte un pase privado, ¡no te jode! —se burló Jon.

—No, tío, mira... ¡No deja de mirarnos! —apuntó con la mano.

—¡No señales con el dedo, joder! —le gritó su amigo a la vez que le daba un manotazo rápido para que bajara el brazo—. ¡Hostias! Tienes razón... Parece que viene hacia aquí, tío... ¡Disimula y no se te ocurra eructar delante de ella, so cabrón!

La mujer se encaminó hacia ellos con unos andares felinos y sugerentes que hizo volverse, a su paso, a todos los que allí se encontraban. Los chavales observaron boquiabiertos las largas piernas embutidas en una falda de tubo con una abertura provocativa y el escote de unos pechos preparados para la huida bajo una camisa de transparencias blancas, mientras las chicas admiraban el largo cabello castaño, que parecía brillar bajo las luces del pub, y se preguntaban con envidia cómo podía caminar con aquellos zapatos de tacón de aguja de ocho centímetros sin parecer una tarada.

—¡Joooooder! —exclamaron empalmados los chicos con sólo notar su proximidad.

La mujer gato depositó un segundo sus ojos verdes en el grupo y, ante las caras de asombro de todos ellos, separó a la pareja que, ignorante de todo, continuaba comiéndose a besos y caricias.

—Perdona, zorrita africana... —habló la mujer mientras agarraba a la chica del pelo y la separaba brusca y dolorosamente de David.

La chica gimoteó, llena de miedo, y corrió a buscar refugio entre los brazos de sus amigas cuando vio la furia y el odio llameando en aquellos ojos verdes que auguraban mucho dolor si no se retiraba de inmediato.

—¡Ángela! —exclamó David confuso.

—Tío, ¿quién es ésta? —preguntó Andoni con la curiosidad mordiéndole el estómago.

—Mi abogada —contestó él con la voz sonriente.

Los ojos de gata de ella se cerraron y abrieron casi a un tiempo para mostrarle unas lágrimas que empezaban a asomarse por éstos y que lo dejaron confundido.

—Tú... —susurró la mujer—, tú dijiste que me amabas.

—Sí... —reconoció el muchacho mientras sentía cómo le ardía la cara de vergüenza.

—¿Y...? —le exigió ella.

—¿Y qué? —dijo el otro encogiendo los hombros y sin saber qué decir.

—No puedo verte con otra. No puedo saber que estás con otra. Yo, yo... —balbuceó Ángela, oscilando entre el miedo, el deseo, el amor y la rabia.

—Desapareciste... —se explicó el chico mientras le tomaba la mano con ternura—. Pensé que no volverías, que me habías rechazado...

Ángela lo miró con una mueca indescifrable, que igual podía significar que lo iba a desollar allí mismo o declararle amor eterno, y, seguidamente, tiró con violencia de él para atraerlo hacia su boca.

—Dilo otra vez... —exigió la mujer ante las bocas abiertas de los chicos, que no se estaban perdiendo una.

—¿El qué? —preguntó David entre el temor y el deseo, como sucedía siempre que estaba con ella.

—¡Dilo, David! —repitió ella con el dolor manchando su voz.

—Te quiero, Ángela.

Entonces ésta atrajo su cara entre las dos manos y le exigió que bebiera de ella. David obedeció, y se perdió en la humedad de sus labios y el fuego de su lengua. Miles de años más tarde, o solamente unos segundos, jugaban bajo las sábanas a reconocerse sus curvas y pliegues de la piel del otro.

Cuando terminaron de amarse, ambos escondieron sus lágrimas del otro. David, porque sentía que había entregado su alma. Ángela, porque el monstruo de los celos la había devorado por dentro y eso sólo podía significar una cosa... se había enamorado de su diversión y dudaba sobre qué hacer al respecto.

Fragmentos de diarios

Santurce, sábado 18 de febrero, 2017

Diario de David

Acaba de marcharse ahora mismo, otra vez a la carrera y casi sin despedirse, como si estuviera arrepentida de lo nuestro. ¿Será por nuestra diferencia de edad?

Aún no me lo puedo creer, colega de papel. ¡Estaba enrollándome con esa chica tan mona en el pub...! ¿Cómo se llamaba? Danielle, sí, Danielle... Y apareció ella de la nada, ¿sabes? ¡Muy fuerte! Es una puta locura..., como si me hubiera detectado a kilómetros, como si supiera lo que estaba haciendo en ese momento. Apareció y entró en mí y en mis labios, como hace siempre, acaparando mis deseos, anulando mi voluntad y mi raciocinio, pues sólo quiero estar con ella, dentro de ella y fuera de mí cuando la veo.

Eso sí, ¡tendrías que haber visto las caras de pasmados de los chicos cuando la vieron aparecer! La reina de las *femmes fatales*, la mujer tigresa reclamando a su tigre, ¡y ése soy yo! La verdad es que me sentí como el puto amo, no sólo por demostrarles a los colegas que todo era cierto, que no había mentido, o por ver sus caras de envidia y asombro..., también por la expresión de ella. Estaba, no sé, casi vulnerable, dolida y sufriente. Supe que ella también me amaba, que le había hecho daño verme con otra, y mi lengua le prometió una vida eterna junto a ella para que pudiera perdonarme. Creo que supo captar el mensaje porque se separó de mí un momento, curvó una sonrisa preciosa y asintió con la cabeza.

Salimos de allí de la mano, como dos adolescentes enamorados, sin volvernos siquiera hacia los chicos para decirles adiós. La lluvia nos recibió con dureza y cayó sobre nosotros para ocultar la humedad de nuestro deseo. Corrimos un buen rato bajo ella hasta que Ángela me obligó a detenerme, entró

en mi boca de nuevo y lo arrasó todo.

Fuego en mi piel mojada.

Después, nos refugiamos en unos soportales con la excusa de secar nuestras ropas mientras nos empapábamos el uno en el otro. Fue bestial, te lo prometo. Una hora más tarde, estábamos en esta misma cama desde la que ahora te escribo, y repetimos una y otra vez, una y otra vez. Hicimos el amor hasta que nos dolieron la piel y los huesos.

La amo, diario mío, la amo. Y sé que a mi madre esto le va a sentar fatal, pero esta noche me he decidido...

¡Voy a pedirle que se venga a vivir conmigo!

Sí, lo sé. Joder, ya sé que todo esto es de locos, ¿pero no es el amor justamente esto? ¿Una locura que vuelve tu mundo del revés y te cambia la vida en un segundo? ¿Y no es lo que ella ha hecho conmigo, cambiarlo todo a mi alrededor? Sólo puede ser amor.

Cuando estaba amaneciendo, por primera vez permitió que la abrazara. Y lo hice. Pegué mi cuerpo al suyo y la envolví entre mis brazos. Le besé la nuca desnuda con devoción. Su cuerpo se estremeció al sentirme, tembló de un modo desconcertante y supe que ella también me correspondía. Estoy convencido de que ella lloraba en esos momentos al igual que yo. Entonces se levantó de improviso y me arrojó una mirada furiosa. El pánico volvió a visitarme. Sentí, ¡menuda tontería!, como si estuviera midiéndome antes de engullirme. No sé si tenía más miedo de perderla que de morir y abrí mi boca para soltarle un ruego patético:

—Por favor, no te vayas...

Ella suavizó algo el gesto y entornó la cara para esconderla de mí, pero podía sentir que en su interior se libraba una batalla.

—Ángela... —musité desde las sábanas antes de hacer ademán de levantarme y aproximarme a ella.

—No, por favor, quédate ahí —me imploró con miedo—. No te acerques... No quiero hacerte daño.

—¿Hacerme daño? —repetí.

¡Estaba tan bella! La luz de la luna se proyectaba a través de la ventana para ir a estamparse y fundirse en su piel blanca y desnuda. Casi parecía que la luna fuera ella; y aquello del cielo, una burda copia, un eco de su luz y belleza. La contemplé embobado, mirando su cuerpo bañado por esa luz espectral que le otorgaba una belleza traslúcida y fantasmal, como si perteneciera a otro mundo. Tan perfecta y fascinante... Entonces sonrió, casi

con tristeza, y clavó sus verdes ojos en mí.

—Creo que estoy enferma, no te acerques... —repitió.

—¿Enferma? —pregunté atónito a la vez que me alzaba de la cama sin hacer caso de su súplica—. ¿Qué te pasa?

Cuando vio que me estaba acercando a ella, dio un respingo y su cara se transformó de nuevo en una máscara inhumana.

—¡No me toques! —profirió con una voz extraña que no era la suya.

Me quedé paralizado a mitad de camino entre la cama y ella, observando su cuerpo bañado por la luna y su mirada amenazante. A continuación, Ángela me dio nuevamente la espalda para esconder su rostro de mí, y dirigió sus ojos hacia el exterior de la calle. Creo que observaba la danza que se traían las ramas de los árboles cercanos. Entonces su cuerpo se agitó levemente. Al principio creí que tiritaba de frío, ahí desnuda frente a la ventana, luego pensé que lloraba al escuchar pequeños murmullos guturales.

Pero no.

No tiritaba.

No lloraba, amigo diario.

Reía. ¡Reía!

Primero, muy suave, muy tímidamente. Luego, de manera estruendosa e inquietante; una risa que me recordó a un documental que vi sobre hienas. Eso era, ¡una risa de hiena! Parecía haberse olvidado de mí.

—¿Ángela? —me atreví a murmurar a través de sus carcajadas enloquecidas y dementes, que me estaban volviendo también loco a mí.

Detuvo su risa en seco al escuchar mi voz y se giró con lentitud felina hacia mí. Cuando estaba a punto de mostrarme su cara, la habitación se oscureció de repente, como si de un eclipse lunar se tratara. El cielo se había quedado ciego. Y yo, también.

Escuché pasos apresurados recorriendo la habitación, y una sensación pegajosa de asfixia y peligro se cernió sobre mí. Mi pulso se aceleró advirtiéndome de una amenaza real. Traté de hablar, pero mi boca también se hallaba congelada. Paralizado e impotente, percibí un ronroneo cercano a mi oreja. Luego, un aire frío rozó mi espalda, como si estuviera jugueteando con ella. Después, un arañazo en el hombro y la sangre brotando obedientemente por mi espinazo. Reprimí un grito de dolor y espanto, que murió cuando un beso de hielo llegó a mi nuca.

Sólo entonces la luna volvió a brillar y a iluminar el dormitorio. Brilló sin piedad ni vergüenza para mostrarme que ella ya no estaba conmigo, que

había desaparecido otra vez. Brilló a falta de la luz de Ángela, burlándose de mí. Busqué su ropa con la mirada, pero ésta también se había fugado, y corrí hacia la ventana por si la veía desaparecer a lo largo de la calle. No obstante, las aceras estaban tan desnudas como mi habitación y mi cama.

Ángela se ha ido de nuevo, amigo, y no sé qué hacer. Sólo me ha dejado unas agujetas acojonantes en el cuerpo y en el alma, y una herida en la espalda del quince.

Pero tengo un plan, como te he dicho. En cuanto la vea, se lo pido, te lo juro... ¡Ya te contaré!

Diario de Ángela (mismo día)

¡Por las almas devoradas en todos mis siglos de existencia! ¿Qué me está sucediendo? ¡Era muy fácil, por todos los demonios! Sólo debía atraerlo hasta la casa, divertirme con él y, cuando me cansara de jugar, seducirlo, conseguir que me diera un bebé y comérmelo..., o no...

¡Pero no puedo! Querría tenerlo siempre dentro de mí, que me comiera él a mí... ¿Qué me pasa? Ya había tomado mi decisión, ¡por todas las calaveras del camposanto!, y el niño de los huevos sale de fiesta con los amigos, intima con una niña, ¿y qué hago yo? ¡Convertirme en otra! ¿Desde cuándo he perdonado a una víctima? Pues bien, yo te lo diré, estúpido diario, ¡NUNCA!

Me encontraba en la casa que llevaba días merodeando. Por fin, era la noche en la que iba a llevármela, la quinta. La cría rio al verme y me dejó pasar con su mente. Traspasé el ventanal y me agaché hacia ella.

La muy estúpida sonrió cuando le mostré los colmillos con los que pensaba triturarla.

Todos los hacen.

Siempre lo hacen.

Estaba a punto de devorar a esa enana deliciosa llena de pecas cuando noté en el pecho un dolor punzante. Me alcé de la cuna y me distancié de la pecosa para prestar atención a esa desconcertante novedad. Mi comida gorjeó al verme caminar por la habitación con los ojos cerrados. Necesitaba alejarme de su apetitoso olor y concentrarme en ese dolor, averiguar de dónde procedía. Parecían agujas afiladas que se clavaban en mi carne humana una y otra vez. Detuve una de ellas cuando ésta estaba a punto de atravesar nuevamente mi corazón y reparé en el hilo que iba unido a ella, un fino hilo del color de la sangre. Lo vi en cuanto lo toqué. Me conectaba a él, ¡a mi David!

¿A mi David? Detuve mi deambular en seco y pensé en ello. Por supuesto, por supuesto que era mío. ¡Es mío y de nadie más!

Sólo que él todavía no lo sabía del todo. Por eso... ¡por eso estaba tonteando con esa humana! ¡Tenía que hacérselo saber de inmediato! Entonces sentí la lengua de esa cerda sobre su oreja, como si hubiera lamido la mía, y nuevas agujas horadaron mi cuerpo. Ahogada por el asco, los celos y la rabia, tiré del hilo y me presenté en el otro extremo, en el lugar donde él me estaba traicionando. Se trataba de un sitio de éstos donde los humanos se encierran

entre sudor, alcohol y una música tan alta que te destroza los tímpanos, en los que se reúnen para bailar, emborracharse o magrearse, y olvidarse por un rato de sus patéticas vidas mortales.

Lo detecté nada más aparecerme en el local. Tuve que realizar un esfuerzo impresionante para no correr hasta él y matar a esa niñata negra que estaba baboseando lo que era mío. ¡Tenía tantas ganas de acabar con ella allí mismo, delante de todos y con mis propias manos! Además, había ayunado por su culpa y me moría por darle una lección, por disfrutar con el delicioso crujido de sus huesos bajo mis garras.

Entonces él pronunció mi nombre y los ojos se me cristalizaron. Me olvidé de la zorrita, busqué su boca y enloquecí ante su contacto. Ahí comprendí que estaba perdida. Sólo cuando me sacié de él, después de tomarle de cien formas distintas, recuperé el control y mi naturaleza. Dudé entre matarlo o quedarme para siempre. Pero al final, diario estúpido, no hice ninguna de las dos.

Simplemente volví a huir de la casa y me presenté en mis dominios para sentirme yo de nuevo. Ahí estaba Sonia, admirando su obra de arte. Se había corrido una buena juerga con Alba y la tenía hecha una pena, llena de cardenales, mordiscos y con una de sus cuencas vacía. Por un instante, sentí añoranza. La vida era mucho más divertida y más fácil en mi mundo, sin sentimientos que me jodieran el día y el ánimo.

—Así no te va a durar demasiado, enana —le dije a modo de saludo a la desgraciada, porque estaba muy subidita.

—¡Hola, Ángela! ¡Qué honor recibir tu visita! —respondió la muy falsa mientras se postraba ligeramente hacia mí.

—Ya, ya... Dejemos los formalismos... —repuse incómoda, sin saber cómo comenzar ni por dónde.

Inspeccioné la cueva de un vistazo rápido con la certeza de que ya no la sentía mi casa. De repente, no me hallaba a gusto en ningún lado que no fuera, que no fuera... ¡con él! Di un silbido para aplacar mi furia y me cargué a los dos lobombres que se aproximaron a mí. Me alimenté de su dolor. La rabia y el enfado de Sonia por aquello me aliviaron ligeramente. Entonces me giré hacia ella y se lo solté:

—Necesito ayuda...

El rostro de ella se contrajo por la sorpresa unos instantes, pero se rehízo enseguida.

—Tú dirás... pero, como sea matar a más de mis lobombres, lo vamos a tener difícil —me espetó con el rencor aferrado a cada una de sus palabras.

Salté hacia la enana y la tomé del cuello.

—Quizá no necesite nada tuyo después de todo. Quizá lo mejor es que te abra en canal ahora mismo, y vuelva a mi hogar para dejar de sentirme entre dos mundos y que no pertenezco ya a ninguno —confesé en voz alta,

casi sin pensar, pues las palabras huían de mis labios tan veloces como las lágrimas que me acosaban la vista—. Quizá así dejes de pensar que esto es tuyo y no mío, y que son tus lobombres, pequeña bastarda.

—¿Así te sientes? —preguntó la cretina, sin desaprovechar que hubiera dejado al descubierto mi punto débil.

La observé con cierto orgullo de madre.

—Lo cierto es que no podría haber elegido mejor sustituta para mí. Supe desde el principio que eras especial —le confesé mientras la depositaba en el suelo con una sonrisa que continuaba mostrando mi vulnerabilidad—. Toda tu familia lo ha sido. Por eso sois mis favoritas... Y por eso debes controlar tus impulsos si quieres que Alba te dure más juegos. Créeme, te arrepentirás cuando tu juguete favorito esté roto del todo y compruebes que era insustituible.

—¿En serio? —preguntó Sonia, interesada.

Sonreí y acepté representar esa escena surrealista en la que, vista desde fuera, podríamos haber pasado por una madre contándole un cuento de hadas a su hija.

—Sí, Sonia. Si algo me ha enseñado la inmortalidad es a apreciar lo que es diferente y te provoca placer. Sus pérdidas son irremplazables. ¿Por qué crees que mantengo presas a todas las almas de tu familia desde que el mundo es mundo? Porque son valiosas. Incluso ellos, en su versión de lobombres, son insustituibles, diferentes a los demás.

Cuando la Muerte descubre a una familia así, se liga a ella para toda la Eternidad. Es un regalo para nosotras, y una maldición para ellas, por supuesto.

—¡Pero ahí no están todas las generaciones! — protestó ella en su papel de niña, sentada a lo indio en el suelo mientras peinaba con sus manitas la cabellera negra de Alba, que fingía estar inconsciente sobre las piernas de la que fue su hermana.

¡Cómo si yo no supiera que estaba poniendo la oreja! ¡Humanos...! En fin, diario, continuó mi alocado relato...

—No lo están porque las almas —respondí—, al contrario de lo que los humanos creen, se desgastan con los años cuando no se usan en ningún cuerpo. Por eso hay algunas más transparentes que otras; algunas, apenas ya imperceptibles.

—¿Cómo una televisión que se estropea si no la enciendes en años? Recuerdo eso de cuando estaba viva. Lo solía decir mucho mi madre... —se esforzó ella por comprender.

—Más bien, como un cromó o una entrada de cine que llevas en el bolsillo hasta que un día descubres que se ha borrado por completo y que no queda nada de lo que había. En ese momento sólo queda tirarlo. Así pasa con las almas. Algunas son muy fuertes y duran muchísimo. Alba es de éstas —apunté con la cabeza hacia la humana—, pero no abuses o te quedarás sin ella.

—Comprendo. Ángela... —dudó Sonia mirándome

desde el suelo—. ¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué, si piensas volver y recuperar tu reino?

—Porque no sé qué hacer —respondí, abatida—. No sé si puedo cabalgar entre ambos mundos sin verme abocada a elegir uno. Si regreso, no habrá más para mí salvo lo de siempre. Si no lo hago...

—¿Por qué no habrías de hacerlo? —me interrumpió ella tratando de ocultar, con escaso éxito, una sonrisa de alegría.

—Me sucede algo extraño. Yo... había planeado ser madre y comerme al padre.

En ese momento, Alba se revolvió, y dejó su estúpido numerito para mirarme desde el único ojo que le quedaba y arrojarme todo su desprecio y odio.

—¡Qué irónico, eh! —le espeté con una sonrisa de satisfacción—. ¡Qué dulce ironía que al final te hayas hecho pirata como tu madre!

—¡Hija de puta! —me escupió—. A mí me faltará un ojo, ¡pero haz daño a mi hijo y juro que me levantaré de la tumba para vengarlo!

—¿Qué tumba ni qué chocho muerto? Tú no tendrás nada de eso —contesté, encantada por el momento de diversión que me estaba brindando—. Además, no te pongas así, suegri. Después de todo, voy a darte un nietecito pronto. Ya lo verás...

Alba se revolvió y trató de alzarse hacia mí, pero Sonia estuvo rápida en aquella ocasión y le mordió en la

nuca con tal fuerza que, entonces sí, quedó inconsciente sobre los charcos de la gruta.

—¿Y bien? ¿Qué es eso que te sucede y cómo puedo ayudarte? —retomó la niña muerta.

—No quiero matarlo.

—¿A quién?

—A David. Quiero... estar con él, ¿no es raro?

Los ojos azules e inmensos de Sonia se agrandaron hasta invadirle el rostro por completo.

—Creo que estoy enferma... —musité.

—¿De qué? ¿De qué podría enfermar la Muerte? —preguntó interesada.

—De vida, pequeña retrasada. De vida, de humanidad...

Y así ando ahora, diario, buscándome de nuevo. He regresado a mi cabaña. Debo tomar una decisión en firme: curarme o enfermarme del todo.

Te lo contaré. O quizá no. Si vuelvo a mi hogar, esta estupidez del diario no volverá a repetirse.

Santurce, viernes 24 de febrero, 2017

Diario de David

¡Hey, tío!

Mis amigos me llamaron ayer al móvil mogollón de cabreados conmigo porque, según ellos, he pasado de su culo desde que salí del orfanato. La verdad es que no tengo defensa. Los dejé tirados (es cierto) la semana pasada en aquel pub, sin despedirme de ellos ni pedir perdón a la chica a la que hizo llorar Ángela. También es verdad que podría haberlos llamado durante la semana (tienen razón), pero es que he estado muy ocupado matriculándome en el máster de diseño que quería y haciendo turismo por el cuerpo de Ángela, y, y...

¿A quién quiero engañar?

¡No me he acordado de los colegas para nada! Y me jode reconocerlo, pero es que ni siquiera los echo un poco de menos. Me encanta mi vida tal como es ahora. Tengo una asistenta que viene dos horas cada día: una a limpiar la casa y otra a dejarme la comida preparada. Mientras ella hace lo suyo, como el Máster no comienza hasta el 6 de marzo, yo me voy a ocuparme de la pequeña granja y de sus animales de corral, que he descubierto que me flipan, y ahí se me va el tiempo volado. Como lo que me haya cocinado la asistenta, me echo una siesta como los marqueses, y luego a esperarla a ella. Ahora no falta nunca. Viene siempre.

Siempre.

La amo.

Ojalá no cambie nunca nada y sea así toda la vida. Al final no me he atrevido a pedirle que se venga a vivir conmigo por miedo justo a eso: a que cambie algo, a estropearlo y que huya de mí de nuevo. No sé si me atreveré al final. Quizá lo haga pronto.

Quizá...

Diario de Ángela (mismo día)

Mi plan no ha funcionado, ¡por todos los demonios! Pensé que, si iba cada día a verlo y lo poseía hasta hartarme y saciarme de él, me acabaría cansando de él

para siempre y comprobaría que no me sucede nada anómalo, que solamente había sufrido algún tipo de enajenación transitoria.

¡Pero estoy enferma, realmente enferma! ¡Si hasta sonrío cuando lo veo, joder! ¿Qué me ocurre? ¿Me estoy haciendo humana? ¿Es eso? Tendré que redoblar mis comilonas para compensar entonces.

Sí, ¡eso es!

Si cazo más, si me alimento de más almas y me atiborro de sangre, anularé tanta humanidad estúpida antes de terminar cosiendo mantitas de flores sentada en una mecedora y yendo a misa los domingos, ¡no me jodas! Además, me hace bien volver a mis orígenes, me hace feliz. Hoy mismo he concluido lo que dejé a medias el otro día. ¡Qué delicioso bocado ha resultado ser la pequeña pecosa! ¡Y qué dulce el sufrimiento de su familia al descubrir que la mocosa no estaba en su cuna ni en la casa! Mañana volveré a su residencia para alimentarme del dolor de su familia, y quizá de alguno de ellos también. No es una familia tan especial como los Aguirre, pero tienen su encanto.

Asimismo, he encontrado una nueva familia para sustituirlos por si las cosas no salen bien o decido volver a ser la Muerte «nada más». Ya te contaré, pequeño espía de papel. Ahora voy a encontrarme con David. La caza siempre me pone cachonda y me da más hambre...

Santurce, sábado 25 de febrero, 2017

Diario de David

¿Qué pasa, amigo diario?

Ella se acaba de ir. Estaba de mal humor. ¡Otra vez! No sé qué le pasa conmigo, pero a veces se transforma en... otra cosa. En un momento se muestra ardiente y tierna conmigo; y, al siguiente, es un monstruo frío y hostil, como si me odiara. Es una locura, ¿no? ¿A esto se referían mis amigos cuando hablaban de la menstruación y los cambios hormonales de las mujeres? Porque, si es así, Ángela debe de tener la regla, por lo menos por lo menos... ¡cada día! Te pongo un ejemplo de anoche mismito:

Llegó como siempre, como un vendaval de lujuria. Se amorró a mis labios sin ni siquiera saludar (¿¡A quién le importa!?), y volvimos a hacer del día la noche y a convertir la noche en día. Su boca me sabía a sangre, toda ella me sabía a sangre. Sé que es raro, principalmente porque eso, lejos de repugnarme, me excitó.

Todo estaba yendo genial. Ella se encontraba tumbada en la cama junto a mí, aunque separada y sin tocarnos. Sus cabellos castaños me rozaban ligeramente la cara. Aparté un mechón que me cosquilleaba en la nariz y me giré hacia ella para admirar su rostro. Juro que sonreía, que era feliz (o lo parecía).

Entonces alargué el brazo hacia ella sin poder contenerme y le acaricié su pómulo de seda con adoración (adoración, sí: ésa es la palabra correcta) mientras, de mi boca, huían unas palabras traidoras que ni siquiera recuerdo haber formado en mi cerebro:

—Eres un ángel, Ángela. ¡Eres tan preciosa! Te amo.

Y, juro por Dios, que en ese momento la habitación se congeló y su mirada se hizo puro fuego. Se irguió de la cama de un salto y, mostrándome sus pequeños dientecitos blancos, me dijo que me odiaba, que no me soportaba más, ¡que por su culpa se había puesto enferma!

No me permitió replicarle ni preguntarle nada, pues agarró su ropa entre maldiciones y juramentos, y desapareció otra vez de mi casa.

No lo entiendo, no la entiendo.

Y no es la primera vez que menciona lo de su enfermedad. He pensado

en espiarla, seguirla y averiguar dónde vive y dónde trabaja. Quizá así comprenda algo más de ella y de su extraña actitud. ¿Por qué no?

Sobre mi madre..., no ha vuelto a presentarse. ¿Por qué, ama? ¿Por qué no has vuelto? ¿Hay algo que te retiene al otro lado? Quedamos en comunicarnos a través del diario, ya que te habían vetado las visitas en mis sueños, pero tampoco has cumplido.

¿Qué te ha pasado, ama? ¿Dónde estás? ¡Ven, por favor! Te añoro...

Diario de Ángela (mismo día)

He tomado una decisión. ¡A tomar por culo! ¿No quería ser humana? ¡Pues humana seré! ¿No quería sentir? ¡Joder, pues estoy sintiendo!

Me he tenido que ir otra vez de su casa pitando para no mostrarme débil ante él, para no rendirme a sus muestras de amor absoluto, pero la huida es la mayor muestra de debilidad que existe. ¡Y la Muerte no le teme a nada! ¡Ni siquiera al amor! Esta noche volveré a su casa y me enfrentaré a él y a lo que siento de una vez por todas. Y, si luego me arrepiento de ello, me lo como y regreso a mi cabaña y a mi cueva, a mi mundo seguro. ¿Quién se iba a enterar, eh? ¿Quién? ¡Nadie!

Aunque tendré que hacer algo con esa mocosa... Le está cogiendo el gusto a lo de ser mi ayudante y se lo tiene muy subido. Se cree de verdad que la Muerte es ella. ¡Estúpida! ¡Te desmembraré en cuanto me aburra de jugar

a ser humana y todo volverá a ser como antes, pero sin ti!

Santurce, domingo 26 de febrero, 2017

Diario de David

¡Me lo ha dicho, tío! ¡Me lo ha dicho!

¡Me ha dicho que me quiere! ¿No es flipante? ¡Soy tan feliz! ¡Me quiere, me quiere, me quiere!

Nada más por hoy. ¿Qué más podría contarte que supere eso? Es cierto que luego se ha pirado otra vez, ¡pero me ha dicho que me quiere!

¡ME QUIEEEEEEEEERE!

Diario de Ángela (mismo día)

¡Joder! Se lo he dicho.

Le he dicho que yo también le quiero, ¡y me he sentido incluso bien! Hasta que se le han mojado los ojos y me ha dado vergüenza ajena...

¡Diario del demonio! Vale. He mentido, sí. Me he sentido bien... hasta que se le han mojado los ojos y he notado cómo los míos se volvían lagos, ¡y por ahí sí que no paso! Una cosa es enamorarse y otra mear por los ojos como un vulgar humano, ¡no me jodas! De modo que me he largado a cazar. Necesitaba contrarrestar tanta mierda afectiva con un poco de dolor, con un bañito de sangre. Y, ahora que estoy más calmada, puedo decirlo, incluso escribirlo:

«Me he enamorado de mi comida».

Santurce, jueves 30 de marzo, 2017

Diario de David

¡Tengo tantas cosas que contarte!

Sí, he estado desaparecido más de un mes, pero, ¡joder!, es que estaba ocupado entre las nuevas clases y VIVIR. VIVIR, tío, así: en mayúsculas y a lo grande.

Desde que Ángela me dijo aquel día que me quería, las cosas han ido a mejor. ¡La quiero tanto! Ya no me puedo imaginar la vida sin ella e, incluso, hemos empezado a hacer cosas normales de pareja como salir fuera a cenar, al cine... A veces la siento alterada, incómoda. Supongo que ella tampoco habrá tenido una infancia normal, aunque no me hable de ello nunca. No obstante, lo veo en sus gestos, en la forma de estar y de mezclarse con la gente, como si no supiera, como si no pudiera... ¡Es la mujer perfecta para mí, amigo diario! Y ahora... ¡ahora más todavía! Porque...

¡Me ha dicho que está embarazada!

Diario de Ángela (mismo día)

¡Estoy embarazada!

¡ Por fin voy a experimentar esto de la maternidad y de tener algo creciendo de mí en lugar de muriéndose! Va a ser raro de cojones, ¿eh? Estoy hasta ilusionada. Tenías que haberle visto la cara a David cuando se lo he dicho. No se

lo esperaba. Pero ha sabido reaccionar bien pese a su edad. Cuando ha conseguido volver a cerrar su mandíbula desencajada hasta el infinito, se ha arrodillado frente a mí y me ha preguntado muy serio:

—¿Quieres casarte conmigo? Seremos la familia que nunca hemos tenido ninguno de los dos.

Lo he mirado desde arriba con una pelota de sentimientos confusos golpeándome en la garganta, y hambre (mucho hambre), hasta que algo ha empezado a arder mi pecho desde dentro, como si se hubiera prendido una fogata en mi corazón. Ha sido muy extraño...

Diario de David (mismo día)

He sentido mucho miedo al ver su cara contraída cuando le he pedido matrimonio, con las dudas danzando en sus pupilas y en sus labios fruncidos. Entonces los ha flexionado para mí y me ha regalado las palabras más bonitas del mundo....

Diario de Ángela (mismo día)

—¡Sí, quiero! —he gritado al fin mientras me arrojaba a sus brazos y sentía una inquietud alegre mordiéndome las entrañas.

Pero no me arrepiento. Nos casaremos en quince días en los juzgados. Estoy deseando jugar a las casitas, y a

mamás y a papás. Esta vez nadie me enviará a un internado rico por matar a estúpidos animales...

¡Tendré mi propia casa y mi familia!

Diario de David (mismo día)

«¡Sí, quiero! ¡Sí, quiero!»

¡Es lo que me ha respondido ella, amigo! ¡Qué preciosa estaba cuando me ha dado el «sí»! Dios, si parecía que se le hubieran dislocado los labios de tanto sonreír...

¡Que me caso, joder! ¡Que me caso el 13 de abril!

Ama, ¿estás aquí? ¿Me lees? ¡Voy a ser padre y a casarme con Ángela y!
¡Dime algo, mamá! ¡Dime algo!

PARTE 2:
EL MATRIMONIO

El día del enlace

Santurce, jueves 13 de abril, 2017, 09:12

El chorro de agua caliente corría solícito siguiendo el trayecto trazado: desde la alcachofa de la ducha hasta las cañerías que conectaban con la bañera y que lo llevarían hacia la libertad. Se trataba de un camino tortuoso e incierto en el que no todas las gotas conseguirían llegar a su destino, pues muchas de ellas morirían por el camino o quedarían atrapadas tanto en la hostil esponja que las absorbía como en el cabello o el cuerpo desnudo del joven que cantaba alegremente bajo ellas.

El chico dio por finalizado su concierto bajo el agua tras maltratar (que no cantar) las letras de «Have a nice day» de Bon Jovi, cerró el grifo y, mientras se disponía a abandonar la bañera, emitió un grito de euforia:

—¡Vamos allá, a por el gran día!

Se envolvió en una toalla de tamaño medio, que cubría la parte inferior de su anatomía, y rebuscó en el armarito de baño hasta dar con el neceser.

—¡Aquí estás! —sonrió triunfal.

Aquel día todo le parecía divertido, mágico y especial. ¡Iba a casarse en unas horas con la mujer de sus sueños! ¿Cómo no iba a ser de ese modo? Abrió el neceser con una nueva canción acariciando sus labios, y colocó cuidadosamente las cuchillas y la espuma de afeitar sobre el lavabo. El espejo aún estaba empañado por la acción del vaho. Miró a ambos lados para cerciorarse de que nadie lo veía, consciente de que estaba mal hecho, y se despojó de la toalla para trazar con ella un círculo sobre el espejo que le permitiera verse y afeitarse sin problemas.

Llevaba apenas medio rostro rasurado cuando un corte, tan pequeño como inesperado, le hizo soltar a un tiempo una maldición y la cuchilla. Ésta rebotó en el lavabo. David la miró con desaprobación, y se acercó al espejo para evaluar los daños tal y como lo habría hecho un miope sin posibilidad de

redención.

—¡Menos mal! —suspiró de alivio—. Es tan pequeño que nadie se fijará, espero, y no arruinaré las fotos de mi boda.

Se inclinó a coger un pedacito de papel higiénico del portarrollos con la intención de detener la leve hemorragia, pero, cuando fue a colocárselo sobre la herida frente al espejo, su cuerpo se paralizó por el espanto. Mucho antes de intentarlo, supo que su garganta había quedado tan muda como ciegos sus pies. En el espejo, en lugar de su propia cara, se proyectaba el cuerpo inquietante de una niña en camión con el rostro emborronado y las manitas ocultas tras la espalda. Aunque carecía de ojos y de cualquier rasgo facial, podía notar sus ojos en él.

—¿David? —sonó al otro lado del cristal.

El cuerpo del chico se relajó y el agarrotamiento muscular quedó sustituido por una sonrisa tímida y unas palabras precavidas:

—¿Ama?

—Sí, pequeño mío —dijo la voz infantil.

—¿De verdad eres tú? ¡Porque he estado a punto de cagarme encima de miedo! —exclamó el chaval entre risas nerviosas que buscaban liberarse de la tensión—. ¿Tú te has propuesto que no llegue a viejo, eh?

—¿David, no digas eso ni en broma! —le reprendió la niña del espejo—. Precisamente estoy aquí por eso, para que tu vida sea próspera y larga...

—¡No jorobes, ama! ¿Te apareces en mi boda de esta guisa para intentar que no me case? ¿Es eso? —reaccionó el chico mientras corría a cubrirse con la toalla al reparar en que estaba, de nuevo, en cueros delante de ella.

—No he tenido más días, David. Debo intentarlo una vez más antes de que sea demasiado tarde. Si te casas con ella..., ¡sólo Dios sabe qué te sucederá!

—¿Pues qué me va a suceder? Mira, creo que eres una alucinación. Esto no puede ser real... —razonó el chico mirando el borrón que tenía por cara la imagen—. Si ella fuera la Muerte, ¡yo ya estaría muerto! Pero, en vez de muerto, ¡oh, Dios mío!, ¡me ha enamorado y me va a dar un hijo! ¡Qué malísima que es! Tienes razón, ama... Ahora mismo me planto en el juzgado y anulo mi compromiso con ella, porque no hay derecho a que yo fuera un chaval sin casa ni futuro, y venga la tía y me dé el oro y el moro, y encima haga que me enamore de ella. ¡Será sinvergüenzaaaaa!

El borrón comenzó a aproximarse a la superficie hasta apoderarse de todo el espacio.

—¿¡Vengo a salvarte la vida y te burlas de mí!?! —tronó la voz, provocando temblores en el espejo.

Éste se agitó sobre la pared entre torpes pasos de baile y amenazas con romperse. David también tembló, pero de miedo, ante el movimiento *in crescendo* de las paredes y la visión de ese borrón enorme y siniestro que ocupaba por completo el espejo.

—¡Casi me engañas! —pronunció David con voz trémula, retrocediendo a pequeños y disimulados pasos—. ¡Tú no eres mi madre!

Una risa gutural y estridente invadió el cuarto de baño. El pánico dilató las pupilas del joven al escuchar aquel sonido de ultratumba que jamás habría asociado a ella. De reajo, observó apesadumbrado que, como era costumbre en él, había echado el pestillo en la puerta. No llegaría a tiempo a alcanzar la puerta, descerrajarla y salir...

—¿Cómo que no? ¿Quién más, si no, vendría a salvarte? —dijo la voz infantil cuando hubo calmado sus desquiciantes risotadas.

—¿De verdad eres tú, amatsu? —pronunció con desconfianza el chico.

—Soy yo, David —contestó la voz, que volvía a ser suave y dulce—. Sólo que me has irritado un poco... He puesto mi vida en peligro para verte y tratar de salvar la tuya, y tú... —la voz se apagó y el borrón de la cara comenzó a sacudirse.

—¡Ohhhh, ama, perdóname! ¿Estás llorando? ¡Perdona, por favor! —suplicó él, confuso y avergonzado, mientras se acercaba de nuevo al lavabo en un gesto que atentaba contra todos sus instintos de supervivencia.

—Claro que te perdono, cielito... —contestó la voz, más calmada.

«¿Cielito?».

—Me pone tan nerviosa no poder abrazarte y que no entiendas el suicidio que estás a punto de cometer...

—Ohhhhh, lo lamento. No volveré a herirte, lo prometo. Pero debes comprender que no hay vuelta atrás, que estoy muy seguro de la decisión que he tomado y de la vida que quiero... Sólo debes alegrarte por mí, mamá.

El borrón se alejó algo, permitiendo que se le volviera a ver parte del cuerpecito de niña pequeña.

«¡Ésa no es tu madre!», le gritó su subconsciente.

—Lo siento —respondió la voz del espejo—, pero no puedo alegrarme de que mi hijo se case con la Muerte y vaya a engendrar a algo... algo tan abominable que no sé ni cómo llamarlo...

—¡Mamá! —gritó él con rabia—. ¡Estás hablando de mi hijo! ¿Qué

cojones te pasa?

—Estoy muy preocupada, David... —repitió su cantinela.

«¿No me reprende por los tacos? ¿Qué pasa aquí?».

—Es que... no comprendo, ama. ¿Por qué te has presentado así en el espejo, sin mostrarme el rostro, y por qué no has vuelto a escribirme como quedamos? —trató de disimular, tragando una mezcla espesa de saliva y temor por su madre.

Si estaba en lo cierto y aquel ser no era su madre, ¿dónde estaba ella y por qué no había venido a prevenirlo? Sintió una necesidad acuciante de correr hasta el diario y comprobar si había algo nuevo escrito para él. Ahora le tocaba fingir para que, quien fuera que estuviera tratando de suplantar a su progenitora, no intuyera sus sospechas.

—Bueno... No quiero preocuparte, mi niño. Si no te muestro mi rostro ni las manos es porque quien me tiene prisionera me ha deformado el primero y destrozado las segundas. No quería impactarte con una visión tan sangrienta... —se disculpó la voz.

—Ohhhhh —brotó un gemido de la garganta del chico—. Perdóname por ser tan desconfiado, ama... Yo..., simplemente me ha descolocado tanto todo esto...

—Lo sé, cielín.

—¿Por eso ya no me puedes escribir? ¿Por qué tienes las manos rotas? —se embolsó David, olvidando de un plumazo toda suspicacia.

La imagen vibró un instante ante la pregunta, como si se estuviera pensando la respuesta idónea.

—Exacto. Por eso no te he escrito... No puedo sostener el bolígrafo con las manos rotas —se lamentó la niña entre toses.

«¿Está gimoteando o escondiendo la risa?».

—Bueno, lamento tener que dejarte, ama, pero me caso en dos horas y pico. Tengo que terminar de afeitarme y... —se explicó atropelladamente el chaval mientras trataba de arrinconar un malestar que no dejaba de crecer en su interior.

—Claro... Una cosa antes de despedirnos... —añadió la voz infantil con tono autoritario—. ¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, por supuesto. Dime, amatxu...

—Si esta noche notarás algo raro en Ángela... —«¡La ha nombrado, la ha nombrado! ¡Ella nunca lo haría!»—, si llegas a temer por tu vida o tu integridad física, ¿harás algo por mí? —dijo la niña en un susurro.

David asintió y se aferró con fuerza al lavabo para no caer. Su corazón se había acelerado hasta alcanzar una velocidad imposible y la cabeza había respondido con una sensación asfixiante de vértigo.

—Si te sientes en peligro, aprovecha cuando esté dormida... Llena la bañera de agua caliente, cógela entre tus brazos y sumérgela en el líquido con fuerza hasta que deje de patear. ¡Entonces serás libre!

El muchacho escuchó horrorizado. Las piernas le flaquearon. Estaba a punto de perder el equilibrio y no podía permitírselo, no delante de esa cosa que fingía ser su madre.

—¿Me estás diciendo que asesine a mi propia esposa? —resumió para ganar tiempo mientras tomaba una decisión sobre lo que iba a hacer a continuación.

—Naturalmente, sólo si estás en peligro... —dijo la niña con un encantador movimiento infantil de hombros.

—Ohhhh. Oye, ama..., hay una cosa que no comprendo —comenzó, dispuesto a desenmascarar por fin a aquello que tenía enfrente—. Si ya no estamos en el Jardín, ¿por qué mostrarte ante mí como una niña y no como la mamá que yo recuerdo? ¿Y para qué emborronarte la cara si la imagen de niña pequeña no es real ni vería tus marcas ni heridas? —la interrogó en un acto de valentía estúpida o estupidez valiente.

—Pues, porque yo... —titubeó el borrón con cuerpo infantil.

«No recuerda cómo es su cara de adulta o quizá no pueda más que proyectar su verdadera cara, que no es la de ama. ¡Es eso!».

La mancha sobre los hombros se aproximó de nuevo hasta el límite que separaba la superficie de cristal del joven.

—¿No crees que sea Alba, verdad? —le espetó la cría con voz ronca y dura.

—Dime una cosa, «mamá»: ¿cómo me solías llamar cuando era pequeño?

—¿Cielín, cielito? —contestó la voz en una réplica interrogante que acabó resultando más pregunta que respuesta.

—¡Ohhhhh! ¡Fallaste, monstruo del borrón! —gritó David con furia a la vez que estampaba contra el espejo la papelera que dormía junto a sus pies.

El cristal se fracturó en decenas de pedazos y la voz de aquello, también fracturada, rebotó por la estancia.

—¡Maldito hijo de perra! —bramó la voz, olvidando ya toda sonoridad añorada—. ¡Mátala, mátala, mátala! ¡O mataré yo a tu madre, estúpido

humano! ¡Sumérgela en la bañera y acaba con ella!

Los cristales se despegaron repentinamente del espejo malherido y una lluvia sangrienta cayó sobre él en forma de proyectiles de vidrio. David corrió hacia la puerta, protegiéndose el rostro con las manos de los cristales que lo asediaban. Sentía derramarse su sangre a causa de las múltiples incisiones que ametrallaban sus manos, brazos, espalda y piernas. Alcanzó por fin el cerrojo, lo deslizó y abandonó el cuarto de baño con toda la velocidad que sus maltratados miembros le permitieron.

—¡Ama, ama! ¿Me oyes? ¡Ayúdame! ¿Quién era esa niña-cosa? —gritó al aire—. ¡El diario! ¡Ama, corre a escribirme, por favor!

Y, acto seguido, se abalanzó hacia el dormitorio en busca de éste. El espejo de cuerpo entero sobre el sinfonier le obsequió con una vista desalentadora. Parecía haber sido atacado por un enjambre de avispas cabronas y hambrientas que se habían alimentado de él.

—¡Joder! ¡Qué pintas para una boda! ¡Estoy lleno de cortes y de sangre! Y yo preocupado por un cortecito de nada al afeitarme... —se lamentó, observándose frente al espejo y reparando en que todavía estaba a medio afeitado y que el tiempo había corrido vilmente—. Pues yo no vuelvo ni atado al baño a recuperar las cuchillas... ¡Que les den! Tendré que ir así. Ángela va a matarme cuando me vea...

Sacudió la cabeza para despojarse de los pensamientos superficiales en los que empezaba a perderse y tomó una decisión al respecto sobre aquello: le contaría lo que había sucedido en el pequeño cuarto de baño (aun a riesgo de que ella lo tomara por loco), pero omitiría ciertos detalles... Se sentó con inquietud en la cama y, desde ahí, tanteó con la mano derecha la parte inferior de la mesita de noche, donde se hallaba el refugio secreto del diario. Tiró de la sujeción que lo amarraba al mueble y lo abrió, lleno de aprensión.

—¡Nada! —gritó de decepción al verificar que no había escrito nada nuevo tras su última entrada—. ¡Ama! ¡Ama! ¡Te necesito! ¡Algo ha intentado usurpar tu identidad para engañarme, y creo que mi esposa y yo estamos en peligro! ¡Ama, por favor! —volvió a gritar sin dejar de mirar en derredor hasta que las lágrimas le empañaron la vista.

Entonces una suave brisa acudió a secárselas. David se tensó de emoción, pues la había reconocido. Era la misma brisa junto al río que le había despertado en su sueño, y el mismo olor a flores de la colonia de su madre, de sus cabellos.

—Eres tú... —musitó con nuevas lágrimas formándose en sus ojos—.

Ama..., ¡eres tú!

«Síiiiiiiii», silbó el vientecillo.

—Necesito verte o leerte, que te materialices. Necesito contarte algo que acaba de suced... —comenzó a explicarse el muchacho atropelladamente.

«Shhhhhhhhhhhhh», tornó a silbar la boca de madre convertida en aire, «Ssssstta noooooche».

—¿Esta noche te veo, ama? —quiso asegurarse él—. ¿Pero cómo? ¿No te das cuenta de que será mi noche de bodas y puede que estemos... —se interrumpió, avergonzado—, toda la noche despiertos?

«Ssssstta noooooche», silbó por respuesta antes de extinguirse y dejar su fragancia floral flotando en el dormitorio a modo de recuerdo.

—Vaaaaaale, ¡hasta esta noche, amatxu! —replicó David mientras inhalaba las últimas gotas aromáticas de su perfume.

El breve encuentro con ella le había serenado en parte, como si ésta hubiera acariciado y acunado su corazón hasta dejarlo dormido. Sonrió ante la perspectiva de abrazarla en unas horas y corrió a comprobar el reloj.

—¡Las diez y media! —exclamó—. Aún estoy a tiempo de afeitarme lo que queda... —reflexionó en voz alta mirándose de nuevo al espejo.

Realmente, se encontraba hecho una pena con tantos cortes sangrantes y varios cristales pequeños clavados en la carne. Dio las gracias en su interior por tener la cara intacta al habérsela protegido y por poder ocultar la mayoría de dichos cortes con el traje de novio. ¡El traje de novio! El corazón se le despertó de emoción al imaginarse a su amada en un vestido de novia. Regresó el diario a su escondite secreto y decidió enfrentarse de nuevo al cuarto de baño...

Diario de David (I)

Santurce, viernes 14 de abril, 2017, 05:30

Sorprendido de volverme a ver por aquí en mi noche de bodas, ¿eh?

Cuando esta mañana pensaba que el día no podría volverse más surrealista, llega mi reciente esposa y se larga, ¡en nuestra noche de bodas! No sé qué pensar... Ella me prometió que se trasladaría a esta casa a vivir conmigo (¿No es lo que hacen los matrimonios? ¡No entiendo nada!) este mismo fin de semana, pero con una condición. Yo accedí, naturalmente (no quiero perderla), y cuando me mostré de acuerdo con su inusual petición de pasar (ELLA SOLA) varias noches al mes en su piso de soltera («para no agobiarse y mantener su sensación de libertad», argumentó), no me esperaba que esta noche fuera la primera de ellas, la verdad.

Casi que, como estoy desvelado, comienzo mejor por el principio y te cuento cómo ha sido esta extraña y atípica jornada, incluso para ser una boda, mi boda.

Cuando mi madre se me apareció, yo aún te tenía en brazos, ¿recuerdas? Ella me calmó y me devolvió el coraje que se me había extraviado en el cuarto de baño de invitados, de modo que te puse a buen recaudo, como me había hecho prometer mi madre, y decidí enfrentarme a aquella cosa, convencido de que ya no me sucedería nada malo y de que esta noche me reencontraría con ella, pues así me lo había asegurado.

No fue así.

Me refiero a verla. No ha venido ni he vuelto a tener señales de ella. ¿Quizá se deba a que sigo despierto y me espera en mis sueños? Si es así, tenemos un problema, Houston, porque no creo que consiga dormirme hoy ni con un mazazo en la cabeza...

Bueno, continúo: Entré en el baño principal (sí, éste de aquí, el del dormitorio, el que tengo medio vacío por ser tan grande y no usarlo apenas) para coger un albornoz. Necesitaba sentirme protegido, llevar la piel y mis

heridas cubiertas. Me envolví en él y salí al pasillo todo decidido sin dejar de mirar la puerta.

El corazón se me aceleró, pero no me detuve, agarré la manilla del cuarto de baño maldito y la bajé con determinación. La puerta se entornó lentamente, casi como si se negara a ser abierta, y me adentré con la sorpresa paralizándolo mi cuerpo.

¡No había nada! ¡Nada de nada! Todo estaba intacto, como si aquello no hubiera sucedido jamás, como si mi mente lo hubiera creado. ¿Me estaba volviendo loco? Ya había escuchado hablar en el Centro de menores acerca de mi herencia familiar: la locura.

La ansiedad comenzó a dominarme. Tenía ganas de vomitar. No podía ser. Busqué con desesperación las marcas de sangre que recordaba haber dejado en suelo y paredes al apoyarme en ellas, pero todo estaba impecable, incluso demasiado para ser mi cuarto de baño... Increíble, me acerqué al espejo que había estallado sobre mí. A esas alturas, mi valentía se había ido a tomar por culo, como comprenderás, y palpé el cristal con la mano temblorosa para localizar algún rastro, alguna fisura, una jodida prueba que demostrara que el espejo se había roto, pero la decepción corrió por las yemas de mis dedos al comprobar lo que la vista ya me indicaba: estaba intacto.

Agaché la cabeza sintiéndome derrotado, y entonces reparé en que la cuchilla de afeitar permanecía pulcramente acompañada de la espuma, sin marcas de haber sido utilizada. Alcé la vista hacia el espejo con perplejidad y el desconcierto inicial se fue transformando en una sonrisa triunfal que se asomó a mis labios sin pudor.

Tal y como recordaba, la mitad izquierda de mi mentón estaba recién afeitada. ¡No era posible que me lo hubiera imaginado! Mi sonrisa se ensanchó todavía más cuando me abrí el albornoz y el espejo me devolvió la cordura al proyectar la imagen de mi cuerpo, asediado por pequeños fragmentos de vidrio y múltiples incisiones sangrantes.

—¡Hija de puta! —grité al espejo sin poder contenerme ni saber a quién me estaba dirigiendo—. ¡Casi me engañas! ¡Pero no ha colado! ¡No estoy loco, no estoy loco! ¡Mi cuerpo es la prueba!

Y rompí a reír como un desequilibrado por la tensión sufrida hasta que la risa se me murió en los labios al sentir un golpe seco al otro lado del espejo.

Pummmmm.

Luego otro, y otro más.

Pummmm, pummmmmmm.

El espejo se curvó buscando mi cara, como si fuera una pompa de jabón. Entonces la luz se desvaneció y mi corazón comenzó a chillar que escapara de ahí, pero mi cuerpo se había vuelto sordo a sus gritos.

Clic.

Regresó la luz y mi cuerpo tiritó al ver cómo el espejo se deformaba grotescamente.

Clic.

Se volvió a ir la luz.

A través de la pequeña claraboya de la pared se filtraba la pobre iluminación de una mañana nublada de invierno, más que suficiente para poder verla a ella, a lo lejos, agazapada tras el cristal.

Clic.

De nuevo, se hizo la luz.

Debía salir de ahí cuanto antes. ¡Ya!

Clic.

La imagen de la niña-borrón se había aproximado peligrosamente y parecía a punto de atravesar el cristal para capturararme.

Clic.

Mi cuerpo por fin empezó a reaccionar. Cogí la espuma de afeitar y la cuchilla, y los guardé en el bolsillo mientras me preparaba para salir a la carrera.

Clic.

La niña hizo algo desconcertante en ese momento. Soltó la superficie de vidrio, como si hubiera cambiado de idea a última hora con respecto a mí, y dijo en un gemido hostil:

—¡Mira...!

Clic.

Podría haber huido en aquel instante, al regresar la electricidad, pero algo en mi interior me decía a gritos que debía quedarme y ver lo que quería mostrarme esa cosa.

Clic.

El espejo se dividió en dos mitades, en las que se proyectaba una imagen distinta, a cada cual más horripilante y atroz. A la derecha pude ver la enorme bañera del cuarto de baño principal. Me vi entrando con Ángela entre brazos. La desnudaba, le hacía el amor ahí mismo y después, en la misma bañera en la que acababa de amarla, la sumergía y retenía con fuerza hasta que

ella dejaba de luchar y convulsionar bajo el agua. ¡Hasta que la mataba con mis propias manos!

En la de la izquierda, una fotografía de cuerpo entero de mi madre comenzaba a sufrir amputaciones: primero un ojo, luego un brazo y una pierna... Golpes y más golpes, heridas monstruosas que le deformaron el cuerpo y la cara hasta que la foto se tiñó en una sangre tan oscura que se volvió negra.

Clic.

—¿Qué quieres? —pregunté con un trocito de valentía con el que se tropezó mi lengua.

Clic.

Las dos imágenes desaparecieron para que la niña borrón ocupara su lugar. El borrón del rostro se estiró a ambos lados a modo de sonrisa, emitió una carcajada sádica y respondió:

—Elige: una de las dos imágenes sucederá esta noche. O Ángela o tu madre. Elige. Pero una de ellas morirá hoy.

Clic.

Las lágrimas se agruparon en mi corazón buscando consuelo, congeladas por el miedo, negándose a salir al exterior. Aguardé un momento, indeciso, por si aquella cosa añadía algo más. El espejo eructó una nueva risotada antes de mostrarme un osito de peluche marrón que comenzó a bailar claqué en el centro. Su presencia, su baile y esa música mortuoria me pusieron el vello de punta. Yo sabía quién era ese osito, lo había dibujado varias veces, y a su dueña. La niña borrón era ella, mi tía Sonia, la carcelera de mi madre.

La música pereció y el espejo se fundió en negro repentinamente, avisándome de que la función había finalizado. Me encogí dentro del albornoz al sentir un frío absoluto, y salí de allí con pasos tristes y cientos de dudas. ¿Cómo le podía contar todo aquello a Áng...?

—Pshhhhhhh —sonó bajo la cama.

David dejó caer el bolígrafo de inmediato sobre las sábanas en un gesto de pánico que murió en cuanto una fragancia floral familiar acarició sus fosas nasales.

—Pssssshhh —volvió a sonar debajo de él.

—¿Ama? —consiguió decir mientras pensaba en pedir cita al

cardiólogo para asegurarse de la salud de su corazón.

—Sí, soy yo, cariño —dijo la voz adulta de ella.

—¡Ahora no suenas como una niña! —exclamó ilusionado y sorprendido.

—Sí, es cierto. Ya no puedo recuperar mi recuerdo ni mi proyección infantil, pues han destruido mi Jardín de los Sueños —respondió con tristeza la madre, oculta bajo la cama.

—¡Lo lamento mucho, ama! ¿Y por qué te escondes ahí abajo? ¿Por qué no puedo verte? —quiso saber el joven, temiendo la respuesta insidiosa que resonaba dentro de él.

—David... no estoy visible. Tengo partes del cuerpo destrozadas, las manos quemadas para que no pueda escribir, y otros detalles que prefiero guardarme para ahorrarte sufrimiento —dijo la voz de Alba.

El *déjà vu* de aquella explicación le provocó un escalofrío. ¿No se había justificado, aquella misma mañana, esa cosa del espejo con palabras parecidas para no mostrarle su rostro? ¿No lo había estado a punto de engañar? Su cuerpo se rebeló tiritando. En esa ocasión no picaría...

—Ama, ¿cómo solías llamarme de pequeño? ¿Y cómo me llamaba aita? —preguntó, preparado para escapar de un salto del tálamo en cuanto diera una respuesta errónea.

—Davitxu, siempre te he llamado así, o tesoro. Y aita te llamaba ratoncito por la forma en la que mordisqueabas tus pinturas de colores, ¿recuerdas? —respondió la presencia con la voz soñadora.

—¡Eres tú! —gritó alborozado—. ¡Ama, me muero de ganas de abrazarte y de...! —las palabras se le estrangulaban cruelmente al pasar por la horca de sus pensamientos.

—No estés triste, cariño —quiso consolarlo ella sin éxito, pues en aquellas palabras estaba contenida toda la tristeza del mundo.

—¿Lo sabes, verdad? —dijo él tratando de ignorar ese bulto doloroso alojado en su garganta mientras las lágrimas se asomaban por el balcón azul de sus ojos—. Lo del espejo...

—Sí, mi tesoro. Lo sé, y también sé que no lo harás... —susurró con dulzura.

—Ama, yo... —contestó, mirando hacia el suelo y sintiéndose el ser más miserable del planeta—. Yo no puedo...

—Lo sé... —suspiró aquella con desazón.

—No, no lo sabes —negó él en un gran esfuerzo al sentir que cada

palabra que pronunciase a continuación sería una afilada daga que acuchillaría el corazón de su madre—. Te quiero, ama, pero no puedo asesinar a mi esposa, a la mujer a la que amo y que lleva a mi hijo en su vientre, para que mi madre muerta no se «muera» y «siga viva».

—Dicho así... —replicó la otra en un vano esfuerzo por bromear.

Ambos lloraban. No podían verse ni tocarse y sabían que aquello era una despedida definitiva. Olía a flores muertas y a dolor, a separación.

—David... —susurró la madre con la voz rota.

—¿Sí, ama? —acertó a responder el muchacho en un quejido nasal.

—Te quiero, tesoro —contestó Alba—. Recuérdalo siempre y no te odies por lo que no vas a hacer esta noche. Nunca. Aunque llegue el día en que lo descubras todo y te arrepientas de esta noche, nunca te odies. Me voy feliz de haberte abrazado de nuevo, de haber podido comprobar cómo has crecido, mi renacuajo, y ver el hombre tan increíble en el que te has convertido. Me voy con tu rostro en mi corazón, sin tener ya que imaginármelo como todos estos años de atrás. Me voy casi feliz. Se acabaron las torturas, el confinamiento, la idea de terminar como mis antepasados. Se acabó...

—Oh, amaaaaaaaa —se rompió David, imaginándose por un instante ahogando a su amada mujer en la bañera—. Ni siquiera está aquí. Se ha ido y no creo que regrese ya esta noche... —se excusó con la mente embotada y el corazón deprimido.

—Chisssssttt, calla... No malgastemos el tiempo con explicaciones estériles ni palabras vacías. Tengo algo que contarte, mi amor; más bien, un nuevo favor que pedirte.

—¿Sí? —preguntó él tras un momento de silencio—. Lo haré, ama, lo haré. Dime...

—Cuando yo era pequeña y empecé a darme cuenta de que sucedían... «cosas raras» en casa —empezó a explicarse Alba desde la oscuridad del suelo bajo la cama—, me hice periodectve, ¿sabes? —la voz rio un instante ante el recuerdo—. Quería investigar todo lo que estaba ocurriendo: descubrir el paradero de mi hermanita desaparecida, y resolver los misterios de la evaporación de Nino y muchas otras cosas extrañas. Escribía los resultados de mis pesquisas en mi diario y, más tarde, seguí haciéndolo con una grabadora que me regaló el padre de tu esposa, mi amor platónico...

La sorpresa se apoderó de la lengua de David.

—¿Cómo? —espetó finalmente después de aclararse la voz y la mente—. ¿Estás diciendo que no sólo conocías al padre de mi mujer, sino que fue tu

amor en vez de aita?

—Sí —reconoció—. Se puede decir que casi sois familia, que ella es familia de todos nosotros de varias retorcidas maneras. Pero no es ahí adonde pretendo llegar. Escucha... Estamos llegando al... final.

Esa última palabra desgarró los ojos del muchacho, que se abrieron de nuevo en llanto. Dolía. ¡Dolía tanto decir adiós a su madre!

—Lo que quiero decir es, tesorito mío, que, cuando estaba viva, traté de luchar y arreglar todo lo malo que veía; traté de buscar respuestas porque sólo con ellas, con información, podría defenderme a mí y a los míos. Quiero que hagas tú lo mismo, que indagues, que investigues y puedas, llegado el caso, protegerte.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que debo investigar? ¿Qué quieres que haga?

Un gigantesco temblor, seguido de un estruendo ensordecedor, levantó la cama sobre la que se hallaba David.

—¡Ama, ama! —la llamó, asustado.

—¡Ya viene! ¡Es ella! —gritó Alba en la negrura—. ¡Es mi hora! Busca a mi madre, búscala y habla con ella.

—¿Tengo una abuela que vive? —inquirió el chico, incapaz de procesar con rapidez aquella información a causa del miedo y la tensión, pues la cama había empezado a agitarse con él encima.

—Se llama Natalia y está internada en un psiq...
AHHHHHHHHHHHHHHHHHHHH —aulló la voz en un grito de auténtico sufrimiento.

—¡Ama, amaaaaaaa!

David se apeó del lecho endemoniado de un salto rápido, accionó el interruptor de la luz y se agachó, venciendo sus propios miedos, hacia las profundidades de la cama. Vio horrorizado un charco de sangre burbujeante sobre el suelo, haciéndose más y más grande.

—¿Amaa? —lloriqueó el hijo.

Jamás volvería a obtener respuesta. El olor a flores frescas se había transformado en el hedor de la muerte.

«Flores podridas para un hijo podrido e ingrato», se acusó el chaval sin miramientos con la vista fija en aquella enorme mancha de sangre, la sangre que le había dado la vida a él.

—Buscaré a mi abuela y hablaré con ella, lo juro, amatxu —prometió con la voz húmeda y sincera.

Se irguió apesadumbrado, con miles de sueños e imágenes maternas

(muchas de ellas, sólo deseadas, soñadas por él) invadiendo su cerebro, y sonrió al ver que su madre lo había hecho de nuevo. Le había sorprendido y arrancado una sonrisa cuando él solamente quería llorar. Sobre las sábanas nupciales, Alba le había dejado tres presentes: un mechón de su largo cabello negro, una alianza de boda (la de sus padres) y una tarjeta de visita con un código extraño: Bkd 247.

David se llevó el mechón a la nariz y sus ojos se enternecieron al reconocer el aroma de su madre. Lo acarició con mimo, casi con miedo de robarle el olor, y guardó los tres objetos en un escondite provisional. Tenía muchas cosas en las que pensar y varias misiones que llevar a cabo...

Diario de Ángela

Morada de Ángela, mismo día, seis y cuarto de la mañana.

No, queridísimo y estupidísimo diario,

No estoy estrenando a mi marido ni exprimiéndolo como a un limón tal como me había imaginado yo esta noche. ¡Estoy hasta los cojones de imprevistos! Aún me cargo a toda la humanidad, verás..., y que se jodan.

Verás, todo calculadito lo tenía, pues ya iba desayunada, merendada y hasta cenada con el pensamiento de soportar unos días junto a él sin irme a cazar, pues tan potente es la lujuria como la gula y yo... llevo comiendo demasiados siglos, ¡qué carajo! En cambio, lo otro... ¡Si hasta me había agenciado un precioso vestido de novia! Negro, eso sí, pero estaba «ideal de la muerte». Tules y transparencias negras que me hacían sentirme sexy y sofisticada: la novia de la noche, la reina de la oscuridad...

Supe que nada iría como lo había planeado cuando David llegó al juzgado, sólo diez minutos antes de la ceremonia, con ese caminar renqueante, la expresión dolorida, y una irritante mirada culpable que me anunciaba que me ocultaba algo o que estaba a punto de mentirme.

Sonreí con la rabia escociéndome en los ojos y asentí con la cabeza mientras enlazaba mi brazo al suyo ante la atenta mirada del juez de paz. La ceremonia fue breve y nada especial, o no me lo pareció a mí. En realidad, me pareció una mierda, pues me tocó soportar, a modo de regalo de bodas para mi maridito, a los subnormales de sus amigos como invitados y testigos de la ceremonia. Fue molesto tener que decir una y otra vez, que no, que yo no aportaba amigos ni familiares al enlace o a la fiesta posterior. ¿Para qué querría yo invitados si luego no me los puedo comer al final del día? Pasando...

Durante el festín, sentí a David cada vez más incómodo y extraño. Quería decirme algo, pero no podía con toda esa gente delante, y mi ira iba aumentando a causa de la estúpida espera y de mi imaginación. Finalmente, no lo soporté más: me levanté de la mesa con un «Disculpádnos, por favor», aderezado con una sonrisa de compromiso, y tiré de él. Él se alzó a mi lado obedientemente y se dejó llevar por mí hasta los servicios de mujeres mientras un coro de risas lascivas, más propias de mandriles que de humanos, nos acompañó durante el trayecto.

—¿Qué sucede, David? —le acosé en cuanto atranqué la puerta del baño con nosotros dentro.

—Estás preciosa... —dijo torpemente—. No te imaginaba vestida de negro, pero estás preciosa.

¿Y sabes lo que hice? En cualquier otro momento, le

habría arrancado la lengua para hacérsela comer y luego lo habría devorado ahí mismo por tratarme como si fuera estúpida con ese burdo comentario. Pero, ¡joder!, que tuvo un efecto demoledor en mí, como si hubiera pronunciado unas putas palabras mágicas, y me descubrí pestañeando y sonriendo como una ridícula colegiala. ¡Esto tiene que deberse al embarazo, a las hormonas y al estrógeno ése! Como un día lo pille por banda, le reviento la cara... (al estrógeno, por supuesto).

—¿Sí, te gusta? —pregunté en su lugar, acariciándome coqueta el vestido.

—Espectacular...—respondió mi reciente marido.

Entonces el hambre me pudo y, olvidándome de aquello que había ido a hacer, me abalancé sobre él y me sumergí en su boca entre temblores. Él respondió como lo hacen las flores bajo la lluvia, mojándose y abriéndose para mí, y enloquecí de deseo. Sin miramientos, comencé a despojarle de su americana. Quería quitárselo todo, desnudarlo ahí mismo, que entrara en mí e invadir su alma. No obstante, un gemido suyo contrario al placer me detuvo en seco y los pensamientos volvieron a fluir dentro de mí.

—¿Qué ocurre, David? —repetí con los ojos puestos en los suyos.

—Estoy herido —contestó él.

—¿A qué te refieres?

Por toda respuesta, se despojó del chaleco y se abrió la camisa para dejar a la vista su torso. Estaba lleno de

pequeñas incisiones abiertas, algunas de ellas sangrantes.

—¿Qué tienes que contarme? —pregunté con una perplejidad que me resultaba incómoda.

—Algo me ha atacado hace unas horas —confesó con cautela, como si estuviera seleccionando para mí las palabras.

—Expílicate...—exigí al punto, fría y agria por haberme apagado de ese modo el deseo.

—Vas a creer que estoy loco, pero te juro que es verdad —comenzó a explicarse, evitando mi mirada a toda costa—. Tan verdad como estas heridas que estás viendo...

—¡Habla! —reclamé furiosa.

—Estaba afeitándome cuando una niña se me apareció en el espejo, y...

—¿Una niña? ¿En el espejo? —pregunté mientras pensaba en destrozar a esa mocosa de mil y un modos terribles y espantosamente dolorosos.

¡La muy zorra se había atrevido a ir a MI CASA, a asustar a MI PROMETIDO, o quizá a tratar de matarlo! ¿Quién se creía que era? ¡Nadie toca mis cosas sin recibir un castigo! ¡Nadie!

—Sí, parecía una niña, pero no se le veía la cara y... —prosiguió mi esposo, que había comenzado a abotonarse de nuevo la camisa.

No obstante, yo ya había dejado de escucharlo. Descerrajé el pestillo y salí de ahí a la carrera, dejando a un David abandonado, que suplicaba con la mirada una

explicación que no quise darle en ese momento. Había cosas más importantes y urgentes, como darle su merecido a esa niñata de mierda...

Quizá, quizá deba ir ahora mismo a verlo. Le daré una sorpresa enorme si me planto ahí, porque seguro que ya no me espera a estas horas. ¡Sí, eso haré! Aún podemos recuperar nuestra noche de bodas, porque Sonia no volverá a molestarnos nunca más.

Nunca más...

Cerró el diario con una sonrisa de satisfacción al recordar el sabor de la sangre y del dolor de la niña bastarda, colocó el libro sobre la mesita auxiliar situada junto al sofá de la cabaña y, como una niña traviesa, se materializó frente a la puerta verde riendo ante su nueva ocurrencia: no usaría sus llaves. Así, todo sería más divertido...

¡Ding dong, ding dong!

En el piso superior se encendieron con timidez algunas luces. Varias pisadas apresuradas más tarde, correteando por las escaleras y por el pasillo después, la puerta se abrió para ella. Un muchacho sorprendido la recibió con la boca igual de abierta.

—¡Has vuelto! —exclamó él conteniendo el impulso de arrojarse a sus brazos—. Temía que no volvieras... ¡Y sigues vestida novia!

—¡Calla y estrena a tu esposa! —ronroneó ella mientras se precipitaba al interior de la casa y de los labios de David.

—¿Se puede...? —preguntó el chico, idiotizado al verla.

—Siempre, David. Siempre... —contestó la novia de negro en un suspiro coqueto.

David la acogió en sus brazos con una sonrisa sumisa y la besó sin compasión, tratando de ahogar la culpabilidad y la pérdida de su madre en la saliva de ella. Ángela estalló en una cascada de risas adorables cuando éste la acunó entre sus brazos y la subió de esa guisa por las escaleras, como

dictaminaban las costumbres nupciales.

Llegaron al dormitorio principal jadeantes; ella, de deseo; él, del esfuerzo. La depositó en la cama con una mirada arrobada de adoración y Ángela se levantó con lascivia las faldas del vestido de novia.

—¡No llevas ropa interior! —exclamó el joven con los ojos desorbitados por la sorpresa.

La Muerte rio ante el candor de su marido y respondió:

—Entra en mí. Te espero...

Y él obedeció ciegamente, dispuesto a perderse una vez más en ella. Ángela se apoderó de su cuerpo con la pasión habitual, mas algo inquietaba a su espíritu: ese olor a flores que parecía impregnarlo todo.

«Flores, esas flores..., ¿de dónde las habrá sacado?», se preguntó ella antes de dejar la mente en blanco y extraer lo que ella sentía como el néctar de la vida.

Sonia y Ángela se ven las caras

En la cueva, jueves 13 de abril, 2017. Por la tarde.

Las gotas se deslizaban silenciosas sobre las paredes rugosas, tratando de pasar desapercibidas ante la cólera de la mujer vendaval que había entrado arrasando todo a su paso. Su alarido consumió la luz de las teas repartidas a lo largo de la caverna, y un frío oscuro engulló el paisaje. Únicamente se proyectaba, al fondo, una débil luminosidad proveniente de las almas de las prisioneras que, en su perpetuo proceder, deambulaban inquietas por el recinto sin cesar de golpearse contra las protuberancias y salientes de los muros hasta que la misma Eternidad se hastiara de ellas y se apagarán para siempre.

—Soniaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa —volvió a gritar la Muerte.

Las sombras se replegaron sobre sí mismas, huidizas y cobardes, y una bestia aulló aterrorizada.

—¡A mí, mascotas! —exigió la mujer.

Tres lobombres acudieron a su llamada en un trote ligero. Llevaban el terror dibujado en sus rostros.

—Tranquilos, chuchitos —trató de calmarlos ella mientras les rascaba con familiaridad tras las orejas—. No es con vosotros con quien estoy molesta. ¿Dónde está la cría del demonio?

Los lobombres desviaron la cabeza con nerviosismo manifiesto hacia la entrada de la gruta.

—¿Ha salido la desgraciada, eh? Bueno, pues la esperaremos por aquí entonces... —dijo en voz alta en un acto de insufrible contención.

Mas la espera no fue larga, pues, un cuarto de hora más tarde, resonaron los pasitos alegres de una niña con un aspecto tan risueño que parecía haber estado chapoteando en todos los charcos del mundo.

—¿Qué? ¿Vienes de compritas o qué? —sonó una voz hostil que forzó a la pequeña a detenerse en seco.

—¿Ángela? —balbuceó a modo de respuesta.

Una risa gutural y siniestra resonó desde el interior de la cueva, y recorrió su camino natural hasta alcanzar a la recién llegada. Sonia tiritó involuntariamente al intuir lo que acontecería.

—Sí, ¿me habrás comprado también algo a mí, no? ¿O sólo te diviertes tú ahora? —dijo la voz seca y oscura a lo lejos—. Pero entra, «mujer». No te quedes ahí en medio por mí, que estás en tu casa, ¿no es verdad?

Sonia reanudó su paseo mientras Ángela alzaba su mano derecha con brusquedad. Las antorchas, obedientes, se encendieron para iluminar el espectáculo. El rostro de la abogada se recortó en un juego de luces y sombras inquietante.

—¿Y bien? —preguntó Ángela con una sonrisa sádica cuando ésta se hubo aproximado lo suficiente.

—Yo... —titubeó la niña muerta.

—¿Tú qué? —pronunció a la vez que la cogía del cuello y la alzaba hasta situar su cara a la misma altura que la propia.

—No he comprado nada... —replicó la cría entre la confusión y el miedo.

¿Se habría chivado el retrasado de su marido mortal?

—¿Ah, no? —prosiguió la mujer, decepcionada—. ¡Qué lástima!

Y, antes de que la última palabra alcanzara los oídos de la niña, Ángela la arrojó contra la pared opuesta. Sonia, pillada por sorpresa, no consiguió esquivar el golpe y se descalabró al chocar con la dura piedra del muro, el cual maltrató su cabeza y espalda con saña.

—¿No me preguntas por qué estoy aquí? —gritó Ángela encima de ella, pues había saltado velozmente sobre el cuerpo de la niña antes de que ésta pudiera siquiera alzarse, y ahora le clavaba las uñas en su suave cutis.

Sonia gimió de dolor cuando las garras de la mujer penetraron en la carne del rostro, que comenzó a llorar sangre.

—¿En qué diablos pensabas cuando te has aparecido ante mi marido para acojonarlo? ¿O es que pretendías otra cosa? —siguió esculpiéndole la cara con los dedos cada vez más hambrientos, buscando el hueso de sus pómulos y que aullase de dolor—. ¿Qué buscabas con esa aparición mierdera? ¿De verdad creías que no iba a enterarme, niña mierdosa?

«¡No sabe lo que le he dicho al chaval! ¡No lo sabe! Si no, ya estaría muerta...», concluyó la pequeña entre toda esa confusión de dolor, miedo y sangre.

—Yo... —musitó la niña—. Quería jugar un poco...

Ángela la miró con incredulidad; después, con cierta admiración. Apartó sus dedos de la carita infantil que había deformado por completo y esbozó una sonrisa ladina.

—Yo también habría hecho lo mismo —reconoció la mujer encogiéndose de hombros—. Pero vuelve a tocar mi comida, o mis cosas, y no vivirás para contarlo...

—Yo... lo lamento. Pensé que sería divertido visitar a mi sobrino y comprobar si se asustaba tanto como lo hizo Juanfran —se explicó la niña, envalentonada, que a esas alturas ya estaba convencida de que el humano se había guardado el ultimátum que le conminaba a elegir entre Ángela o su madre—. ¿Recuerdas qué risas nos echamos?

La Muerte la contempló pensativa, con un rictus extraño en el rostro que no desvelaba nada de sus emociones o intenciones. Se inclinó hacia la niña, que continuaba sentada en el suelo, y le susurró con mucha calma:

—Muchas risas, sí. Pero te lo repito: vuelve a entrar en mi casa o a contactar con él y te ahogaré con tu propia garganta...

—Lo he hecho mal; lo sé, lo sé —contestó Sonia con la mirada fija en sus piececitos nerviosos—. Mira, te doy mi juguete favorito como castigo... —soltó a la vez que señalaba a Alba, situada no muy lejos de ellas y encadenada a unos grilletes para que no pudiera «volar».

—¿Me das a tu hermanita, eh? —concluyó Ángela, asintiendo con satisfacción—. Está bien, me parece un justo castigo.

La niña cometió el error de sonreír triunfalmente al pensar que se había salido con la suya. No sólo no pagaría por haber intentado matar a la Muerte y ocupar su lugar para siempre, sino que le había salido redondo: Ángela se sentiría reparada por el agravio gracias a su gran obsequio, no se enteraría nunca de sus intenciones, y su amenaza quedaría cumplida con la muerte de Alba a manos de la primera. La sonrisa abandonó sus labios cuando, al ir a alzarse del suelo, sintió miles de cuchillas lacerantes perforando su tórax y estómago. Ángela mordía y masticada su cuerpo con hambre violenta y voraz.

—¿Por qué? —vomitó las palabras junto a un brillante riachuelo rojo que manó de su boca.

—Estoy embarazada y me han dicho que debo comer por dos —dijo Ángela mientras visitaba el interior del cuerpo destrozado de la pequeña—. ¡Y tengo un hambre que te cagas!

Cuando se sació, o más bien porque la había vaciado, extrajo su cabeza

y observó con orgullo el resultado de un trabajo bien hecho. El torso de la niña era un inmenso orificio, como el agujero de un donut pero sin donut. Aun así, igual de dulce.

—Esto sí es redondo, pequeña zorra estúpida, no tus planes —le espetó desde arriba—. Por supuesto, acepto tu presente y luego vendré a por ella, que, con el embarazo, últimamente me apetece siempre un pisco labis a media noche.

«¡Lo sabe todo!», pensó Sonia horrorizada.

Después, izó su mirada traslúcida y borrosa, y aún le alcanzó para sorprenderse por las palabras de su maestra y repetir sus dos últimas palabras:

—¿Por qué?

—Porque puedo, porque debo y porque quiero, piojosa —le lanzó la mujer con desprecio mientras se relamía con aquel sabor dulzón de la sangre muerta y corrupta—. Porque tienes que meterte en esa cabecita de ricitos dorados que yo lo sé todo, lo veo todo, lo huelo todo...

—Pero ahora tú... —pronunció la niña con dificultad.

—No, ¡no me seas melodramática! —rio alegremente—. No te estás muriendo ni nada de eso. ¡Ya estás muerta, tontina! Además, eres mi discípula y mi relevo mientras yo esté en el mundo de los vivos. No estás muriéndote ni nada parecido... —añadió chasqueando la lengua con aburrimiento.

—Pero no tengo corazón, ni ningún órgano... —apuntó la chiquilla observándose con incredulidad.

—¡Bagatelas, menudencias! —exclamó la otra entre risas, restando importancia a sus observaciones—. ¿Conoces la historia de Prometeo?

—¿Prome... qué? —vomitó la niña, solada por temblores y fiebre.

La mujer le lanzó una mirada de absoluto desprecio, se dio una vuelta por sus antiguos dominios, prendió una fogata en el suelo con un simple chasquido de dedos, y se sentó junto al fuego con cuidado de no quemarse su precioso vestido de novia, preparada para contarle a su tutoranda aquella historia como si de un campamento de *boyscouts* se tratara.

—¿Qué os enseñan a los vivos en este mundo ahora? ¿No conoces el mito de Prometeo? Escucha, piojo... —comenzó la Muerte—. Prometeo era un payaso triste, como todos los mortales (aunque éste tenía más delito por ser hijo de una ninfa de agua), que se creía más listo que los propios dioses. Te suena, ¿garrapata? —le preguntó con desdén.

Sonia, apoyada en la pared, notaba la humedad de las gotas filtrándose

desde su cabeza hasta formar una balsa en el agujero inmenso de su cuerpo. Trató de responder un escueto «sí», pero únicamente fue capaz de sostenerle la mirada, una mirada vidriosa que terminaría por estallar en minúsculos pedacitos de cristal.

—Duele, ¿eh? —apuntó la mujer satisfecha, analizando los gestos faciales de su alumna—. Pues déjame que te diga que te va a doler unos cuantos días. Pero sigo con mi clase de Mitología, y así aprenderás algo... —añadió acercando su cara al fuego con fascinación.

Las lenguas de fuego lamieron su cara y ella bajó los párpados un momento para disfrutar de aquellas cálidas caricias. ¡Cuánto le gustaba sentir calor en su cuerpo siempre frío! Aquella sensación le hizo evocar imágenes de su intimidad con David. ¡David! Su nombre bailó en sus labios y, convertido en beso, le cosquilleó la piel. Él siempre conseguía caldear su cuerpo, hacer que se sintiera viva y que, incluso, latiese su corazón negro y seco. Sonrió y abrió sus ojos verdes, donde las llamas quedaron aprisionadas. Sonia observó hipnotizada el baile enloquecido de éstas en las pupilas de la mujer.

—El caso es que el tipo, más chulo que un ocho, perpetró un engaño a Zeus, consistente en hacerle escoger entre dos partes de un buey para hacer un banquete. El engaño consistía en que, previamente, había sacado todo lo apetitoso del animal para luego ocultarlo en el fondo del estómago del propio bicho sacrificado. Y los huesos y todo lo inservible e incomedible los bañó de succulenta grasa. Zeus escogió el segundo y el otro tonto del bote, que se las prometía muy felices por haber estafado al Padre de los dioses, ni se planteó qué le ocurriría cuando se descubriera el timo y los dioses se toparan con un falso banquete. Vamos, igual de estúpido que tú, ¿no crees? Aparecerse en mi casa y pensar que no te iba a percibir, a oler tu apestoso cuerpo...

«¡Sólo puede interceptar mis pensamientos a ratos, si se concentra, pero no lo sabe, no sabe que...!», cayó en la cuenta la niña, que dejó morir su reflexión para no proporcionarle aquella peligrosa información.

—¿Sonríes, pequeña andrajosa? —se encaró Ángela—. Puedo arrancarte los dientes también, y te tardarán unas semanitas en crecer. Duelen al volver a salir, ¿sabes? Por eso lloran tanto los cachorros humanos... A ti te dolerá un poquito más, eso sí.

Sonia enterró la línea ascendente de su boca en un rictus de pánico y dolor que pareció agrandar a su maestra.

—Lo que te decía: tenías intención de jugar con mi marido, quizá comértelo antes de que me esposara con él... ¿Y no pensaste que yo lo sabría?

¿O acaso creías que él me lo ocultaría? ¡Él me lo cuenta todo! —le recriminó en un chillido agudo que ralló las paredes de la caverna y la de sus tímpanos.

El fuego se elevó varios metros por encima de sus cabezas, alimentado por la furia de la mujer, mientras Sonia ocultaba en el rincón más alejado de su mente una certeza absoluta: sí, Ángela se había hecho más poderosa a raíz de su embarazo con su tío, el mortal, pero seguía siendo débil. Ni su maridito le había contado su conversación con ella ni ella sabía que había tratado de..., de eso...

—Pero seguro que no vuelve a suceder, a no ser que seas igual de estúpida que Prometeo. ¿Sabes lo que aconteció después del banquete frustrado y de que los dioses descubrieran la jugarreta? Es una historia estupenda, con un final de los cojonudos, de los que me gustan a mí, verás... —le apuntó Ángela con el dedo mientras la niña asentía con la cabeza y la observaba en silencio—. Zeus se portó medio bien con él, porque yo, en su lugar, le habría hecho algo más que quitarle el fuego a la humanidad. Claro que es una putada, imagina... Así que Prometeo, que era más tonto que un calvo comprándose un peine (o que cierta niña muerta que todavía cree que no estoy enterada de TODO) —recalcó, inclinándose hacia ella y perforando sus piernecitas con las uñas aún sedientas. Sonia emitió un débil gemido de dolor—. Prometeo volvió a cagarla a base de bien y les robó el fuego a los dioses para devolvérselo a los hombres y que éstos pudieran hacer sus cositas patéticas de mortales, como cocinar, calentarse... Ya te imaginarás el cabreo de Zeus. Es que como si tú, tras esta adorable charleta que estamos manteniendo, volvieras a mi casa o a tratar de contactar con mi esposo. ¿Te imaginas? ¿Te imaginas qué locura? —estalló en carcajadas a la vez que presionaba aún más en las espinillas infantiles hasta que un crujido de tibias se unió a sus risas.

—Nooooooo —gimoteó Sonia, a punto de desvanecerse del dolor.

Ángela la contempló con ojos comprensivos y negó con la cabeza ante su propio comportamiento.

—Tienes razón, tienes razón —concordó ella en su soliloquio—. Te devuelvo las piernecitas o no vas a poder cazar nada hasta que te rellenes de nuevo —rio ante su ocurrencia.

Acto seguido, regurgitó sobre las piernas abiertas de la niña una pasta densa, negra y agusanada, que corrió a través de los huesos y la piel rotos hasta recomponerlos.

—¡Mira, ya tienes tus piernecitas enclenques de nuevo! —celebró la

mujer con palmas joviales—. Además, tampoco quiero que te mueras de hambre, o te desmayes y me dejes aquí hablando sola del final de la historia. ¿Por dónde iba? Ah, ya... El tonto de Prometeo robó el fuego y Zeus se cabreó tanto que ideó dos castigos ejemplares, uno para él, y otro para su familia, y que acabaría repercutiendo sobre toda la humanidad. ¿Ves por dónde voy?

—Nnnnoo —balbuceó la chiquilla, dolorida.

—Pues que, como me toques mucho los huevos, el próximo castigo no será solo que desaparezcas, sino que me los cargo a todos —tradujo con una sonrisa inocente que contrastaba con aquella voz amenazadora y glacial—. Pero no me interrumpas, mujer, que, si no, no acabamos nunca y tengo cositas que hacer. Zeus creó a una mujer de arcilla llamada Pandora e hizo que Epimeteo, el hermano de Prometeo, se casara con ella. Y lo eligió a él, y no a otro, porque era en su casa donde se alojaba el ánfora que contenía todas las desgracias del mundo (hambre, dolor, pobreza, plagas...), ánfora que la mujer abrió, desatando el caos y condenando a los hombres a sufrir para siempre. Ya sabes, la famosa caja de Pandora...

Sonia continuaba mirándola impasible.

—¿No, tampoco la conoces? ¡Qué incultura! Bueno, te maté un poco joven, eso sí... —reflexionó la abogada en voz alta—. Ponte cómoda, que ya llegamos al final del relato y de la parte más interesante para ti... Zeus capturó al mangante y se lo llevó al Cáucaso, donde lo encadenó de por vida (aquí verás que mi clemencia para contigo no tiene igual, pequeña culebra) y, dado que era inmortal (como tú, hasta que yo decida lo contrario...), lo castigó a una condena eterna, consistente en que un águila le devorara los hígados durante el día. Por la noche, el hígado se le regeneraba, y lo alimentaban lo justo para, al día siguiente, someterlo al mismo tormento. Y así sucedió hasta que Heracles (más conocido como Hércules) lo liberó de aquel suplicio infinito atravesando su corazón con una flecha. Pero ésa ya es otra historia... Lo que vengo a decirte es que te va a doler un montón y tardarás varios meses en regenerarte del todo, dos o tres si consigues cazar con esas pintas. ¿Te ha gustado la clase de hoy, mi discípula tontainas? Pues el próximo día te enseñaré cómo hacer la /o/ con un canuto y cómo conformarte con todo lo que te he dado, mierdosa.

Ángela se irguió entonces del suelo y las llamas murieron ante su movimiento. La cueva se tiñó de negro luto, a juego del vestido nupcial de la flamante esposa, y los lobombres emitieron aullidos lastimeros.

—¡Danzad, sombras! —exclamó, y las antorchas se encendieron

súbitamente tras la autorización de su dueña—. ¡Uffff, qué tarde es ya! Casi mejor me llevo tu regalo puesto, Sonia, no me lo envuelvas. Hoy es mi noche de bodas, ¿sabes?

Y, diciendo esto, se aproximó a la reunión de almas ciegas que vagaban al fondo de la gruta, liberó a Alba de sus grilletos y se la acomodó en los hombros, cual saco de patatas. Con ella de esa guisa, se dirigió una vez más a su aprendiz:

—¿Sabes quién soy?

—La Muerte —dijo Sonia, disgustada.

—Exacto. No juegues más conmigo. Aunque ahora voy disfrazada... —añadió entre risas a causa de su ocurrencia.

—¿De qué? —preguntó la otra, siguiéndole el juego para no desatar más su ira.

—¡De mujer del saco! JAJAJAJAJA.

Sus risas resonaron rebotando por las distintas superficies. Aún permanecía el eco de aquellas desagradables carcajadas segundos después de que Ángela y su cena se hubieran volatilizado.

—Te mataré, Ángela —prometió Sonia, incapaz de moverse, cuando la última risa se apagó en sus oídos—. Te mataré y yo me quedaré con todo. No eres más que una humana enamorada ahora, y cada día que pasas ahí arriba entre ellos te vuelves más y más débil. Voy a matarte...

Fragmentos de diarios (I)

Santurce, sábado 15 de abril, 2017

Diario de David

¿Qué pasa, colegui?

No te llegué a contar, creo, que ya no me hablo con mis amigos. Cuando Ángela me dejó tirado en nuestra propia boda y me tocó salir solo del baño, bastante deprimido y confuso, los muy payasos empezaron a hacer bromitas de las suyas, de modo que me hincharon las narices y les solté que se podían ir todos a tomar por culo. Y me largué de ahí con viento fresco.

Reconozco que estaba muy alterado por todo lo que me había sucedido esa mañana (¡cómo para no estarlo!). En mi cabeza no dejaba de repetirse la escena del espejo, e imaginarme que esa noche perdería a una de las dos mujeres de mi vida (si no cuento a la madre Mercedes, claro)... Pero el colmo fue cuando reparé en la actitud extraña de Ángela, que parecía de todo menos sorprendida por lo que le estaba contando (casi enfadada, diría yo), y luego su huida de nuestra propia fiesta matrimonial... ¡Tenías que haberme visto la cara de imbécil profundo que se me quedó, macho! Además, me encontraba muy nervioso por la expectativa de volver a reunirme con mi madre esa noche y de, quizá, poder solucionarlo; pero luego..., ¡mira todo lo que sucedió! Sí, creo que tengo que llamar a mis amigos y disculparme con ellos. Ama me lo habría aconsejado así, estoy convencido. ¿Qué culpa tenían ellos? ¡Estaban de marcha, bebidos, y sólo vieron a una novia a la carrera!

Tenía razón ella, ¿sabes? Tenía razón.

Me siento culpable de su muerte, de no haber luchado más por ella y de haber permitido que se marchara así, tan fácilmente. Aún me atormenta la visión de toda esa sangre debajo de mi cama, saber que es suya, y que yo soy un Judas... Sí, lo soy. Otra vez he vuelto a fallarle, y ella sabía que lo haría,

que le decepcionaría de nuevo y, aun así, vino a despedirse de mí, de su verdugo. ¿Pero qué debía hacer, amigo? ¿Asesinar a sangre fría a mi joven y bella esposa, y a mi hijo nonato para que mi madre muerta siguiera muerta? Eso es lo que me repito una y otra vez desde entonces. ¡Si al menos con eso le hubiera devuelto la vida! Pero no podía, no podía. ¡Era una aberración, Virgen santísima! ¡Se trata de mi hijo y de mi mujer!

No obstante, si lo tengo todo tan claro, ¿por qué me siento así de culpable y traidor? ¿Por qué siento que la he entregado al dolor? Debo hacer algo para dejar de encontrarme así o me volveré loco...

El lunes me pondré a investigar, decidido. Tengo que localizar a mi abuela (¡Sí, tengo una abuela viva y se llama Natalia! ¿Puedes creértelo?) y la visitaré como le prometí a mamá. Y también quiero averiguar qué significan esos números y letras de la tarjeta. Intuyo que se trata de algo importante...

¿Me notas inquieto, verdad? Sí, hay muchas cosas que me atormentan, sobre todo mi conciencia..., y no sólo por lo de mi madre o por haber sido un capullo con los colegas. Hay algo que empieza a chirriar dentro de mí, algo que me dice que las cosas no están bien, aunque externamente lo estén.

¿Por qué afirmo esto? Porque, sí, Ángela está exultante y maravillosa, es cierto: cada día más bonita y cariñosa conmigo, emocionada con el embarazo, con nuestra futura convivencia juntos... Pero hay demasiados secretos en su vida para que yo me sienta confiado del todo. ¿Adónde fue el día de la boda con tanta prisa? ¿Qué hizo durante todas esas horas? ¿Por qué rehúsa contármelo cada vez que trato de sacar el tema o se va de mi lado si se lo pregunto directamente? ¿Por qué no ha consentido en que la acompañe esta tarde a su casa para ayudarla a trasladar parte de sus pertenencias? ¿Está esperando un niño, por el amor de Dios! ¿Cómo puede preferir hacerlo sola? No comprendo que no me permita (a mí, que soy su marido) compartir con ella la mudanza de sus cosas, ni saber dónde vive o cómo es la casa a la que huirá cada vez que necesite distanciarse de mí...

En dos semanas cumplirá veintinueve años y no sé ni qué regalarle, ¡porque me doy cuenta de que no sé absolutamente nada de ella! Quiero solucionar eso, quiero averiguar adónde va, dónde se encuentra su casa, dónde trabaja... ¡Lo haré por las malas si no me da otra opción! ¡Va por ti, mamá!

Te preguntarás a qué viene toda esta desconfianza ahora. Pues bien, ven, acércate y escucha atentamente: tengo un secreto, un secreto que me está devorando por dentro...

No es sólo que no me explique nada sobre su extraño comportamiento

en nuestra boda o lo de hace unos días cuando, ya sabes..., cuando me desgarró la espalda y desapareció casi mágicamente, como la niebla al sol... Es algo tan terrible que lo he estado demorando por miedo a que sea cierto. Pero voy a ser valiente. Escucha...

Diario de Ángela (mismo día)

¡Tú, libro espía! ¿Qué planeas ahora?

Hacía días que no sabías de mí, ¿eh? Pues aquí me tienes de nuevo... Esta será la última entrada que te haga desde la cabaña porque me estoy trasladando a casa de David. ¡Y me ha montado una escenita por no dejarle que me acompañara! ¿Qué le digo? ¿Que se ponga las zapatillas de volar a Mortilandia?

Pues ahí lo he dejado en casa, con la cara más mustia que yo que sé y, joder, así no me dan ganas de follármelo, sino de comérmelo por coñazo. ¡Como esto se haga rutinario, lo lleva claro! Que ahora tengo que comer mucho...

Tampoco me hago mucho caso, que tengo el organismo revolucionado con el puto embarazo, pero lo llevo bien. Eso sí, me ha dado por comer un montón y en los medios de comunicación ya hablan de un extraño aumento de la mortandad este mes. Tendré que controlarme. Además, no quiero ponerme gorda, ¡joder! Nada, lo cierto es que David me hace feliz, ¡qué cojones! ¿Por eso me he casado con él, no? ¡Pues a reconocerlo!

Me encanta estar con él, incluso cuando no me acuesto con él. Raro, ¿eh? Salvo cuando se pone preguntón y quiere saber cosas de mí, de mi vida pasada y presente, y entonces cojo y me piro hasta la siguiente.

¿Qué pretende que le cuente? Joder, y ahora le ha dado por preguntar por el día de la boda. Te va a parecer muy extraño, pero me jode mentir. No soporto las mentiras. Seré muy Muerte yo, cierto (y a mucha honra), pero no soy mentirosa, y tampoco tolero que me las traten de colar a mí. Pero, no sé, contarle que fui a darle una paliza a su tía muerta (a la que yo maté cuando era una niña) por aparecerse en su espejo, y que luego desangré a su madre y me hice un zumo de tomate con ella antes de devorarla del todo..., joder, igual le resulta un poco fuerte, ¿no?

Hablando ya en serio, ¡no sé qué cojones decirle! ¡No estoy preparada para soltar mentiras! En mi mundo te veo, te mato y te como. No hay más. Y, en calidad de abogada, jamás me ha hecho falta retorcer la realidad. Me basta con ver la realidad retorcida en las mentes de mis adversarios para ganarlos con ella. Por eso soy infalible, por eso nunca pierdo. Pero con David..., con él, eso no funciona.

Aunque creo que me oculta algo. Escucha...

Diario de David

Sucedió algo muy extraño esa noche (que sí..., vaaaaale, tan extraño como el resto de cosas que ya te he contado).

Cuando te estaba poniendo al tanto de lo sucedido aquel día en el cuarto

de baño, te dejé de escribir de golpe porque algo me interrumpió, ¿recuerdas?

Sí, claro, ¡tienes razón! No te he contado las cosas bien ni por orden en esta ocasión. Trataré de remediarlo ahora...

Diario de Ángela

¡Joder! A ver cómo te lo cuento sin sonar
excesivamente... humana.

No sé, igual estoy un pelín paranoica porque lo mismo siento que David sospecha de mí como que, al rato, me parece que es él quien me oculta algo, ¿comprendes?

Quizás, si recapitulo los acontecimientos de ese día después de abandonar la cueva, dé con la clave.

Venga, va, ¡no pierdo nada por probar! Siempre puedo arrancarte tus malditas páginas asquerosas si veo que no me has ayudado...

Y lo haré, diario mugroso.

No te queda duda...

David

Antes te he dicho que mi madre murió aquella misma noche bajo mi cama, pero no te he explicado cómo sucedió ni que, de hecho, fuera su llegada lo que hizo que te dejara a ti a un lado.

Nuestro encuentro fue terriblemente doloroso porque estuvo teñido del sabor amargo de las despedidas y de los corazones rotos. Ni siquiera pude verla o abrazarla una última vez, ¿sabes? Sólo oscuridad, traición (la mía), separación, y un adiós definitivo que me destrozó.

Vamos, lo de siempre... Sin embargo, unos segundos antes de que ella... desapareciera..., quiso entregarme varios regalos.

El primero fue contarme que tenía una abuela viva y, después, me hizo

llegar tres objetos. He pensado mucho en ellos y estoy convencido de que cada uno tiene un propósito distinto.

¿Quieres escuchar mi loca teoría al respecto?

Sí, ¡ya lo sé! No te estoy contando TODAVÍA lo que te he adelantado hace un rato; eso que tanto me preocupa y que me da miedo incluso escribir, pero lo haré en breve, lo prometo. Igual, tras relatarte el encuentro con ama, lo comprenderás mejor...

Ángela

Salí satisfecha y cachonda como una mona de la sesión de *esteticien* y manicura que le había regalado a la cría del demonio.

En serio, no recordaba habérmelo pasado tan bien desde aquella masacre en un colegio donde me llevé a un montón de chicos.

¡Cómo lloraban y pataleaban!

El caso es que me sentía genial: llevaba el juguete de Sonia sobre mis hombros y bastantes expectativas de echar un buen polvazo a mi marido cuando me diera por ir a verlo.

De modo que me dirigí a mi cabaña para dejar ahí a mi invitada hasta mi regreso (ya sabes, un par de muertitas aquí y allá que me tocaban), y volví por la noche, dispuesta a darme un caprichito con el postre (te juro, por todos los muertos que me he comido, que nunca he tenido un apetito tan voraz como con el embarazo).

Pero, en cuanto puse un pie en casa,

supe que las cosas no iban a suceder como yo esperaba. Verás...

David

El primer objeto fue un mechón de sus cabellos, y creo que me lo dio porque me puede seguir uniendo a ella. De hecho, así lo siento cada vez que lo desenvuelvo de su pañuelo y aspiro su aroma a margaritas, lirios y tulipanes.

El segundo fue la alianza de bodas de ellos, mis padres. Creo que aquí se trata solamente de un recuerdo emotivo de mi pasado. Para que no me olvide, a lo mejor, de que un día tuve unos padres que me amaron y que se amaron entre ellos. ¡Quién sabe! Lo mismo hasta es una especie de amuleto protector... Lo sé, estoy dejando volar demasiado la imaginación, ¡pero estoy viendo tantas cosas que, a priori, me parecían imposibles!

Y el tercero es una simple tarjeta de visita. La he analizado varias veces ya. La primera vez sólo reparé en lo que aparecía escrito a bolígrafo, con la caligrafía de mamá, en el reverso: Bkd 247. ¿Alguna idea de lo que puede ser? En fin, que, a base de mirarla, me di cuenta de que tendría que haber una dirección junto a un nombre en el anverso, como cualquier tarjeta de visita al uso. Pero la decepción fue total cuando descubrí que la tinta que una vez serigrafiaron sobre ella se había debilitado hasta hacerse ilegible, casi invisible.

Por supuesto, éste es el objeto que más me intriga de los tres, porque sé que me llevará algún lado en cuanto descubra qué son esos misteriosos números. Aunque la verdad es que no sé por dónde empezar para averiguarlo. ¿Y si está conectado con mi abuela? ¿Y si dar con su paradero me ayuda a descubrir la siguiente pista? Suena a típico de mamá, ¿no crees? Hacerlo como un juego de pistas...

El caso es que, todavía aturullado por su muerte, busqué escondites para los regalos. Sabía que Ángela no debía encontrarlos jamás ni conocer su existencia. No podía arriesgarme...

Ángela

Me acerqué a ella en actitud cariñosa, lo prometo.
Hasta le saludé al entrar con un «¡Suegri, ya estoy aquí!».

Ella no respondió ni realizó gesto alguno de haberme escuchado, pero tampoco le di mayor importancia. Al fin y al cabo, entendía que pudiera estar enfadada conmigo por haberla dejado sola tantas horas en una casa desconocida, o bien por no haberla invitado a mi boda con su hijo, o porque en un ratito me la iba a comer.

¡Que yo soy comprensiva, hostias, y sé que estas cosas cabrean un montón!

Pero, cuando fueron pasando los segundos y comprobé que seguía sin moverse, me mosqueó muchísimo.

Me aproximé todavía más a su cara.

Parecía relajada, yo diría que hasta feliz.

Y le asesté un puñetazo en la nariz, más que nada por si estaba durmiendo, para no asustarla al pronunciar su nombre al oído.

La nariz crujió como una galletita, pero su cuerpo apenas emitió un sonido gutural, como si estuviera lejos, muy lejos de ahí.

Encolerizada (pues estarás de acuerdo conmigo en que es de poca educación que los invitados se vayan de casa de su huésped sin avisar), atravesé su pecho con la mano, localicé sus pulmones y decidí decorar mi boca con ellos.

Tiré solamente una vez y, ahora sí,

su boca despertó con un aullido de dolor mientras su alma vibraba como el aire ardiente del desierto.
«¿Adónde habías ido, suegrita?», le pregunté sonriente, pero sin intención de perdonar su grosería.
¡Y entonces la cabrona me lo volvió a hacer!
¡Se murió sin responderme, sin decirme nada!

David

De forma que me espabilé. Me levanté corriendo para esconder la tarjeta de visita dentro de tus hojas, y la alianza y el mechón envuelto los coloqué provisionalmente bajo mi mar de calzoncillos en el cajón de la mesita. Después llegó el momento más duro.

No, realmente el más duro de todos fue cuando ella calló y la cama trotó bajo mi cuerpo. Sonó como si estuviera recibiendo una paliza en ese momento, ¿sabes? Y, a continuación, ese grito horroroso antes de desaparecer... Sentí que alguien le estaba haciendo mucho daño. Y, luego, toda esa sangre burbujeando, toda esa sangre mirándome y diciéndome «Sí, mira, mira, soy la sangre de tu madre, hijo ingrato y cruel...»

Ángela

¿Qué podía hacer con alguien que no te responde ni que ya no va a jugar contigo?
¡Pues comérmelo!
No tenía ni puta gracia ya,
y Sonia me la había entregado tan dañada,
con varias partes del cuerpo ausentes, como para que me hubiese aguantado mucho más.
¡Tengo que darle una charla a esa mocosa sobre el

cuidado de los juguetes porque sigue sin entenderlo!
Entonces me bebí toda la sangre de Alba del tirón y
fue extraño porque, porque...
¡Me sabía aguada!
Cabreada por ese zumo de mala calidad, le asesté un
puñetazo *post mortem* y en su cara creí ver un rictus
convertido en sonrisa.

David

Recuerdo haber caminado como un fantasma por la casa, con la culpabilidad mordiéndome los huesos y los ojos hasta hacerlos llorar. No sabía muy bien qué hacía; fue extraño. Cogí la fregona y el cubo del cuarto de la limpieza del piso de abajo, y subí las escaleras de tres en tres para recoger la sangre mancillada de mi madre. Pero no era yo del todo; era, más bien, como un juguete teledirigido que acata las órdenes sin rechistar de la persona que posee el mando, aunque no lo veas. Yo era el coche teledirigido y quiero pensar que ama era quien me dirigía, en un último intento por protegerme.

¿Por qué lo pienso? Por lo que sucedió después...

Ángela

Las garras me crecieron furiosas y arremetí contra su
piel suave y la carne de su rostro,
abriéndole surcos infinitos. Quería arrebatarse esa
estúpida mueca sonriente que parecía estar haciéndome
burla desde algún otro lugar.
Sabía que ella ya no sentía mi ataque rabioso, pero

ese pequeño detalle no me detuvo, y proseguí hasta que mis uñas se llenaron de ella en forma de piel y carne.
Y ocurrió...

David

Llené el cubo de agua hasta el tope en el cuarto de baño del dormitorio. Temblando de angustia, me incliné y comencé a recoger la sangre de mi madre, a profanarla con la fregona.

Un litro, un litro de ella que se quintuplicó al instante en que se mezcló con el agua. Cinco veces ella en ese cubo, cinco veces... Contuve una arcada y seguí.

Tardé un buen rato en borrar todo rastro de su «visita» y sólo entonces, cuando todo se veía impecable, regresó a mí el control sobre mi cuerpo.

Ella se había marchado.

Exhausto, me tumbé en la cama y apagué la luz para no ser testigo de mis lágrimas de vergüenza. Lloré y lloré de dolor hasta que el sueño se apoderó de mi mente en un duermevela intranquilo y poblado de monstruos.

Entonces un ruido me devolvió al mundo. Un timbre. Encendí la luz con el corazón revolucionado. Era ella, tenía que ser ella...

Ángela

¡Una desgracia, una maldita desgracia!
Un nuevo latido de corazón, sin que en esa ocasión se hallara presente David.
Me latió una vez, triste y solitario, mientras un pensamiento aturdía mi cabeza: acababa de matar a la madre de mi marido, a la persona que lo había traído al mundo.
¡Y sentí dolor por él!

La revelación me dejó trastornada.
Sólo podía hacer una cosa: entretenerme con lo que
mejor sabía hacer.

Maté aquí y allá, volví a la cabaña, te escribí (sin
ánimos de contarte ese hecho que me atormentaba), y volé
hasta él buscando algo de paz en sus huesos y en sus
abrazos...

David

Abrí la puerta. Traía cara de niña arrepentida tras una travesura y a mí sólo me apetecía darle azotitos en el culo. Jugamos a pedirnos permiso para entrar el uno en el otro, y toda la tristeza el mundo se diluyó, como mi madre por el retrete, en un segundo...

Ángela

Tenía cara de no haber dormido en toda la noche.
Había llorado y me enterneció. Seguro que me había
extrañado tanto... Me dejé llevar por su cara risueña y
permití que me condujera hasta el dormitorio entre sus
jóvenes brazos.
En breve llevaría yo la voz cantante...

David

Con el honor más o menos intacto, logré subir aquellas escaleras con

ella encima. Entonces se levantó el vestido, dejándome ver su sexo hambriento y desnudo, y me exigió que entrara en ella. ¡Como si yo estuviera pensando en otra cosa que no fuera perderme ahí dentro!

Y entonces, amigo mío, sucedió...

Ángela

Se arrojó sobre mi boca en cuanto le di la orden y entonces reparé en aquello...

David

Su boca sabía a saliva y sangre, saliva y sangre. El concepto golpeó las paredes de mi cerebro, y la alarma se desató...

Ángela, mi dulce Ángela...

Ángela

¡Olía a flores! ¡El cuarto olía a flores! ¡Olía al cuerpo de esa zorra de Alba!
¿Cómo es posible?

David

Ángela y sus besos de sangre...

¡Sabían a ella, a mi madre! ¿Cómo es eso posible?

Ángela

¿Mi marido me oculta algo, libro piojoso?
¿Lo crees? ¿Crees que estuvo con su madre aquella
noche mientras yo la devoraba?
¿Crees que sabe lo que he hecho
o que desconfía de mí? No me puedo quitar de la
cabeza ese intenso olor a flores...
¡Era ella, era Alba!
¿Pero cómo?

David

Y ése es mi miedo inconfesable, diario, que realmente ella tenga algo que ver. ¿Por qué todo su cuerpo olía a mamá como si se hubiera bañado en ella desde dentro?

¿Y sí... y si de verdad Ángela mató a mi madre? ¿Y si mi madre nunca existió y todo lo ha imaginado mi cabeza?

Ángela

¿Y si me lo estoy imaginando todo por inseguridad?
¡Este embarazo me está matando y enloqueciendo!
Después de todo, ¡cómo no iba a oler a ella si me la había
bebido entera! Pero, no sé... Tengo dudas de él, y puede
que hasta sospeche de mí...

David

Tengo dudas de ella y, si algo de esto fuera cierto, puede que hasta sospeche de mí.

Un momento, amigo diario, ¿notas eso?

Ángela

¿Lo notas, verdad? Es como si... ¡como si, en este mismo instante, él estuviera...

David

¡Escribiendo su propio diario!

¡Sí, lo está haciendo! ¡La siento! Siento cómo escribe sobre mí. Si me concentro, casi puedo llegar a ...

Ángela

¡... a leer sus palabras!
¡Puedo hacerlo, sí! ¡Puedo! Estamos...

David

¡Conectados a través de nuestros diarios!

David, asustado ante esa revelación, soltó el bolígrafo y corrió a cerrar el suyo de inmediato. No podía permitir que ella leyera ni una sola de esas

líneas. Sintió las traicioneras llaves de la puerta franqueándole el paso a su esposa en la planta baja. Se había dado prisa, mucha prisa en regresar.

Con el corazón nadando en su garganta, se apresuró a ocultarlo en su escondrijo y rezó por ser capaz de ocultar igual de bien el miedo de su rostro. Los tacones apresurados de ella ya ascendían por las escaleras...

Fragmentos de diarios (II)

Santurce, domingo 16 de abril, 2017. 20:30h.

Diario de David

Todo fue bien ayer, colega.

Creo...

Yo acababa de devolvarte a tu escondrijo cuando ella se plantó en el dormitorio con una velocidad inusual. Agitó, sin decir nada, su mano en el aire a modo de saludo, y abrió para mí una sonrisa fingida mientras olisqueaba la habitación con descaro. ¡Estaba tratando de localizarte a través del olfato!

Tuve miedo, mucho. Si te encontraba...

Rompí aquel silencio incómodo a través de un «Hola» tembloroso, sin preguntarle siquiera por qué no traía consigo ni una sola prenda de ropa. Tampoco ella se molestó en disimular ni en darme explicaciones sobre el tema. Ambos habríamos comprendido que estábamos mintiendo. Yo, por preguntar; ella, por responder.

Nos miramos con suspicacia y cierto dolor. Nos habíamos percatado de la presencia del otro a través de los diarios y aquello se acababa de convertir en una partida de ajedrez. Y a mí, que siempre he sido un jugador pésimo, me daba pánico mover ficha por si se comía a mi reina. O a mí...

Pero lo hice. Me acerqué a ella y la abracé diciéndole cuánto la había echado de menos esas pocas horas mientras me preguntaba dónde tendría guardado su diario, el que yo le había regalado.

¿Lo llevaría encima?

Decidí atacar frontalmente y recé por no recibir un «jaque mate». Reclamé sus labios y éstos, para mi sorpresa, acudieron a mi llamada sin dilación. Mi elaboradísimo plan consistía en desnudarla y ver si lo llevaba oculto entre sus ropas, pero se fue a la mierda en cuanto nuestras lenguas se

entrelazaron y mis manos dejaron de sentirse perdidas al tocar sus curvas. Hicimos el amor salvajemente, tiernamente, completamente. Hice el amor con cada centímetro de su piel y de su corazón y, poco a poco, mis paranoias se fueron ahogando en su humedad. Cuando acabamos, todo aquello había dejado de importarme. ¡Qué más daba! Quería estar junto a ella porque sólo con ella era feliz. Ángela se subió a horcajadas sobre mí y yo le sonreí bobaliconamente hasta que ésta abrió la boca y la sonrisa se me escurrió de los labios para acabar asfixiándose bajo las sábanas.

—Lo sé todo.

Esas palabras me paralizaron. Sentí que el oxígeno huía de mí. Incapaz de pronunciar palabra, le supliqué con la mirada que no me dejara, que todavía podíamos tener una familia juntos. No podía haber perdido tanto para aquello, para perder aún más.

—No obstante, quiero estar contigo —pronunció con precaución mientras la sangre volvía a circular dentro de mí—. Así pues, lo mejor es que, a partir de ahora, no nos hagamos preguntas por nuestro propio bien. Tú haz lo que tengas que hacer y yo, igual. Pero sin preguntas o esto no funcionará, David.

Asentí con la cabeza comprendiendo la trascendencia de su propuesta. Aquello me infundió valor y le hice una observación:

—Estoy de acuerdo. Quizás debamos pactar qué hacer cuando nos sintamos... conectados...

Ya está, lo había hecho: había mencionado los diarios y me había puesto al descubierto a causa de cuatro palabras irreflexivas.

Contuve la respiración.

Ángela me miraba fijamente sin que se trasluciera emoción alguna en sus gestos.

—Será lo mejor, sí —concordó al rato tras evaluarlo—. Sólo así podría funcionar. Si volvemos a sentirnos unidos, uno de los dos cerrará su diario de inmediato y la intimidad de ambos quedará salvaguardada. ¿Sí?

—Sí... —respondí abrumado.

¿Tan fácil iba a ser todo? ¿Podría investigar por mi parte las pistas que ama me había proporcionado? ¿No estaba entonces en peligro? ¿Acaso me lo había imaginado todo? ¿La sangre en su boca, el olor a flores...?

—¿Quién lo cerrará? —inquirió Ángela, interrumpiendo mis cavilaciones

—¿Cómo? —solté sin comprender.

—¿Quién de los dos cerrará su diario si llegásemos a coincidir de nuevo? —se explicó con cierta impaciencia en la voz y en los gestos.

¡Ella también tenía miedo de que descubriera algo! ¡Me ocultaba algo y mi deber era averiguarlo! Por mí, y por mamá. Improvisé una sonrisa despreocupada que ocultara mi sentimiento de culpabilidad ante la idea de leer su diario a escondidas y respondí:

—No sé. Se me ocurre... ¿Qué tal si tú lo cierras si sucediese en día impar y yo lo cierro si fuera día par?

Y, de este modo tan surrealista, colegui, es como he acordado con mi reciente esposa este extraño pacto de intimidad. Y es que todo es taaaaan raro... ¿Quién me dice a mí que no estoy de la chota y que me lo he imaginado todo? Lo del diario sólo me ha servido para darme cuenta de una cosa: de que ella no quiere matarme, de que no va a hacerlo. Quizá estemos unidos por alguna cosa chungu que no alcanzo a comprender, pero es una unión positiva. Estoy convencido.

Además, desde el incidente, estamos genial. ¡Tendrías que vernos! Somos felices juntos, mucho. Esta mañana se ha traído ya sus cosas y me da mucha alegría ver su ropa en el armario mezclada con la mía. Me ha demostrado que me quiere y el hecho de que haya sido ella quien propusiera lo de los diarios, sin mostrar ningún interés por el mío... Es una buena mujer, una mejor esposa y será una gran madre. Sólo me atormenta ser yo el que la traicione a ella. Pero debo hacerlo: por mi madre, por la palabra que le di; y por mi propia tranquilidad, para demostrarme a mí mismo que no eran más que paranoias y que en su diario sólo encontraré entradas de su día a día tan típicos como los de cualquier persona.

Lo tengo todo planeado, verás:

Como al final no nos vamos de viaje de luna de miel hasta el día 20, mañana por la mañana saldremos los dos de casa para atender nuestras obligaciones habituales: ella, a su trabajo; y yo, fingiendo que voy al Máster. Nos despediremos en la calle, haré como que me voy a clase y, cuando pase un tiempo, regresaré a la casa para buscar su diario.

Perdóname, Ángela, perdóname por ser yo quien falte a su palabra y rompa nuestro pacto. Pero debo hacerlo, joder, ¡debo hacerlo! Lo encontraré y lo leeré. Después, como no habrá nada interesante en él (salvo las partes en las que hable de mí, jijiji), iré a la biblioteca para comenzar la búsqueda de

mi abuela y de la historia de mi familia. Me quedaré ahí hasta la hora en que se supone que estoy en clase y así me aseguro de que mi mujer no vea en el historial de mi portátil lo que he estado haciendo... Debo ser precavido por si acaso, ¿sabes?

Creo que ya comienzo a recordar a la abuela. Tengo algunos recuerdos difusos de una mujer con un ojo de cristal, que me miraba fijamente y decía cosas raras, en un sitio que olía aún más raro, como a algodón empapado en agua oxigenada, con gritos que me daban mucho miedo. ¿Serán reales esos recuerdos o también me los habré inventado? Tengo muchas ganas de comprobarlo, de conocerla y abrazarla, de que me cuente cosas de mamá y de mí (si es que no está muy loca, claro). Y, por supuesto, me muero por descubrir la razón por la que ama me ha dirigido hacia ella. ¿Qué me tendrá que desvelar? ¿O simplemente quiere que nos reunamos los dos últimos supervivientes de la familia?

¡Mañana te lo cuento todo!

Diario de Ángela (mismo día)

¡Maldición, maldición, maldición!

¿No te estarás riendo de mí, no, *voyeur* tarado? Porque podría hacerte arder en un solo movimiento y convertirte en cenizas sin ni siquiera levantarme del sitio.

¿Qué por qué estoy cabreada? ¿Por qué estoy cabreada te estás preguntando? ¿Te parece poco estar escribiéndote y descubrir en ese momento que mi marido puede meterse en mis ojos y leer lo que estoy poniendo? ¡Yo, que soy la Muerte, vencida por un simple mortal de mierda! Que sí, que da la casualidad de que es mi mortal de mierda favorito, mi marido y el futuro padre de mi hija (sí, es una niña, lo sé, y ya tengo nombre para ella...).

Ahora sospecha de mí, ¿sabes? Pero no lo suficiente,

claro, o ya habría huido o hecho algo para alejarse de mí o derrotarme. No creo que sepa que me he comido a su propia madre, eso no. Aunque, bien pensado, solamente la he reciclado, y yo estoy a favor del reciclaje del planeta. ¿Qué puede ser mejor destino para la abuela que servir de alimento para nuestra preciosa bebida? Así siempre estarán unidas. Ainsss, si es que el embarazo me está volviendo toda una romántica, ¿ves? Así siempre tendrá a su abuela dentro de ella, JAJAJAJA.

¡Joder, eso es! No es que mi marido, de repente, tenga super poderes especiales. Que sí, que ya sabemos que esa familia tiene ciertas cualidades originales que me vincula a ellos (pero como otras tres o cuatro más desde que la Humanidad existe), ni creo que se deba a una conexión extraña que se dé entre ambos cuando estamos escribiendo. ¡No puede ser eso o se daría en más casos!

¡Por todos los intestinos del mundo! ¡Que no sea eso, por favor! Creo que el bebé nos ha conectado, nuestro bebé. Quizá, después de «recibir» a su abuela, de compartir su sangre y su herencia, me ha hecho conectar con David cuando más expuestos estábamos, verbalizando nuestra intimidad. ¡Tiene que ser eso! ¡Seguro que sí y que, cuando nazca la niña, David no podrá seguirme más! ¿Y si no...? Después de todo, la zorra de su madre, e incluso Natalia y Azucena, tuvieron la capacidad de hacerlo. Y ahora que nuestra sangre se ha mezclado, ¿qué ocurriría si él se hace más poderoso? ¡No puedo permitirselo!

Lo mataré si eso ocurre, sin vacilar.

Palabra de honor. Palabra de Muerte.

Bueno, que te cuento qué ha pasado desde que volé hacia la casa hasta hoy...

No quería exponerme mucho apareciéndome de la nada delante de él porque confirmaría sus posibles sospechas, de modo que me obligué a entrar al modo humano, con las llaves, y subí las escaleras a velocidad media. Quería ver el diario o registrar sus huellas olfativas. Otra vez apestaba a flores la habitación, ¡será posible! Me he bañado en la sangre de una nueva niña hoy mismo para librarme de ese olor pero, cada vez que entro en el dormitorio, me huele a ella, como si se hubiera quedado ahí su esencia o una parte suya. No me gusta que haya convertido mi casa de cazar en su casa de tocarme los huevos. ¿De dónde sale ese puto olor a florecitas silvestres? Que sí, que podría pensar que es por mi hija de nuevo, pero no, que sólo me sucede cuando me hallo en esa habitación en particular, ¡joder!

En fin, que entré y el tío estaba cagadito de miedo. Si vieras cómo le temblaban las manos, tan cachorrito adorable él. ¡Si es que dan ganas de comérselo!

Pero no, no lo hice. No temas, que luego me quedo sin él. Además, resultaba hasta conmovedor cómo apenas tuve que hacer uso del rastreo olfativo del diario porque el muy bobo se traicionaba todo el tiempo lanzando miradas furtivas hacia el lugar en el que, con toda seguridad, lo

había ocultado. Lo miré, abortando las ganas de reírme, mientras pensaba cómo y cuándo me iba a hacer con ese puto diario, y entonces él se adelantó para besarme. Eso me encantó y humedeció entera. ¡Cómo podía hacerme sentirme tan viva solamente con un baile de lenguas, con su aliento rozando mi cara, y sus manos dibujando un cuerpo que nunca sentí que me perteneciera hasta ahora...!

Y acabamos follando como animales, como creo que debería ser siempre. Luego esa violencia se tornó en ternura, en amor. ¡No sé qué me está haciendo, en qué me está convirtiendo, pero me asusta! Me asusta porque...

Porque me gusta. ¡Joder, me gusta mi nueva yo! ¡Y me siento tan poderosa con mi pequeñina dentro de mí! Hambrienta, imparable, viva, plena...

Me di cuenta de que ya no podría prescindir de esas emociones. ¡No me da la puta gana! Me subí encima de él y, mientras le montaba muy muy despacio, con círculos lentos que animaban a disfrutar del paisaje y del camino, me sorprendí a mí misma al escucharme proponiéndole un pacto para respetar nuestros secretos, porque está claro que él los tiene también y que es conocedor de que yo tengo los míos. Por supuesto, aceptó de inmediato el inocente.

Esa misma noche le convencí para que saliera de la casa. Le dije que tenía mi primer antojo, y los antojos de embarazadas han de respetarse, ¿no es así? Y el mío consistía un *croissant* de jamón y queso de esos que hacen

tan ricos, y tan únicos, en un establecimiento de Barakaldo llamado «Cropizzant» que, por supuesto, no tiene servicio a domicilio. Él no quiso discutirme y el pobrecito (me lo como, me lo como un día de éstos) se vistió a esas horas y se fue a coger el bus porque ni carnet de coche tiene aún, claro. Eso me daba unas dos horas, entre pitos y flautas, para coger su diario y leerlo de cabo a rabo. Quería ver qué me ocultaba, si me estaba engañando con algo, qué cosas decía de mí...

En cuanto salió por la puerta, volé hacia el dormitorio. El aroma a flores volvió a abofetearme en la cara, como si me estuviera retando, ¿sabes? ¡Lástima que entre mis habilidades no se encuentre la de machacar olores! La mesita me esperaba. Me agaché y ahí estaba él, unido bajo el mueble mediante un ingenioso mecanismo que hacía clic. La fragancia floral se intensificó todavía más, tocándome literalmente las narices. Lo liberé de su presión y me arrojé sobre la cama para leerlo, llena de expectación y de nervios.

Y ahí se torció todo. Mi sonrisa se transformó en unas ganas de matar terribles cuando traté de abrirlo (primero con las manos, luego con los dientes, y al final, con mi magia), pero éste permaneció cerrado a cal y canto, vacilándome. Cuanto más intentaba abrirlo, más estanco parecía, y una estúpida luz rosita brillaba alrededor de él. Supe que jamás podría leer ese asqueroso diario.

A no ser, a no ser... ¡que me conecte de nuevo con

David cuando ambos estemos escribiendo y no lo cierre tal como dijimos! ¡Me cago en todas las osamentas! ¡Imposible porque, entonces, él también podría verme a mí lo que escribo! Y lo notaría, es cierto. ¡Me cago en la vida!

Al final me vi obligada a desistir, lo devolví a su sitio y decidí darme un caprichito hasta que llegara el otro con el maldito *croissant*. Me había entrado un hambre atroz, como siempre que me cabreo, y el día anterior había visto a una vecina del barrio embarazada, con un aspecto tan apetitoso que la boca se me hizo miel.

Regresé media hora antes de que él lo hiciera. Me lavé los dientes para eliminar los restos del bocata de primera que me acababa de endiñar y esperé pacientemente a David. Es un verdadero amor, ni siquiera se molestó o puso mala cara cuando llegó con la comida y le dije que se me había pasado el antojo, que ya no tenía hambre. Sonrió, se lo comió él y nos vimos una película en el sofá sin dejar de meternos mano. Ahí decidí que no le haría sufrir más, y esta misma mañana me he traído la mayor parte de mis prendas y efectos personales.

Estoy hasta emocionada, fíjate, mierdecilla de papel. Me ilusiona esto de la convivencia, de sentir el embarazo dentro de mí, de ver cómo crece una vida en mi interior... ¿Entiendes lo que significa para mí, lo trascendente y paradójico que resulta? Yo, la Muerte, dando vida a un ser en este mundo al que sólo visito para llevarme... ¡Si es que hasta me apetece irme a la mierda ésa de Cancún con él de

luna de miel! Lo he hecho por él, que sé que le hace mucha ilusión. Pobre, qué decepción va a llevarse cuando averigüe que no va a salir apenas de la habitación.

¡Seco, lo voy a dejar seco!

¡La Muerte se va de vacaciones! Tendré que hacerle una visitilla a la mocosa antes de marcharme.

Sí, sí...

Santurce, lunes 17 de abril, 2017.

Diario de David

Tío, si tuviera que ganarme la vida como detective, ¡me moriría de hambre!

¡No te lo vas a creer! Pero prométeme que no te reirás, colega. Bah, déjalo, claro que lo harás. Yo también lo haría en tu caso... Te cuento cómo ha ido mi accidentada mañana:

La primera parte de mi plan fue sobre ruedas: nos despedimos en la calle con un gran beso de tornillo, de ésos que dan ganas de mandarlo todo a la porra y encadenarla a la cama (sí, de ésos), y después fingí que me dirigía hacia la parada de bus para ir a clase. Bueno, de hecho, sí que llegué hasta la marquesina, por si acaso Ángela desconfiaba de mí y de mis tontos nervios. ¡Se me da fatal disimular, joder!

Hice tiempo ahí enviando whatsApps al grupo de colegas. Sabía que estarían en clase y así iba allanando el camino para pedirles perdón, ¿sabes? Nada, les he dicho que lo sentía, que estaba bajo mucha presión y con muchos cambios, que era un día jodido para mí, y que les llamaría para echar unas birras y unas risas después de mi viaje de luna de miel. Y, mira, esa parte al menos ha salido estupenda porque al rato me estaban mandando mierdas varias, como su último concurso de eructos y de calvos. En fin, que parece que me han perdonado...

Un cuarto de hora más tarde, cuando consideré que había transcurrido

un tiempo prudencial y que ya no había peligro, me dirigí a casa con tranquilidad, disfrutando del solecito que empezaba a caldear la vida, sin correr ni nada, con una coartada en la cabeza para encasquetarle a Ángela si tenía la mala pata de encontrármela por el camino. Pero llegué a casa sin sobresaltos. Todo parecía sonreírme hasta el momento...

Introduje las llaves en la ranura mirando obsesivamente a ambos lados de la calle (como si ésta no fuera mi casa, pues me sentía como un ladrón a punto de ser descubierto con las manos en la masa), desbloqueé la cerradura y, en cuanto puse un pie en el oscuro pasillo, grité su nombre por si las moscas. Mis palabras se mezclaron con un silencio reconfortante y, más confiado ya, cerré la puerta y corrí al segundo piso en busca del diario, ese diario que mi madre me había hecho llegar para ella. ¡Ese diario maravilloso que me iba a desvelar todos sus secretos gracias a la planificación de mamá!

Busqué entre sus ropas con el mismo cuidado con el que habría tocado las alas de una mariposa para que éstas no se deshicieran bajo mis dedos. No quería arriesgarme a que ella notase que había estado hurgando entre sus cosas, violando su privacidad, sólo dos días después de estar viviendo juntos. Media hora más tarde, ¡y mira que iba lento!, empecé a dar botes de alegría al encontrármelo ahí, simplemente envuelto en una tela de seda negra, semiescondido bajo una pila de jerseys. ¡Tan fácil que me tenía que haber hecho sospechar! Lo cogí entre mis manos, con el corazón epiléptico total, eché el pestillo de la habitación para protegerme de una posible visita inesperada y, mientras me felicitaba en mi interior por lo inteligente y previsor que había sido, me senté con él en la cama para poder leerlo a gustito.

Y, a partir de ahí, todo se convirtió en una puta mierda, amigo diario...

Ángela

¡Vaya con mi maridito! ¡No te creerás lo que ha
hecho! Bueno, claro que sí, joder,
¡si tú estás implicado! Tengo que felicitarte, ¿eh? Al
final, hasta me vas a caer bien y todo...
¡Ha tratado de leerte el muy sinvergüenza!
¿Y dónde quedan la confianza, la palabra de honor y

los pactos? ¿Dónde?
¡Que no me toques los cojones, diario,
que no es lo mismo! Si yo he tratado de leer su diario
antes es porque..., porque...
¡Coño, que no tengo que darte explicaciones, hostias!
¡Soy la Muerte!
El caso es que estaba reunida en el bufete con un
cliente y lo he sentido...
Alguien te estaba manipulando y ese alguien
únicamente podía tratarse de David.

David

Me había colocado el diario sobre las rodillas con intención de abrirlo ya mismo cuando comenzó a brillar en plan decoración navideña de El Corte Inglés.

Acojonaba un rato...

Cuando ya me había acostumbrado a ese brillo cegador, traté de girar la tapa y, entonces, el hijo de puta del diario (porque no tiene otro nombre) convirtió su inofensiva luz en un fuego abrasador que me quemó la mano izquierda.

Ángela

Pedí disculpas al cliente y corrí a encerrarme en el aseo. Cerré los ojos para conectarme a él y ahí estaba: sentado sobre nuestra cama, intentando abrirte. ¡Qué

traicionada y engañada me he sentido en ese momento! La furia me quemó el estómago reclamando venganza y supe que tenía que compartir con él aquel sentimiento (bienes gananciales que se llaman). Debía hacerle pagar con la misma moneda, con el mismo castigo..., de modo que transformé tu luz inofensiva en una trampa ardiente.

¡Así aprendería!
¡Estaba tan furiosa!

David

Alejé de mí el diario aullando de dolor. Éste cayó al suelo casi ceremonioso, siempre cerrado.

Comprendí que no se trataba de ninguna tontería al descubrir mi piel adherida al horrible libro negro, que había dejado de arder en el suelo al sentirse libre de mí. Me miré las manos, incrédulo y asediado por un sufrimiento insoportable, y llamé a Jon (el único de mis amigos con carnet y posibilidad de vehículo) para que me llevara al hospital.

Sólo cuando estaba ya dentro del coche de los viejos de Jon, sentado en el asiento del copiloto, me percaté de los enormes agujeros que lucían mis pantalones allí donde el diario se había acomodado traicioneramente. Y, asomándose entre ellos, me miraban unas ampollas como melones.

—¿Qué te ha pasado, tío? ¿Me lo vas a contar? —me preguntó de nuevo Jon mientras coqueteaba con una buena multa de tráfico por exceso de velocidad camino al Hospital de Cruces—. ¿Me vas a contar de una puta vez qué te ha pasado en la mano, que la tienes destrozada? —añadió casi gritando.

—Me he quemado con la plancha, tío —improvisé aguantando las lágrimas de dolor.

—¿Eso te lo ha hecho una plancha? —preguntó «Paellas» sin ocultar su incredulidad—. ¿Una plancha? ¿La acariciaste hasta que te dio puerta o qué?

—Se me quedó la mano pegada a ella por accidente —volví a mentir, rezando por acumular suficiente experiencia en ello para cuando me enfrentara a Ángela.

Ángela

Estaba disfrutando de lo lindo hasta que me di cuenta de lo que estaba sucediendo y la risa se me atragantó como una molesta bola de pelo.

¡David estaba sufriendo y llamaba a otra persona en lugar de a mí, a su amor, a su esposa y madre de su hija!

David

¿Pronóstico? Quemaduras de primer y segundo grado, tanto en las piernas como en la mano derecha; y de tercer grado en la izquierda.

Y, sumado a eso, un miedo espantoso porque, cuando Ángela ha regresado a casa, más pronto de lo normal, ni me ha preguntado qué me ha sucedido. Lo único bueno de todo esto es que no he tenido que contarle mi patética historia inventada sobre un fuego en los baños de la universidad. Se ha limitado a ...

Ángela

...preguntarle qué tal estaba, he subido al dormitorio, te he recogido del suelo (puesto que ahí seguías, ni se ha molestado en devolverte a tu sitio el zángano), y le he dicho que me iba de casa unos días con mi equipaje de mano bien a la vista. Estoy confusa, y oscilo entre matarlo, perdonarlo o abandonarlo ahora que tengo un bebé suyo, y mío. Nuestro...

¡Necesito sangre ahora mismo!
¡Me voy a cazar!

David

Se ha largado con una pequeña maletita en las manos, y una mirada airada y dolida en sus ojos de primavera que me ha aterrado.

Todo ha salido mal, diario. Todo.

Ahora estoy medio inválido, no he averiguado nada de la abuela ni de las pistas que me proporcionó ama, y la mujer a la que quiero quizá esté pensando en dejarme porque sabe que la he traicionado.

No quiero agobiarla, no. Debo darle su espacio y que ella decida. Bueno, ¡qué narices! Sigo sin tener su número de teléfono. ¿Por qué será tan cerrada?

Rezo para que vuelva mañana, que nos perdonemos, que nos vayamos de viaje de novios, y que sigamos adelante.

Si no, no podré. No puedo perderlo todo. A mi madre, a ella, a mi hijo. A mí...

Diario de David (II)

Santurce, martes 2 de mayo, 2017.

¡Aupa, colega!

¿Cómo han ido estos días por aquí? Sé que te tenía que haber escrito antes, pero las cosas se precipitaron un poco y, al final, no he podido hasta hoy.

Lo primero, decirte que estoy genial, amigo mío, que soy muy muy feliz, así que no te preocupes, que no me ha pasado nada malo. Intentaré resumirte estas dos últimas semanas de ausencia sin entrar en demasiados detalles ni enrollarme como una persiana. Vamos a ver...

Ángela regresó dos días más tarde de irse de casa, cuando sólo faltaba un día para coger el vuelo a Cancún. Se presentó aquí ojerosa, temblando, con los ojos hinchados de haber llorado y con la mirada cargada de dolor. No quise preguntar, no quiero preguntar. ¿Qué iba a decirle?

—Oye, por casualidad, ¿no habrás tenido nada que ver tú con un fuego de la hostia que salió de tu diario cuando estaba tratando de leerlo y que me ha destrozado la mano?

No podía. Sé que ella ha elegido obviar el tema, porque luego me da cuenta de que el diario ya no estaba tirado en el suelo. Lo vería, lo recogería y decidió no hablar más de ello. Pues que así sea: ella me ha escogido a mí y yo también la escojo a ella. Lo supimos en cuanto nos vimos y, en silencio, corrimos a refugiarnos en los brazos del otro.

Nos pertenecemos.

Aunque nuestra relación esté cosida con jirones de sangre y secretos que no podríamos contarnos, no importa. He comprendido que desvelarlos sería destrozarnos como pareja y como individuos. Así está bien; casi que no quiero saber nada.

Perdona, amatxu, por decepcionarte por millonésima vez, pero se trata de mi familia y haré lo que sea por ella. ¿Verdad que tú me comprendes mejor

que nadie? Me da igual si es una puta bruja con poderes malignos que incendia libros. Si me hubiera querido hacer daño de verdad, me habría quemado la derecha (mi mano para dibujar y soñar), o algo peor, y no lo hizo. Me da igual todo mientras ella me ame y me permita amarla. Porque, dentro de toda esta chifladura que ha tocado vivir, aunque creyera cada maldita palabra sobre quién es realmente Ángela, ¿no me proporciona inmunidad estar con ella?

Que no, joder, que no bromeo. Al principio me decía, en plan coña: «Si estoy enrollado con la Muerte, hecha carne, hecha humana, estoy vacunado». Pero es que tiene todo el sentido. Si ella fuera «eso», se llevaría a cualquiera menos a mí porque estamos juntos. ¿O no? Y, leches, ¿no nos llega a todos en esta vida la muerte sin cita previa ni aviso? Pues eso, que me pille cuando sea, pero disfrutando.

Oh, no, no me malinterpretes, por favor. ¡Uff, ya no sé si estoy hablando con mi madre, con el diario o conmigo mismo! Por supuesto que voy a cumplir con la voluntad de ama, aunque también estoy convencido de que nada de lo que descubra cambiará mi realidad o mi decisión de estar con ella. Pero sobre eso, sobre mis pesquisas, te cuento en un rato...

El viaje fue maravilloso. Descansamos, nos cansamos y volvimos a descansar un montón, el uno pegado al otro. Estábamos en un complejo hotelero con una porción de playa privada y piscinas, discoteca, restaurantes, teatro..., un sueño hecho realidad. Se mostró cercana a mí e, incluso, relajada. Se la veía feliz, y sólo en los momentos en los que el humor y la mirada verde se le cambiaban se torcía un poco el asunto. En esas tres o cuatro ocasiones que ocurrió, yo respeté su necesidad de espacio y de alejarse de mí, y luego regresaba serena y contenta a mí al cabo de pocas horas. Ya he aprendido a tolerar esas ausencias tuyas y no me importa. No me importa...

Bueno, me importa un poco, vale, sobre todo porque me preocupo por si estarán bien tanto ella como el bebé. Si le sucediera algo, yo... me rompo sólo de pensarlo. La primera vez que se marchó me pareció hasta bien, pero luego, cuando empezaron aquellas desapariciones..., me angustiaba terriblemente por si ella era la siguiente.

¿Qué desapariciones dices? Pues la primera sucedió al tercer día de estar ahí. Nos habíamos hecho amigos de una pareja de vascos, recién casados como nosotros, que también esperaban un bebé. Al principio, Carlos (así se llama él) y yo pensábamos que nuestras esposas estarían juntas. Había coincidido con el primer cambio de humor de Ángela y yo no repliqué cuando me pidió espacio. Recuerdo que los dos estábamos tomándonos un mojito en

unas tumbonas frente al mar mientras bromeábamos con que las chicas estarían fritas en la zona de spa y masajes. Sin embargo, cuando Ángela volvió, lo hizo sola. Carlos empezó a ponerse nervioso (y yo también) cuando ella nos dijo que no había visto a Begoña desde esa mañana. Fue un día terrible; la buscamos por todos los lados.

Jamás apareció.

Carlos amenazó al complejo turístico con denunciarlos cuando pasaron las horas y nada. Estaba tan destrozado... Entonces sucedió de nuevo algo insólito: también él desapareció. Pregunté en el hotel y dijeron que la habitación estaba vacía de sus pertenencias, tanto las de él como las de ella, pero que, sin embargo, no había llegado a despedirse, entregar la llave de la habitación o avisar siquiera de que se iba antes de tiempo. No sé..., ¿qué se le pasaría por la cabeza para irse así y no decirnos ni adiós?

Poco a poco, me fui olvidando de ellos (es horriblemente egoísta, lo sé) y volví a centrarme en mi luna de miel con mi chica. Como te digo, cada vez que ella se ausentaba, me sobrevenía un miedo atroz de que le pasara algo. Y más cuando, el mismo día que regresábamos a España, cogí un periódico local donde aparecían la cara de Begoña junto a una camarera del hotel y otra turista que me sonaba de haber visto por la zona de baño. Las tres fotografías estaban rematadas por el mismo pie de página: «MISSING^[8]».

Ángela me preguntó qué coño me había dado cuando vio que el periódico se me resbalaba de las manos con la misma velocidad con la que las lágrimas rodaron por mi cara. Corrí a abrazarla. ¡Tenía tanto miedo por ella! Tres personas habían desaparecido delante de nosotros, ¡tres!

—¡Dios Santo! ¡Qué afortunado soy de tenerte! —exclamé al fin mientras la achuchaba, dando gracias porque su cara no estuviera adornando en ese instante el periódico.

Ángela sonrió intrigada por mi conducta. Entonces recogí el periódico y se lo mostré. Ella se encogió de hombros con cierta frialdad, aunque yo creo que estaba haciéndose la fuerte delante de mí para tranquilizarme, y me espetó:

—Bueno, desaparecen personas todos los días. Es ley de vida. Pero nosotros seguimos aquí, juntos, ¡y tenemos un avión que coger! ¡Vamos, déjate de tonterías, que no podemos sufrir por todas las muertes del mundo, ya que mueren personas a cada segundo!

Asentí. Llevaba razón, por supuesto, pero sus palabras me incomodaron. ¿Por qué ella hablaba de muertes cuando el periódico sólo

denunciaba su desaparición?

Y ése fue nuestro viaje, que, como ves, tuvo de todo. El domingo por la noche llegamos a casa y ella me pidió un par de días para «desconectar» de tantas horas juntos. De nuevo, no le puse pegas y vi cómo ayer por la mañana se volvía a su casa con una maletita y con la promesa de regresar hoy. ¡Porque hoy es su cumpleaños! Así que, por ese lado, me vino genial que no estuviera esa vez. Me dio tiempo a pensar, escoger y comprar el regalo perfecto para ella. No, no voy a chivarte de qué se trata: es una sorpresa y quiero que ella sea la primera en verlo. Eso sí, mañana te lo contaré todo. ¡Estoy deseando ver su cara de asombro cuando lo vea!

Ayer el día fue muy productivo además: no sólo deshice el equipaje, puse trepicientas lavadoras (me niego a encargarle eso a la asistente de hogar), y compré el regalazo para mi esposa. Y... ¡también he localizado a mi abuela! ¡Siiiiiii! Quería dejar esta enorme sorpresa para el final porque la ocasión lo merecía. ¡Ya sé dónde está! He llamado por teléfono para verificar los datos que aparecían en Internet y me han confirmado que Natalia Aguirre está recluida en su centro psiquiátrico. ¿Y sabes qué?

¡Este viernes voy a ir verla!

Ohhhh, debo dejarte, tío... Ángela está entrando por la puerta. Voy corriendo a por su regalo y por la tarta que le he comprado. ¡Mañana te cuento, amigo!

David, en un acto reflejo que ya había ritualizado, revolvió en su cajón en busca del pañuelo que albergaba aquel tesoro de cabellos fabricados en flores, aspiró el aroma del mechón de su madre a través del pañuelo y, sin desenvolverlo, lo acarició tímidamente con las yemas de sus dedos antes de ocultarlo nuevo. Después se aseguró de que la tarjeta con el código misterioso continuaba fijada dentro del diario y lo guardó con complicidad amistosa. Ya era un amigo, su amigo de papel.

Con una sonrisa balanceándose sobre sus labios y el corazón bailándole claqué, cogió una gigantesca caja rodeada de lazos de colores y emprendió el descenso al piso inferior, dispuesto a darle a Ángela el mejor regalo de su vida...

El cumpleaños de Ángela

David bajó lentamente las escaleras, bamboleándose en su descenso, mientras tanteaba los peldaños con los pies ciegos debido al volumen de la caja que sostenía entre sus manos, solamente superado por el tamaño de la sonrisa esculpida en su rostro. Al alcanzar el último escalón, se topó de bruces con su mujer, que lo contemplaba en silencio con curiosidad sincera. Él se detuvo y el arqueamiento de sus labios se intensificó escandalosamente. Estaba preciosa. Se había recogido el pelo en una coleta sofisticada que, junto al maquillaje, destacaba sus verdes ojos de tigresa y sus encantadores rasgos. El chico ardió en deseos de besarla, pero sabía que ella prefería dar siempre el primer paso, y se limitó a observarla como si fuese una aparición. Llevaba un pichi blanco tan ceñido que, más que vestir su cuerpo, parecía acariciarlo. David sintió celos de aquella prenda. Se forzó a desechar aquellas emociones estúpidas y sus ojos impactaron contra el vientre de ella, liso como una tabla.

«Aún es demasiado pronto para que nuestro pequeño cacahuete se note», reflexionó él.

—¿No saludas a tu esposa? —ronroneó Ángela. Venía mimosa.

David se inclinó para depositar en el suelo el enorme paquete de lazos de colores y se aproximó a ella con los ojos sonrientes. Ángela contempló aquellas ventanas azules y sintió ganas de asomarse por ellas para poder verle por completo desde dentro.

—Te he echado de menos —susurró él en su oreja, asegurándose de acompañar cada palabra de su cálida respiración, sabedor de cuánto excitaba aquello a su esposa.

Ángela jadeó de impaciencia y hambre.

—¿Se puede? —preguntó con la sonrisa felina.

—Siempre —respondió aquél.

Sus bocas se encontraron a mitad de camino, insatisfechas y sedientas. El mundo siempre se detenía para los dos cuando sus lenguas danzaban. David la abrazó con fuerza, suplicándole sin palabras que no se marchara nunca más. Entonces ella se separó de él con brusquedad e inquietud.

—¿Has oído eso? —preguntó ella.

—¿El qué? —quiso saber David.

—Escucha, ¡otra vez! —exclamó ella mirando hacia el nacimiento de las escaleras.

David estalló en risas traviesas, miró hacia la caja y, rascándose la coronilla, como siempre hacía cuando se veía descubierto o trataba de disimular, contestó:

—Ahhhh, ¡eso!

—Sí, eso... —repitió la abogada con la cara descompuesta.

—Tranquila, es tu regalo de cumpleaños —se explicó él mientras le daba la espalda para recoger la misteriosa caja—. Toma, mi amor. ¡Felicidades!

Ella se limitó a sostener el gigantesco bulto que le estaba ofreciendo sin mirarlo siquiera. Sus verdes ojos continuaban clavados en los de él con una fijación inquietante.

—¿Es... para mí? —titubeó ella, adherida a sus pupilas.

—¡Claro, tonta! ¡Ábrelo, va! —rio el chico.

La mirada de la mujer se descolgó por fin de él y se centró en ese paquete que emitía aquellos pequeños ruidos y que la estaban poniendo tan nerviosa.

—¿Qué es? —preguntó con la misma inquietud con la que manejaría nitroglicerina.

—¡Ábrelo y lo ves, mujer! —exclamó David, cada vez más sorprendido ante la actitud de su esposa.

Ésta comenzó a desligar las lazadas de colores, intercambió una última ojeada con David y abrió el paquete a cámara lenta. Una cabecita pequeña, peluda y blanca se asomó al exterior. Ángela abrió la boca con incredulidad.

—¡Sorpreeeeeeeeeesa! ¿Te gusta? —le interrogó él, sin saber cómo actuar.

Diario de David

No sabía qué pensar, ¿sabes? Miraba aquella cabecita con la boca muy abierta de pura sorpresa. Entonces, cuando le pregunté, lleno de miedo, si le

había gustado mi regalo, cogió a la gatita entre sus brazos, la observó largo rato y me dijo:

—¡Vaya! ¡Es increíble!

—¿El qué?

—Es una hembra, ¿verdad? —pronunció a la vez que la giraba para determinar su sexo—. ¡Es una hembra! —concluyó con satisfacción.

—¿Y? ¡No comprendo! —dije yo, porque te juro que no entendía nada de nada.

—Es que..., ¡es idéntica a la gatita que tuve de pequeña! —exclamó incrédula.

Suspiré de placer y orgullo por haber tenido tan buen ojo. Ángela ya no me miraba a mí, sino a la gatita que le maullaba en el regazo. ¡Estaba tan guapa y maternal! La situación hizo que me animara y me atreviera a preguntarle:

—¿Entonces tuviste una gata como ésa cuando eras una niña? ¡Vaya, qué casualidad! ¿Te la regalaron tus padres? Como nunca me hablas de ellos...

Ángela alzó la cabeza para responderme. Tenía una extraña expresión distante, como si, de repente, se hallara a años luz de mí.

—No hablo de ellos porque están muertos, como los tuyos.

Sus palabras se estamparon en mi cuerpo, convertidas en cuchillos afilados.

—Lo... siento. Perdona —titubeé. ¿Cómo había hecho para cagarla de nuevo y tan rápido?—. ¿Te gusta entonces?

—Ehhhh... Demasiado —respondió ella—. Es riquísima.

¿Y a que no sabes qué hizo a continuación, colega? Me colocó a la minina en los brazos y me dijo, antes de salir corriendo de casa por enésima vez:

—Lo lamento. ¡Tengo hambre y debo irme!

Y te juro que lo hizo, ¡cogió la puerta y se fue! Tenía los ojos vidriosos, ¿sabes? Yo creo que tenía ganas de llorar. Posiblemente estaba emocionada, quizá le vinieron recuerdos de su infancia y de sus padres, quizá la gata le ha parecido tan adorable que ... Ya sabes cómo es: no querrá llorar delante de mí ni mostrarse vulnerable. Ángela, la abogada implacable...

Pero creo que le ha encantado. Tengo que tener más paciencia con sus hormonas. Seguro que regresa en un rato y podremos soplar las velas juntos.

¿A que sí, diario? ¿A que sí?

Diario de Ángela

No podía creerme lo que estaba viendo.

Aunque lo había notado desde el instante en que he entrado en la casa, confiaba, no sé, en que no tuviera nada que ver con David. ¿Cómo me iba a esperar que me regalara nada? Vale, sí, sé que los mortales se regalan mierdas por cada año de vida cumplido, supongo que para festejar su patética ilusión de triunfo sobre mí, por saberse vivos un día más, un año más. Tendría que haberme esperado lo de los regalitos, por supuesto... ¿Pero comida! ¿Me regala comida sabiendo que no me lo puedo comer? ¿Obligarme a ponerle nombre y a cuidarla sin poder mordisquearla ni un poquito? ¡No me imaginaba esta crueldad!

He tenido que salir de ahí, casi llorando, con el estómago chillando de hambre ante el olor y los latidos del corazón de aquella cosita dulce, caliente y peluda que me estaba haciendo la boca agua. Porque yo sé lo que esperaba, esperaba que la acunara, que jugara con ella y le pusiera nombre. ¡Qué despropósito es éste! Es como si yo... le regalara un jamón de pata negra y le obligara a jugar y a dormir con él sin hacerle nada ni darle, aunque sea, un lengüetazo. ¡Ridículo e innecesario!

Total, que he cazado un par de gatos en el barrio para matar el gusanillo de mascota (¡Hacía tanto que no lo

probaba!) y he regresado al hogar más serena. Ya veré qué hago con la bolita peluda...

Apenas una hora más tarde, Ángela entró en la casa con una sonrisa de disculpa.

—La llamaremos Zuria si te parece bien —dijo ella a modo de saludo cuando atravesó el umbral del salón, dando por zanjada la cuestión.

David abandonó el libro que había cogido el día anterior en la biblioteca donde había conseguido dar con el paradero de su abuela y alzó sus ojos celestes hacia ella con el alivio asomado en ellos.

—¡Has vuelto! —exclamó cerrando el libro—. Pensaba que no volvería a verte hoy, y te tenía una tarta comprada...

Ángela se enterneció al ver su sonrisa sincera y se adelantó hacia él para obsequiarlo con un abrazo. Como una niña pequeña, se sentó sobre las rodillas de su joven marido y lo envolvió con sus brazos mientras él hacía lo propio. Estaba de buen humor. Comer aquel tentempié le había alegrado el día.

—¿Qué lees? —preguntó Ángela tras los brazos que la acariciaban.

—¡Ohhh! Lo acabo de empezar, *La condesa muerta*. La cogí ayer en la biblioteca —respondió David a la vez que le acercaba el libro para que pudiera echarle un vistazo.

—¡Vaya! ¿Maldiciones y cosas sobrenaturales? ¿Te interesan estos temas? —rio ella después de leer la sinopsis.

—¿Por qué no? Me gusta la ficción —contestó el chico, despreocupado.

El cuerpo de ella se tensó ligeramente. Zuria maulló bajo los pies de ambos, tratando de alcanzarlos, reclamando juegos y caricias.

—¿Entonces te gusta el nombre, no? —repitió Ángela para salir del paso y del cambio anímico que se avecinaba.

—¿De la gatita dices? Por mí, fantástico —respondió el otro—. Y eso nos lleva a ... —añadió David con el tono grave y el semblante serio—, que todavía no hemos hablado de qué nombre le pondremos a nuestro hijo. Tendremos que discutir sobre las opciones si es niño o niña.

—No hay nada que discutir. Será una niña —atajó ella sin atisbo de duda en su voz.

David rio con cierta molestia al escuchar sus palabras.

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Hazme caso: es una niña —aseguró Ángela, alzándose de su regazo para acomodarse a su lado en el sofá.

—¿Cómo lo sabes? ¿No es un poco pronto para saber el sexo del bebé? —le interrogó con prudencia, pues había notado que Ángela empezaba a distanciarse otra vez de él.

—Las madres sabemos esas cosas —zanjó ella con una frase pegada a una sonrisa que sabía que le tranquilizaría.

Los nervios de David se calmaron. Ella seguía aún con él.

—¡Vaya! De todos modos, me gustaría ver la confirmación de tu tocóloga, si no te molesta, y luego hablar de ello.

—Para nada —respondió la mujer encogiéndose de hombros mientras trataba de ignorar a la bolita de carne andante que arañaba sus tobillos y trataba de subirse por sus piernas—. Pero tampoco hay mucho de qué hablar: será una niña y el nombre está ya pensado.

David torció el gesto. No quería claudicar también en aquello. ¡Era tan hija de él como de ella! Había accedido a una boda por lo civil a pesar de sus creencias religiosas y de saber que estaría decepcionando a su segunda madre, la religiosa Mercedes, sólo por contentar a Ángela. Y, de nuevo, sólo por contentarla, callaba y respetaba cada ausencia, cada cambio de humor, cada huida de él sin saber si volvería en esa ocasión, cada desplante, cada secreto y hecho inexplicable, cada herida o miedo causados por ella. Pero eso no, aquel bebé era suyo también. Lo era.

—No —dijeron sus labios, su corazón y todo su cuerpo.

Ángela le escupió una mirada sorprendida.

—¿No? —repitió ella con incredulidad.

—No —reiteró David, retador.

La mujer se revolvió en su asiento en silencio, ambos colgados de los ojos del otro. Finalmente, una sonrisa amaneció en los labios de ella y el día se volvió luminoso para él. Ella asintió con la mirada. Contempló a su marido y se sintió súbitamente orgullosa de él. Quiso reclamar su cuerpo de inmediato, pero se limitó a cogerle las manos.

—Te escucho —le invitó ella.

—Es nuestro hijo. O hija, vale. Pero de ambos, y yo también tengo algo que decir al respecto —se plantó él por primera vez en su vida—. No admitiré ningún nombre que no esté consensuado por los dos.

Ángela parpadeó intrigada. Normalmente, ante una respuesta de ese tipo, habría sentido el fuego dentro de ella consumiéndolo todo, la ira, y lo

habría despedazado. Sin embargo, no sentía atisbo de ira, sino de diversión y ternura. Y orgullo, mucho orgullo: su hombrecito estaba creciendo.

—Que sí, está bien. Yo tengo un nombre ya pensado, pero escuchemos el tuyo y luego lo debatimos, ¿no? —recapituló ella, risueña, como si acabara de escuchar el chiste más gracioso del mundo.

—Trinidad. Si es chica, me gustaría llamarla Trinidad.

Diario de Ángela

Me soltó él sin inmutarse. Lo miré horrorizada, sin hacer ningún intento por ocultarlo. ¿Trinidad? ¿Pero qué mierda de nombre era ése?

—¿No te gusta? —me preguntó el caradura.

—No soy religiosa —le dije, y bien sabes que fui muy suave.

—Pero yo sí. Y, además, me gustaría bautizarla —añadió, tensando la cuerda.

—Esa parte no me importa. Respeto tus rituales. Yo también tengo los míos y creo que son necesarios. Pero ese nombre..., ¿por qué?

—No sé, me gusta y me recuerda a ti.

—¿A mí? —repliqué.

¡Eso sí que no me lo esperaba!

—Trinidad significa «tres en uno». Es cierto que es una clara alusión a mis creencias religiosas (Dios, Jesucristo y Espíritu Santo), pero creo que tú eres así: tres o miles de mujeres en una. Y nuestra hija será igual.

Asentí halagada, pensando sobre aquello. Bien pensado, tenía razón, ¿qué cojones? Nuestra hija era la puta Trinidad del mundo, la real: hija de la Muerte, de un mortal más lo que vaya a ser ella, una criatura poderosa y mágica. ¡No estaba mal!

—Hummm, me gusta —concedí con una sonrisa.

Los hombros de mi pipiolo se relajaron y llenó mis manos de besos. Yo reí, agradecida por el cosquilleo cálido de sus labios sobre mi piel fría.

—¿Y cuál es tu nombre? —quiso saber entonces.

Ya había previsto aquel momento y había seleccionado la información que iba a proporcionarle, porque no iba a ser de otro modo: mi hija se llamaría así.

—Morana, deseo que se llame Morana —dije con calma y una gran sonrisa feliz que le obligara a no herir mis sentimientos.

—No sé qué decir, Ángela. Jamás había escuchado ese nombre. Es extraño...

—Me gusta. Es exótico, diferente y puro, como nosotros, como nuestro amor.

—¿Y de dónde viene? ¿Qué significa?

Ahí estaban las preguntas clave. Ahora sólo me tocaba soltarle mi discurso aprendido. Odiaba mentirle (o, al menos, no decirle toda la verdad), pero sabía que era necesario. Él jamás lo habría consentido de conocer toda la verdad.

—Es un nombre muy antiguo en realidad,

perteneciente a la mitología eslava. De hecho, los expertos creen que esta mitología, que se basa en creencias cosmológicas y religiosas, fue el germen del cristianismo.

—¿Ah, sí? —se sorprendió él, cada vez más interesado.

Yo sonreí mientras movía afirmativamente la cabeza, satisfecha por el tanto que me acababa de marcar.

—Sí. Conforme a esta mitología, Morana es la diosa de la naturaleza según algunos, y del invierno según otros. En cualquier caso, es el nombre perfecto para nuestra bebida. En invierno nos hemos conocido tú y yo, y nos hemos enamorado pese a que ambos tenemos naturalezas contrarias —concluí poniendo cara de gilipollas enamorada, que nunca falla.

Y no falló.

—Ohhh, pues me empieza a gustar —terció mi tontuelo—. Morana. Cuanto más lo repito, más bonito me suena...

—¿Entonces qué hacemos? Porque va a ser una niña, te lo aseguro —le pregunté, como si realmente su opinión fuera a prevalecer sobre mi decisión.

¿Por qué aquella concesión hacia él, aquel teatrillo? Por tres razones: porque me encontraba de buen humor después de comer gato; porque su negativa me había enorgullecido y excitado tanto que se merecía que lo premiase de algún modo; y porque me había demostrado lo combativo que podía llegar a ser cuando se trataba de

nuestra hija. Yo comprendo, y hasta temo esa parte, ¿sabes, diario? Forma parte de la herencia, del poder y de la fortaleza que caracteriza a esta familia. David peleará por su hija siempre. Lo he leído en sus ojos. ¿Pelearé yo por ella, librito? ¿Conseguiré quererla? Si eso no ocurriera, yo...No, mejor no pienso en eso todavía. Ya veremos cuando ella nazca.

Pero regresemos a David:

Tenías que haber visto cómo se le iluminó la cara cuando le pregunté la tontería de qué hacíamos con los nombres. Recogió del suelo a la bolita de pelo maulladora, se la acomodó sobre sus rodillas y me asió las manos para acariciármelas con la mirada rendida y extasiada. Y volvió a suceder: otra vez ese molesto pellizco, ese latido de corazón golpeándome desde dentro. Pegué un pequeño bote en el asiento a causa del sobresalto y David se aproximó más a mí con el semblante preocupado.

—¿Estás bien? ¿Le sucede algo a la niña? ¿Qué has notado? —soltó a la carrera.

—Sí, todo bien. Ha sido... nada. Estoy bien, de verdad —repliqué.

En serio, ¿Cómo hacen los mortales para tener estos latidos a todas horas con lo molestos que son? Yo no podría vivir así, ni dormir, ni descansar ni cazar a gusto...

Mi marido (joder, suena de puta madre, ¿eh?) se calmó y abrió una de esas sonrisas radiantes que dibuja en exclusividad para mí, y me convencí de que las putas

hormonas me estaban haciendo polvo, porque supe que, en ese momento, con esa cara de pavo y esa sonrisa, le diría que sí. A lo que fuese. A todo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —me preguntó.

—¿Combinar los nombres? —pregunté, como si dudara y estuviera jugando a adivinar sus pensamientos cuando sus ojos me daban todas las respuestas.

—¡Sí! —exclamó con emoción sincera—. Entonces nuestra hija se llamará...

—¡Morana Trinidad! —exclamé yo.

—¡Trinidad Morana! —exclamó él a su vez.

Nos miramos unos segundos y nos echamos a reír como críos, disfrutando del momento.

—Bueno, esto solo hay una forma de solventarlo —dije, fingiendo que continuaba de buen humor, pero el olor caliente de la bolita de pelos jugando cerca de mí empezaba a despertar a mis colmillos.

—¿Cuál? —se interesó.

—Lanza una moneda al aire y no me la enseñes. Si adivino si es cara o cruz, la niña se llamará Morana Trinidad; si fallo, se llamará Trinidad Morana.

—Comprendo. Nos estamos jugando algo más que el nombre, ¿no? —me dijo, sorprendiéndome de nuevo.

—¿A qué te refieres? —dije haciéndome la humana.

—A que, si tú ganas, la niña será siempre más Morana que Trinidad, y responderá a ese nombre —contestó él, con cierta inquietud en la voz.

David presentía algo, vislumbraba algo, pero no llegaba a verlo del todo. Intuía, de modo más bien inconsciente, que el orden de los nombres marcaría a la niña, pero no sabía por qué, cómo ni hasta qué punto. Si la llamábamos Morana, sería más mía que suya, hija de la oscuridad, el legado de la Muerte; si, por el contrario, recibía el nombre de Trinidad en primer lugar, la pequeña le pertenecería más a él que a mí, sería un ángel de luz. Me revolvió el estómago de pensarlo tan solo.

—Ángela, ¿estoy en lo cierto? —me preguntó al ver que no respondía.

—Sí, eso es. Pero solamente son nombres, ¿no? Al fin y al cabo, seguirá siendo hija de los dos y tendrá los dos nombres que ambos hemos escogido. Eso no lo cambiará nadie —dije, maquillando, deformando la verdad.

—De acuerdo —terció David de mala gana.

Era como si el cabrito presintiera que nos estábamos jugando el alma y la naturaleza del bebé, como si entendiera la importancia del nombre. Sonreí simulando tranquilidad y observé cómo lanzaba la moneda al aire, la recogía con la mano, la miraba un microsegundo y volvía sus azulados ojos hacia mí. Sus pupilas me susurraron la respuesta.

—Es cara —dije con la sonrisa oculta en la garganta.

Él frunció los labios y asintió con la cabeza, despacio, muy despacio, como si aquello le doliera.

—Muy bien, has acertado —pronunció al fin—. Se

llamará Morana Trinidad.

El feto se movió dentro de mí. El pacto había quedado sellado. La niña sería mía. Besé sus labios, que esta vez me recibieron duros y fríos. Eso me molestó. Creo que lo notó de inmediato y entonces propuso el ritual de las velas. No me importaba pasar por aquello. De hecho, recordaba que mis padres mortales lo habían hecho ya conmigo. Te compraban una tarta, le ponían un número de velas que coincidiera con tu edad humana, y luego debías apagarlas mientras pensabas en un deseo. Era divertido incluso; una puta gilipollez, pero divertido...

Diario de David

Fuimos a la cocina, seguidos por los pasitos titubeantes de Zuri. Ángela estaba contenta. Notaba cómo la victoria le había satisfecho, pero yo me sentía revuelto e incómodo, no sé por qué.

«¿Qué más dará el orden del nombre de la niña?», me decía una y otra vez. Pero, por mucho que me repitiera que aquel malestar era absurdo, no conseguía librarme de aquella sensación de tener una losa encima, de haberme perdido algo importante. Tú también crees que es una tontería, ¿a que sí?

Luego se me fue pasando. Sacamos la tarta y le coloqué las veintinueve velitas de rigor. Ángela estaba entusiasmada. Pasamos de apagar las velas a encendernos ahí mismo. Me desnudó como si yo fuera su regalo y se apoderó nuevamente de mí. Así finalizó el cumpleaños, amigo diario. Unidos, uno dentro del otro, pero también separados. O así me sentía yo...

Diario de Ángela

Al final le acabé exigiendo mi verdadero regalo: él. Porque la gatita era demasiado hermosa y tentadora para durar en aquella casa. O me la comía, o dejaba al vecindario sin un puto bicho viviente. Ya vería...

Como te decía, fue el cumpleaños perfecto: los gatos, llevarme a la niña, y tres horas de sexo... Perfecto, un cumpleaños perfecto.

Ya sé, libro espía. Te importa una mierda cómo finalizó mi fiesta de cumpleaños como humana. Tú quieres saber el misterio del nombre de Morana, que lo sé yo. Pues bien, atento:

Morana, que aparece también en algunos textos con otras variantes (Marena, Morena e, incluso, Marana, todas ellas derivadas de la raíz MOR, que significa «Muerte») no sólo es la diosa del invierno y de la naturaleza, sino de la muerte. Es decir, yo fui Morana una vez: fue uno de mis innumerables nombres, y ahora se lo lego a mi hija.

Lo bueno de todo es que, incluso aunque a David le dé por investigar la etimología del nombre, no llegará a saber el verdadero origen, puesto que hay muchas historias contradictorias entre las que se esconde la única realidad: Morana soy yo. La versión oficial protege mi secreto. ¿Quieres saberla? Pues bien, escucha...

Perún, el dios supremo de la mitología eslava, tiene

dos hijos gemelos la noche de Año Nuevo. Estos hijos son Yarilo, el dios de la fertilidad y la vegetación, y Morana. Esa misma noche, Yarilo es raptado de su cuna y llevado al inframundo, donde el dios Veles lo educa como si fuera su hijo de sangre. Ahí vive Yarilo permanentemente, a excepción de una vez al año, cuando, atravesando todo el submundo y los océanos, regresa al mundo de los vivos para resucitar los campos, las flores y las cosechas. Lo que los mortales llaman primavera, vamos. Y así, cada año, a lomos de su gran caballo blanco, con un haz de trigo en la mano derecha y una cabeza humana en la izquierda, Yarilo recorre los campos para favorecer las cosechas.

En uno de esos viajes al mundo de los vivos se topa con su hermana, Morana, de quien se queda prendado en cuanto la ve. Por supuesto, ambos ignoran que son hermanos (o eso se dice). Él decide cortejarla y se esposan a principios de verano en una fiesta que recibe el nombre de Ivanie, o Iván kupala, y que trae al mundo la fertilidad y la abundancia de los campos. Pero, como todos los hombres (incluso los inmortales o los divinos) tienen algo de gilipollas, la caga de lo lindo acostándose con otra. Morana lo descubre, por supuesto, y hace lo que debe hacer: matarlo, con lo que Yarilo regresa al submundo. En un principio, se decía que Yarilo era el dios de la luna y Morana, del sol. ¡Fíjate qué ridiculez!

Al matar a su mitad (pues recuerda que no sólo era su esposo, sino su hermano gemelo, rollo Lannister total), que

además era el dios de la fertilidad y de las plantas, entran en una especie de maldición (te suena, ¿eh? ¡Chico listo!) por la que Morana y, junto a ella, la naturaleza, se marchitan y congelan ante el invierno que se avecina. Y así, la antigua diosa del sol se transforma en la terrible, vieja y peligrosa diosa de la oscuridad, del frío y de la muerte.

Hasta aquí es lo que relatan los historiadores o mitólogos, pero lo que ellos ignoran, y tú también, zarrapastroso de papel, es que la mortal con la que Yarilo me traicionó quedó encinta de él, como buen dios de la fertilidad. Yarilo, en un alarde de hijoputismo supremo (o de cordura, dirían otros), prevé su destino y envía a la mortal allende los mares. Allí la mortal engendrará a la hija de Yarilo, una humana con sangre de dioses, la sangre de Yarilo, mi sangre.

¿Aún no sabes de quién estoy hablando, objeto estúpido e inanimado? ¡Del primer miembro de la que es hoy la familia Aguirre! Cuando me topé con ella, supe de inmediato que era la bastarda de mi marido. Fue mi primera mascota, mi primera pieza de caza para que se quedase junto a mí. Después de todo y, a pesar de que ninguno de ellos lo recuerde, son de mi sangre, parte de la familia, aunque sus poderes estén marchitos.

Quería quedármelos a todos, destruirlos al principio, pero ¿cómo desprenderme de mis propias gotas de sangre? Ahora estoy enamorada de un nuevo Yarilo. Sí, David, y esta vez tendremos una hija. Yo tendré una hija y será la

nueva Morana, poderosa e implacable.

Visitando a Natalia

Hospital psiquiátrico de Zamudio, viernes 5 de mayo, 2017.

—Como comprenderá, tenemos cierto protocolo que seguir, no porque vaya usted a engañarnos, sino por no dañar la estabilidad de nuestros pacientes —enunció la directora del centro, una mujer de edad indeterminada entre los cuarenta y los ciento cincuenta años, con el pelo maltratado por ese tinte estándar entre las marujas (sépase: amarillo pollito) y un gusto exagerado por el maquillaje.

David asintió, comprensivo, desde su asiento mientras le mostraba su carnet de identidad.

—Queremos asegurarnos de que la visita no la va a trastocar demasiado, ¿sabe? Natalia es una de nuestras pacientes más antiguas y especiales. Ya estaba cuando a mí me dieron el cargo y jamás he comprendido por qué, estando más cuerda que nadie la mayor parte del tiempo (que ya es decir), se niega a que le den el alta —le informó la mujer con una sinceridad y una sonrisa acogedoras que David no se esperaba.

Éste se sintió avergonzado por haber prejuzgado a la mujer por su físico y por el cargo que ocupaba, y le pidió perdón en secreto con una de sus mejores sonrisas.

—¿Entonces mi abuela no está loca? —se atrevió a formular directamente.

—No más que usted y que yo —dijo tajantemente la directora del hospital acomodándose en su silla.

—¡Eso es... maravilloso! —se alborozó el chico—. Extraño, pero maravilloso. Tengo recuerdos de mi primera infancia en este lugar y me parecían bastante aterradores. Juraría que mi abuela estaba algo desubicada por aquel entonces —añadió, sustituyendo en el último momento «como una regadera» por «desubicada», que quedaba mucho más aséptico y respetuoso.

—¡Vaya! Entonces debió de ser hace mucho tiempo, en efecto, cuando

don Antonio todavía era el director, hasta que se jubiló y me nombraron a mí directora. En los informes, efectivamente, tenemos registros de las visitas de cada uno de nuestros pacientes. Sobre Natalia, el último visitante registrado fue el de Alba, su hija y madre de usted, ¿verdad? —preguntó buscando su confirmación. El joven asintió con la cabeza y un nudo en la garganta. La mujer revisó nuevamente la carpeta que tenía delante—. Según esto, nadie la ha vuelto a visitar desde aquel día, el viernes seis de febrero de 2004.

David sintió un pellizco. Sólo una semana después, un viernes también y su quinto cumpleaños, su madre moriría y él acabaría el día en el Centro de acogida.

—¿Nunca más ha recibido visitas? —preguntó él, apartando el dolor íntimo para dejar espacio a la tristeza y a la preocupación por su abuela.

—No, por desgracia —negó ella—. Y es curioso porque, desde aquella fecha, su historial aparece casi impoluto, sin nada reseñable apenas. Tuvo un brote, según lo que dejó anotado don Antonio (era de la vieja escuela, ¿sabe?, y se negaba a dejar por escrito el historial en el ordenador y ahora me toca, poquito a poco, ir transfiriendo todos los historiales manuscritos por él al ordenador) —se explicó la mujer. Definitivamente, la había juzgado mal. Era una mujer agradable, dicharachera y abierta, que chocaba con el tópico de un director de este tipo de centros—. Como le decía, don Antonio registró un brote justo la semana posterior a aquella última visita. Enloqueció de repente, gritando que la Muerte se había llevado también a su hija mayor, a la única que le quedaba viva, y tuvieron que sedarla.

El nudo en la garganta de David creció dolorosamente. Se mordió el labio inferior para detener su temblor, se sujetó las manos con el mismo objetivo y se preparó para un posible impacto emocional mayor.

—Pasó unas semanas muy mal, pero no se preocupe —le explicó ella, que no era ajena a su estado—. Todo eso es agua pasada: terminó calmándose y empezó a decir que su hija la visitaba en los sueños. Lo curioso de todo es esta nota que Don Antonio dejó registrada tras el episodio... Aquí dice que, según la prensa, la radio y la propia policía, ese mismo día, el día catorce de febrero, su madre desapareció. ¿Es eso correcto? —le preguntó con tacto.

—Lo es. Ese día desapareció mi madre, sí. Y yo me fui a un refugio para niños; un orfanato, vaya... —se explicó David con los ojos brillantes y lleno de picores. Los recuerdos se le agolpaban en los ojos.

—Cuánto lo siento —dijo la otra, aturdida ante la coincidencia de fechas—. ¿Y nunca...?

—No —atajó él—. Nunca apareció y acabaron declarando oficialmente su fallecimiento en cuanto expiró el periodo legal.

—¡Es todo tan desconcertante! —exclamó en voz baja la mujer, más para sí misma que para su interlocutor.

—¿Por? —preguntó él. Su instinto le decía que había algo más.

—Bueno, la simultaneidad de ambos hechos ya daría para un capítulo de «Cuarto Milenio», ¿no cree? —intentó bromear ella, pero sus ojos, lejos de sonreír, se mostraban cada vez más oscuros y preocupados—. No obstante, por si esto no era suficiente...

—¿Sí? —se adelantó David, comido por los nervios.

—Desde aquel episodio no hay nada más anotado por don Antonio. Nada más. Yo juré mi cargo hace cuatro años y medio, en el 2012, y desde entonces hasta aquí el historial de su abuela está vacío de incidencias o cualquier alteración hasta hace prácticamente nada.

David le arrojó una mirada interrogante de incompreensión. La directora suspiró y se apresuró a completar la información mientras inclinaba su asiento levemente hacia él.

—Lo que quiero decir es que ha estado perfectamente durante años, años completos. Se la veía incluso feliz, en paz, pese a todo lo que había sufrido y perdido. Ayudaba a quien lo necesitaba, se ofrecía voluntaria para cualquier actividad, colaboraba en el jardín y en la biblioteca...

—¿Y ya no? —la voz de David rozó la exasperación.

«¿Esta mujer no tiene a nadie con quien hablar en su casa? ¡Dilo ya!».

—Hace más bien poco —se arrancó finalmente, consultando esta vez la pantalla de su ordenador—, curiosamente otro catorce de febrero, el de este año...

—Mi cumpleaños —murmuró el chico cada vez más angustiado.

—¿Cómo dice? —preguntó ella posando sus ojos marrones sobre los de él.

—Es el día de mi cumpleaños, y este año he cumplido la mayoría de edad.

—¡Joder! —soltó la mujer sin poder contenerse—. Discúlpeme. Mi padre siempre me ha dicho que tenía que haber sido detective o policía, no loquera —dijo atropelladamente.

—Por favor, dígame lo que sea. Está claro que algo le preocupa y, cada minuto que pasa, yo imagino cosas peores —suplicó David.

—Está bien —concedió ella nerviosa—. Me preocupa que, desde ese

día, el catorce de febrero de este año, ella haya empeorado tanto. Ha sufrido varios brotes, esporádicos pero muy intensos. Y debo evaluar si su visita hará que empeore su estado o lo corrija.

—¿Puede contarme esos brotes? Soy su única familia y quizá pueda arrojar algo de luz.

—Sí, por supuesto. Aquí no hay secreto de confesión: no soy sacerdote ni hay pacto de confidencialidad cuando se trata de informar sobre la salud de un paciente a un pariente. No se preocupe por eso. Estoy tratando de buscar las palabras más adecuadas para suavizarle la situación y si, al final le doy la autorización para verla hoy (u otro día), que sepa a qué atenerse. Quizá sea mejor para usted tener toda la información y que la vea una vez lo haya digerido.

—Ajá... —se limitó a responder David, pues la verborrea y teatralidad de la directora le estaba exasperando, estomagando e inquietando.

—Bien..., el pasado catorce de febrero comenzó a gritar. Al principio pensamos que había sucedido algo real, pero, cuando corrimos a socorrerla, comprobamos que luchaba contra algo que sólo existía en su cabeza.

—¿Qué decía? —formuló el chaval con evidente incomodidad.

—Habla de usted —respondió ella fijando la mirada en él—. De usted y de la Muerte. Decía que la Muerte y una tal Ángela se habían llevado a su nieto, a lo único que quedaba de la familia.

David comenzó a sentirse mareado. No podían darse tantas casualidades. Aquel día él había cumplido la mayoría de edad, abandonado el Centro, y lo había hecho de manos de Ángela, su abogada entonces; y, ahora, esposa y madre de su pequeña Trinidad. ¿Cómo podía saber su abuela, encerrada en aquel sitio, el nombre de su esposa y que se había ido con ella? ¿De qué la conocía? Y, sobre todo, ¿por qué todo aquello coincidía de forma tan inquietante con la versión de su madre? No podía ser...

—¿Se encuentra bien? —se interesó la directora con el rostro preocupado.

—Sí, sí... Sólo estoy un poco aturdido, me he mareado.

La mujer abandonó su cómoda silla ergonómica y se dirigió al contenedor de agua refrigerada que se hallaba en la pared opuesta, a la izquierda, custodiado por dos plantas.

—Tenga, bébala despacio. Le sentará bien —le indicó mientras le ofrecía un vaso de agua fresca.

—Gracias —contestó David tratando de sonreír, pero no halló ninguna

sonrisa a mano, y su boca se convirtió en una mueca a camino entre un puchero y un gesto de dolor.

Ella recuperó su asiento, aguardó la confirmación del otro para proseguir y retomó la conversación cuando éste asintió con la cabeza.

—Natalia se peleaba con el aire, gritando todo el tiempo que no te llevara con ella, que te dejara en paz. Que se la llevara a ella. Gritaba: «Llévame a mí, que soy la única mujer que queda, no a él. ¡Llévame a mí!». Naturalmente, tuvimos que sedarla durante unos días. Pensamos que sería un incidente aislado, pero me temo que nos hemos equivocado.

—¿Ha vuelto a ponerse mal? ¿Ha hecho daño a alguien? ¿De qué estamos hablando?

—Ha tenido varios brotes violentos desde entonces. Dos días más tarde y, a pesar de los sedantes, tuvo un ataque de histeria donde se puso a hablar de la muerte de su amor, que se había convertido en un hombre lobo (o algo así) —leyó la psiquiatra en la pantalla de su ordenador—, subrayando que todo era culpa de su hija pequeña, que había provocado a la Muerte. Unos días más tarde, el veinte de febrero, empezó a asustar a todos los residentes al gritar como una loca que la Muerte había engendrado un hijo propio, una niña que llevaría la marca de la Muerte y del Mal, y que sería la unión de la sangre escindida, del Sol y la Luna. Chillaba como una demente que la humanidad estaba perdida.

«¿El día veinte?», realizó cálculos mentales, «Sí, puede ser perfectamente cuando Ángela se quedó embarazada. ¡La Virgen! ¡Todo esto no puede ser real!».

—¿Continúo? —preguntó ella mirando el reloj. En poco menos de una hora acabaría su jornada presencial.

—Sí, por favor...

—El trece de abril volvió a decir que su nieto se había casado con la Muerte. Esta vez no atacó a nadie. Se limitó a llorar todo el día. Está claro que eran imaginaciones, pues usted es un crío... —quiso corroborar ella—. ¿O me dirá acaso que se casó usted aquel día? —le interrogó, adelantando su cuerpo hacia él y enarcando una ceja.

—¡Qué va, qué va! ¡Qué tonterías! —se escuchó mentir David entre risas estridentes que apestaban a culpabilidad.

Nervioso, se rascó varias veces la nuca y se pasó los dedos por sus ondas doradas tratando de fingir naturalidad. La directora atribuyó sus nervios a la información que le estaba proporcionando de su único pariente vivo y

continuó sin más:

—Esa misma noche, a las tantas de la mañana, tuvo una de sus peores crisis. Rompió el cristal del espejo de su habitación (normalmente, son privilegios que sólo otorgamos a pacientes de confianza, como había llegado a ser su abuela) —se blindó ante una posible demanda—, y se sacó el único ojo que tenía sano, ya que el otro era de cristal.

—¿Cóóóómo? —chilló horrorizado el nieto.

La mujer asintió, azorada. Había estado intentando preparar al chico para aquello, pero el impacto era inevitable en un primer instante.

—Sí, fue... No entremos en detalles, es totalmente innecesario.

—¿Pero por qué lo hizo? Alguna razón daría, ¿no? —preguntó él tratando de asimilarlo.

—Sí, bueno. Gritó que su hija Alba, de la que años atrás ya había dicho que estaba muerta, había sido devorada por Ángela. Entre sollozos terribles, chillaba que ya no quedaba nada de su hija ni del resto de su familia, porque tú le pertenecías también a la Muerte. Lloraba porque tú también estabas muerto de algún modo... —añadió la doctora, que, a esas alturas, evidenciaba gran pesadumbre.

—¿Eso dijo? —repitió David, sintiendo cómo su saliva se espesaba hasta volverse cemento—. ¿Y por qué sacarse el único ojo que le quedaba? No comprendo. ¿No me ha insinuado usted que amaba leer y cuidar del jardín? ¿Por qué querría alguien quedarse de por vida sin sus pasiones, sin luz, viviendo entre tinieblas?

El cuerpo del joven comenzó a temblar violentamente de rechazo. Algo no iba bien. No iba, no. La mujer se incorporó y recorrió la pequeña distancia que los separaba hasta situarse a su lado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la doctora, sustituyendo los formalismos de cortesía por el tuteo, al tiempo que apoyaba su mano en el hombro de él para reconfortarlo.

—Sí, no... ¡Yo qué sé! ¿Por qué lo hizo? —gritó, lleno de rabia y dolor.

—¿Quieres saberlo realmente? —pronunció ella con suavidad y preocupación a la vez que apretaba su hombro.

—Por favor... —rogó él con la mirada extraviada en algún punto del suelo.

—De acuerdo, pues. Explicó que su único modo de sobrevivir era impedir que sus miradas se cruzaran. Eso dijo: que burlaría a la Muerte si no podía verla ni la otra a ella. ¿Tiene esto algo de sentido para ti?

—Yo... —susurró el chico—. Esto es muy fuerte —confesó al final clavando su mirada celeste en la mujer.

—Lo es. ¿Por qué no te tomas esta semana para digerir lo que te he contado, y me llamas cuando te sientas con fuerza y ánimos para ver a tu abuela? —propuso la doctora Pollito—. Sin agobios ni obligaciones. Así ambos sabremos que, si vienes el próximo viernes a verla, será porque de verdad te sientas preparado. No es aconsejable que os veáis hoy en tu estado de nervios. Mejor que lo digieras y no la perjudiques con una visita apresurada que te conmocione a ti, la altere a ella y luego la decepciones por no regresar más. Ni tú ni yo queremos nada de eso, ¿verdad?

—Usted sabía desde el principio que hoy no la vería, ¿verdad? —la acusó David sin rodeos ni aceptar el tuteo—. Por eso me ha atendido personalmente en su despacho, para contarme todo esto y convencerme de que no se produzca el encuentro —añadió con suspicacia mezclada de confusión.

—Solamente por hoy. En cuanto te sientas preparado, podrás verla, David —afirmó la mujer con la sonrisa abierta mientras le ofrecía la mano.

Éste la aceptó de mala gana, sintiendo que en aquel gesto se escondía más bien un pacto que un ritual de despedida. Le estrechó la mano y el vello se le erizó de inmediato.

«Serénate, David. No puede ser lo que estás pensando. Es una puta locura. Disimula, sonríe y sal de aquí cagando leches», se dijo.

La doctora Pollito continuaba con su sonrisa afable cuando lo acompañó a la salida del despacho. David inclinó la cabeza con ligereza y atravesó el umbral de la puerta.

—Llamaré para visitarla el próximo viernes sin falta —aseguró él.

—Muy bien. Aquí estaremos, David —dijo ella antes de cerrar la puerta.

David observó unos segundos aquella superficie de madera y trató de alejar el regusto ácido que le había dejado esa manera de pronunciar su nombre. Como una serpiente, como...

Interrumpió su pensamiento y se lanzó a la carrera con necesidad de salir de allí cuanto antes. Entretanto, entre las paredes del despacho, la sonrisa de la directora se desvaneció como una pesadilla al despertar, sin apenas transición. El cuerpo de la doctora se deslizó como una sábana bajo el del parásito que lo ocupaba. Ángela sonrió de nuevo y observó la funda de piel en el suelo.

Diario de Ángela

No era una funda real, por supuesto. Yo no me visto con pieles humanas, ¡qué falta de clase!, sino una recreación ilusoria de la imagen de la psiquiatra. Ya estaba empezando a deshacerse. Bien.

—A ver qué pasos das ahora, maridito mío —hablé en voz alta (que me gusta a mí la teatralidad, ya sabes)—. Vamos a ver hasta dónde llega tu amor y tu fidelidad por mí. Veamos si superas la última prueba de amor y te quedas conmigo, o vuelves a traicionarme, perro del desierto.

El pellejo flácido y usado de la doctora se desvaneció, como todas las ilusiones, y salí del despacho con tranquilidad y sin ocultarme, pues ya sabes que los humanos nunca han representado un inconveniente para mí, salvo con esos dos molestos subtipos: los niños y los locos... A éstos no es tan fácil doblegarlos, imitarlos u obligarles a hacer cuanto quiera. Hay que trabajarlos durante días, manipularlos, engatusarlos y sólo en la quinta noche puedo hacerme con ellos. Sí, un puto asco, diario, pero no he sido capaz, en todos estos siglos, de acortar esos plazos.

En fin, que me aseguré de que no quedase rastro de mi magia mortal (espero que te estés riendo, porque este chiste es muy bueno, cojonudamente bueno), cerré la

puerta del despacho y me fui a dar una vuelta a divertirme un rato y volver tarumbas a los locuelos del lugar con mi sola presencia. Necesitaba reírme un ratito antes de regresar con David...

Diario de David

Me eché a correr en cuanto pude. No me podía quitar de la cabeza el tacto familiar de la directora en mi mano, su manera de pronunciar mi nombre, como si estuviera construido con eses. Ni siquiera me atrevía a articular su nombre en mi cabeza.

Salí a la calle y me recibió una lluvia intensa. Maldije por haberme dejado el paraguas en aquella habitación a la que no me apetecía regresar y desanduve el camino con la misma velocidad con la que lo había alcanzado. Entonces, al entrar en el hospital, la vi. Era ella, Ángela.

Y lo supe.

Todo el tiempo había sido ella.

¿Por qué? ¿Por qué contarme esas cosas terribles de ella? ¿Y cómo? Las preguntas se me superponían porque todas eran igual de absurdas y acojonantes. Si todo aquello había sido real, ¿por qué contármelo?, ¿para qué? ¿Me estaba avisando de que yo era el siguiente o sólo asustando para que no visitara a la abuela? Porque ahora sé que nada me impedirá verla, coleguita de papel: nada.

Corrí hacia el despacho para recuperar el dichoso paraguas, pero la puerta estaba cerrada con llave. Me acerqué a la enorme y llamativa mujer de recepción, que lucía un pelo teñido de un color indefinido entre rosa fuerte y púrpura, y le rogué que me abriera la habitación para recobrar mi paraguas. Clavó sus ojitos de tamaño ridículo incrustados en esa gigantesca cabeza y, mirándome de manera condescendiente, me dijo, como si yo fuera un paciente más del hospital:

—Se está equivocando, señor. Es imposible que se haya dejado el paraguas ahí dentro.

—¿Cómo que no? —repliqué enfadado, olvidando las formas al ver que me tomaba por loco—. ¡He estado en ese mismo despacho cerca de una hora

con la propia directora! Pregúntele —exigí.

—Señor, eso es del todo imposible —replicó la mujer de ojos alentejados.

—¿Por qué es imposible? —me atreví a preguntar, esta vez en un susurro.

Ya me temía la respuesta.

—La directora murió anoche en su casa —me informó con voz lóbrega la señora, a punto de abrirse en llanto.

—Disculpe, debo irme. Lo lamento muchísimo —contesté, realmente asustado.

Y corrí de nuevo a enfrentarme a la lluvia y al monstruo con el que me había casado...

Diario de Ángela

Llegué a casa antes que él, por supuesto. Y confieso que estaba algo nerviosa. Necesitaba averiguar si me traicionaría de nuevo. Había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa.

Le quiero, claro que sí, pero me hace débil y es una debilidad que no puedo permitirme si él no me demuestra que es digno de mi amor, de que comparta con él a mi hija, a Morana.

Entró en casa con la cara descompuesta y el gesto serio. De verdad, ¡es que es tan riquiño! Disimula como el culo...

«¿De verdad eres eso, eres la Muerte y te has llevado a mi familia?», se preguntó él sin dejar de mirarme ni abrir la boca, aunque fuera para saludar.

Cerré el libro que estaba fingiendo leer y respondí a su

duda.

—Sí, lo soy.

La cara de él se contrajo de dolor y entonces me sucedió algo terrible. Los ojos se me humedecieron y lloraron gotas de pena por él. ¡Su dolor me intoxicaba y conmovía a partes iguales! Debía parar aquello. Tenía que pararlo, sí.

Él me miró como si me estuviera comiendo su corazón o algo así, roto por dentro, y pronunció unas palabras que me rompieron entonces a mí:

—Hemos terminado. Imagino que acabaré como mi madre y toda mi familia, ¿no?

Y se volvió hacia el pasillo sin mirarme, dispuesto a coger la puerta y a alejarse de mí y de la casa.

—¡No te vayas! ¡Te quiero! Me he equivocado —le imploré desesperada mientras saltaba de mi asiento e iba en su busca.

Pero él fingió no haberme oído y prosiguió su camino hasta la puerta de la calle.

—Yarilo, ¡regresa a mí! —grité, conjurando a la memoria de la sangre y de nuestro amor.

Diario de David

¡Y es todo tan extraño!

Porque apenas recuerdo qué sucedió desde que salí del hospital. Me acuerdo de la lluvia empapando mis miedos, del viaje en bus..., pero no me preguntes por mi llegada a casa o lo que hablé con Ángela al entrar. Es tan

¿raro?

La siguiente imagen clara que conservo pertenece al pasillo de casa con Ángela abrazándome y diciéndome cuánto me amaba, y cómo mi cuerpo respondía a sus palabras y a sus besos.

¡Dios mío! ¡Cuánto la amo! ¡Cuánto!

Sólo hay algo que me intriga. Me acuerdo de estar contándote mi visita en el hospital, me acuerdo, lo juro. ¿Verdad que lo has visto, a que sí? ¿Y por qué no hay nada escrito? ¿De verdad no he escrito nada sobre la visita a mi abuela? ¿Tengo alzheimer prematuro o qué? Igual debería ver a un médico, ¿no? Y a la abuela, a la abuela también.

Esta vez iré con una videocámara y grabaré la visita, si me dan permiso, para no olvidarme nunca de ella.

¿Crees que la abuela también me ha olvidado, amigo?

PARTE 3:

**COMIENZA LA
INVESTIGACIÓN**

Diario de David

Santurce (Vizcaya), viernes 12 de mayo, 2017

¡Epa, amigo!

Que sepas que, si no te he escrito desde el viernes pasado, se debe a que no sabía muy bien qué contarte. He tenido unos días algo confusos, con lagunas de memoria, horas y horas enteras perdidas en mi cabeza que me han tenido permanentemente aturdido... Y si a eso le sumas la semana tan intensa que he vivido con Ángela (no paramos, tío, no paramos, jejeje) y una serie de acontecimientos desconcertantes que debía procesar antes de ponerlo por escrito, pues ahí tienes el resultado.

Trataré de hacer memoria e ir en estricto orden, porque eso seguro que ayuda al caos de mi cerebro:

El viernes, como te conté, fue un día muy raro. Lo recuerdo como en un sueño: el viaje en bus al psiquiátrico de la abuela Natalia, la lluvia, ¿un pollito?, un paraguas que no sé cómo perdí, Ángela comiéndome a besos y yo a ella... Y del resto, nada de nada. He mirado varias veces el diario para intentar encontrar algo que me pareció haber escrito, pero he debido de imaginármelo.

El sábado me vi aquejado de una terrible migraña, como si unos ratones hubieran estado mordisqueando mi cerebro. Lo pasé en cama casi todo el día, y Ángela se mostró muy tierna y paciente conmigo. Me sorprendió, la verdad. No me la imaginaba haciendo de enfermera (o, al menos, no tan buena). ¿Verdad que no le pega? Eso me ha hecho muy feliz.

Me cuidó tan bien que los estúpidos reparos que me acosaban se acabaron esfumando y estoy convencido de que va a ser la mejor madre del mundo, casi tanto como la mía (te extraño mucho, mamá). Nuestra pequeña Trinidad (Ángela ignora que la llamo así cuando ella no está, de modo que mejor que esto quede entre tú y yo, o la tenemos gorda, ¿eh?); nuestra pequeña, como te decía, va a ser una niña muy afortunada, con unos padres que se

adoran y que la van a adorar a ella. ¡No veo la hora, amigo mío, de que llegue noviembre y poder verle la carita! Mi hija, ¡mi hija! ¡No existirá padre más feliz que yo!

¡Vaya!, me he ido del tema, ¿eh? Bueno, del domingo te diré que empecé a sentirme mejor y, aunque Ángela me aconsejaba que no me levantara todavía porque me veía débil y con mala cara, acabé por hacerlo. Quería ver cómo estaba la pequeña Zuri, ya que, con esas patitas tan diminutas, no podía más que quedarse en el piso de abajo, incapaz de sortear las escaleras. La llamé bisbiseando; luego, reclamándola por su nombre, y acabé corriendo por toda la casa a grito pelado con una mala sensación. De repente, volvía a sentirme como aquel niño de cinco años que salía del baño y que nunca más volvía a ver a su madre.

—¿Dónde está la gatita? —le pregunté al fin a Ángela, que se había quedado en el piso de arriba, sentada en nuestra cama con la mirada fija en el ventanal.

Ella clavó sus ojos verdes en mí, se encogió de hombros y dijo por toda respuesta:

—Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? —pregunté con el miedo ascendiendo hacia mi garganta.

—Creo que se escapó ayer. Me despisté mientras te preparaba la sopa y dejé la ventana de la cocina abierta. Imagino que debió de saltar y escaparse por ahí al verlo libre —me respondió Ángela.

Y yo no quiero ser malpensado, ¿sabes? Pero no es posible, no lo es. Si ni siquiera era capaz de escalar un simple peldaño de las escaleras, ¿cómo iba a saltar ella sola a la encimera de la cocina y, desde ahí, a la calle? No entiendo por qué me miente. ¿Quizá está intentando ahorrarme sufrimiento ocultándome algún accidente y cree que es mejor que no lo sepa? Llevo toda la semana buscando por el barrio, pegando carteles en farolas y marquesinas por si alguien la ha visto. ¡Pobre Zuri! ¡Me siento tan mal!

Después vino la semana y, con ella, el regreso a la rutina, que me vino muy bien. Volví a las clases y Ángela, a su trabajo. Todo normalito, lo que me hacía falta.

Y, por fin, llegó el jueves (ayer)... Me sentía emocionado porque había quedado con los chicos para comer en el Mc Donalds. Llevaba sin verlos desde el día de mi boda (a excepción de Jon, ¿te acuerdas? Cuando me llevó de urgencia al hospital por la quemadura en la mano), así que tenía tantas

ganas como nervios por verlos y comprobar si quedaba realmente algo de nuestra amistad. ¿Y sabes qué?

¡Que me lo pasé genial! Había olvidado lo que era ser un simple chico, las bromas, los chistes de eructos y tetas, las charlas sobre nuestras clases y los estudios, las estúpidas anécdotas de sus fines y de sus intentos frustrados de ligoteo. Fue genial, de verdad. Me reí muchísimo. Yo no conseguí reunir el valor necesario para hablarles sobre la despedida de mi madre, ni sobre la aparición en el espejo de la niña diabólica ésa, ni tampoco sobre el diario en llamas u otras cosas surrealistas. No me habrían creído. De forma que les expliqué lo feliz que era con Ángela y con la idea de ser padre, y les conté acerca de nuestro viaje de novios a Cancún.

Cuando les mencioné, de pasada, las extrañas desapariciones que habían tenido lugar en nuestro hotel, la cosa se enrareció bastante. Jon se puso tenso, muy tenso. Christian empezó a dar golpecitos nerviosos sobre las bandejas de comida. Andoni y Julen no dejaban de mirarse como en un extraño partido de tenis. Andoni negó con la cabeza y Julen afirmaba sin cesar en un duelo de miradas silenciosas.

—¿Qué sucede? —dije mosqueado.

—¡A la mierda! —exclamó de repente Christian—. ¡Te lo cuento yo! ¿Sabes que el otro día salió en las noticias el caso de una pareja vasca que desapareció en Cancún en las mismas fechas en que tú estabas allí?

—¿Sí? ¿Y qué? ¿No os acabo de contar que desaparecieron varias personas? Yo creo que, en ese país, eso es el pan de cada día —repliqué sin comprender nada.

—Pues que la pareja se llamaban Carlos y Begoña, eran de Bilbao y da la casualidad de que él es el primo de Jon.

—¿Pero qué dices? ¡El Carlos que yo conocí se fue del hotel cuando su mujer desapareció!

—¡Mis cojones treinta y tres! —exclamó «Paellas», molesto—. ¿Tú te estás oyendo? ¿Qué marido normal se va de un país con una esposa recién desaparecida? ¿No ves que no pueden ser otros, que se llaman igual? ¡Estabais alojados en el mismo hotel, joder! —exclamó alterado.

—¿Y...? —pregunté con temor.

No entendía nada y un nudo doloroso en mi garganta amenazaba con romperse.

—¡Joder, tío! ¡Pues que seguramente fuiste la última persona que los vio con vida antes de que los dos desaparecieran! Mi tía está destrozada. Tienes...

tienes que ir a hablar con la policía... —me ordenó.

Una alarma lejana, como si se hallara dentro de una caja fuerte, comenzó a sonar en mi interior. El aire se había vuelto espeso y mi corazón latía con pesadez, con esfuerzo.

—No puede ser. En el hotel dijeron que él se había llevado todas sus cosas, que se había marchado.

—Tío, ¿y si los han secuestrado? —sugirió Jon sin dejar de tocarse las espinillas de la cara, como hacía cada vez que se ponía nervioso o le pillaban haciendo algo indebido.

—Tío, ¿y si los ha cogido una mafia de tráfico de órganos? —se animó Julen, alias «la Mole».

—¡Pero mira que eres bruto, hijoputa! —le espetó Christian propinándole un galletazo merecido en la nuca.

—Joder, macho, me he pasado. Perdona —se disculpó Julen ante Jon, quien se limitó a fruncir los labios y asentir con la cabeza mientras apretaba sus puños sobre la mesa.

—¿Entonces qué, David? —me preguntó Andoni—. ¿Irás a la policía a contar lo que sabes?

—Si yo no sé más que lo os he contado... —me disculpé.

Y te juro que me sentía fatal: no entendía por qué me excusaba así, como si tuviera algo que ocultar (¡no lo tengo, joder!), ni por qué aquello me hacía sentir tan mal.

Los chicos callaron y me apuñalaron con sus miradas, haciéndome sentir muy avergonzado de mí mismo.

—Te llevé al hospital sin rechistar en cuanto me llamaste —rompió el silencio Jon, con la voz y los ojos acuosos.

Jamás había visto a Jon llorando, o a punto de hacerlo. Y aquello... aquello me superó. Empezaba a sentirme culpable de la desaparición de Carlos y Begoña, un miserable de primera categoría que no ayudaba a la gente. ¿Lo era? ¿Lo soy, diario? ¿Soy mala gente?

—Iré a la policía —prometí en bajito, como si yo fuera un delincuente y los de las mesas próximas, agentes de la ley dispuestos a detenerme en cuanto confesara.

Jon suspiró y los chicos recibieron la respuesta con sonrisas y aplausos.

—Pero... —añadí—. No puedo contar lo que no sé, ¿de acuerdo? No tengo pruebas de nada, ni datos; sólo unos días juntos y luego la desaparición de Begoña y, al poco, la confirmación del hotel de que Carlos había dejado la

habitación y se había llevado el equipaje. Nada más.

—No quiero nada más, gracias. En nombre de mi familia y de mi tía Ainara, te lo agradezco —me dijo Jon al borde de un incómodo lagrimeo mientras se abalanzaba hacia mí para darme un abrazo con hostia de machotes incluida.

Parecía que la cosa volvía a relajarse del todo y que volveríamos a nuestras bromas y charlas triviales cuando Julen abrió de nuevo la boca:

—Tío, ¿y cuándo nos vas a enseñar la Casa de los Bebés Muertos?

Una lluvia de collejas cayó de inmediato sobre el grandullón, que trató de refugiarse bajo sus enormes brazos.

—¿De qué está hablando, tíos? —quise saber.

—Hostia, ¿de verdad que no lo sabes? —intervino «el Sueco», analizándome desde sus ojos grises para decidir si yo estaba mintiendo, o si contármelo tal vez.

—Díselo, tío. Si de verdad no conocía la historia, tiene derecho a saberlo —arguyó Jon con el semblante aún emocionado—. Díselo.

—¡Macho, si circulan miles de historias en Internet sobre tu casa! ¡Y es *vox populi* en Santurtzi! ¿De dónde has salido tú, de un zulo? —soltó el subnormal de Andoni con su tacto habitual.

—¡Serás capullo! —le espetó Julen.

—Joder, lo siento. Se me ha ido la pinza y no me acordaba de tu internado, tío —me dijo con la voz arrepentida.

—Todos cometemos y decimos gilipolleces, ¿no? —respondí con una mueca forzada, quitándole importancia—. Y yo también me pasé con vosotros el día de mi boda, así que ya estamos paces.

—Genial —dijo Andoni sonriendo—. Pero al siguiente que la cague le hacemos lluvia sangrienta de patatas fritas —añadió sosteniendo una sonrisa en la boca y una patata en la mano, bien cargada de *ketchup*.

—Va, tíos, ¡contadme! ¿Qué mierda es ésa de los Bebés Muertos? —los animé con una expresión que comunicaba que todo iba bien.

Y entonces me contaron la historia de la casa (¡mi casa!): de cómo allí habían muerto varios bebés, asesinados por sus propias madres, de cómo éstas y otras mujeres de la familia habían enloquecido o desaparecido estando entre aquellas paredes. Yo estaba ojiplático escuchando todo eso, aunque sus palabras resonaban como una vieja canción en mi cerebro, que creía ya olvidada. Pero lo peor estaba por llegar...

—Yo tampoco conocía la historia, ¿sabes? —apuntó Christian—. Y ya

sabes lo que me gustan estas historias a mí e investigar cualquier rollo rarito y frikazo por Internet. Joder, tú siempre nos contaste cómo tu madre desapareció un día, y yo no podía dejar de preguntarme si eran posibles tantas casualidades: la desaparición de tu madre, que tú vivas en esa casa ahora... ¿Comprendes?

—No —negué sin querer reconocerlo.

—¡Vamos a ver! —bufó Jon—. Esa casa te cayó del cielo por herencia familiar, ¿no?

—Sí... —titubeé.

—¿Y no te dice eso nada, joder? —intervino Andoni, a punto de sufrir un colapso nervioso.

—¿Estáis diciendo que todos los asesinatos, los casos de locura, muertes y desapariciones pertenecen a miembros de mi familia, incluyendo mi madre? —recapitulé.

A esas alturas, la pequeña alarma de mi cabeza se había convertido en la sirena de un buque de guerra. Ellos asintieron con el semblante grave. Eso me asustó más que nada en el mundo: verlos tan serios a todos ellos, sin hacer el subnormal.

—Pero mi madre no vivió en esa casa, listillos. Desapareció en nuestro piso de Lejona —me defendí débilmente para que la realidad no me golpeará.

—Tu madre vivió en esa casa cuando era una niña —comenzó a explicarnos Christian, poniendo voz de historia de terror en un campamento de verano y haciéndose el interesante. Los chicos y yo nos inclinamos para escucharle con atención—. De hecho, su hermana pequeña, una niña llamada Sonia (tu tía), se evaporó de la noche a la mañana cuando vivían ahí con tu abuela, de nombre Natalia. Tras la desaparición de la niña, a tu abuela la llevaron al manicomio y a tu madre, a un orfanato, igual que te pasó a ti. Lo he investigado, tío. No te imaginas la de cosas que he descubierto al ir tirando del hilo. Tengo mucho más, chavales, mucho más... —susurró con sus ojos grises encaramados a los míos mientras mordisqueaba una patata gajo bañada en salsa Deluxe.

—¿Qué más tienes? ¿Cómo lo has conseguido? —pregunté yo, inquieto.

¿De verdad quería saber la historia de mi familia, una familia que parecía estar maldita?

—Tío, tirando del hilo... he llegado hasta el siglo XIX, pero creo que, si echáramos mano de antiguos archivos, de hemeroteca antes de la era Internet, podríamos seguir y seguir. La historia de tu familia está plagada, una

muerto mientras me hablaba de la maldición de mi familia y de esta casa. De esto me advertías, ¿verdad, ama? Y no te hice caso. No obstante, estabas confundida en una cosa, mamá: no soy yo quien está en peligro, sino los que me rodean. ¡Es eso! ¿O no? ¿Y si todo ocurre por culpa de esta casa y Ángela no tuviera nada que ver? No lo sé, ¡estoy tan confuso! Necesito descansar, dormir y aclarar mis ideas.

Pero sigo, que ya estoy llegando a los acontecimientos de las últimas horas...

Dado que tenía un insomnio de tres pares de narices y ningún miedo a que Ángela me sorprendiese, ¿sabes qué hice anoche? Abrí el portátil y me puse a investigar sobre esta casa. ¡Jamás adivinarías lo que encontré, la Virgen! Lo primero con lo que me topé al introducir la dirección en el buscador no fue información sobre el pasado, no, sino una serie de noticias actuales del periódico «El Correo», ¡del último mes y medio!, que señalan a este barrio como una zona con un peculiar índice de mortandad. Éstos son algunos de los titulares que he recopilado:

EXTRAÑAS DESAPARICIONES LOCALIZADAS EN UN MISMO BARRIO DE SANTURTZI.

UNA SERIE DE ABORTOS INEXPLICABLES VUELVE A ASOLAR SANTURTZI.

¿DÓNDE ESTÁN LOS GATOS DE SANTURTZI?

SANTURTZI Y SU ZONA MALDITA VUELVEN A SER NOTICIA: CONTABILIZADAS CINCO NUEVAS DESAPARICIONES INFANTILES EN MENOS DE UN MES.

¿QUÉ OCURRE EN EL BARRIO MALDITO DE SANTURTZI?

SE DISPARAN LOS CASOS DE ABORTOS EN EL TRIÁNGULO MALDITO DE SANTURTZI.

¡Y así hasta diez titulares con noticias escalofriantes! En la última de ellas se señalaba a esta casa, bautizada efectivamente con el nombre de la «Casa de los Bebés muertos», como el epicentro de todos los sucesos, del triángulo maldito. Y yo me pregunto, te pregunto... ¿Cómo no he sabido de ello hasta ahora? ¿Cómo es posible que no me haya enterado de nada? ¿Qué cojones está pasando?

Zuria ha desaparecido, como prácticamente todos los gatos del barrio, y yo no sé ni qué pensar ya. A ratos temo por Ángela, por si le sucede algo también a ella y a nuestra pequeña Trini, pero otras (Dios me perdone), a quien temo es a ella, a mi mujer.

Y a mí, me temo a mí. ¿Y si estoy loco?

¿Por qué pregunto eso, dices? Porque, después de leer esas noticias, al final me debí de quedar dormido, y entonces me vi a mí mismo en sueños arrancándote un par de hojas escritas y rompiéndolas en mil pedazos. Después de todo lo vivido y de la muerte de Christian, aquello era casi una tontería, pero no por eso dejó de inquietarme y bajé corriendo al contenedor de la basura, donde descubrí horrorizado que ahí estaban tus hojas, convertidas en unos pedacitos tan pequeños que eran del todo ilegibles. Me asusté, ¿sabes? No recuerdo haber hecho nada de eso, y estas faltas de memoria...

¡Dios mío! ¿Y si soy yo...?

No, no voy a decirlo. No es posible.

Menos mal que hoy, por fin, visitaré a la abuela. Algo me dice que nuestro encuentro me va a ayudar a desvelar ciertas dudas y misterios. Tengo intención de llevarte a verla, amigo diario, con las pistas de ama dentro de ti, por si a ella le dicen algo y puede ayudarme a seguir un rastro fiable. Estoy decidido a descubrir la verdad, sea cual sea...

—¿Ya estás listo, David? —preguntó Ángela desde el salón.

La voz de su mujer ascendió hasta el piso superior. David sonrió al escucharla. Todas sus paranoias y sospechas se desmigajaban en cuanto la veía o escuchaba.

—¡Sí, dame diez minutos y ahora bajo, por favor! —le rogó David antes de seguir escribiendo en su diario.

—De acuerdo, ¡te espero en el coche entonces! —gritó ella.

Debo cerrarte ya, amigo. Resulta que, cuando hoy Ángela ha regresado a casa, he querido ponerla a prueba, ¿sabes? Y le he soltado que iba a ver a la abuela esta tarde.

¿Y qué crees que ha hecho, tío? No sólo no me ha puesto mala cara ni me ha tratado de convencer para que no vaya, sino que se ha ofrecido a llevarme en coche. Me ha hecho muy feliz ver que todo lo que tenía en mi cabeza no son más que absurdas tonterías provocadas por el dolor, el estrés y el cansancio, porque ella sigue siendo mi angelito de la guarda, mi salvadora... Fíjate si será buena y comprensiva que, cuando he torcido el morro pensando en lo que me gustaría estar a solas con la abuela, ella misma se ha adelantado y me ha dicho, con sus verdes ojos llenos de amor:

—¡Oh, no, cariño! No temas. Yo te llevo, pero entras tú solo a verla, que necesitareis intimidad. Yo te estaré esperando dentro del coche hasta que finalices la visita y luego nos volvemos a casa juntos, ¿quieres?

¿Qué podía decirle a eso? ¡Pues que la amo!

David se aseguró de que la misteriosa tarjeta de visita estuviera bien sujeta dentro del diario, cogió el anillo de boda de sus padres y el mechón de Alba envuelto en el pañuelo, y los colocó con cuidado en el bolsillo interior de su chamarra vaquera. Finalmente, introdujo el diario en una mochila juvenil tipo bandolera, junto a una pequeña videocámara, y voló escaleras abajo para encontrarse con su amada esposa.

Natalia

Hospital psiquiátrico de Zamudio, viernes 12 de mayo, 2017.

David observó el hospital a través de la ventanilla del coche. Volvía a llover, igual que en su anterior visita, de la que no recordaba absolutamente nada, aunque esta vez el sol brillaba con timidez en lo alto del cielo, dando a luz a un majestuoso arcoíris que alegraba el paisaje y mitigaba la esencia melancólica del día. A su lado, su amada esposa le apretó la mano con cariño. Él giró sus ojos azulados hacia ella y sonrió: era perfecta, jodidamente perfecta.

—¿Estás preparado para verla? —se interesó ella.

—Sí, pero estoy súper nervioso —confesó él.

—Todo irá como tiene que ir, verás —rio ésta mientras se inclinaba hacia él y depositaba un beso en sus labios que a él le supo a mermelada de fresa.

—Te quiero, Ángela —le dijo por millonésima vez con los ojos rendidos ante su imagen.

—Lo sé —respondió la otra con una sonrisa de espontánea tristeza que buscaba ocultar el pinchazo de dolor debido al recuerdo de aquella escena en la que él no la quería tanto, no; en la que él había estado a punto de abandonarla al averiguar quién era ella realmente.

—¿Estás bien? —se preocupó David al intuir cierto malestar en su mujer—. ¿El bebé está bien?

—Estamos bien, no te preocupes. Anda, corre a ver a tu abuela, que llevas demasiado tiempo anhelando este momento. ¡Corre! —lo animó ella a la vez que se soltaba de las manos masculinas.

—¿Estarás de verdad bien aquí? —preguntó el joven echando un vistazo al aparcamiento desértico.

No le convencía dejar allí a su esposa. ¿Y si la atacaba un delincuente, un perverso o un loco al verla sola?

—David. Sé cuidarme, no te preocupes. Me pondré a revisar algunos casos, calentita en el coche, hasta que regreses. Y, si me canso de esperarte, te wasapearé y me iré a la cafetería del hospital a tomarme algo, de verdad — argumentó ella del tirón.

—¡Vaya! Parece que ya lo tuvieras todo pensado... —apuntó él con inocencia.

—Siempre —le dijo ésta con un guiño de ojos—. ¡Vete ya, pesado!

—Está bien. Ángela... —le dijo una última vez antes de accionar la manija del coche.

—¿Sí? —susurró la abogada.

—Te amo...

Y descendió del vehículo mientras le lanzaba una cadena de besos al aire que la hicieron reír. David se giró, por fin, y la lluvia lo saludó con alegría, como si le hubiera estado esperando todo ese tiempo para terminar aquello que había quedado inconcluso. El chaval alzó el rostro hacia el cielo, súbitamente agradecido por estar vivo, por ese precioso arcoíris que le regalaba la naturaleza, por haber formado una familia con Ángela, y por estar a punto de aumentarla en dos miembros más: su hija y su abuela. Contempló las pequeñas gotas cayendo sobre él, cada una de las cuales encerraba un mini arcoíris en su interior, y se dijo que sería feliz cada segundo de su vida, por si aquél era su último segundo.

—Que encuentres la paz, Christian. Mamá, cuida de él. ¿Lo harás? — murmuró entre dientes antes de reanudar su marcha.

En el coche, la Muerte no apartaba los ojos de él, estudiando cada uno de sus movimientos. Después, lo vio apretando el paso, decidido y sin volverse, y encaminándose hacia la entrada del sanatorio.

En el complejo hospitalario se encontró con una mujer de cabellos rosáceos (¿o púrpura?) que ocupaba, en toda su enormidad, el puesto de recepción e información. Con la extraña sensación de haber hablado con ella, se dirigió a su puesto, nervioso.

—Disculpe...

—Oh, es usted —dijo la mujer, palideciendo y achicando sus minúsculos ojos aún más hasta convertirlos en motas de polvo sobre su inmenso melonar.

—¿Nos conocemos? —preguntó David con inquietud.

Ella se agachó, desapareciendo por un momento del mostrador mientras gemía como un búfalo a ochenta grados al sol a causa del esfuerzo, y se alzó al

rato portando un paraguas. ¡Su paraguas!

—Esto es suyo, ¿no es así? —dijo ella sin acercarle realmente el objeto, permitiéndole solamente un reconocimiento visual.

—¡Exacto! ¿De dónde lo ha sacado? ¡Creía que lo había perdido! — exclamó él, anonadado, mientras los pensamientos le mordisqueaban el subconsciente.

La mujer oronda de cabellos Barbie lo miró como si estuviera loco del todo.

—La semana pasada usted afirmó haberse dejado el paraguas dentro del despacho de la directora, ¿no lo recuerda?

—Disculpe... —negó él con la cabeza, avergonzado—. Estoy sufriendo algunos problemas de memoria y no consigo recordar nada de lo que sucedió estando aquí. ¿Sería tan amable de explicarme lo que sepa? No recuerdo nada.

Ella estudió tanto al joven como las palabras que éste acababa de pronunciar, y cambió el gesto adusto por uno más amigable y comprensivo.

—Cuando vino reclamando su paraguas, le dije que era imposible que estuviera dentro, ya que el despacho no había sido ocupado por nadie desde el día anterior.

—Ajá... —soltó él para animarla a proseguir.

—El caso es que, al rato, estuvieron las encargadas de la limpieza y se lo encontraron dentro —explicó ella con la voz grave y la cara descompuesta.

—Pues eso es estupendo, ¿no cree? Demostraría que, efectivamente, me dejé el paraguas en el despacho de la directora y que estuve reunido con ella, ¿no? —se defendió David con un repentino dolor de cabeza.

Algo quería abrirse paso, dolorosamente, a través de la oscuridad de su cerebro; algo que le puso el estómago del revés, aunque no supiera su contenido.

—Todo eso sería de suponer si la directora no hubiera fallecido la noche anterior en su casa de un modo... ciertamente salvaje.

David la observó boquiabierto. ¿Estaba de coña, no?

—¿Cómo se explica usted —continuó la mujer—, que entrara al día siguiente en su despacho, cuando sólo ella, el equipo de limpieza y el hospital tienen llave? ¿Cómo es posible?

—¿Me está acusando de algo? Porque imagino que, si yo hubiera hecho algo reprobable, inmoral o ilegal, no habría sido tan lerdo de venir a reclamar un estúpido paraguas que me he dejado en una habitación en la que, supuestamente, yo no podía ni debía estar —arguyó David entre la perplejidad

y la molestia.

Ella fue a abrir la parte más prominente de su cabeza: la boca, mas, en ese instante, un vendaval impropio de la zona y de la época abrió de golpe las puertas del hospital. Una cristalera se abrió en llanto y pequeñas cuentas de cristal lloraron sobre ambos. David sintió el dolor familiar del vidrio insertándose en la carne. El fuerte viento los envolvió un segundo. Después, se desvaneció con la misma celeridad con la que se había manifestado.

Ambos se miraron, aturridos, sin saber muy bien qué había sucedido y qué diablos hacían ahí.

—¡Ohhhh, mi paraguas! —exclamó David, feliz al reconocerlo.

La señora del pelo chicloso se miró la mano con gran confusión al percatarse, efectivamente, de que sostenía un paraguas de caballero en la mano.

—Tome... —dijo la otra sin saber cómo reaccionar mientras se lo hacía llegar por encima del mostrador—. ¿Qué quería, joven?

—Venía a visitar a mi abuela, Natalia Aguirre —contestó él, abrazándose a su paraguas, con una amplia sonrisa de orgullo e ilusión.

—¡Vaya! —exclamó la otra con una mueca de alegría—. Así que usted es el nieto de nuestra querida Natalia. ¡Cuánto me alegra que por fin haya venido a verla! ¿Tenía cita?

—Sí, a las seis —confirmó él señalando su reloj.

—Quedan aún unos minutos. Espere aquí, que llamo a una auxiliar para que lo acompañe y no se pierda. Ah, y tendrá que firmar aquí, en nuestro registro de visitas. Nombre, apellidos, DNI y su rúbrica —le explicó mientras le tendía un archivador.

David tomó el bolígrafo y el formulario que le ofrecía, y siguió al pie de la letra las instrucciones de la mujer. Para cuando hubo finalizado con el papeleo, ésta ya había efectuado la llamada de teléfono para que vinieran a buscarlo, y una nueva enfermera, de prácticas a juzgar por su juventud, se sumó a ellos.

—Por aquí, por favor. Sígame —dijo ella.

Y comenzó a caminar a lo largo del corredor sin volverse ni una sola vez para comprobar si el visitante la seguía realmente. David se encogió de hombros y siguió dócilmente a la joven mientras tarareaba una canción en su cabeza que lo ayudara a relajarse ante el inminente encuentro (¿o reencuentro?) con su abuela.

—Aquí es. Ella lo espera —se permitió informarle la chica con una

gran sonrisa—. Es su estancia favorita, la sala privada de visitas, y hacía demasiado que no entraba en ella, tengo entendido. Así que, sólo por eso, me alegro de que usted esté aquí. Tienen una hora pero, si me necesita, si necesita cualquier cosa o piensa marcharse antes de tiempo, pulse de inmediato el timbre que encontrará junto a la puerta. Cualquiera de las enfermeras, o yo misma, acudiremos a su llamada.

—Gracias. Así lo haré. El timbre junto a la puerta... —repitió él como si se estuviera estudiando la lección.

La jovencita de uniforme y dientes blanquísimos le regaló una sonrisa amistosa de despedida, y desapareció por el lado opuesto al que habían venido. David centró su atención en la puerta, se colocó unos segundos las manos en el galopar desbocado de su corazón, y giró el pomo redondeado de la puerta.

Diario de David

Recuerdo que el corazón se me había acelerado tanto que creía que me desmayaría. Notaba el pulso golpeándome en la sien. La puerta se abrió silenciosa y me adentré en la sala de visitas, abrazado al paraguas y a mi mochila.

Entré con pasitos cortos y temerosos, sin atreverme a distanciarme del todo de la salida por si el cuerpo me pedía escapar de ahí. El hedor a enfermedad y a lejía me transportó a mi niñez, despertando en mí un miedo antiguo que creía extinto. Esos gritos desquiciados que, de vez en cuando, se escuchaban a lo lejos, junto a las imponentes paredes blancas y frías, que se mimetizaban con el entorno, fueran objeto o persona, terminaron de ponerme el vello de punta.

Ella, mi abuela, se encontraba sentada de espaldas a mí y a la puerta sobre una mecedora con una tapicería de flores desgastada ya por el tiempo. Sostenía un libro entre sus manos, aunque lo ignoraba conscientemente en detrimento del amplio ventanal que se abría ante ella. Parecía absorta en el paisaje y, durante unos segundos, me limité a observar y disfrutar de la calma que desprendían sus gestos. Habría seguido así un rato más, o toda la vida, de no haberme hablado ella, sin girarse.

—Has tardado mucho, David —me dijo con una voz dulce y musical que me alborozó el corazón.

Fui a responder, pero mi boca enmudeció cuando mis ojos se posaron, por casualidad, en la imagen fascinante y hermosa que me ofrecía aquella ventana. El arcoíris parecía estar agasajándonos con un pase privado, y se mostraba de forma grandiosa sobre la belleza ajardinada de flores y setos del hospital.

Natalia giró finalmente la cabeza hacia mí, sin abandonar su mecedora, y me recibió con la sonrisa más tierna y bonita que habré visto en mi vida. Su mirada era pura y amorosa, aunque uno de sus ojos fuera una simple cuenta de cristal. Tenían un color especial, extraño y exótico, que coqueteaba al mismo tiempo con el azul y el verde. Me pregunté de dónde habría sacado mamá esos ojos tan negros. ¿Sería del abuelo?

—¿Tantos años y vas a volver a hacerme lo mismo? —dijo ella con un mohín de reproche que quedaba invalidado por la risa de sus ojos.

La miré sin comprender, paralizado por la emoción. Los ojos me escocieron y se llenaron de balsas.

—Cuando eras pequeño, nunca querías abrazarme y obligabas a Alba a iros enseguida. Casi todas las visitas acababan en una tragedia de llantos y mocos —comenzó a explicarse ella mientras se incorporaba con una ligereza impropia de su edad—. No me mires así. Aún no he cumplido los sesenta años. Estoy hecha una chavalita —rio coqueta.

Por fin, mis pies respondieron y me lancé a su encuentro, despojado de todo pudor y vergüenza. Pensaba, amigo diario, que me encontraría incómodo ante una auténtica extraña, pero no fue así. Era como si la conociera de toda la vida. Me agarré a ella y la estreché entre mis brazos, aupándola del suelo, pues era ligera y delicada como una pluma o una flor. Ella reía y yo lloraba sin dejar de abrazarla. Olía a mamá. Pronto tuve que soltarla porque las lágrimas me ahogaban tanto la garganta y los ojos que no veía un carajo.

—¡Eres tan distinta a mamá y a la vez tan idéntica! —exclamé maravillado cuando la deposité en el suelo y me limpié un par de litros de lágrimas y moquetes.

—Gracias, tesoro —me respondió ella, visiblemente halagada—. Es un pequeño alivio sabiendo que emprendo un gran viaje hoy... —añadió con el gesto serio y triste.

—¿Qué estás diciendo, abuela? ¿Adónde vas de viaje? —le pregunté siguiéndole la corriente.

Al fin y al cabo, no podía esperarme que todo cuanto dijera, estando interna en un manicomio más de la mitad de su vida, fuera cien por cien sensato y coherente, ¿no?

—¡Bah! Déjalo, David, y olvida las chaladuras de esta vieja loca —añadió la abuela, aunque de vieja no tenía nada, con un gesto despreocupado que despeinó el aire—. ¿Nos sentamos, mi niño?

Dirigí la mirada hacia las mecedoras gemelas situadas frente al ventanal y asentí. El arcoíris se había evaporado, así como la lluvia, y todo brillaba con inusitada alegría y fuerza, como si aquél fuera el primer día del mundo.

—Natalia... Amama... —rectifiqué, pues sabía que no había un nombre más bonito para una abuela que ser llamada por su nieto con ese mismo título, y el suyo estaba casi sin estrenar—. ¿Te importa que grabe nuestro encuentro con una videocámara que he traído? Me encantaría poder visionarla en casa todas las veces que quiera y dejarlo registrado en mi diario después.

La abuela Natalia sonrió entonces tanto que pensé que iba a rasgarse los labios.

—Eres como tu madre, mi pequeña Alba.

El orgullo tiñó su voz y yo, que volvía a sentir los lagrimales colmados y quería evitar a toda costa pasarme todo el encuentro llorando, carraspeé mientras corría a colocar la cámara en el ángulo idóneo en sonido e imagen que nos registrara a ambos.

—Perfecto —dictaminé al verificar el resultado.

Y regresé junto a ella, que ya me aguardaba acomodada en su mecedora, con mi mochila entre los brazos y unos nervios acojonantes. Había llegado la hora de mostrarle los objetos de ama y de hablar DE VERDAD.

—Venga, sácalos, anda, antes de que los cocodrilos se lo lleven todo...

Me senté junto a ella sin dejar de mirarla, asombrado por ración doble. ¿Cómo sabía que tenía algo que enseñarle? ¿Y qué narices era eso de los cocodrilos? Entonces, como si hubiera seguido el discurrir de mis reflexiones, añadió:

—Sí, no me mires así, David. Debes guardarte de ellos. Ahora no sólo se alojan en ventanas, chimeneas o tras las puertas. Han encontrado otros lugares, otras puertas para entrar en nuestro mundo...

—Amama —interrumpí, puesto que su conversación empezaba a enfermarme de veras—. Tengo algo que enseñarte. Me lo hizo llegar ama no sé cómo —le dije con miedo a que no me creyera o a que reaccionara con algún brote psicótico.

—Enséñame —se limitó a decirme con una calma tan absoluta que hasta a mí me dio grima.

¡Joder, que le acababa de decir que su hija, muerta hacía el copón de años, me había hecho llegar «algo» y ella había actuado igual que si le hubiera pedido que me pasara el pan en la mesa!

Esbocé una sonrisa nerviosa y extraje el diario junto a los tres objetos personales de mamá. Ella extendió el brazo en silencio y los tomó de mis manos. Entonces Natalia pareció olvidarse momentáneamente de mí y centró su atención en ellos. Acarició primero el anillo de boda mientras musitaba que ojalá hubiera podido estar allí con ella ese día. Luego observó con curiosidad la inquietante tarjeta sin dejar de asentir con la cabeza y de decir «Lo sabía». Entretanto, yo no dejaba de frotarme las manos de puros nervios. Era evidente que sabía bastante del tema.

A continuación, elevó el pañuelo que envolvía los cabellos de su hija y lo acercó hasta su nariz para aspirar su aroma, exactamente igual que yo. Sus ojos se llenaron de lágrimas y los míos, también.

—Este mechón te protegerá de la Muerte, créeme —me dijo de repente, paralizándome el corazón de la impresión—. Aspira su aroma cada día y serás fuerte. ¿Lo harás?

Asentí. De algún modo, una parte de mí lo intuía. No sé cómo, pero lo intuía. Después acarició el lomo y la cubierta del diario con una gran sonrisa que se fue transformando en un rictus de sorpresa, luego de espanto y, finalmente, de dolor. Dio un alarido y mi diario cayó al suelo. Tenía la tapa al rojo vivo. No pude evitar mirar por un segundo las cicatrices de las quemaduras en mi mano antes de dirigirme a la abuelita.

—¿Estás bien, amama?

—Te lo regaló ELLA, ¿eh? —dijo con voz reprobatoria, ignorando mi pregunta y la ampolla de su mano.

—Sí —reconocí.

—Veo que el diario está amputado en un par de páginas. Como tu cerebro...

—¿Qué dices? —me revolví inquieto.

Quería levantarme, estirar las piernas y pasear por la habitación para calmar mis nervios, pero sabía que entonces el aparato no grabaría la escena correctamente y me mantuve sentado, pegado a ella y expectante.

—Y el anillo de bodas, tontinas, debes llevarlo puesto —rio, pero en esa ocasión se trataba de una risa seria, trascendente.

—¿Ah, sí? —dije por decir.

—Sí. Te han borrado algunos de tus recuerdos. ¿Verdad que últimamente has tenido problemas de memoria? —me interrogó, volviendo a sorprenderme.

Yo asentí de nuevo, muy despacio y ella se mostró satisfecha con mi respuesta. Se inclinó un poquito hacia mí, tomó mis manos y, a la vez que depositaba el anillo entre ellas, añadió:

—No se puede recuperar lo que ya has perdido. Los recuerdos son como la vida o el tiempo. Dalos por extraviados para siempre. Pero... —comenzó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—, puedes evitar que nuevos recuerdos e imágenes mentales sean borrados. Ponte el anillo de tus aitas y no te lo quites nunca. ¿Me oyes? NUNCA —recalcó, clavando sus manos huesudas en mí—. Ni para ducharte ni para dormir; jamás te lo quites, bajo ningún concepto, bajo ninguna excusa o chantaje, y te aseguro que no podrá volver a entrar en tu mente. Si lo haces así, recordarás cada suceso e idea a partir de ahora. ¿Lo harás, David?

—Yo... —dije, un poco flipado por todo, echando miradas alternas al anillo que tenía entre las manos y a mi abuela.

—David... Sabes que no miento, aunque tu parte racional luche contra lo que sabes o supiste un día. Necesito que me lo prometas y que lo cumplas. Es el único modo de ayudarte. Te pareces tanto a tu tía Sonia... —añadió de repente con tristeza a la vez que me acariciaba el pelo.

—La he conocido —confesé, notando un alivio instantáneo al saber que podría contárselo a un ser vivo además de a ti, pequeño colega de papel.

—Lo sé —me espetó la abuela—. Pero dejemos eso para el final. Todavía hay algunas cosas que debo contarte...

Yo me incliné hacia ella para propiciar una intimidad aún mayor. Recuerdo, amigo mío, que nuestras cabezas se tocaban y que su aliento a caramelo de regaliz me hacía cosquillas en la nariz cada vez que hablaba.

—Esta tarjeta de visita..., ¿sabes quién es su verdadero dueño y cómo llegó a manos de Alba? —preguntó nerviosa en un hilo de voz.

—No —negué, tiritando de frío.

Pese a que ya estábamos a mediados de mayo y a que el sol calentaba la estancia con generosidad a través de la gran ventana, la temperatura había comenzado a descender alarmantemente.

—¿Lo notas, verdad? —dijo la abuela—. Buen chico —añadió en una sonrisa triste después de verme asentir.

—¿De quién es esta tarjeta, amama, y por qué es tan importante? —susurré con verdadero esfuerzo cuando me percaté, al tomarle las manos, de que éstas parecían haberse convertido en cubitos de hielo.

—Esta tarjeta pertenece a la madre de tu esposa —anunció ella, sin rastro ya de dulzura en la voz.

Durante unos segundos me mantuve inmóvil, sin reaccionar. No comprendía el significado de sus palabras pero, más allá de ellas, lo que más me inquietó fue ver cómo su rostro se iba transformando y cómo, a cada segundo que transcurría, perdía aquellos rasgos afables y tiernos innatos en ella, como contagiada por la asombrosa rasca que comenzaba a hacer en aquella habitación.

—Los padres de Ángela están muertos —dije estúpidamente, repitiendo las palabras que me había dicho mi mujer.

Natalia aún me regaló una nueva sonrisa antes de... (antes, dejémoslo aquí), y apoyó sus gélidas manos en mi cara. Dos lágrimas furtivas se habían escarchado sobre sus pómulos.

—No, tesoro. Solamente está muerto mi amado Juanfran —se explicó, dejándome patidifuso.

¿Acaso no era el mismo Juanfran del que ama me había confesado estar enamorada? ¿Ella y la abuela se habían enamorado del mismo hombre, del padre de mi actual esposa? Tenía tantas preguntas por hacerle, ¡tantas! No obstante, no me permitió formular ninguna de ellas, ya que continuó con su discurso:

—Su madre, Marta, sigue aún con vida. La tarjeta es suya y, para tú puedas hacer uso de ella y descubrir cómo o para qué usarla, deberás localizarla primero —dijo en un tono cada vez más bajo y a una velocidad tan exagerada que me costaba captar cada una de sus palabras.

—¿Por dónde busco, abuela? Estas cosas se me dan fatal... —gimoteé como un niño mimado, aunque mi lloriqueo se vio interrumpido al instante en cuanto la vi alzarse de su asiento y volver la cabeza, aterrada, hacia la puerta.

No sé qué me hizo imitarla con tanta rapidez (quizá fuera a causa de aquel olor extremadamente familiar o por mi instinto natural de supervivencia), pero yo también salté de la mecedora y me coloqué delante de su cuerpo menudo en un gesto protector mientras observaba la puerta, que la abuela vigilaba con los ojos desorbitados por el pánico.

—Ya me han encontrado los cocodrilos —murmuró—. Busca a Marta en la c...

Sin embargo, no llegó a finalizar su enunciado. Su voz se extinguió cuando la puerta lacada en blanco comenzó a entornarse. Envolví a la abuela entre mis brazos, pues la notaba cada vez más fría y rígida, y un suspiro de alivio alivió la tensión de mi cuerpo en cuanto la vi a ella, tan bonita y sonriente como siempre.

Diario de Ángela

Su gesto era de auténtica alegría y consuelo, el muy bobo. Casi que me está defraudando últimamente. Igual me he pasado con el trabajito que le hice en el cerebro, pero es que es verme y al muy tontuelo se le olvidan todas las sospechas y malos rolletes.

—¡Ángela! —me llamó feliz mientras se acercaba hacia mí para saludarme con un pico.

—Sé que te he dicho que te esperaría fuera... —me disculpé, haciendo mi paripé—, pero pensé que sería bonito que tu abuela y yo nos conociéramos —rematé, toda sonrisas y amor.

—¡Ohhh, claro que sí! ¡Muy bien pensado! —celebró el tontín.

Diario de David

La llené de besos, sintiéndome el hombre más feliz y afortunado del planeta. ¡Tenía a mi abuela, a mi esposa y a mi hija juntas en la misma habitación! Yo, que hacía nada más cuatro meses no tenía a nadie...

Después me giré para presentársela a la abuelita, que se había quedado de pie, apoyada en el respaldo de su mecedora, pero la sonrisa se me murió de inmediato al leer el pánico en su mirada verzulada.

¡Joder! ¿Qué es lo que tenía que recordar?

La abuela abría y cerraba la boca sin parar tratando de decir algo, aunque no salían palabras ni sonido alguno de ella.

—¡Amama! —grité—. ¿Qué te ocurre?

Me dispuse a acercarme a su vera, pero la mano de Ángela me detuvo. Me giré para gritarle que necesitaba nuestra ayuda, que algo le estaba ocurriendo, y...

Diario de Ángela

...Y entonces le susurré al oído:

—No sé qué te ha dicho esta bruja, pero olvídale todo, Yarilo. TODO.

David me observó entre el aturdimiento y una estupidez bobalicona y, mientras él asentía con su mirada azul posada en mi rostro, introduje con disimulo la mano en el bolso.

—Gírate, anda, y socorre a tu abuelita —le susurré.

Mi galante esposo volvió entonces la cara hacia Natalia y echó a caminar hacia ella. Mi mano, libre de espías, dibujó una línea recta, firme y gruesa en el interior de mi bolso.

Diario de David

Me sentía extraño de nuevo, mareado. Escuché a Ángela pedirme que ayudara a la abuela, y corrí a auxiliarla sin entender por qué estaba actuando con tanta parsimonia e incompetencia. No era propio de mí.

Amama acababa de sacar un objeto que llevaba escondido en el bolsillo de su vestido. Apenas me dio tiempo a entender de qué se trataba ni qué estaba a punto de hacer con él, pero juraría que había tratado de decirme algo antes

de llevarse aquello al cuello y de trazar en él una línea en paralelo al suelo. Para cuando mis ojos lograron procesar aquella escena sangrienta, la garganta de mi recién recuperada abuela se abría ya como una gigantesca boca roja en busca de comida, y el arma con el que se había quitado la vida (un bolígrafo convertido en un carámbano de hielo) nadaba a sus pies teñido en sangre.

Multitud de imágenes se agolparon en mi cabeza confundiéndome, gritándome, advirtiéndome de algo. Por fin, mi cuerpo se movió y llegué a tiempo de sostenerla entre mis asustados brazos antes de que cayera al suelo y su luz se apagara para siempre. Aún tuvo un último gesto para mí. Colocó su mano helada sobre la mía y deslizó un anillo, el anillo de bodas de mis padres.

¿Qué me había dicho sobre aquello? No terminaba de recordarlo.

Observé a Ángela de reojo. Sabía que tenía que protegerlo de ella, junto al diario y al resto de objetos.

—Ayuda, por favor. Mi amama se está muriendo... —gemí, bañado en su sangre.

Ángela asintió y se aproximó al timbre de la puerta para dar la voz de alarma. Todo se aceleró entonces. Con la abuela entre mis brazos, me senté en su mecedora, la que había ocupado unos momentos antes. Mis lágrimas empapaban su rostro y formaban pequeños ríos sobre su piel, que iban a morir a aquel enorme orificio carmesí. Creí que estaríamos toda la vida así, mirándonos fijamente, con el sol arrullándonos como a dos chiquillos, hasta que la realidad me devolvió la cordura y ella emitió su agónico estertor.

La enfermera de dientes inmaculados irrumpió en la estancia y, perdiendo los papeles (porque era imposible no hacerlo ante esa visión horrenda y violenta), comenzó a gritar para reclamar ayuda. Aprovechando que Ángela se había despistado con el griterío y el súbito trajinar de gente, me metí el anillo en el bolsillo y guardé el resto de objetos personales en la mochila.

Fue horrible, amigo mío, horrible.

Diario de Ángela

Fue una maravilla, libro zarrapastroso, una maravilla. He tardado un poquito en llevármela, pero, ¡por todos los demonios, que ha sido muy escurridiza! ¿Quién me iba a

decir a mí que mi pequeña Morana me serviría de puente para introducirme en su voluntad y poseer, por fin, su alma?

En fin, que bien está lo que bien acaba. Ahora tengo al maridito un poco depre, pero bueno, es normal. Después de todo, me he cargado a su mejor amigo y a su abuela en menos de diez días, y ya sé que los mortales llevan fatal esto de que les quiten la vida, aunque sea la de otros...

Diario de David

¡Estoy tan triste, amigo mío, tanto!

¿Por qué habrá hecho eso, por qué matarse delante de mí? No lo comprendo, no entiendo... Toda su vida recluida en ese lugar, ¿y acaba con todo, así de repente, cuando por fin nos reencontramos?

¿Y ese frío extraño? ¿Verdad que tú también lo notaste? ¿Viste aquel bolígrafo convertido en un puñal de hielo? ¿Cómo puede ser con el calor que hacía unos minutos antes? Tú sabes algo, ¿verdad, diario? No eres un simple objeto inanimado, no. Eres mi amigo, pero algo más también. ¿Por qué, si no, ardiste de ese modo cuando mi amama te acarició?

Ángela está empezando a impacientarse porque no quiero hacer nada desde aquel asqueroso día: ni salir, ni ir a clase, ni levantarme de la cama siquiera. ¡Pero es que estoy tan triste! ¿Crees que mamá, allá donde esté, se habrá enterado de lo que ha hecho su madre? ¿Le habrá provocado sufrimiento o estarán las dos juntas y felices con Dios? Sí, deben de estarlo, porque yo creo en Ti, Dios, y ellas se merecen un sitio en el Paraíso.

Yo no...

¡Rinnnnng, rinnnnng!

David exhaló un suspiro de fastidio, levantó el bolígrafo y la mirada, y se limitó a observar cómo el teléfono fijo de la mesita bailaba con cada

timbrazo. Cuando comprobó que Ángela no atendía la llamada en el primer piso, cayó en la cuenta de que ésta se había ido a trabajar y de que se hallaba solo en casa. Se quejó mentalmente, pues no le apetecía hablar con nadie, pero la curiosidad le pudo al final y descolgó en el último segundo de aquel baile ruidoso.

—¿Diga? —preguntó con apatía evidente.

—¿Hablo con Iparraguirre, David Iparraguirre? —preguntó una voz masculina al otro lado.

—Sí, soy yo... —respondió lánguidamente el otro—. ¿Quién me llama?

—Soy el director en funciones del hospital psiquiátrico —los músculos de David se tensaron hasta el dolor—, donde residía su abuela, la señora Natalia Aguirre. ¿Es usted su nieto, verdad?

El muchacho se incorporó en la cama. Seguro que volverían a interrogarle sobre los hechos de aquel aciago día o le echarían a la policía encima de nuevo. Todavía recordaba cómo le habían «entrevistado» sobre el asunto los agentes y aquellas horribles miradas acusatorias sobre él por parte del personal sanitario. Todos declararon, de forma unánime, que era imposible que Natalia hubiera cometido ese acto abominable, pues no sólo era una devota creyente que tildaba el suicidio de pecado, sino que (palabras textuales de varias enfermeras) «no existía nadie en esta vida con tantas ganas de vivir y de ser feliz como ella». Si no llega a ser por la providencial visita de Ángela, no habría contado con un testigo para apoyar con pruebas los hechos y ahora, quién sabe, quizá estaría en prisión acusado de haber asesinado a su propia abuela. Porque así era como lo habían mirado todos ellos, como a un sucio asesino, con la misma mirada con la que Andoni, Jon y Julen le habían dicho adiós. Y, por todos los santos, ¿por qué querría un nieto matar a una abuela en su reencuentro?

—¿Me escucha? —sonó en el otro extremo del hilo—. ¿Es usted?

—Sí, disculpe. Soy su nieto, sí —respondió el muchacho después de aclararse la voz.

Sentía las extremidades agarrotadas. Su mano se había anclado al teléfono y lo sostenía con tanta fuerza que pensó que acabaría rompiéndolo.

—Me pregunto si puede venir a verme ahora—dijo el hombre en un tono de incomodidad evidente—. Debo comentarle y mostrarle varias cosas.

—Yo... Ahora mismo no me siento capaz de ir hasta allí. Estoy «enfermo» y no dispongo de coche ni de nadie que me lleve —se disculpó David con la ansiedad creciendo dentro de él—. ¿Podría decirme lo que sea

por teléfono, por favor? Se lo agradecería mucho.

La línea quedó en completo silencio durante unos quince segundos, el tiempo que aquel hombre tardó en sopesar las opciones y tomar la decisión adecuada.

—Está bien, de acuerdo —concedió el hombre.

David no pudo evitar un suspiro.

—Bien —dijo el otro—. No sé realmente cómo comenzar. Quizá debería ser por una disculpa por parte del hospital. No es que le tratáramos mal, por supuesto, pero aquel día...

—Soy plenamente consciente de ello, no se preocupe. La escena fue lo suficientemente trágica y violenta como para no caldear los ánimos —le interrumpió el chico, que veía por dónde iban los tiros—. No se preocupe, que no voy a presentar ninguna demanda. Es cierto que el trato podría haber sido más amable, menos expeditivo, con un joven que se encontraba en *shock* después de ver a su único familiar vivo suicidarse ante sus ojos.

El hombre carraspeó al otro lado en un falso acceso de tos que hacía las veces de respuesta estúpida para ganar tiempo.

—Pero me ha dicho usted al inicio que debía contarme y enseñarme algo. ¿Podríamos darnos todos por disculpados y perdonados e ir a aquello, por favor? —rogó David. La inquietud le roía los huesos.

—De acuerdo, pero le ruego que entienda, por favor, que a veces todos somos un poco más humanos y menos profesionales y que, quizás, alguno de nuestros empleados se viera desbordado al ver a una paciente tan antigua, vital y querida como era Natalia, y no estuviera muy acertado en...

—Yo también la quería. Era mi abuela, ¡por el amor de Dios! —le cortó bruscamente David—. Si me llama para esto, le ruego que me envíe una cartita de condolencia en su lugar y que nos ahorremos este mal rato los dos —le dijo, sintiendo una inusual rabia en él que le hizo olvidar su cortesía y educación habituales.

—No, aguarde... ¡Debe saber algunas cosas! ¡No cuelgue! —exclamó el hombre con un deje de intranquilidad.

—Le escucho —se obligó a decir.

Algo le decía que no debía colgar todavía. De pronto, la habitación se llenó de un aroma a flores que lo relajó. David comprendió el mensaje y se preparó para aceptar todo lo que aquel hombre le dijera.

—Voy a serle terriblemente sincero, ¿de acuerdo?

—Por favor... —lo animó el muchacho mientras se alzaba de la cama.

La fragancia floral había despertado sus sentidos y acabado con el embotamiento de su mente. El cuerpo, por fin, le pedía algo de movimiento y comenzó a pasearse por la habitación con el teléfono portátil en la mano.

—Mentiría si le dijera que no sospechábamos de usted y de su esposa, la señora Peralta. La policía había establecido ciertas conexiones entre ella y algunas propiedades inmobiliarias de su familia, la de usted. Creíamos que había un móvil económico y que lo habrían orquestado para heredar todo.

—¿Por qué me está contando todo esto? —inquirió perplejo el chico.

—Porque no le estaría llamando ahora si no hubiéramos hallado pruebas que lo exculpan de todo aquello. Ahora sabemos que estábamos errados, policía y personal sanitario, y siento que debo, que debemos, compensarle todo esto. Si no fuera por dichas pruebas...

El director en funciones parecía estar llorando. David, incómodo ante el gimoteo del hombre desconocido, adornó de palabras el silencio:

—Claro que hay pruebas. Basta comprobar que yo no ganaba nada con su muerte. Mi madre heredó todo cuando ella fue declarada incapacitada, y yo lo heredé de ella después de que oficializaran su muerte. ¿Qué móvil económico es ése?

—Sí... —reconoció el director más calmado—. Eso lo averiguaron enseguida, lleva razón. Pero hay dos hechos, dos pruebas físicas que corroboran, punto por punto, lo que usted testificó ese día.

El olor a flores se intensificó. Margaritas, lirios, tulipanes, rosas. David miró en derredor con los ojos encharcados y asintió. Su madre seguía de algún modo con él en aquel dormitorio, y su aroma venía a colmarle de besos y a ejercer de bálsamo para sus nervios. Sabía que ese hombre estaba a punto de darle un mazazo, con toda su buena intención, pero mazazo al fin y al cabo.

—Hemos hallado, casi por casualidad, una carta de Natalia en el bolsillo de su chaqueta. Estaba escrita y firmada por ella en la misma fecha de su defunción. Me permití hacerle una fotografía con el móvil por si la policía se la llevaba para su investigación, como así ha sucedido. No es muy larga. ¿Prefiere que le resuma su contenido o que se la lea?

—Léamela, por favor. De principio a fin —susurró en una súplica dolorida.

—De acuerdo, pues. Dice así —y se aclaró la voz antes de leer la carta que sigue:

Viernes, 12 de mayo, 2017

Escribo esta carta desde mi habitación. Son las once y pico de la mañana, y el día está tan feo, gris y lluvioso que nadie diría que, en unas pocas horas, el sol vaya a tomar el relevo y lo llene todo de su luz. Creo que viene a despedirme, puesto que se lo he rogado. Ya he vivido demasiado tiempo en la oscuridad y me da a mí que no me negará este último deseo mío. No quiero morir en un día oscuro. No quiero.

¿Por qué digo que voy a morir? Bueno, lo que es innegable es que, cuando encontréis esta carta, no podréis discutírmelo. Son los cocodrilos: ellos me han encontrado. Llamadlos demonios si queréis, pero hoy dejaré este mundo al poco de conocer a mi nietecito y a sólo un mes de cumplir los sesenta.

No me preguntéis por qué lo hago ni por qué sé, todo lo que va a pasar: no me creeríais. Hoy voy a morir y no quiero malgastar las pocas horas que me quedan escribiendo palabras cuya veracidad pondréis en duda y despreciareis. Hoy, por fin, seré lluvia y volveré a la tierra, pero no antes de abrazar y besar a mi pequeño, de columpiarme en su mirada clara y limpia.

Hoy todo se acaba, así que ya estáis retirando las acusaciones sobre él, porque las habrá,, ¿verdad que sí? Esta carta es sólo para eso, para subrayar su inocencia y para que le hagáis llegar este mensaje.:

David, ponte el anillo y no te lo quites jamás, EL

ANILLO. Te lo contaré esta tarde cuando vengas, pero mucho me temo que lo hayas olvidado. Ponte el anillo, busca a Marta y aspira el mechón de mi querida Alba. Hazlo.

El hombre del teléfono se mantuvo en un silencio respetuoso para cederle el turno de palabra, o lo que necesitara, a David.

—¿No dice nada más? —preguntó el chico con desasosiego porque no recordaba haber hablado del anillo de sus padres con su amama.

—En la carta no, pero hay un segundo objeto...

David aprovechó la pausa dramática del director para correr hacia su chamarra vaquera, buscar el anillo de sus padres (pues no lo había sacado de ahí desde aquel día) y ponérselo. Al instante se sintió más seguro y animado.

—Dígame...

—Hallamos una cámara de vídeo en la Sala de las Flores, la salita en la que usted se reunió con su abuela. Le pertenece, ¿no es cierto?

El chaval se sorprendió enormemente de haberse olvidado de su aparato. ¿Cuánto había transcurrido? ¿Tres semanas? ¡Y no la había echado en falta ni recordado en todo ese tiempo! ¿Ángela tampoco había reparado en ella?

—Sí. Es mía... —reconoció en un hilo de voz.

—¿Puedo preguntarle por qué llevó con usted la cámara y grabó el encuentro?

—¡Madre mía! —exclamó mareado, buscando de nuevo la seguridad de la cama para no caerse al suelo.

—Fue algo que la policía encontró un tanto extraño, ¿sabe? Y lo que les hizo sospechar de usted, de que se tratase de un asesinato premeditado. Obviamente, esa misma grabación (junto a la carta de Natalia) ha sido lo que les ha sacado posteriormente de su error, puesto que en ella se ve clarísimamente cómo su abuela... —carraspeó de nuevo—. ¿Comprende lo que le estoy tratando de decir?

Por supuesto que lo comprendía; no obstante, David había enmudecido ante aquella información, y la perspectiva de revivir lo sucedido aquella tarde, de recuperar lo que habían hablado y hecho juntos hasta el terrible

momento, le había trastornado.

—Yo... —titubeó—, lo grabé porque quería recordar cada palabra y gesto de mi abuela en mi primera visita. Pretendía verlo varias veces y no olvidarme de nada, puesto que tengo algunos problemas de memoria últimamente, como ya les comenté.

—Sí, comprendo, comprendo. El caso es que la cinta es lo que le ha salvado a usted de una situación incómoda ya que ratifica, palabra por palabra, todo lo que Natalia había escrito en la carta, por muy surrealista y extraño que suene: el sol brillando sobre ustedes, la mención de los cocodrilos, y las mismas advertencias extrañas sobre el anillo y el mechón (cosas de usted y ella, evidentemente) y, finalmente, su muerte.

—¿Podré recuperar mi videocámara y la grabación? —se atrevió por fin a preguntar el chico sin ocultar su ansiedad.

—Sí, por supuesto. Creo que la policía le llamará en breve para que acuda a recogerla a comisaría, pues continúa en poder de éstos como parte de su investigación; aunque me consta (usted no sabe nada, por favor) que el caso está a punto de ser archivado y declarado como suicidio. Sólo me preocupa una cosa... —añadió la voz grave, casi en un susurro.

—¿Sí?

—En el vídeo, Natalia hace unos movimientos muy extraños, antinaturales diría yo, justo unos momentos antes de que se abra la puerta de la Sala de las Flores. La cámara no enfocaba a la puerta, como bien sabe, sino hacia el ventanal y las mecedoras de flores. Pero sus ojos... No sé cómo decir esto sin que suene a locura... —el director trató de reír sin éxito, convirtiendo el conato de risa en toses reales en esa ocasión.

—¿Qué les pasaba a sus ojos?

—Estaban dilatados por el pánico. Toda su cara era una gran mueca de horror. Amplié la imagen en el equipo de mi casa y juro que..., que en sus ojos se refleja la presencia de una niña de aspecto terrorífico, como si estuviera muerta. No le he dicho nada de esto a la policía, no sé por qué, pero me he atrevido a mencionarlo. No obstante, debo preguntárselo a usted: ¿quién acompañaba a su esposa cuando ésta abrió la puerta?

Un dolor insoportable maltrató las paredes de su estómago, como si una bola gigantesca rematada en pinchos de hierro se paseara con saña por ellas. El teléfono se resbaló de entre sus manos sudorosas y David lo siguió inmediatamente, cayendo al suelo entre vómitos y temblores con un nombre acaparando sus pensamientos: Ángela.

Ni siquiera la nueva oleada perfumada de flores le calmó esa vez. Vomitó y vomitó hasta que perdió el conocimiento y dejó de escuchar la voz del teléfono que, con insistencia, preguntaba por él.

Reunión de tres

Dos días después del fallecimiento de Natalia, domingo 14 de mayo, 2017.

La nieve comenzó a deslizarse con languidez, con absoluta timidez, como un invitado que se sabe no invitado pero que ya no puede echarse atrás. El suelo y el resto de superficies la acogían con verdadera sorpresa.

—¿Nieveeeee? —preguntó la pequeña al olisquear el aire.

Estaba sorprendida, realmente sorprendida. Sus dominios eran fríos, húmedos y oscuros, pero, del mismo modo que el sol no hacía acto de presencia allí, tampoco lo hacían la lluvia o la nieve. ¡No era posible! Chasqueó los dedos para prender una pequeña fogata que iluminara el camino a sus pies desnudos y corrió como una chiquilla traviesa hacia el exterior de la cueva. Los copos parecieron intuir su presencia y llovieron con auténtica alegría sobre ella. Sonia abrió la boca, embargada por la emoción, pues para ella la nieve no dejaba de ser una criatura mitológica inexistente que pensó que jamás llegaría a conocer.

—¡Pero, pero...! —tartamudeó alborozada sin dejar de mirar esos pequeños copitos que se cristalizaban en su mano después de posarse sobre ella.

Alzó la cabeza y observó la estampa blanca que se había formado en cuestión de minutos a su alrededor. El paraje yermo de hierbas secas y árboles terroríficos se había vestido de blanco, reviviendo sus recuerdos infantiles tejidos en dibujos con casitas nevadas y alegres chimeneas funcionando sin parar, en Navidades y en cajas de regalos con lazos de colores, en la expectativa de sorprender al Olentzero^[9] en mitad de la noche y decirle que su secreto estaba a salvo con ella. El sabor a sangre perenne de la boca se tornó por unos segundos en sabor a chocolate con churros y a bocatas de Nocilla. Los ojos de la pequeña se humedecieron y, por fin, se permitió un grito de felicidad.

—¡Síiiiiii! —chilló dando botes sobre la nieve hasta que sus gritos se

convirtieron en carcajadas desquiciadas cuando decidió rodar sobre ella, lamerla y bañarse en ella.

Estaba excavando unos nada desdeñables hoyos para introducir sus piececitos y piernas desnudas en ellos cuando la niña muerta percibió su presencia. Alzó el rostro con la sonrisa congelada y la vio apoyada en el tronco de un gigantesco árbol milenario. Parecía de buen humor, riendo y disfrutando de las vistas. Se irguió frente a ella y esperó a que ésta le hiciera alguna señal. La mujer se aproximó, en su habitual andar felino, hacia la boca de la gruta sin perder esa encantadora sonrisa. Aquello le provocaba a Sonia más miedo que cualquier amenaza en el mundo. ¿Qué rayos pasaba?

—¿Te gusta? —preguntó Ángela, prescindiendo de estúpidos saludos, con la mano en alto.

—¿Es cosa tuya? —se rehízo la niña con el candor que creía haber perdido tras su muerte.

La abogada contempló el manto blanco que las envolvía con la satisfacción que otorga el trabajo bien hecho y rompió en una cascada de risas despreocupadas. Sonia no pudo evitar temblar mientras se volvía a formular la misma pregunta una y otra vez: ¿qué narices está pasando aquí?

—¿De quién si no, pequeña? —le dijo ésta con inusual calidez en la voz—. Nadie más puede invitar y traer aquí a la nieve, ni nada en realidad, si no lo he convocado yo antes.

Sonia asintió, cada vez más preocupada.

«¿Pequeña? ¿Me ha llamado pequeña? ¿Nada de pordiosera, zarrapastrosa o cacho piojo? ¡Me cago en todos los dioses mitológicos! ¡Va a matarme o a relevarme de mi puesto! ¡Se ha cansado de jugar a papás y mamás!», se dijo la ayudante de la Muerte con los ojos aterrados sobre su obra.

Ángela negó con la cabeza y volvió a reír.

—¡Tranquila! ¡No es nada de eso! —respondió sin abandonar aquella pose inquietantemente alegre—. No sabes qué día es hoy, ¿verdad, tontina?

La enana imitó el movimiento negativo de cabeza de su jefa. No comprendía una mierda.

—¿De qué va todo esto? —preguntó en un arranque de valentía que proporciona un nivel adecuado de curiosidad e impaciencia.

—¡Estamos de celebración! —le informó la abogada alzándola entre sus brazos.

—¿Sí? —acertó a decir Sonia, que se habría sentido más cómoda

envuelta por una boa constrictor que entre los brazos de la mujer que la aupaba y arrullaba sin parar.

—¡Que sí, joder! —le espetó la otra después de dejarla en el suelo al percatarse de que la pequeña bastarda no participaba del ambiente festivo sin más como ella había esperado—. Tenemos muchas cosas que celebrar: como lo genial que es estar casada con mi maridín, sentir a Morana creciendo dentro de mí, estar comiendo como una reina ahí arriba porque no me privo de nada...

—Ahhhh —respondió la niña, convencida de que su maestra estaba perdiendo la chaveta y de que la humanidad estaba invadiéndola a gran velocidad, y reprimió una sonrisa sarcástica al imaginarla haciendo calceta junto a una chimenea.

—O alegras esa cara y dejas esos putos comentarios sobre la Muerte haciendo calceta, o te saco el esternón por el culo y ya verás qué divertido —respondió Ángela, cortante—. Veo que has cazado algo, pero al agujero de tu abdomen aún le falta por rellenarse, así que no me toques la campanilla si no quieres vérmela de cerca...

Sonia se sorprendió al notarse más segura tras el cambio de humor de Ángela. Comprendió que, por muy muerta que estuviera, seguía aterrorizándole una cosa: lo desconocido. Estaba habituada a las amenazas, a los castigos, a las luchas de poder y al dolor que Ángela le provocaba; y aquello otro... sencillamente le erizaba la piel y la carne.

—Mucho mejor —la felicitó al ver una mueca similar a una sonrisa en el rostro infantil—. No te hago esperar más. Tenía dos sorpresas para ti: una es ésta —se explicó señalando el paisaje pintado en blanco—, y la otra te la doy ahora mismo...

—¿Por qué? —se animó la niña tirando de su vestido de florecitas, que contrastaba drásticamente con la estampa invernal.

Ángela se agachó en la nieve para equiparar sus miradas, le regaló una rápida caricia con la palma de la mano y le dijo:

—Hoy es un día importante, pequeña ayudante mía. ¡Es tu cumpleaños!

La cría agrandó sus expresivos ojos azules y tanteó la mirada verdosa de la otra en busca de un rastro de burla o broma. Ella había perdido la noción del tiempo y de lo que era un calendario hacía demasiadas lunas, si es que alguna vez lo había tenido.

—¿De verdad?

—¡Claro, tontaina! ¡Hoy es catorce de mayo, tu cumpleaños! — celebró su asesina con palmas festivas.

—¿Pero eso no ocurriría entonces una vez al año? Porque no recuerdo haber celebrado nada parecido desde que me trajiste a la cueva... —contestó la niña con suspicacia manifiesta.

—Tienes razón. Y cuando la tienes, la tienes —se mostró de acuerdo Ángela recuperando su postura erguida.

Sonia dio dos pasos hacia atrás de forma instintiva. No terminaba de fiarse de aquel teatrillo. Ángela se encogió de hombros y frunció los labios, exasperada por la desconfianza que mostraba la sinvergüenza.

—A ver, niña... ¿Cuándo te he hecho daño yo para que respondas así ahora a un acto festivo y de buena voluntad, con fiesta sorpresa que te he preparado y todo? —el enfado comenzaba a teñir las últimas palabras de la mujer.

Sonia se señaló la horrible perforación de su tórax y, a continuación, enredó su mirada en sus piecicines, que bailoteaban encantados sobre la nieve, mientras aguardaba con estoicismo que le llovieran un par de hostias como regalo estrella.

—Bueno, eso sólo demuestra lo generosa que soy por no haberte matado cuando profanaste mi hogar y trataste de joderme a mí y a mi marido. Pero no hablamos de peleíllas —puntualizó la abogada con una nueva sonrisa naciendo en sus labios—. Hoy es tu treinta y tres cumpleaños, ¡una fecha muy especial!

—¿De verdad? ¿Por qué?

Sonia volvió a aproximarse a ella, nadando entre la fascinación y la inquietud.

—¡Joder! ¡Porque Jesucristo murió en la cruz a los treinta y tres años, y tú los acabas de cumplir como muerta!

—¿Jesucristo existió? ¿No es un invento? —preguntó Sonia en su papel de alumna más aplicada.

Ángela se inclinó para recoger del suelo un poco de nieve, que se llevó a la boca con los ojos cerrados mientras la lamía en un gesto tan íntimo y placentero que Sonia casi llegó a sentirse olvidada. Su garganta profirió un gorjeo de deleite. Después, abrió repentinamente sus ojos de esmeralda y respondió con inesperada seriedad:

—Por supuesto que existió, estúpida. ¿Quién te crees que se lo cargó? Pero el muy cabronazo se escapó de mi cabaña al tercer día y montó la de

Dios. ¿Lo pillas? —añadió entre lágrimas de risa por su ocurrencia.

—¿Síííí? —volvió a preguntar la otra con las manitas puestas en jarra de pura decepción—. ¿Entonces existen Dios, los ángeles, los demonios y todo ese rollo? ¿Por qué no sé nada de ellos?

Ángela la miró sin perder la sonrisa. Realmente, estaba de un humor encantador, pero la estabilidad de su ánimo podía virar imprevisiblemente al de encantador de serpientes y acabar recibiendo sus mordiscos.

—¡Coño, pareces nueva! Bueno, aprenderás con los siglos, espero. ¡Claro que existen! Ellos tienen su lucha y nosotras, a lo nuestro. Hasta los dioses nos temen pese a su inmortalidad...

—¡Vaya! —exclamó la niñita una vez más—. ¿Entonces hoy cumplo treinta y tres años como muerta? Eso significa que... —se detuvo, presa de una tristeza repentina.

—¿Qué te ocurre?

—Que no recuerdo con cuántos años me trajiste ni cuántos tendría ahora si siguiera ahí arriba con los vivos.

El rostro de la mujer se transformó en un gesto parecido a la compasión. Le revolvió sus bucles dorados y el infame agujero del estómago y, cuando alejó la mano, éste ya se había regenerado, sin rastro de perforación alguna. Sonia se palpó la zona con incredulidad. Su boca se abrió en un gesto de sorpresa hasta competir con sus enormes ojos infantiles del color del cielo.

—¡Vayaaaaaaa! —exclamó.

—Tenías cuatro y pico, casi cinco años —le informó su captora—. Y, pese a nuestras diferencias y a lo hija de puta que has sido en muchos momentos... —añadió, arrastrando peligrosamente las eses como una serpiente de cascabel—. Creo que ha llegado el momento de felicitarte por tu buena labor como sustituta. Eres implacable, despiadada, inhumana, y eso me gusta. Incluso me gusta tu ambición, quizá algo desmesurada, pero necesaria.

Sonia se cuadró, sonriente y orgullosa ante aquella lluvia de halagos, que estaba disfrutando tanto (o más) como en su interacción con la nieve.

—Y, coincidiendo con tu cumpleaños, quiero informarte de que acabas de superar tu período de prácticas y, a no ser que la jodas de nuevo traicionándome (o intentándolo, que ya sé lo que te proponías, sabandija), tú te quedarás por aquí como Muerte en funciones (mola, ¿eh?), y yo me quedaré unos cuantos años por ahí arriba, hasta que me aburra o mi cuerpo mortal se deteriore. Luego ya veríamos...

—¿Entonces puedo decir que ya soy la Muerte? —preguntó la pequeña

con los ojos llorosos.

—Exacto. Y aún tengo otro regalo para ti... —confirmó Ángela vomitando una nueva sonrisa.

—Me devuelves el estómago, me regalas la nieve, me tratas bien, me sueltas que ya puedo proclamarme la Muerte, ¿y ahora tienes otro regalo? ¿Vas a deshacerte de mí, verdad? —arguyó la niña muerta, aquejada de una dolorosa desconfianza que le provocó temblores.

—Compruébalo por ti misma... —le retó la abogada—. ¿Ves el árbol en el que estaba apoyada cuando me has visto? —Sonia agitó de abajo a arriba la cabeza—. Muy bien. Pues detrás de su gran tronco te aguarda un espectacular regalo, el regalo de regalos, ¡la madre de tooooodos los regalos! —añadió extendiendo los brazos en el aire para ilustrar su grandeza.

Los copos de nieve hicieron su reaparición, cortesía de Ángela, para potenciar el dramatismo del momento, la importancia del presente con el que estaba a punto de obsequiar a su pequeña ayudante.

—¡Corre! ¡Que no tenemos toda la vida, pardiez!

La chiquitina inició un trote inquieto y curioso hacia el gran árbol. Las piernecitas se le hundían en la mullida nieve, que cada vez era más densa, y reía por el cosquilleo de ésta en las rodillas. Cuando arribó el árbol, lo rodeó con movimientos recelosos hasta que se topó con un enorme paquete envuelto en papel de plata.

—¡Me encanta mi cumpliemuertes! —gritó feliz a Ángela, que estaba disfrutando en la distancia con el espectáculo—. ¿Puedooooooo? —volvió a gritar, palmoteando llena de nervios.

La mujer rio y musitó un «Adelante» en la mente de su auxiliar. Ésta no se hizo esperar y se abalanzó sobre el regalo para despojarlo de su envoltorio. Dos ojos verzules aparecieron tras el papel de plata. Sonia se frotó los suyos sin creerse lo que veía. Se giró hacia su maestra y tornó a gritar:

—¿Es para mí?

Ángela parpadeó dos veces y, antes de que el segundo aleteo de pestañas expirase, se apareció junto a la cría.

—¿No te gusta? Pensé que te haría especial ilusión como reposición de tu juguete.

—¡Me encanta! —chilló la niña alborozada, abrazándose a ella entre lágrimas como lo haría una niña de verdad con una madre de verdad.

Pero ni ella era realmente una niña ni la abogada, una mujer. El «regalo» se alzó y posó alternativamente su único ojo útil sobre ellas mientras

chasqueaba los labios.

—¡Has matado a mi madre para mí, qué ilu! No me lo esperaba, en serio... GRACIAS —repitió Sonia con sincera emoción, abrazada a las piernas de la mujer.

—¡Feliz cumpleaños, querida! ¡Que la disfrutes! Y, recuerda, ¿qué te he dicho sobre los juguetes? —le interrogó Ángela con el semblante serio.

—Que hay que cuidarlos para nos duren... —repitió la niña con un mohín.

—Muy bien, pues a ver si es cierto. ¡Anda, puedes ir a jugar con ella un rato sobre la nieve! Yo te espero en la cueva para hablarte de un par de cosas serias... —añadió, y la temperatura descendió quinientos grados por lo menos.

Sonia aceptó las órdenes con estoicismo y la vio alejarse al modo humano hasta desaparecer hacia el interior de la caverna.

—Mamáááá —le dijo por fin a Natalia.

Ésta terminó de desenvolverse a sí misma. Después de quitarse el papel de plata que se había enredado entre sus piernas, dedicó a la niña una mirada seria y respondió:

—Tú no eres mi hija.

El rostro de Sonia se desfiguró por la rabia.

—¿Qué diablos soy si no, mami?

—No me hablo con cocodrilos... —contestó la recién llegada mientras le daba la espalda y observaba el paisaje.

Sonia saltó sobre su cuello y la mordió con rabia. Natalia profirió un alarido que congeló la nieve de inmediato. En la cueva, Ángela escuchó el sonido y rio con condescendencia.

—Niños... —y siguió haciendo recuento de lobombres y familiares disponibles en la cueva antes de que Sonia volviera, hecha un basilisco porque su juguete no funcionaba como ella quería.

Sólo diez minutos más tarde, tal y como había previsto, hizo su entrada Sonia con los ojos llameantes. Su madre «la seguía» pegada a ella, a rastras, pues la niña había amarrado su cabellera negra entres sus deditos implacables y la usaba como tirador.

—Así te va a durar una mierda —vaticinó Ángela con un poso de amenaza.

La niña soltó a su madre y le ordenó que se fuera al fondo de la cueva a reunirse con sus familiares, añadiendo que luego le explicaría las normas para

jugar y sobrevivir en su mundo. Natalia intuyó que debía obedecer y se levantó sigilosamente del suelo siguiendo el camino encharcado que la llevaría hasta las profundidades de la gruta.

Cuando maestra y pupila se quedaron a solas, Ángela inició su discurso:

—Vayamos ahora a lo serio. Dejémonos de juegos, ¿de acuerdo? Te he hecho una demostración de lo agradable que puede ser nuestra relación a partir de ahora. Si cumples con tus obligaciones y no vuelves a entrometerte en mis asuntos, todo irá de hígados. No lo estropees, piojosa, y verás qué satisfactorio es para ti llevarte a quien te dé la gana... siempre que no interfiera conmigo y que no suponga un conflicto de sangre, ya sabes.

—Sí... —gimió Sonia aguantando el chaparrón.

—Pues eso, que no tenga que recordarte tus deberes como sustituta de la Muerte o la próxima vez te meteré la guadaña por el culo y te asaré como un pincho moruno antes de que abras siquiera la boca para lamentarte.

—Sí —repitió la niña sin atreverse a moverse ni a contrariarla.

—Perfecto. Voy a estar un tiempo sin venir, pero no creas que por eso no te vigilo, no te escucho, no te veo ni te huelo... Haz bien tu trabajo, juega bien tus cartas mientras yo esté arriba, y es muy probable que te permita reinar en mis dominios. ¿Entendido? —añadió Ángela mientras acariciaba su nuevo tórax con las uñas afiladas.

—Entendido...

—Así me gusta, piojo. Me voy, que me ha entrado hambre. Que te diviertas con tu nuevo juguete —añadió en un guiño de ojos que comunicaba complicidad.

Sonia fue a responder, pero Ángela se había volatilizado ya. Se miró sus manos pequeñas sin saber cómo llenarlas y corrió hacia la nieve a vaciar sus frustraciones en ella antes de que ésta se derritiera, como todos sus momentos felices.

—Sí, quédate ahí arriba, quédate. Mucha Muerte y no has visto ni comprendido todavía algo tan básico que hasta yo veo: empiezas a oler a humana, a sentir como una humana, a pensar como humana. Pronto no podrás regresar ni recordar el camino hasta aquí, zorra del demonio. Y, entonces, todo esto será mío. Lo vas a perder todo, ¡TODO! —gritó mientras se zambullía y hacía figuras en la nieve con su cuerpo—. ¡TODO! —rio desquiciada.

Fragmentos de diarios

Santurce, jueves 25 de mayo, 2017

Diario de David

¡Hola, macho!

No te he escrito antes porque debía tomar algunas decisiones. Desde que recibí aquella llamada telefónica del director del psiquiátrico no he parado de notar cambios en mí y en el entorno, ¿sabes?

Y sí, aunque suene loco que te cagas, creo que gran parte se debe al anillo de boda de ama, pues ha sido ponérmelo y mi memoria ha ido como un reloj desde entonces. ¡Perfecta! Voy a seguir las instrucciones de amama: no me lo pienso quitar nunca más. Tenía razón, ¿sabes? Tal y como decía en su carta, no he conseguido recuperar ninguno de mis recuerdos perdidos de las últimas semanas, pero ahora me siento más seguro y no hay nada que suceda que se me borre (ni al rato ni mucho después), como me pasaba antes. Curioso, ¿eh?

Ángela está muy cariñosa conmigo y pendiente de mí, aunque también la noto tensa por momentos. Creo que piensa que voy a abandonarla, pero no lo haré. Ojalá le entre en la cabeza que la quiero, a ella y a nuestra Trinidad.

No, no te sorprendas. He visto el vídeo. Sí, la grabación donde la abuela moría, donde se quitaba la vida delante de mí.

Lo he visto todo.

Y también he visto a esa niña horrible de cabellos de alquitrán y de ojos imposiblemente traslúcidos reflejada en las pupilas de la abuela. No sé qué o quién es esa cosa, pero estoy seguro de algo: ESO no es Ángela, no lo es; como no lo era aquella presencia en mi baño el día de mi boda.

Algo me persigue y voy a encontrarlo. Lo sé, estoy cerca. Quizá por eso

mi esposa está tan nerviosa. He escuchado no sé dónde que las mujeres embarazadas tienen el instinto y la intuición (un sexto sentido, si te gusta más) más desarrollados. Y si le sumas a eso el olfato innato de su profesión...

Creo que la abuela sabía algo, es cierto. Pero, oye, he estado pensando: es normal que supiera que iba a morir si pretendía quitarse la vida ella misma, ¿no? ¡Porque yo la vi haciéndolo! Y en el vídeo no hay lugar a dudas: saca el bolígrafo convertido en un arma de hielo y se abre el cuello sin dudarlo. ¡Terrible!

Que sí, que sí, que hay cosas que no concuerdan, ¡lo sé! Como ese terror en su cara al mirar hacia la puerta, los gestos extraños con la boca y sus movimientos robóticos con los brazos, como si algo la obligase a moverlos. ¡Pero no había nadie más allí salvo mi mujer y yo! Bueno, y esa cosa, esa niña muerta que me sonríe desde la oscuridad de la pupila de la abuela cada vez que miro la cinta, como si me estuviera contemplando, como si ella también me viera y se alegrara de hacerlo. ¡Es una puta locura!

He visionado la cinta unas siete veces, y siempre descubro algo nuevo y escalofriante, aunque no termino de sacar nada en claro. Sólo sé que algo tuvo que llevarse a la abuela, algo que ella llamaba «cocodrilos», aunque mi mujer no tuvo nada que ver. Se mantuvo alejada de la puerta en todo momento detrás de mí. Y, si lo tuviera, ¡también lo descubriré!

Hay varias cosas que me inquietan de la cinta: ¿Por qué se deja de escuchar el audio cuando ambos nos levantamos de las mecedoras? Todo el sonido era perfecto hasta el momento en que la amama se alza y yo la sigo. Ambos miramos a la puerta. Supongo que ahí entraría mi mujercita, pero no se escucha nada de nada.

Otra cosa, inquietante en extremo, de todo lo que sucedió en la habitación fue esa exagerada bajada de temperatura, ver cómo se va congelando todo, cómo exhalamos (ella y yo) vaho del frío al hablar, y cómo aquel bolígrafo se acabó convirtiendo en hielo mortífero pese al sol que nos calentaba a través del ventanal. ¿Y cómo podía saber la abuela que moriría con el sol bañando su rostro cuando hacía un tiempo de mil demonios ese día? Quizá sea el interrogante menos importante de todos, lo sé, pero, quizás por ser tangible, es de los que más me aterrorizan, como el hecho de que estuviera tan segura de que me olvidaría de nuestra conversación y de todos sus consejos sobre el anillo, la tarjeta y el mechón.

Aunque ya no me pasará más, diario. Como te digo, ahora mi memoria está intacta; el anillo, en mi dedo, junto a mi alianza de boda; y todas las

noches, cuando mi esposa se va al baño, aprovecho y aspiro el aroma de mamá, de sus cabellos. Ahora siento, sé que ella no me ha abandonado pese a todo, que sigue aquí conmigo... en esta habitación.

Ángela me ha preguntado por mi doble alianza y ha fruncido el ceño cuando le he soltado la bola de que me la había dado la abuela y que ahora la llevo en su homenaje. Estoy convencido de que no me ha creído ni le ha hecho gracia, pero no contemplo contarle la verdad y que me crea igual de chiflado que a la abuela. No puedo decirle que me lo ha hecho llegar mi madre desde el Más Allá y, como está un poco sensible últimamente con el embarazo (y otras cosas que voy a contarte de inmediato)..., no quiero discutir con ella, ¿comprendes?

Bastante tengo ya...

Sí, tengo dos cosas gordas que contarte y te advierto de que el nivel de surrealismo y de locura se van a triplicar en cuanto lo haga. Va, allá vamos...

Creo que a veces le puedo leer la mente a Ángela y creo que se debe, nuevamente, al anillo de mis aitas. A veces me mira enfadada, como si quisiera entrar dentro de mí y no pudiera. En esos instantes escucho su frustración dentro de su cabeza, y la boca me sabe a rabia y dolor. Son cositas sutiles, sensaciones que me llegan de ella y que no constituyen verdaderos pensamientos. Pero así es como he llegado a entender su miedo a que la abandone, la traicione (no sé cómo), o a que no la ame lo suficiente. Y lo más cojonudo de todo es que creo que este poder va en aumento y que ella lo sabe.

Sí, lo sabe.

Ambos lo sabemos y me da miedo que pueda acabar en guerra. Ya te iré informando. Y, como siempre, he reservado la noticia más impactante para el final...

He localizado a Marta, la madre de mi esposa. Y era cierto: ¡no está muerta! ¿Por qué me habrá mentido Ángela con eso? ¿Quizá porque le avergüenza decirme dónde está? Sí, debe de ser eso. No creo que le resulte fácil, y más siendo abogada y con lo íntegra que es, confesar que su propia madre está en la cárcel por asesinato.

¿No es increíble? ¡Asesinato! Me he quedado tan chafado que ya no me parece tan buena idea ir a verla para que me hable de esa tarjeta y del código misterioso. Mi intención ahora es investigar sobre ella, saber qué ha hecho, a quién ha matado, cómo y por qué. No estaba preparado para entrevistarme con una asesina, aunque sé que debo ir a verla. Lo sé.

Cabaña de Ángela, viernes 2 de junio, 2017

Diario de Ángela

Estoy empezando a impacientarme la hostia, compañero de papel. ¿Por qué los días humanos son tan lentos y rápidos a la vez? ¡Quiero dar a luz ya y ver la cara de mi Morana! Estoy estresada, espantajo de hojas, porque últimamente las cosas no están saliendo como yo las había concebido, como deberían salir. Lo único positivo es que Sonia ha vuelto a ser una alumna aplicada desde que la obsequié con su madre, la SinOjo, y creo que ya no tengo que preocuparme de ese tema por el momento.

Pero David y nuestra nueva situación... No, no me gusta un pelo. ¿De dónde ha sacado el puto anillo de su madre? Porque es imposible que la SinOjo se lo haya dado, por mucho que diga David. ¡De su abuela, dice que es de su abuela! ¡Como si no reconociera yo el apestoso olor de cada una de ellas! Ese anillo me lo está cambiando... Me está cambiando a David y ya ni siquiera puedo leer como antes en él.

¿Y si sabe algo de mí? ¿Y si ha dejado de quererme? ¿Y si va a abandonarme? A veces parece que es él el que lea en mí.

Morana me habla en sueños, mi pequeña Morana..., y

me ha susurrado que su memoria vuelve a ser tan fuerte como antes de que se la quebrara, y que el anillo de su familia es como un espejo que revierte mi poder. Lo que yo podía hacer antes con él ahora es él quien puede hacérmelo a mí. TODO. Lo he perdido todo: borrarle recuerdos, manipularlo, leer en sus ojos lo que piensa o siente en ese momento.

¡Esa zorra de Alba! Menos mal que David ignora el poder que tiene entre sus manos. Y, si llegara a saberlo, tampoco sabría cómo usarlo. No, lo que debo hacer es quitarle ese anillo, convencerlo de que se lo quite él mismo, aunque sea por un ratito. Entonces volverá a ser mío de verdad. ¡Porque esta situación es insufrible! No puedo estar con miedo (YO, a quien todos los mortales temen) a que me descubra y me deje. ¡NO!

Y su diario... En su diario hay algo que perteneció a Alba, lo sé. Me pregunto de qué demonios se trata y cómo ha llegado hasta él, pero es evidente que el olor a flores proviene del diario. ¿Qué será? ¿Y qué se propone David?

Por si fuera poco, además de esta pequeña crisis matrimonial, cada día tengo más hambre y ha comenzado a resultar un verdadero problema. Hay jornadas en las que tengo que comer hasta dos veces porque la pequeña Morana pide y pide, insaciable, provocando que hayamos agotado las existencias de embarazadas en la zona. Eso me ha forzado a alejarme de la casa cada vez más en busca de nuevas víctimas. En realidad, viajar no es que sea algo

malo; lo malo es que la época actual de los mortales es una puta mierda con tanto Internet y tanto periódico.

¡Me tienen hasta la guadaña con su Era de la Información! ¿Qué persecución es ésta? ¿Ya no puede la Muerte hacer su curro sin que la agobien o acosen, o qué? Porque es así como estoy empezando a sentirme: acosada. Joder, ¡cómo añoro esos tiempos en los que podías comer a gusto donde quisieras! Ibas a un poblado, elegías, comías lo que tú decidías y sólo se enteraban en el propio clan. Luego te trasladabas a otro y otra vez, a lo tuyo. La gente era más respetuosa con mi trabajo: lo aceptaban y acataban sin chistar ni rechistar, casi con reverencia. Me tenían respeto, ¡joder! Pero ahora, con esta peste informativa, matas un poquito por aquí y los de por allá ya lo saben al día siguiente. Venga noticias de mierda en Facebook, en los periódicos, en la tele... ¡Puajjjjjjj!

¡Coño ya! Ya vuelvo a tener hambre. Te dejo, me voy a dar una vuelta por Italia y a pillarme un par de embarazadas reventonas, que estoy de antojo de comida italiana...

Santurce, lunes 5 de junio, 2017

Diario de David

¡Epa, amigo!

¡No te vas a creer lo que he descubierto de la madre de Ángela! ¡No te lo vas a creer! Estuve investigando toda la semana de atrás en la biblioteca,

según salía de las clases, ya que Ángela no sólo insiste en seguir currando sino que cada vez se ausenta más y pasa bastantes noches en su casa. Yo no le digo nada, tuerzo el morro y me despido. Cada día se muestra más irritable y me mira como dolida, como si yo la estuviera engañando. Entonces yo la cubro de besos y le hago cosquillas en la nuca y en los pies hasta que acabamos ambos muertos de la risa y haciendo el amor. Pero, más pronto que tarde, la melancolía y la mala leche vuelven a dominarla. ¿Son así todas las embarazadas, Señor?

¡Qué ganas tengo de que llegue noviembre y Trinidad venga al mundo! Seguro que todo vuelve a su cauce, o mejora, cuando tengamos a la pequeñina con nosotros. Confieso que yo mismo ando nervioso con todo. He tratado de llamar a los colegas, pero no me cogen y me han bloqueado en WhatsApp. Cada vez que miro la cinta de la abuela, la niña muerta de sus ojos me saluda con más confianza, incluso llegó a lanzarme un beso la última vez. ¡Me asustó tanto que no he vuelto a ver el DVD desde entonces! Joder, me recuerda a la cría de «The ring». ¿Sabes cuál te digo?

También lo paso fatal con las marchas de Ángela. Está rabiosa conmigo, como si yo la hubiera hecho algo malo. Y, a veces, cuando se va así tan repentinamente, temo que no vaya a volver. Y luego están todas las muertes que están asolando al municipio. ¿Crees que puede haber un asesino en serie obsesionado con las mujeres embarazadas? Es para tener miedo, desde luego: sólo queda ella, creo, y el resto de embarazadas ha desaparecido, se han volatilizado. ¿Cómo es posible que no haya aparecido ninguna, aunque fuera su cuerpo sin vida? Sí, lo sé. Estoy teniendo pensamientos horriblos, amigo.

¿Te cuento, volviendo a lo de antes, todo lo que he averiguado de Marta, mi suegra? ¿Sí? Pues te resumo:

Resulta que Marta es (o era) licenciada en psicología infantil y agente de policía. Trabajaba en casos de desapariciones infantiles o en todos aquellos casos complicados y traumáticos en los que un pequeño se veía envuelto. Y, ¡qué casualidad!, ella fue la agente que vino a esta misma casa desde la que te escribo ahora (¡mi casa!) cuando Sonia, la hermanita de mi madre, desapareció. Es decir, ella fue la mujer que habló con mi madre cuando le tocó vivir todo aquello, quien la interrogó y consoló. ¿No te parece muy fuerte? Parece que ahí fue donde conoció a Juanfran (sí, el abogado del que parece que estuvieron enamoradas tanto la abuela como mamá) y, después de que a ama la enviaran al orfanato y a la amama al hospital, el abogado y la agente de policía empezaron a salir, se casaron, embarazaron y todo eso. Sólo

con esto ya estás flipando, ¿verdad? Pues queda mucha historia aún. Prepárate...

No he conseguido averiguar por qué metieron a mi mujer en ese internado de élite en Suiza, pero deduzco que sus padres (¡mi suegro fue el amor de mi madre y de mi abuela! ¡Flipaaaaa!) se debieron de separar porque él se trasladó a Londres y ella, cerca de su hija. Como soy horrible como detective, no he conseguido enterarme de los siguientes años: ni qué pasó con Ángela ni qué hizo que Marta volviera con los años a España sin su hija. Luego ya vuelven a aparecer datos. Marta terminó reincorporándose a su puesto (lo mismo se le había agotado el periodo de excedencia, qué sé yo); sin embargo, al poco tiempo, la retiraron del servicio por un motivo gordísimo, tan gordo que no he encontrado ni una sola palabra sobre eso. ¡Joder! Esto lo habría descubierto Christian cagando leches, estoy convencido.

Jo, tío, ¡cuánto te echo de menos! A ti y a los demás colegas. Es como si todos os hubierais muerto, o así lo siento yo. Todos, amigos y familia. Si no la tuviera a ella... sólo rezo para que no me la quite nadie, que no se la lleve la muerte ni el destino cabrón, y que me permita disfrutar de su amor y compañía.

Sí, lo sé. Me he vuelto a ir, pero no lo puedo evitar. Continúo, venga:

Marta se tiró casi un año de baja por ese «algo» misterioso antes de regresar a su puesto de trabajo. Dos días más tarde la requirieron en el domicilio de una familia cuya hija pequeña había desaparecido, en plena noche y en condiciones misteriosas. Las noticias sobre aquel día son más bien escuetas o van al morbo, así que no sé cuánto de este relato es verdad:

Se cuenta que, cuando «la agente» (Marta) estaba atendiendo y tomando declaración a la hermana mayor, ésta enloqueció, sacó su pistola reglamentaria, colocó una almohada sobre la cara de la pequeña y la disparó a bocajarro. Después bajó tranquilamente y ejecutó a la madre delante del marido y de sus propios compañeros. Aún trató de asesinar al padre, pero consiguieron reducirla antes de que pudiera matar a alguien más.

Esto es lo que he descubierto de la madre de mi esposa. Fuerte, ¿no crees? ¿Qué puede llevar a una agente de policía a matar? ¿Qué puede tener en la cabeza una persona que se dedica a recuperar y a ayudar con terapia a niños para luego asesinar a uno de ellos?

Ahora comprendo por qué Ángela habló de ella como si estuviera muerta. Creo que yo también lo habría hecho en su situación, no sé. El caso es que me tira para atrás ir a verla sabiendo lo que sé y ocultándoselo a mi mujer.

¿Qué hago? Dime, ¿qué hago?

Cabaña de Ángela, viernes 7 de julio, 2017

Diario de Ángela

Que sí, que me repito, lo sé, pero es que estoy empezando a estar muy harta de estos condenados viajes, cada vez más lejanos, para que no canten tanto las muertes y que se tranquilicen con esa tontería que les ha dado ahora de teorizar acerca de una banda internacional que rapta exclusivamente a mujeres embarazadas con un objetivo: traficar con sus bebés. Tendrías que oírlos... ¡Joder, qué gilipollas son los humanos! Y porculeros...

Y sí, también estoy hartita de tener hambre a todas horas del día y de la noche por mucho que devore, y de este embarazo cansino. La vida es una mierda, ¿sabes, diario? Sí, es frágil y estúpida. ¿Cómo puede tardarse nueve malditos meses en crear una vida cuando yo no necesito ni un segundo para destruirla? ¿Cómo puede ser tan lenta? Definitivamente, la vida tiene las de perder ante mí.

Y esto ahora me está creando una serie de paranoias importantes. Cuando nazca Morana, ¿estará enferma de vida? Porque si es así, no será inmune a la llegada de su hora, por muy hija de la Muerte que sea. Ni yo misma lo soy dentro de este recipiente mortal. ¿Qué haré cuando empiece a deteriorarse este cuerpo que ya adoro gracias a David? Y el propio David, ¿qué haré con él cuando le

llegue su turno? Joder, ser mortal es un poco asco. ¡Quién me mandaría a mí!

Pero luego lo veo a él y se me pasa todo todito. ¿Ves? Es ponerme a hablar o pensar en él ¡y uso hasta diminutivos! Me estoy agilipollando un bastante, que lo sé. Me muero de ganas de tener a la niña y volver a ser dueña de mí, sin este baile de hormonas que me tiene descolocada. Me han dicho que salgo de cuentas el nueve de noviembre. ¡Cuatro meses más de espera, me cago en los cuernos de Satán!

Y, bueno, sobre David, pues contarte que seguimos igual. Ese estúpido anillo ha creado una especie de barrera protectora que no sólo me impide leer en él, sino que es él ahora quien puede leer en mí. Y vivo con miedo a que se haga fuerte, a que descubra cómo usarlo, a que logre desarrollar su nueva habilidad y todo se vaya a la mierda. Sé que todavía no es consciente de lo que pasa y que sólo recibe pequeños ecos de mí, pero, si eso cambia, si eso ocurriera, no sé... Quizá lo mate antes de que se haga realidad, ¿sabes?

Lo echaría mucho de menos, claro que sí. Mi cuerpo está creado para recibir sus manos; mis labios, para aceptar sus besos. Pero, si él llegase a descubrirlo todo, me dejaría igualmente. Ya lo trató de hacer el muy cerdo. Y, cuéntame, ¿para qué querría dejarlo con vida entonces? Sería peligroso para mí permitir que viva con toda esa información y, si tampoco va a estar conmigo... Es posible

que me lo lleve a la cabaña una vez muerto. Sí, creo que será lo mejor. Muerte y cabaña, por ese orden. Decidido.

Anoche casi lo engaño, ¿sabes? ¡Faltó tan poquito para que se quitara el anillo! Estábamos en la cama haciendo el amor y David tenía esa expresión rendida que hace que mi piel arda de inmediato. Yo podía verme reflejada en sus pupilas, pero mi imagen real, la que veo de verdad cuando me miro a un espejo, no la apariencia de este organismo que parasito y que ve mi marido. Me movía sobre él muy lentamente, prolongando el deleite, retrasando el orgasmo. Ambos llameábamos de placer, con nuestros ojos tan anclados al otro como nuestros cuerpos, formando un único ser. Sentía a Morana moverse dentro de mí, susurrándome que lo hiciera, y entonces mi imagen de niña eterna se trocó por la del asqueroso anillo.

Frené en seco. David parpadeó varias veces y me preguntó qué ocurría. Oculté la sonrisa que amenazaba con nacer de mis labios y respondí:

—Estoy confusa, David. Ese anillo de boda que llevas junto al nuestro... ¿Puedes enseñármelo?

Su cara se fundió con el tono de mi piel y palideció hasta la exageración. Yo retomé el movimiento circular sobre él, con el gesto mimosón y coqueto.

—Vengaaaaa —le rogué, aumentando el ritmo sobre él.

Su rostro se tensó un momento de sufrimiento, titubeando. En esos momentos en los que él está dentro de

mí, soy yo quien lo poseo y no al revés; su cuerpo y su mente me pertenecen de un modo absoluto e indiscutible; soy yo quien vuelve a ganar, quien recupera el poder que ese estúpido aro de oro me ha arrebatado. Y también es el instante en que más lo amo, en el que me dan ganas de hacerle todo el daño del mundo y también de entregarle el mundo para que sea feliz. Todo a la vez. ¡Maldito amor!

La duda, como digo, se fue apoderando de su gesto. Notaba su lucha consigo mismo, mirando alternativamente al anillo, a mis ojos suplicantes e impostadamente dulces, y a mi pubis, que le castigaba sin tregua con deliciosos movimientos ondulantes. Cada vez que se tocaba el anillo, yo apretaba más el paso y contraía las paredes vaginales para premiarlo y que continuara. Nuestros gemidos se abrazaban en el aire. Él empezó a sacárselo del dedo, yo aceleré más sobre él a la vez que aumentaba la presión sobre su miembro. Estaba a punto de ganar, ¡a punto! En cuanto se quitara el anillo del dedo, podría entrar en su mente, leer todo lo que sabía, todo lo que había averiguado y llevarme cuantos recuerdos quisiera. Inicié un galope furioso y él deslizó el anillo hasta alcanzar la uña. La curvatura vencedora de mis labios se murió prematuramente cuando una apestosa fragancia a flores silvestres me golpeó el rostro e inundó nuestro dormitorio. Observé con horror cómo mi marido volvía a afianzarse la alianza sobre el dedo después de sacudirse la confusión a golpe de pestañeos y leves cabeceos.

La rabia multiplicó mis sentidos y amplificó la potencia del orgasmo. Los dos nos fundimos en un alarido animal. Placer e ira me inundaron por completo. ¡Y estuve tan cerca de matarlo! Tan cerca... Oculté el crecimiento de mis uñas enterrándolas entre las sábanas mientras él me decía entre gemidos cuánto me amaba, pero yo sólo podía pensar en ese olor, en cómo era posible que quedara algo de Alba cuando yo absorbí hasta la última célula de ella. ¿Cómo era posible? ¿Qué cojones hay en ese diario que es tan poderoso como para ligarla a esta casa, a este dormitorio y a su hijo?

Debo cambiar de táctica. Debo hacerlo...

Santurce, sábado 8 de julio, 2017

Diario de David

¿Qué te cuentas, amigo?

Yo te traigo dos novedades en esta ocasión: la primera, hablarte de algo extraño que me sucedió con mi mujer (hará un par de noches) cuando estábamos en la intimidad. Fue un tanto alucinante, como viene siendo habitual en mi día a día, porque los recuerdos son similares a los que imagino que se tienen cuando estás fumado o drogado, en un estado en el que parezca que no tuvieras voluntad propia, que tu cuerpo no te perteneciera. Ángela me dijo algo, no sé qué, y me vi a mí mismo tratando de quitarme el anillo de ama, como si me molestara o pesara demasiado. De repente, sentía que debía quitármelo de encima, pero noté el tacto suave y floral de mi madre en la cara, y luego en mi mano, deteniéndome. Lo viví como si estuviera despertándome de un sueño pesado y profundo. Agité la cabeza, presa del desconcierto, y vi a mi mujer observándome con una expresión extraña. Dejé de toquetear el anillo

de mamá y apoyé mis manos en sus caderas para que no dejara nunca de cabalgarme. Ella galopó sobre mí con furia, con rabia y descontrol, y ambos volamos al cielo en un rugido espantoso que manó de nuestras gargantas. Y, por primera vez, sentí que nos habíamos hecho el odio en lugar del amor.

En fin, aunque no me entiendas, yo sé lo que me digo... Fue una sensación dolorosa, fría e hiriente, de orfandad otra vez. Mi mayor miedo en la vida es perderla, no quiero que lo nuestro se estropee o termine jamás. Hoy se ha vuelto a su casa diciendo que necesitaba espacio, ¡estando embarazada de casi cinco meses! ¿Y si ya la estoy perdiendo y soy tan tonto como para no verlo? ¿Y si vuelve mañana o pasado apuñalándome con las palabras «Quiero el divorcio»? Joder, ¿qué puedo hacer?

La segunda noticia es que he hecho avances con la investigación sobre Marta, la madre de Ángela. No, no es que haya averiguado más cosas, pero esta mañana, aprovechando que Ángela no está, he llamado a la prisión donde tienen recluida a su madre. Ha sido muy raro. Al principio, la mujer que me ha atendido no podía creerse que estuviera preguntando por ella porque, según sus palabras, nadie lo ha hecho desde que ingresara en 2001.

Te cuento cómo fue, más o menos, la conversación telefónica a partir de ahí.

Yo: Bueno, ¿y cuáles serían los pasos para concertar una visita? ¿Qué debo hacer?

[...]

Yo: ¿Hola?

Y así hasta tres veces. Después de repetir el tercer «hola» me di por vencido, pensando que la línea se habría interrumpido, y a punto de colgar estaba cuando la voz árida de la mujer sonó al otro extremo.

Ella: Sí. Estoy aquí. Mire, el protocolo no es muy farragoso en ese sentido, pero...

Yo (interrumpiéndola): Soy su familiar, ¿eh? Su yerno...

Ella: Oh, vaya. Bueno, pero no es el caso. Normalmente se registran las citas mediante llamada telefónica, como ha hecho usted, y basta con asistir a la hora y día reservados, pero en el caso de Marta...

Otra vez ese irritante silencio. Sin embargo, en aquella ocasión no pregunté nada y me limité a que la buena mujer siguiera a su ritmo.

Ella: Mire, desde que ingresó en prisión, no ha abierto la boca una sola vez.

Yo (que ya no me aguantaba más): ¿En serio? ¿Es muda?

Ella: En absoluto. Por las noches, de hecho, grita como una loca cada vez que tiene pesadillas, pero sólo habla ahí en sueños. Despierta, se niega a hacerlo, así que no sé...

Yo: Ajá. Comprendo. Entonces sí puedo ir a verla, ¿no?

Ella: Sí, por supuesto. No hay inconveniente puesto que no tiene restringidas las visitas, pero, claro, comprenda que puede resultarle una pérdida de tiempo, algo estéril. Le repito que no ha abierto la boca ni una sola vez (su tono era más suave ahora).

Yo (pensando a toda pastilla): ¿Podría hacerme un favor? ¿Le podría dar una nota de mi parte?

Ella: No veo por qué no. Dígame, joven...

Yo (le comencé a dictar muy lentamente): Me llamo David y estoy casado con su hija Ángela. Ella no sabe que la he localizado ni lo sabrá, pero me gustaría ir a verla si es posible. Me han dicho que no habla por voluntad propia. ¿Querrá hacerlo conmigo? Tengo muchas cosas que preguntarle, y que contarle también, como que está a punto de ser abuela. Por favor, piénselo y llámeme a mi número de móvil 6.....

Ella (cuando ya lo tenía todo anotado): ¿Ya? Le advierto de que es improbable que reciba respuesta. Parece decidida a no pronunciar palabra en lo que le resta de vida...

Yo: Sí, me hago cargo, pero no pierdo nada por intentarlo, ¿no? No quiero ir hasta ahí para que se niegue a recibirme o no me hable, y quizá esa nota, no sé... ¿Se la dará, por favor? Es muy importante para mí (añadí con un puchero a pesar de que no podía verme).

Ella: Descuide, se lo haré llegar. Ojalá ocurra el milagro y abra por fin sus labios. En lo demás es muy buena chica, y se hace querer pese a su mutismo voluntario.

Y el resto fue una serie de fórmulas de despedida y de agradecimiento. ¿Qué? ¿Cómo lo ves? Está chungo la cosa, ¿eh? ¿Cómo voy a descubrir qué se esconde tras el código de la tarjeta si esa mujer ha decidido enterrar su voz para siempre?

Cabaña de Ángela, viernes 15 de septiembre, 2017

Diario de Ángela

Me siento como una espinilla pajillera de adolescente. ¿Que cómo es eso, dices? Pues hinchada y a punto de reventarse el pus que la contiene. Estoy gorda como si me hubiera comido a tres embarazadas de una tacada.

Jijijijiji. Vaaaaale... sí: confieso, coño. ¡Me las he comido! ¿Pero qué quieres? Morana me ha salido glotona, y apenas queda mes y medio para que salga al mundo. ¡Qué ganas tengo!

Con David las cosas no van mal. Todo se ha relajado bastante y se puede decir que hasta estamos en una agradable rutina de besos, conversaciones triviales sobre nuestro día, caricias y sexo. Quizá es eso lo que ha cambiado un poco: el sexo. Ya no me resulta tan placentero y adictivo como antes. Puede que se deba al tripón, que limita mi vida y mis movimientos, o porque ya no me parece tan novedoso como antes. ¡Yo que sé! Tengo que pensar sobre todo esto cuando nazca la niña. Se avecinan cambios. Ahora empiezo a entender eso que dicen de que la Muerte no se casa con nadie. ¿Será que necesito más amantes?

Santurce, lunes 25 de septiembre, 2017

Diario de David

¡Heyyyy!

Te escribo poco. Lo sé, tío. Pero he estado a tope preparando los

exámenes del máster que me había dejado para septiembre (¡He aprobado! ¡Soy la caña!), con la matricula de este segundo (¡y último!) año y, claro está, con mi dulce Ángela.

Por fin siento que tengo una vida bonita y felizmente estable, sin sobresaltos ni cositas paranormales de ésas que me roban la paz mental. Ángela ya ha echado su buena tripa y, aunque últimamente está un poco más apagada, nos va bien, muy bien, como siempre me había imaginado yo el Paraíso: una mujer preciosa que me quiera, poder contarnos nuestras cosas como grandes amigos, y querernos cada noche hasta quedarnos dormidos. Sus reticencias y excentricidades se han ido apagando también según ha avanzado el embarazo, igual que las mías, así que no puedo ser más feliz. ¿Y pensar que un día llegué a tener miedo y recelo de ella? ¡Qué tontería!

Sobre mi suegra, no he tenido éxito. No me ha devuelto la llamada y, cuando he telefoneado otra vez para preguntar, por si acaso mi mensaje no le había llegado, la misma mujer, que se acordaba de mí, me ha dicho que lo lamentaba pero que, según leyó mi nota, Marta se encogió de hombros y negó con la cabeza. Parece que no quiere saber nada de su hija, ni de mí o de su futura nieta. ¿Por qué será?

Cabaña de Ángela, sábado 30 de septiembre, 2017

Diario de Ángela

¡Joder, joder, joder!

¿A que no sabes qué me ha pasado?

Creo que es la primera vez que me alegro de tenerte de confidente ¡porque me he quedado loca y necesito contárselo a alguien o explotaré!

Resulta que volvía de la cueva para hacer una visitilla sorpresa a la enana (todo bien, no van por ahí los tiros, que incluso tiene bien cuidada a su madre. Se ha convertido en

su juguete favorito, ¡qué vamos a hacerle!, y la tiene frita de peinarla y ponerle vestiditos todo el día, jejeje)..., pues eso, que volvía de ir a verla, con la intención de regresar con David, cuando me entró uno de esos horribles calambres de pura hambre, como si Moranita me estuviera mordiendo desde dentro, clavando sus encías desdentadas en mí, y me planté en Rusia, uno de los países que menos visito últimamente(para compensar las muertes, ya sabes). Oisqueé el aire para hallar una presa que me resultara apetecible y, entonces, un aroma inconfundible me dejó noqueada. ¡Era el aroma de la familia, nuestra familia! ¡El olor de Yarilo y el mío! O de David y el mío...

Corrí siguiendo el rastro olfativo. El olor se iba haciendo cada vez más intenso y potente, más embriagador, hasta que llegué a una casa de campo de dos plantas. Me aposté en una de las ventanas y, preocupada y confundida, observé en silencio a la familia. ¿Era posible que Yarilo hubiera tenido gemelos u otro bastardo por ahí que yo desconociera? ¿Cómo se me había podido escapar de ser así?

Estudié a la familia, que se encontraba cenando reunida en la mesa del comedor. Dos niños de cabellos dorados (como Yarilo, como David), engullían y reían sin parar. A su lado, una apetitosa y regordeta niña de un año dormitaba en su trona. Dejé de prestar atención a los mocosos y me centré en los padres. ¡Era él! ¡Ese hombre llevaba mi sangre! Alzó los ojos hacia mí, como si intuyera

mi proximidad, y éstos se metieron en mi cuerpo haciéndome estremecer. ¡Lo quiero! ¡Quiero tenerlo ahora mismo!

Apenas he conseguido contenerme tras el impacto. Me comí un par de niños deprisa y corriendo, aunque sé que no está bien eso, que no es bueno para la digestión. Y ahora no sé qué hacer con David. De repente, es como si mi amor, mi corazón, se encontrara escindido. ¡Los quiero a ambos! Pero, sobre todo, lo deseo a él, a él... A ALEK^[10].

¡Lo necesito!

Santurce, sábado 4 de noviembre, 2017

Diario de David

¡Hola, amigo!

No sé cómo decirte esto.

No me gusta ser un penas ni un paranoico, pero Ángela lleva un mes un poco rara conmigo, como más fría, ¿sabes? Igual se debe a un agotamiento normal por los últimos días del embarazo (sale de cuentas el jueves, ¡el jueves!), pero, no sé, la siento distante, ausente a veces. Yo comprendo que no hagamos el amor hace días (lo comprendo y lo comparto, ¡cojones!), pero tampoco me besa con el mismo ardor de antes ni me sonrío tanto.

Que sí, que sé que me quiere, pero algo no va del todo bien. Lo leo en sus ojos cuando se estrellan en los míos y rehúye mi mirada allí donde antes nos hacíamos el amor con ella.

Igual estoy siendo un egoísta insensible por no ponerme en su lugar ni entender del todo su malestar, pero tengo miedo, ¿sabes? ¿Y si nuestro amor no era tan fuerte como yo creía? ¿Y si lo que siente por mí se está debilitando? ¡Ojalá tuviera a los colegas para hablar de ello! O a ama... ¡A alguien!

¡JODER!

Que sí, que sé que me ama, pero...

Pero... Igual no me ama.

David se limpió las lágrimas antes de que éstas emborronaran el diario, lo plegó y se abrazó a él un segundo para tratar de deshacer aquella sensación de soledad que había comenzado a devorarlo. Iba a devolverlo a su lecho de madera bajo la mesita cuando Fito cantó desde su móvil aquello de «Soldadito marintero, conociste a una sirena, de ésas que dicen “te quiero” si ven la cartera llena...». Lo miró con desgana y cierta sorpresa, pues últimamente la garganta de Fito permanecía muda para él, y, de un rápido movimiento, detuvo el baile del teléfono sobre el escritorio.

—¿Sí? —preguntó extrañado al ver un número la tira de largo.

—Buenos días —respondió la voz rutinaria y aburrida de una mujer—. Tiene usted una llamada a cobro revertido del Centro Penitenciario de Álava. ¿Acepta la llamada?

El corazón de David enloqueció de nervios. Su saliva se espesó dolorosamente, convertida en chinchetas. Volvió a sentarse frente al escritorio y acertó a responder un titubeante «Por supuesto». Ocho mil pulsaciones y dos segundos más tarde, le llegó la voz débil de una mujer.

—¿David? ¿Eres David?

Él, igual que habría hecho un niño pequeño, cabeceó afirmativamente como si la propietaria de aquella voz estuviera frente a él y pudiera observar sus gestos.

—¿David? —insistió con timidez. ¿O era miedo?

—Sí, soy yo. ¿Marta? ¿Eres tú? —preguntó entonces él, ahogado por una sensación extraña y repentina de pánico, de claustrofobia y sudores fríos.

—Sí. Ven a verme. He decidido volver a hablar —dijo ella—. ¿Lo harás?

—Sí, claro que lo haré. Yo... tenemos muchas cosas que decirnos, sí —respondió David, que empezaba a recuperarse de la sorpresa inicial por recibir la llamada de la mujer con la que llevaba tanto tiempo queriendo entrevistarse y que había roto su silencio por él tras dieciséis largos años, que se dicen pronto.

—Oye... —añadió la voz dulce y frágil, quizá por falta de uso—. Que

no lo sepa ella, por favor...

No fue necesario preguntar a quién se refería. David volvió a asentir con la cabeza sin poder evitarlo, y contestó en tono firme y serio:

—No lo sabrá nunca, te lo prometo. Iré a verte a Vitoria en cuanto pueda y me den cita. Yo...

Un portazo brusco en el piso de abajo ahogó las palabras del chico, el cual dirigió la mirada hacia la puerta del dormitorio, y el miedo, encaramado a su voz, emergió de su garganta junto con una única palabra:

—¿Ángela?

—¿Es ella? —chilló la voz de la agente a través del teléfono.

David, congelado e incapacitado, ignoró la pregunta y se mantuvo inmóvil. Un viento gélido ascendió hasta el segundo piso y se apoderó de la habitación. El cuerpo del chico comenzó a temblar por su cuenta y riesgo mientras su mente evocaba la heladora escena del psiquiátrico con su amama en la que, minutos antes de abrirse el gáznate, la vida se había transformado en hielo y frío. El viento lloriqueó en sus oídos, profiriendo lamentos desgarradores.

—Ya estáaaaa aquíiiiiii —susurraba el aire helado.

Y, con cada sonido y sílaba, sus orejas se escarchaban y los pulmones comenzaron a arderle al no poder respirar.

—¿Ángela? —consiguió decir en un agónico suspiro.

La mujer del otro lado de la línea sollozaba algo ininteligible. Entonces, una nueva voz entró en escena en el piso inferior y todo cesó de repente: el frío, el terror, los sollozos... todo, en suspensión. Una sombra voraz se tragó la estancia y algo chilló en su cabeza. Era un chillido cruel, silencioso y atronador en el que habitaban todas las paradojas e incongruencias del mundo, un mundo que iba a cambiar para siempre.

«¡Por tu culpa!», le gritó la voz.

El chico parpadeó desorientado al encontrarse con ella de frente, pues se le había aparecido en el dormitorio por arte de Birlibirloque.

—He roto aguas, mi amor —le informó Ángela, llena de felicidad y sin un ápice de dolor o nerviosismo.

David se perdió en sus ojos de gata y se sintió de nuevo en casa. Se moría de ganas por asomarse al alfeizar de aquellas ventanas verdes y contemplar su interior, desvelar cada secreto, solucionar cada pequeña duda o recelo. Se miró la mano, que aún sujetaba el móvil, y lo dirigió a su oído.

—¿Estás? —se atrevió a decir.

Un murmullo ahogado le confirmó que Marta seguía ahí, pegada a la cabina por alguna extraña razón.

—Bien —añadió con una sorprendente calma—. Iré en breve, prometido. Ahora te dejo... ¡Voy a ser padre!

Y colgó seguidamente sin aguardar respuesta. Ángela lo observaba con paciencia, como si estuviera pensando en qué hacer de cena en lugar de sufrir las contracciones previas al parto.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Mi amigo Christian —le espetó el chaval sin pensar.

La abogada frunció el ceño y se limitó a asentir.

—¿Te duele? —quiso saber él, preocupado.

Una preciosa sonrisa amaneció en la cara de la mujer y éste se rindió ante ella. Abandonó el móvil en el escritorio, se acercó hasta su mujer, que aún continuaba bajo el umbral de la entrada, y la tomó de la cintura con una sonrisa pícaro.

—¿Puedo?

La mujer parturienta curvó todavía más la comisura de sus labios y respondió:

—Siempre...

Él la atrajo hacia su pecho y sus bocas se unieron en un abrazo húmedo y hogareño.

—¡Has regresado! —exclamó él a punto de llorar.

—Sí, perdona —reconoció Ángela con un atisbo de vergüenza y culpabilidad—. Pero ya estoy aquí.

—Te he echado tanto de menos... —le confesó él sin poder dejar de tocarla.

—David...

—¿Sí, mi amor?

—Estoy de parto, cabrón —dijo ella en un arrebató de romanticismo—. Venga, llévame al hospital. Conduces tú, que yo no voy a poder —añadió poniéndole las llaves del Toyota en la mano.

—¡Pero si acabo de sacarme el carnet! —protestó él, inseguro.

—Por eso... ya puedes conducir. ¡Vamos! —gritó ella y su rostro se contrajo por primera vez a causa del dolor.

David rechazó la idea de cargar con ella y con la pequeña escalera abajo al recordar lo canutas que las había pasado cuando la subió en brazos en su noche de bodas, y se conformó con colocar un brazo de ella sobre su

hombro para ayudarla a bajar sin acabar los tres estampados contra el suelo.

—Dueeeeeeele —gritó la Muerte de rabia y sorpresa.

Su joven marido se apresuró aún más y la llevó casi a rastras hasta alcanzar la planta baja.

«Trinidad, ¡ya falta poco para abrazarte!».

«Morana, ¡sal de una puta vez de mí!».

Pensaban, cada uno por su lado, y juntos se montaron en el coche y se dirigieron a Cruces para darle a su princesita la bienvenida al mundo.

El nacimiento de Morana

Hospital de Cruces, sábado 4 de noviembre, 2017

—¡Ya asoma la cabeza! —exclamó la comadrona—. ¡Un par de empujoncitos de nada y se habrá acabado, ánimo!

«¡A ti te voy a empujar, asquerosa de mierda!», pensaba la Muerte, abierta de piernas sobre aquella camilla, mientras su joven marido aguantaba el tipo con estoicismo, «¡Ahora comprendo por qué lloran tanto las madres cuando les quito a los niños! ¿Cómo no van a llorar con lo que duele esto para que encima no les duren una mierda?».

—Aaaaaahhhhhhhhhhhhhhh —aulló cagándose en todo y en su idea de la maternidad.

—Tranquila, mi amor. Ya no queda nada —intervino David en actitud amorosa, regalándole caricias en la mano.

Ángela contrajo los labios y lo miró llena de ira mientras probaba a dar un nuevo empujón.

«¡No queda nada, no queda nada! ¡Cabrón! ¡Yo te mato! ¡Si eres tú el que me ha metido esto! Me cagooooooooo en toooooooooo y en la humanidaaa...!».

—AAAAADDDDDDDDDDDDDDDDDDD.

—¡Aquí la tenemos! —celebró la matrona alzando a la niña en señal de victoria.

Morana Trinidad berreó con fuerza para dejar claro su descontento por su salida al mundo, pero los adultos de la habitación festejaron sus llantos con escasa empatía hacia ella, que sólo quería volver al calor de su madre. La mujer la aseó un poco, la envolvió en una mantita suave y caliente, y se la entregó a la mujer a la que pertenecía: MAMÁ. Ángela la acunó insegura. David se sentó junto a ellas al borde de la cama y las observó con devoción. Los ojos le picaron de felicidad y emoción.

—Es preciosa e idéntica a ti —apuntó él, logrando pronunciar las

sílabas a pesar del nudo en su garganta.

Ángela se encogió de hombros y analizó a la niña.

—¡Vaya! Pensaba que podría tener mis ojos... —dijo ésta con cierta decepción.

—¿Cómo que no? —se asombró el flamante padre—. ¡Pero si tienen pinta de ser verdes como la hierba!

—Sí, bueno... Yo me entiendo... —se defendió la otra.

La mujer que había atendido el parto se disculpó un segundo entre toses y dejó a solas a la nueva familia.

—¡Teresa, Teresa! ¡Pssssshhh! —chistó la matrona a una compañera en cuanto se vio fuera del paritorio.

—¿Qué sucede? —le preguntó la tal Teresa, alarmada.

—¿Recuerdas la pesadilla que tuve hace unos días? ¿Aquella tan terrible que te conté? —le interrogó entre susurros, asiéndola de los dos brazos.

—Me estás asustando, Almudena —respondió su compañera al notar las uñas de la otra clavándose en su carne—. ¿Hablas de ese sueño en el que nacía un bebé de ojos cambiantes y que devoraba a la humanidad?

—¿De cuál si no? ¿Cuántas pesadillas te he contado yo en estos años? —replicó la primera en un arrebató histérico—. ¡Sólo ésta!

—Vale, vale... Tranquilízate —dijo Teresa, cada vez más preocupada por la salud mental de su colega—. ¿Qué ha sucedido? Cuéntamelo con calma, va...

—Sí. ¿Qué me dirías si te suelto que ha ocurrido? —le espetó la comadrona con los ojos desorbitados.

—¿El qué? —se quiso asegurar.

—¡La niña! ¡La niña de los ojos mutantes ha nacido! —exclamó en tono confidencial pegada a su oreja.

Al ver la cara de incredulidad de Teresa, Almudena se obligó a tomar aire, fingir que estaba relajada y contárselo todo, con pelos y señales, para alejar las sospechas sobre su cordura, o su falta de ella.

—Están aquí dentro... La niña... Te juro que cuando ha nacido tenía los ojos traslúcidos, como un cubito de hielo azulado que me ha revuelto el estómago. He disimulado como he podido y, cuando le he cortado el cordón umbilical, sus ojos de hielo se han transformado en dos bolas de fuego...

—¿Pero qué estás diciendo, mujer? —le interrumpió la otra, mirando alternativamente a Almudena y a la puerta del paritorio.

—¡Te lo juro! Pero entonces, igual que en mi sueño, los ojos de fuego se han apagado y se han vuelto verdes, de un verde intenso imposible en un bebé, de tono idéntico al de su madre.

—Bueno, no sé... —dudó la enfermera—. Igual estabas tan condicionada por tu subconsciente, tan afectada por ese sueño horroroso que has creído ver algo que no era. ¿No puede ser?

—¡Sé lo que visto! —protestó ella con firmeza.

—Bueno, en tu pesadilla, tu bebé de ojos mutantes se merendaba a la humanidad, ¿no?

—Exacto, acababa con la raza humana —concordó.

—Pues ahí lo tienes, ¿no? ¡No se parece en nada a tu sueño porque aquí seguimos todos, vivitos y coleando, y no se ha comido a nadie de esa habitación! —rio la otra con naturalidad—. Oye, te dejo, que debo terminar la ronda, pero espérame luego y nos tomamos un café, anda —añadió con una sonrisa amistosa antes de alejarse de ella.

—¡Sé lo que he visto! ¡Ese bebé ha venido a este mundo para llevársenos a todos! —exclamó la otra alzando la voz.

Su amiga se giró una última vez desde la otra punta del pasillo y negó con la cabeza de exasperación.

«Sé lo que he visto, ¡que me muera aquí mismo si no...!», se dijo Almudena de nuevo sin darse por vencida.

La compañera agitó la mano en señal de despedida y gritó un «¡Luego te veo!» que nunca se materializó, pues Almudena cayó, ante sus ojos y en ese mismo instante, fulminada al suelo. Teresa corrió hacia ella. Tenía los ojos vueltos, como si no quisiera presenciar nada de aquel hospital. La abrazó, llorando y pidiendo auxilio a gritos, cuando sus ojos tropezaron con la puerta del paritorio. El terror le mordió los huesos hasta astillárselos y su cuerpo cayó desmadejado sobre su compañera inerte.

Paro cardíaco, dijeron.

Paro cardíaco.

PARTE 4:
EL DESENLACE

Un regalo para Morana

Sábado 18 de noviembre, 2017.

Pequeñas lenguas de fuego danzaban imprudentemente sobre las paredes sin tener en consideración que muchas de ellas morirían en su encuentro con los hilos de agua que, silenciosos e implacables, se deslizaban por éstas hasta filtrarse en el suelo de tierra. Sin embargo, eran tan numerosas y ruidosas que ninguna de las llamas festivas reparaba en la muerte de la compañera cercana, y continuaban saltando como chinches gritonas de un extremo a otro de la superficie cavernosa. Era un auténtico festival de color y risas que contrastaba de un modo contundente y onírico con la habitual dureza lúgubre del ambiente.

La mujer descubrió al bebé de su mantita y permitió que su cabeza rosada asomara tras ella para que la recién nacida pudiera deleitarse con el juego pírco en el que se alternaban luz, calor, color, y una melodía que recordaba a una nana. Morana agrandó sus ya enormes ojos verdes y gorjeó, fascinada por el baile del fuego, a la vez que alargaba sus manitas hacia las llamas. Una de ellas, descarada y estúpida, saltó sobre la mano extendida de la niña y, aunque la pequeña no mostró síntomas de dolor, molestia o quemazón en ningún momento, su madre apagó a la atrevida de un manotazo. Morana lloró de decepción, subió sus bracitos regordetes hacia el techo y creó una gigantesca bola de fuego sobre sus cabezas. Exasperada, Ángela negó con la cabeza y extinguió la llamarada con los ojos antes de que ésta le quemara el cabello o las pestañas.

—Morana, compórtate —le regañó—. Sabes que no puedes hacer estas cosas en público.

—¡Pero no estamos ahí arriba con los mortales! —replicó la neonata entre pucheros.

Su madre agitó nuevamente la cabeza y envolvió a la criatura mágica antes de reanudar la marcha. Las lengüitas de fuego se alinearon a ambos

lados del trayecto como en una pista de aterrizaje para iluminarles el camino mientras emitían un cántico de chispas tan hechizante que parecía brotar de las mismísimas gargantas de las sirenas que atraieron al pobre Ulises y su tripulación. Madre e hija llegaron a la cámara principal de la cueva, donde una sonriente y nerviosa Sonia las aguardaba.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Ángela, sorprendida por la puesta en escena—. ¿Este baile de llamas, la música...? ¿Y por qué vas tan engalanada, con todos esos lazotes, ese vestido...?

—¿No te gusta? —respondió Sonia frunciendo los labios—. He puesto a mi mamá a juego también, mira —señaló a un lado.

Ángela exhibió una sonrisa auténtica cuando observó a Natalia, a sus casi sesenta años, ataviada con un vestidito ridículamente corto y llena de lazos por todos los lados, cabellos incluidos. La tenía encadenada a las argollas «del recreo» de la pared, a las que la ataba cuando se aburría de ella o le quería «dejar descansar».

—Pues no la tienes tan mal cuidada después de todo —confirmó la abogada con un deje de admiración al tiempo que se acercaba a la prisionera para examinarla de cerca—. Así, la sinOjo te va a durar mucho, ya verás.

Ángela sujetó la barbilla de Natalia y le alzó el rostro con una expresión de satisfacción que no llegó a formarse del todo en su rostro cuando la humana le arrojó una mirada retadora.

—¿Con que ésas tenemos, eh? —le espetó Ángela con cierto asombro—. Con lo pavita y miedosa que fuiste en tus primeros años de vida y ahora parece que te vas a comer a alguien —rio con ganas—. ¿Qué sucede, Nat? ¿Ya no me tienes miedo?

Natalia clavó su verzulado ojo sobre ella y, con una sonrisa de desprecio, negó con la cabeza.

—¿No? No te creo —le retó la Muerte—. TODOS tenéis miedo siempre.

—Yo ya no. Ni volveré a tenértelo, Ángela —le soltó.

La Muerte la analizó un segundo para sopesar la veracidad de las palabras. Sabía que no mentía pero, a pesar de ello, no lo lograba creérselo del todo.

—¿Por qué vas a ser tú diferente? —bramó la abogada sobre su cara.

—Sencillo —dijo la mujer sin retirarle la vista—. Me lo has quitado todo: me dejaste sin infancia, sin saber lo que era pertenecer un hogar, a unos padres cuyos brazos que me abrazaran. Me quitaste incluso a Asier, mi

marido, que hizo lo que hizo porque tú lo obligaste. Te llevaste a Juanfran, a mis hijas, a mi nieto. No hay nada que me puedas quitar ya. NADA.

Ángela se cruzó de brazos con el gesto serio y, al fin, abrió su boca para escupirle las siguientes palabras:

—Te había devuelto a tu pequeña Sonia. Y también te puedo quitar ese estúpido ojo con el que me miras. Ten cuidado.

—Quítamelo, y así no tendré que volver a ver a esa cosa muerta y horrible en que has convertido a mi niñita, ni tu asquerosa cara de cocodrilo, o a ese bebé infecto que llevas entre los brazos.

La cólera brilló en los ojos verdes de Ángela, quien le asestó a la prisionera un rechazo con tanta fuerza que provocó que aquélla perdiera la consciencia de inmediato. Sonia contemplaba la escena en la retaguardia, sin atreverse a pestañear siquiera por si le llovía también a ella un par de hostias. La Muerte miró una vez más a la mujer inconsciente y se volteó al perder interés en ella.

—Y bien, ¿a qué viene todo este teatrillo del fuego, la música y vuestras ropas de Primera Comuni3n, Sonia? —se dirigi3 a la niña en esa ocasi3n.

—Bueno... —los piececitos infantiles de su ayudante se movieron nerviosos por la arena—. Me dijiste que vendrías hoy a presentarme a tu hija y quería hacer algo bonito por ti, como cuando tú me regalaste a mamá y la nieve, ¿recuerdas? —añadió con los ojos emocionados por la imagen.

—¡Vaya! —se sorprendió otra vez la Muerte—. ¿Agradecimiento, eh? Esto también es nuevo. ¡Qué de novedades hay hoy! ¿Quieres ver a la niña entonces?

—¡Sí, por favor! ¡Tengo muchas ganas de ver a mi...! —se paró en seco, tanto sus saltos como sus palabras—. ¿Qué es mío?

—Nada, gilipollas, no es nada tuyo —le espetó con dureza su maestra.

—Bueno, algo será, digo yo —se atrevió a contestar—. Si es hija de mi sobrino y tú eres también familia mía...

—Está bien —concedió la otra—. Ven a conocer a tu sobrina segunda, dale...

Sonia correteó hasta ellas. Ángela se agachó lo suficiente para que las dos niñas pudieran verse sus caritas y conocerse.

—¡No me la imaginaba tan pequeña...! —apuntó el bebé al examinar a la pequeña de ojos azules y rizos de oro, cuyo rostro se contrajo por la estupefacción.

—¡Ehhhh! ¡Eso lo iba a decir yo! —protestó la aludida—. Un bebé que

habla... ¡Pues vaya rollo! —añadió alejándose de las dos, asqueada y decepcionada.

«Es la estúpida hija de Ángela, ¿qué esperabas?», se reprochó a sí misma por haber albergado ilusiones de conocer al bebé.

Ángela la taladró con la mirada al leer su pensamiento y la segunda tiritó de miedo después de reparar en que no había protegido adecuadamente su reflexión de los ojos de su maestra.

—Perdón —se obligó a decir Sonia en un mohín que oscilaba entre la culpa y el terror.

Ángela manoteó con despreocupación en el aire, dando por zanjado el asunto, y añadió, como si su aprendiz le hubiera preguntado algo:

—David me está esperando en casa. Lo he convencido para que me dejase sola un rato (¡me estaba volviendo loca!) a dar un paseo con la niña y buscarle un regalo. Voy a llevarle un osito de peluche, ¿qué te parece?

—¡Ohhh! Un buen regalo, sin duda. Ya sabes que yo tengo uno prácticamente desde que nací... —respondió la otra llena de ingenuidad, sin adivinar lo que se avecinaba.

—Claro que lo sé, estúpida. Yo misma fui a buscarlo a tu casa (bueno, mi casa ahora) cuando te traje porque no parabas de llorar buscando a Nino. ¡Tú, despiertaaaaa! —gritó a Natalia, que continuaba con la cabeza suspendida hacia delante—. Esto es bueno... Para que lo veas... ¡Me llevé a tu hija y ella sólo lloraba por su osito de peluche! ¡Ni ama ni tata, ni hostias!

—¿Eso es verdad? —preguntó la niña, pues algo en su interior le decía que aquello no era posible.

Todavía se acordaba de lo ansiosa que fue a buscar a su hermana Alba para llevársela consigo, hasta que se cansó de ella, y lo eufórica que se sintió días atrás después de descubrir el regalo de su cumpleaños. No, no era posible.

—Claro que sí. Por eso lo recuperaré para ti. Y ahora... ahora acompañará a mi hija —remató la mujer en un tono que no admitía réplicas.

Y, sin embargo, Sonia osó replicar.

—¿Le vas a dar mi Nino a tu hija? —graznó incrédula—. Puedes regalarle cualquier juguete, cualquier muñeco, nuevo o usado. ¿Por qué precisamente Nino?

—Porque me da la gana, mocosa.

Acto seguido, recogió a Nino de la sillita de juguete en la que estaba sentado, simulando tomar el té frente a una mesa diminuta, y se lo acercó a su

hija, quien lo capturó con una velocidad y agilidad impropias de un bebé de catorce días de vida.

—No lo entiendo... —lloriqueó la niña, que ya se estaba despidiendo mentalmente de su Nino.

Ángela suavizó un poco el gesto y se aproximó a ella en un arranque de cercanía y confianza.

—Es un canalizador, bobona. Yo te lo hice llegar en su día para que te ayudara a ser lo que eres ahora, o lo que serás. Pero ha llegado el momento de despedirte de él. Es mi hija quien necesita a Nino ahora —le explicó en tono amable.

—¿Un canalizador? ¿De qué? ¿Y por qué lo necesita ella si la Muerte soy yo? Quiero decir —se autocorrigió rápidamente—, lo soy mientras no vuelvas.

—Chica lista, lo has comprendido —le dijo ésta, palmeándole la cabecita rubia como si fuera un perro vagabundo y famélico.

—¿Ella... me quitará mi puesto? —preguntó con un timbre agudo que rebotó por las paredes y que hizo enloquecer a las almas del fondo, cuyo caminar sosegado se aceleró hasta que todas chocaron con todas en un caos absoluto.

Ángela rio por la visión esperpéntica y volvió a fijar la atención en su aprendiz.

—No has aprendido nada, tontuela —le dijo con una voz asombrosa que contenía tanto cariño como desprecio—. Ella no te quitará nada. Tú me lo estás cuidando a mí, por si regreso un día o por si ella quiere ocuparlo legítimamente. Ella es la heredera aquí y tú —le señaló con el índice—, tú eres la usurpadora.

Madre e hija desaparecieron de la cueva sin más artificios ni despedidas. La última palabra pronunciada, usurpadora, quedó flotando tanto en el aire como en la cabeza de Sonia, que profirió un alarido de rabia:

—¡Yo no soy ninguna usurpadora!

«Tú me trajiste aquí y ahora esto es mío. ¡Mío! Voy a matarte, Ángela, a ti y a tu bebé. Y luego recuperaré a Nino y me quedaré con todo. ¡Eso haré! Tu bebé parlanchín es una mierda y te lo demostraré... ¡Me vengaré por llevarte a mi Nino, ya verás!».

—*Mamá* —la llamó Morana mentalmente antes de entrar en el hogar—. *Esa niña estúpida quiere matarnos. Lo sabes, ¿no?*

Frente a la gran puerta verde de la casa, Ángela se vio obligada a disimular la risa entre toses para que no la tomaran por loca mientras buscaba las llaves en el bolso con la mano derecha y sujetaba a la pequeña con la izquierda, y contestó con el pensamiento:

—*Oh, pequeña, claro que lo sé. Mientras ella crea que puede, todo va bien porque seguirá haciendo su trabajo. No te preocupes, está todo controlado.*

—*¿Entonces no puede matarnos?*

—*No, mi amor. No puede. Somos inmortales. A la Muerte no se le puede matar, y a ti tampoco.*

—*¿Y ella no lo es también? ¿Nosotras no somos humanas?* —preguntó la criatura en un mar de confusión que, a ojos de los demás, parecía un simple berrinche de bebé.

—*Es complicado, Morana. Ya lo entenderás... Pero no te preocupes: aunque habites un cuerpo mortal, tú nunca morirás. NUNCA.*

La niña cesó su llanto y ambas entraron en la casa.

—*¡Amor, ya estamos aquí!* —exclamó la abogada desde el pasillo.

David asomó su cara sonriente por la puerta de la cocina y dijo:

—*¡Qué bien! Estoy haciendo la comida, mi niña. ¿Vienes a probarla y dar tu veredicto? He sacado la receta de Internet y lo mismo tenemos que pedir una pizza para comer* —rio con jovialidad.

Ángela se unió a sus risas y se encaminó hacia la cocina, con la niña siempre en brazos. La joven pareja se dio un beso ligero en los labios, que bastó para que la electricidad fluyera dentro de ellos y quisieran comerse el uno al otro, aunque mantuvieron la compostura delante de su hija.

—*¿Qué? ¿Has encontrado el juguete que buscabas para Tri... Morana?* —quiso saber él mientras le daba a probar una salsa espesa en un cucharón de madera.

Ángela sorbió el contenido y sonrió de felicidad.

—*Hummmm.*

—*¿Está rico?* —preguntó él, orgulloso.

—*¡Está asquerosa, mi amor!* —rio ella—. *¡Así que podré pedir pizza con extra de champiñones!* —celebró con un grito de júbilo.

Los dos se rieron. Ángela tuvo ganas de mandar a la mierda a la pizza, a los champiñones y a la propia niña. Quería comer de él, a él y sobre él. David

intuyó sus pensamientos, cogió a la pequeña del regazo de su madre y la tumbó en la cunita auxiliar con intención de recordarle a su esposa cómo habían hecho a su pequeña.

En ese momento, la mantita de la niña se abrió y asomó una oreja marrón de felpa. Atónito, destapó a la niña y ante sus ojos apareció aquel muñeco infernal de sus dibujos infantiles, aquel oso que bailoteaba una danza macabra en su espejo el día de su boda y que la niña borrón portaba en sus manos. ¡Era él! ¿Cómo no lo había visto antes? ¡Por Dios, si abultaba más que la niña! ¿Cómo podía ir escondido bajo la mantita?

David buscó una explicación para aquello en la mirada de su mujer, pero ésta entró en su boca y sus pensamientos se fragmentaron en pedazos inconexos.

—Ángelaaaaaaaaa —susurró.

Y se amaron ahí mismo con las mismas ganas e intensidad de la primera vez.

Fragmentos de diarios (I)

Santurce (Vizcaya), domingo 19 de noviembre, 2017

Diario de David

¡Aupa, colega!

No te he presentado a mi pequeña Trinidad todavía, lo sé. Es que estoy un poco superado por la situación, y no se debe a los típicos problemas e inseguridades de ser un padre primerizo y joven, no. ¡Qué más quisiera! Es que... es horrible lo que voy a decir...

A veces tengo miedo, o incluso rechazo, de mi propia hija. ¿Eso es normal? Porque en Internet hablan de depresiones post parto, que hacen que la madre se sienta así, ¡pero no soy yo el que ha parido!

Cuando la acuno, la cojo en brazos o, simplemente, le cambio el pañal, me mira fijamente como si ella fuera un lobo y yo la oveja. El vello se me eriza y debo obligarme a no escapar corriendo de ella. Sus ojos verdes y abiertos se me pegan a la piel para traspasarme y, entonces, noto que puede leer en mí, que sabe todo de mí, que sabe todo de todos. En cuanto mi cuerpo reacciona tiritando, mi hija esboza una sonrisa siniestra (o a mí me da la impresión), que le hace parecer cualquier cosa menos una recién nacida.

No sé, pero algo me dice que todo va mal. Incluso el mechón de mi madre ha perdido su característico olor a flores desde que la niña ha entrado en casa. ¿No es raro? Por ejemplo, te cuento lo que sucedió ayer:

Ángela quería irse con la niña de compras porque se le había metido en la cabeza la idea de comprarle un juguete. Yo insistí un poco en acompañarlas, pero sólo un poco, lo justo para que no sospechara de mi cambio de actitud, porque lo cierto es que el cuerpo me pedía estar a solas y tener tiempo para mí. Bueno, pues fue irse ellas y me empecé a encontrar mejor, más fuerte y con la mente más despejada, y me dio por pensar que lo que yo había creído un

virus o una gripe, que me asediaba desde... ¡casualmente desde hacía un par de semanas!, desapareció al irse ellas. Fuera dolor de cabeza, embotamiento, dolor muscular... todo se desvaneció en cuanto ellas (o mi hija) se alejaron de mí.

Al estar más despierto, también fui consciente de mi mala conciencia, de la culpabilidad que arrastro por haberme convertido en un padre nefasto ya que por fin he reconocido la verdad, una verdad terrible: no quiero a la niña, me pone los pelos de punta. Voy a atreverme, va. Lo voy a decir...

Desearía que Morana (no volveré a llamarla Trinidad nunca más) no hubiera nacido jamás. Yo, que siempre he soñado con formar una familia y que me las veía felices siendo padre, ¡ahora deseo que desaparezca de nuestras vidas, y que Ángela y yo volvamos a ser dos! ¡Sólo los dos! Es terrible, realmente terrible. Cuando te atreves a confesarte la verdad a ti mismo, a reconocer que son tuyos todos esos oscuros pensamientos, ¿cómo puedes seguir adelante? ¿Cómo?

Supe que debía hacer algo, que no podía seguir así o me volvería loco. Corrí hacia el teléfono y llamé a la cárcel para concertar una visita con Marta. Me la han dado para dentro de dos domingos (espero que no sea demasiado tarde), el tres de diciembre. Y es que, de repente, tengo la necesidad urgente de hablar con ella, de que me cuente todo sobre su hija (mi esposa), de confesarle mis horribles pecados al margen de su ayuda para resolver lo del código de la tarjeta.

¿Y si ama y amama sabían que esto sucedería y por eso me encaminaron hacia ella? Claro, ambas debían de saberlo. ¡Lo sabían y yo no las quise escuchar! ¿Pero en qué lugar deja esto a mi amor entonces? ¿Qué son Ángela y Morana en realidad? Porque lo más triste es que no concibo ya la vida sin mi mujer.

No puedo, no quiero un mundo sin Ángela.

Bueno, continúo con lo que ocurrió ayer. Un rato después de mi llamada, mis chicas volvieron a casa. Ángela venía de buen humor y la pequeña, también. La cogí en brazos para dejarla en la cunita plegable y estar a solas con su madre cuando una oreja de peluche emergió de la nada como si estuviera naciendo de su propio cuerpo. Destapé la manta que la arropaba y el horror se intensificó en mi interior. Ahí estaba aquel osito de peluche, de mayor tamaño que mi propia hija, cubriéndola por completo, poseyéndola. Mi mente crujió como la madera vieja y juraría que un grito se estaba gestando en mi estómago cuando mi esposa tomó mis labios, haciendo que el grito se

ahogase en su boca, y todo careció de importancia. Sólo importaba ella...

Sí, así es. Lo recuerdo todo, y me da la sensación de que esto me ha sucedido más veces, sólo que ahora lo recuerdo, ¡ahora lo recuerdo! Es gracias a tu anillo, ¿verdad, mamá? Seguramente no debía acordarme de nada, pero lo hago...

Diario de Ángela

Creo que voy a tener que aplicarle un nuevo correctivo a la mocosa. Tal vez he sido muy blanda con ella en los últimos tiempos, venga regalitos y todas esas mierdas a causa de mi embarazo, y ahora se cree que toda la muerte es orégano (o como se diga), pero eso ya es historia y toca darle un bañito de sangre y realidad.

¡No está contenta con nada esta chiquilla! Ya me temía yo que no se iba a tomar nada bien lo de Morana. ¿Qué se pensaba esta mocosa? ¿Que se iba a quedar con mi reinado en lugar de dárselo a mi propia hija? Y ahora anda rabiosa a causa de su estupidez, ¡como si fuera culpa mía que no lo hubiera previsto!

Morana ha nacido para ocupar mi lugar. Por sus venas fluye la sangre de Yarilo y mía, sangre de dioses. ¡Es perfecta! Mi vínculo con ella es mayor de lo que me había imaginado en un principio. Impresionante, ¿verdad? ¡Qué de cositas sorprendentes te da la maternidad! Eso sí, es insaciable y voraz. Ya he tenido que pararle los pies en un par de ocasiones. ¡Quería comerse a mi David! ¿Cómo es posible? Esta niña del demonio, ¡qué revoltosa me ha salido! No reconoce a su padre como tal, y eso me

preocupa y hace daño, claro, porque yo lo había elegido a él como compañero; mi corazón muerto lo había elegido a él, había latido con él y por él, y ahora esto...

Morana nos está distanciando, lo sé.

Y es que son muchos problemas, demasiados, los que están minando nuestra relación. ¿Crees que exagero? Haré una lista con ellos y verás que no lo hago, que llevo razón. Nuestro matrimonio agoniza.

- 1) Sus constantes sospechas hacia mí y la niña.
- 2) El rechazo de Morana hacia él, o su deseo de comérselo, que es casi peor.
- 3) Ese anillo que no se quita ni a sol ni a sombra y que no me permite extirparle recuerdos incómodos como antes ni mirar dentro de él.
- 4) Alek
- 5) Alek
- 6) ALEK

Sí, lo confieso, ¡qué coño! He vuelto a las andadas con él tras el parto. ¡Es tan varonil! Es todo lo que me da David, pero en adulto, más bruto y primitivo, más Yarilo. Y, a pesar de todo, no puedo dejar a mi marido. Mi corazón está cosido al suyo, aunque ahora lo tenga dividido en dos partes. Ambos huelen igual, besan igual, los quiero igual. Un día siento que amo más a uno, y vuelo hacia él como si fuera mi único amor, como un mosquito a la luz, pero al

siguiente me sucede con el otro.

Quizá sea Morana la que lo decida todo. Como te acabo de contar, no reconoce a David como progenitor y lo ve como simple alimento. Y esto hace que me pregunte si no me equivoqué en mi elección. ¿Y si, en mi siguiente encuentro con Alek, le presento a mi pequeña a ver qué sucede? ¿Por qué no? Después de todo, Alek dejará a su esposa en cuanto yo se lo sugiera. Su matrimonio no está pasando por su mejor momento desde la repentina muerte de sus retoños. ¡Si supiera lo luminosos que me han quedado dentro de la cueva, no lloraría tanto! Bueno, igual sí...

Veremos qué sucede y si Morana acaba aceptando a alguno de los dos...

Diario de David

¡Hola, compi! ¿Qué te cuentas?

Yo ando jodido, tío. Ayer justamente te contaba que las cosas no iban muy bien y, *voilà*, hoy hemos discutido. Nuestra primera pelea seria, tío. Todo por culpa de ese apestoso osito de peluche, que huele como si un mono muerto lo hubiese usado de albornoz durante siglos y hubiera restregado su culo infecto con él. La cosa comenzó de la siguiente manera:

Como era domingo por la mañana, decidimos dar un paseíto familiar por el barrio. Ángela estaba preparando a la niña para protegerla del frío. Yo las dejé un momento en el pasillo para recoger nuestros abrigos del salón y, al volver, vi que mi mujer colocaba al puto oso en el cochecito junto a la niña, como si hubiéramos tenido gemelos, los dos ahí arropaditos.

Enseguida reparó en cómo torcí el morro. Creo que ella estaba dispuesta a pasarlo por alto, pero no sé qué me hizo saltar esta vez en lugar de estar calladito, y se lo solté:

—¿De dónde has sacado a ese horrible muñeco que huele a mierda?

Ángela me observó atónita. No podía creerse lo que acababa de decir, y yo tampoco, para qué negarlo. Sus ojos ardieron un momento, cerró los puños con rabia y me preguntó, pronunciando las sílabas con tanto cuidado que parecían cuchillos bailando delante de mis ojos:

—¿Qué has dicho?

Y yo (que debía de tener el día bastante kamikaze, porque no me lo explico si no), volví a escucharme hablar:

—Conozco a ese oso. Perteneció a mi tía Sonia. ¿De dónde lo has sacado?

El rostro de la mujer a la que amo se fue transformando a la velocidad del rayo: de la incredulidad a la ira, de la ira al sarcasmo.

—¡Vaya! ¿Lo reconoces, eh? No deberías hacerlo, pero entonces ya sabrás cómo lo he conseguido, ¿no?

«¿Lo sé? ¿Sé por qué tiene en su poder a ese condenado oso? Creo que no...».

Adivinó mi desconcierto y la mirada se le entristeció tanto que me hubiera lanzado a abrazarla de no ser porque sus palabras me detuvieron.

—No deberías recordar al oso, Yarilo. No deberías.

Y sus ojos se humedecieron hasta dejarla ciega, y a mí en ese momento sólo me importaba secárselos a besos, abrazos y «losientos», sin preguntarme siquiera por qué me había llamado con ese nombre extraño. Sin embargo, mi cuerpo no se movió. No podía. Me observó largamente desde el otro extremo del pasillo, como esperando algo de mí (no sé el qué) que no ocurrió, y sacudió la cabeza mientras hablaba con una tristeza infinita:

—No deberías. Me voy unos días, un tiempo, no sé.

Me quedé clavado en el sitio, aunque mis ojos le gritaban que no se fueran, que las amaba a los dos pese a todo. Pero ella no supo o no quiso escucharme, cogió una maletita que, para mí desconcierto, ya tenía preparada junto a sus piernas, y se fueron.

Así, sin más.

Se han ido.

Diario de Ángela

¡Lo he hecho! ¡Lo he hecho!

Me he ido de casa.

No sé por qué lo he hecho, pero quería hacerle daño. Además, tuve miedo, joder, y eso no me gusta. ¿Cómo se puede acordar de Nino? ¡Ningún mortal es capaz de recordarlo! Y, cuando esta vez lo he llamado por el nombre de Yarilo, nada. ¡No ha venido corriendo a mí! Es como si cada vez tuviera menos poder sobre él. La angustia me ha devorado por dentro y se lo he querido hacer pagar, pero no: mañana (o pasado) regreso a casa. Morana va a tener que aprender a respetar a su padre y yo tendré que aceptar que él es especial. ¿No es por eso por lo que me enamoré de él? ¡Pues claro, joder!

Ahora voy a encontrarme con Alek. Quiero despejar mis dudas, tomar una decisión en firme y evaluar el comportamiento de la niña con mi amante.

David

Buenas, amigo mío (por decir algo...).

He pasado una noche terrible. Me costó mucho conciliar el sueño pensando en qué estaría haciendo Ángela, si estaba bien, si me llamaría arrepentida, o si volvería en mitad de la noche como le gusta hacer.

Pero esta vez no fue ella quien vino, no.

Fue Nino.

Sí, como lo oyes. Parecía un sueño, él quería que creyera que se trataba de un sueño, pero yo sé que no lo era. Escucha...

Ángela

Soy una hija de puta y mi hija también.

Así, con todas las letras.

Anoche me cité con Alek, ¿sabes?

Tenía mis ojos cerrados y sentía que eran las manos de David las que me acariciaban, que era suya la lengua que lamía mis pezones, y eran suyos cada gemido y embestida.

Morana estaba tranquila en su capazo haciendo su lista mental de cosas que quería para comer cuando todo cambió bruscamente por culpa de Alek, quien se atrevió a susurrar el nombre de su esposa en lugar del mío.

Eso apagó mi fuego para encender otro, todavía más voraz, de modo que interrumpí mis movimientos cadenciosos sobre su cuerpo desnudo y le dije:

—Ve a conocer a tu hija, Yarilo.

David

Juro que estaba ya dormido cuando me pareció que algo me miraba fijamente. Abrí los ojos y los dirigí de inmediato hacia la ventana. Estaba despejada.

Sin embargo, la silla junto a ésta, donde coloco la ropa del día siguiente, era otro cantar. Sus ojos de botón me espiaban burlones. La luz de la luna se filtraba por el ventanal y alumbraba la sonrisa ladeada y tétrica del peluche.

Ángela

Alek me obedeció *ipso facto* y se levantó de la cama en cuanto lo descabalgué, fría y airada.

David

Me incorporé lentamente tiritando de miedo y de frío. El peluche no dejaba de mirarme y de reírse. Su tripa regordeta de felpa se agitaba entre temblores.

Ángela

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el incauto al inclinarse sobre mi bebé.

David

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté con un pánico atroz mientras me enrollaba la sábana en las manos por si saltaba sobre mí.

Ángela

Alek destapó a Moranita y ésta se saltó sobre su cara. Mi amante comenzó a aullar de dolor cuando sintió los dientecitos de alfiler de mi niña triturándole la cara. La sangre lo inundó todo. ¡Menuda fiesta se había montado la pequeña en un momento!

David

El oso destapó su boca de hilo negro y escupió un gran chorro de sangre a través de ella, convertida en una boca de riego. Después de que aquel río rojo se secara en su pequeño hocico de juguete, me dijo con una voz aguda e infantil:

—Tú serás el siguiente...

Seguidamente, me sorprendió con un ágil brinco sobre mí, pero, cuando alcé las manos con la sábana en alto a modo de escudo, nada chocó contra ella.

Había desaparecido.

Registré la habitación por completo, pero volvía a estar solo.

Ángela

Volvíamos a estar solas.

Alek había desaparecido bajo las competentes dentelladas de mi niña traviesa a una velocidad que incluso a mí me llegó a sorprender. Es implacable.

Y es que me pudo la rabia.

¿Cómo podía Alek haberme llamado A MÍ con el nombre de otra? No podía consentir una nueva infidelidad, un nuevo desplante.

¡De ninguna manera!

David jamás lo habría hecho.

David sí que es el amor de mi vida, quien me ama a pesar de todo.

Es lo que debió haber sido el cabrón de Yarilo: mi eterno y fiel compañero.

Él me ha dado a Morana además, ¿no es así?

Es el verdadero, el auténtico, no Alek.

Observé a la niña, que, satisfecha por la comilona, empezaba a dormirse con una sonrisa teñida de sangre.

Entonces decidí que sí, que me moría de ganas por regresar con mi marido.

No debí haberme ido...

David

Se había ido, sí, ¡pero a ver quién se dormía después de algo así!

Ya te imaginarás la noche de mierda que pasé. Cada vez que cerraba los ojos, me venía a la mente ese peluche espeluznante abriendo su gigantesco orificio negro y grana sobre mí hasta que me engullía y hacía desaparecer para siempre. Menos mal que llegó la luz del día y, poco a poco, volví a sentirme seguro.

Cada vez notaba mis párpados más pesados hasta que se cerraron del todo y caí como un tronco. Cuando volví a levantarlos, ella estaba ahí, sentada en la cama junto a mí, mirándome con los ojos llenos de amor.

Ángela

Regresamos al amanecer.

¿Para qué esperar?

Dejé a Morana en su cunita y me aparecí en nuestra habitación. David dormía profundamente, aunque se agitaba entre sueños intranquilos.

¡Era tan hermoso mirarlo!

Mi corazón ensayó un nuevo latido, que me pilló desprevenida y ruborizó mi cara.

Casi llegué a sentir calor en ella.

Me senté junto a él en el borde de la cama, acaricié sus mejillas para aliviarlo y capturé la pesadilla que estaba sufriendo.

No me gustó una mierda lo que vi.

¿Morana había usado a Nino para amenazarlo?

¿Ahora pretendía ir por él?

Tendría que hablar seriamente con mi bebé.
Un par de horas después, él abrió sus preciosos ojos
azules y el día amaneció para mí.

David

—¡Has vuelto! —exclamé pasmado—. ¿Cuánto llevas aquí? —añadí al ver que iba vestida con la ropa del día anterior.

—Acabo de llegar —me dijo cogiéndome las manos con afecto, aunque no la creí.

Sabía que me iba a decir algo serio y eso me asustó, pero tragué saliva y me adelanté a ella antes de que pudiera soltarme su veredicto:

—Te adoro y te prometo que no hay nada que me alegre más que verte de nuevo aquí, pero no quiero a ese oso de peluche dentro de nuestra casa, Ángela, ni cerca de mí ni de nuestra hija. No lo quiero.

Ángela

Lo miré largo y tendido.
Lo podía comprender después de haber presenciado
su pesadilla y de saber quién estaba detrás de ella.

David

—Está bien —asintió ella al rato.

Sólo dijo eso, «está bien», pero sentí que, con esas dos tontas palabras, me estaba concediendo algo mucho más importante que el simple hecho de deshacernos del maldito oso.

Ángela

Asentí. Dije que sí, ¡que sí!
Le estaba quitando el canalizador a mi hija para

protegerlo a él de ella.
¡Estaba escogiendo a mi amor frente a mi hija! David nunca llegará a entender lo que acababa de hacer por él.
Con ese «sí» me rendía enteramente a él, le estaba confesando que lo amaba más de lo que yo reconocía, le estaba prometiendo mi amor eterno.
Yo... nunca lo mataré. Nunca.
Será inmortal.
Pero eso... él nunca lo sabrá.

Santurce (Vizcaya), viernes 24 de noviembre, 2017

Diario de David

¡Tío, qué feliz soy!

Sí, ya lo sé. ¿Te crees que no me doy cuenta de que mi vida es una alocada montaña rusa y que a cada rato te cuento una cosa distinta? Pero es que, desde nuestra pelea, ¡todo va tan bien otra vez! Si no fuera por nuestra hija, claro... Ángela me mimaba como nunca. No sé qué narices hizo con el asqueroso oso (ni me importa), pero ahora por fin parece tan entregada como yo, ¿sabes qué te digo?

Soy muy feliz, tío, muy feliz. Hemos vuelto a disfrutar del sexo como antes, ella no deja de buscar mi mano y el contacto conmigo, me recoge de clase a la salida del máster, está pendiente de mí y nuestros dedos no dejan de enredarse amorosos entre ellos, el cabello o la piel del otro. ¡Qué cojonudamente feliz soy! Casi me da cosilla ir la semana que viene a ver a Marta, ¿sabes? Porque siento que estoy engañando a Ángela y porque reconozco que soy un cobarde: prefiero seguir así de guay con mi mujer antes de enterarme de algo que lo estropee.

¡Ya sé lo que piensas! Pese a eso, iré: se lo debo a ama y a la amama. Y oye, igual hasta consigo que madre e hija se reconcilien, ¿no? Vaaaaale, ya sé

que me estoy engañando con todo. No, no me he olvidado de nada de lo que ha ocurrido, pero yo únicamente quiero ser feliz, ¡joder! Tampoco pido tanto, ¿no?

Ainsss, si no fuera por nuestra maldita hija... Creo que Ángela también nota cómo me mira el bebé (o cómo la miro yo) y ahora apenas me permite que me ocupe de ella. Es como si... como si no quisiera que me quedara a solas con la niña. Es raro, ¿eh? ¿Y si nota mi hostilidad hacia ella (¡joder, qué mal padre me siento, kontxo!) y tiene miedo de que le haga algo?

Pero no, yo no podría hacerle nada malo a nuestra hija, ¡por Dios!

¿O sí?

Diario de Ángela

¡He sido tan tonta negándome a mí misma esta felicidad! He luchado demasiado tiempo contra el amor. Sí, decía que quería sentir, pero a la vez tenía miedo por si me transformaba, por si me humanizaba demasiado. Daba un paso hacia delante con él, pero enseguida desandaba dos, y así ha sido nuestra relación desde el inicio. Lo reconozco.

Pero ahora ya no.

Ahora soy una Ángela nueva, feliz, maravillada de estar infectada de vida, de sentimientos, de amor, ¡de todo!

Incluso le llevé a Nino de vuelta a la mocosa desagradecida de Sonia. No sé, que estoy en plan chachi, ¿sabes? (¡La Muerte diciendo «chachi»! No te lo esperabas, ¿eh? ¡Te jodes!) En fin, que me apetece sonreír, bailar, y reír sin cortarme un pelo. Ya no mato como antes, ¡y me la pela! Sólo me falta mear purpurina y, ¿sabes qué, diario? ¡Tampoco me importaría!

Si lo llego a saber antes..., jamás habría opuesto tanta

resistencia a eso de tener sentimientos, coño. Incluso me alegro de que Morana no tenga el canalizador. Se está volviendo demasiado peligrosa y destructiva, y más bien necesita que la refrene un poco. He tratado de hacerle ver que es su padre, con lo que eso entraña para ella y para mí, pero ¿quién la convence ahora cuando probó la sangre de su abuela estando en mi vientre, y luego la de Alek? No entra en razón y, en esas condiciones, no permitiré que David se quede a solas con ella. Me da miedo que trate de comérselo. Sé que lo haría si yo diera mi consentimiento.

Y sin él, también...

¡Quién me ha visto y quién me ve! ¿A que sí? ¡La Muerte salvando vidas! Pero es que sentirse vivo y enamorado es tan adictivo cuando te rindes por fin a ellos...

Santurce (Vizcaya), miércoles 29 de noviembre, 2017

Diario de David

Tengo pocas novedades esta vez, amigo mío. Con Ángela sigue todo igual (es decir, perfecto); y con la niña, también (es decir, fatal). Y yo cada vez le estoy cogiendo más miedo y rechazo. De hecho, anoche tuve un sueño escalofriante con ella. Te cuento cómo fue:

En plena noche, me levantaba de la cama sin hacer ruido. Ángela dormía a pierna suelta (cosa extraña en ella, que parece no dormir nunca; pero bueno, era un sueño), y yo me deslizaba con un sigilo que sólo podía implicar algo malo.

Salí de nuestro dormitorio y me acerqué a la cunita donde la niña dormía. Por un momento se me ablandó el corazón al verla tan idéntica a

Ángela, tan pequeña e indefensa, tan dormidita..., pero entonces abrió sus ojos de color cambiante y esbozó una mueca por la que asomaron unos colmillos que parecían agujas de coser de las abuelas y que estaban teñidos de rojo. La cogí en brazos reprimiendo una arcada y corrí con ella a la bañera.

Ni siquiera me sorprendió encontrarla preparada, llena de agua caliente. La sumergí en el agua con violencia y ahí la retuve mientras su pequeño cuerpecito se agitaba con una fuerza inusitadamente descomunal. Cuando aún se revolvía bajo el agua, pataleando y manoteando, pude escuchar la voz de la abuela dentro de mí, diciendo que siguiera, que ahogara al cocodrilo antes de que se comiera a todos. El cuerpo de mi hija flotaba inerte en la bañera. Me quedé un buen rato para asegurarme de que la había matado de verdad, y regresé a la cama con una indescriptible sensación de triunfo y orgullo.

¿No es horrible? ¡Es como lo que nos contó Christian de los asesinatos de bebés! ¡Yo no quiero matar a mi niña! ¡No quiero! Empiezo a tener miedo de mí mismo, de lo que pueda hacerle, de ser un nuevo asesino en la «Casa de los Bebés muertos».

¡No quiero!

Diario de Ángela

¡Me cago en todos los putos humanos!

Sí, en vosotros, ¡joder! Anoche la SinOjo se las arregló para contactar con David y le hizo llegar un sueño. Tengo que acabar con Natalia ya mismo. Sonia se va a poner hecha una furia, pero ¿qué clase de madre sería yo si consiento que una vieja meta ideas en la cabeza de su nieto para que éste ahogue a su propia hija? ¡Será desgraciada!

Sé que ahora David se siente tentado, que esa imagen no se le irá jamás de la cabeza, pues él sabe..., en su interior sabe que nuestra niña no es como las demás, que es única y deliciosamente malvada en su esencia.

Y yo... he sido una inconsciente.
Es imposible que esto salga bien, ¿sabes?

Santurce (Vizcaya), jueves 30 de noviembre, 2017

Diario de David

¡Hey, compañero!

Me acaban de llamar de la cárcel para confirmar mi cita con Marta este domingo. Me han preguntado si aún quiero asistir. Les he dicho que por supuesto. ¡No faltaría a ella por nada del mundo!

Ahora debo dejarte, que Ángela no ha venido a buscarme hoy a clase, y aquí viene el autobús para ir a casa. ¡Luego te escribo!

Diario de Ángela

No puedo estar toda la vida protegiendo al uno del otro. Llegará un momento en que no yo esté entre ellos, aunque sea por unos segundos (que me haya ido a cazar, a lo que sea), y esos segundos los aprovechará Morana, mucho antes de que su padre pueda defenderse. Lo atacará y devorará. Lo hará. Estoy segurísima.

Me he confundid...

—¡Hola, mi amor! —gritó David al entrar en la casa.

Ángela levantó la cabeza inmediatamente y en su cara se dibujó una

mueca de dolor al escuchar su voz. Cerró el diario y aguardó a que éste asomara su adorable sonrisa por el umbral del salón mientras sus pisadas se iban haciendo cada vez más cercanas.

David

Lo supe en cuanto la vi. Lo leí en sus ojos.

Ángela

Lo supo en cuanto me vio. Lo leyó en mis ojos.

David

—¿Te marchas, verdad? —le dije con una certeza absoluta que no sabía de dónde venía y que me apuñaló las entrañas.

Tuve que apoyarme en el marco de la puerta para no caer al suelo.

Ángela

—Nos vamos —le confirmé yo.

Él me miró con los ojos cristalinos. Primero a mí, luego a la niña, que dormía en el cochecito, y finalmente se fijó en las maletas junto al carro del bebé.

David

Sólo acerté a preguntar una cosa, una estúpida cosa:

—¿Por qué?

—Porque te amo —dijo ella.
Y no sé por qué, pero la creí.

Ángela

—Te amo —repetí con la voz rota.
Y creo que me creyó, aunque jamás sepa que con mi
partida le estaba dando el mayor regalo: su vida.
Lo quería vivo y feliz.
Lo había comprendido al fin.
«Te amo, David, y no puedo dejar que Morana acabe
contigo».
«Te amo y te doy la vida, pero mi corazón se queda
contigo, porque están cosidos».
Todo eso se lo dije con la mirada empañada, sin
palabras.

David

Se levantó de la silla, guardó su diario en la bolsa del carro de Morana, y se acercó a mí. Fue sólo un segundo: apoyó sus labios gélidos sobre los míos, que, por primera, vez estaban más fríos que los de ella.

Ángela

Y lo besé. Nuestro último beso de amor.
Cogí las maletas, las llevé hasta el coche, repetí la
operación con la niña, y le dije adiós sin mirar atrás o toda
mi generosidad se esfumaría al verlo.

No quería convertirme en Orfeo y matar a mi
Eurídice^[1]. No podía volver la cabeza. No.
David se merecía vivir.

David

Y sus labios se posaron en los míos. Y sabían a dolor y despedida. Pero también me supieron a ella, como si me hubiese dejado algo suyo, muy íntimo, en ese beso. Era, no sé... como si mi corazón pesara más, como si se hubiera fundido con el suyo.

Y se fue. Sin más.

Sin peleas, gritos ni reproches.

La vi alejarse con nuestra hija.

Ángela me ha abandonado.

Y ahora, ¿qué me queda?

Marta

Centro Penitenciario de Álava (País Vasco), domingo 3 de diciembre, 2017.

—Por aquí, joven —le informó una agente de prisiones entrada en carnes con una simpatía que contrastaba con la imagen mental que se había hecho sobre el gremio a causa de su cultura cinematográfica.

David movió la cabeza de arriba abajo para mostrar su conformidad y barrió la habitación de un vistazo en cuanto la mujer salió de la estancia. Era agradable. De nuevo, nada era como se lo había imaginado: no había cristales de por medio que separaran a las presas de sus familiares o amigos, ni cualquier otro símbolo que asociaras a una prisión. Se trataba de un cuarto bien iluminado y aireado de enormes ventanales enrejados y en el que competían en número muebles y personas. Hizo un cálculo mental y computó seis mesas cuadradas, veinticuatro sillas, cinco residentes, diez visitantes (excluyéndolo a él), y dos agentes, estratégicamente apostadas en paredes opuestas. Podría pasar perfectamente por una sala de lectura o estudio, o una cafetería, si se ignoraba que no hubiera más muebles o *atrezzo* del mencionado.

Una de las agentes capturó su atención con la mano para indicarle que ocupara la sexta (y única) mesa libre, puesto que se había detenido en la entrada. El muchacho esbozó una tímida sonrisa antes de avanzar hacia el lugar señalado. Se sentó en una de las sillas metálicas con un ademán nervioso y, en un ataque repentino de ansiedad, acarició la tarjeta de visita oculta en su bolsillo a través del forro del abrigo. Sus huesos le susurraban que aquella visita sería relevante para él, mucho. Trataba de engañarse a sí mismo diciendo que se debía a esa tarjeta y a la responsabilidad de cumplir la promesa realizada a su madre, pero, muy en el fondo, sabía que su propósito real era otro. David estaba ahí para descubrir todo lo que pudiera de Ángela, algún rastro o pista fiable que lo llevara a encontrarla. Luego la convencería

para que volviera con él a casa.

Sólo habían transcurrido cuatro días desde que lo abandonara, pero el sufrimiento por la ausencia de su familia amenazaba con destruir su cordura, cada vez más inestable.

Sí. Debía localizar a Ángela y Marta le diría cómo hacerlo. Seguro.

La agente de grandes posaderas y mayor sonrisa hizo su entrada acompañada de una mujer de intensos ojos verdes y cabellos castaños. David se quedó sin respiración al apreciar el asombroso parecido con su esposa. Si no fuera por esos surcos que desfilaban por su rostro y que contaban a gritos el sufrimiento padecido, David podría haberlas llegado a confundir.

Marta sonrió a la agente en señal de despedida, asió la silla situada frente a él y se sentó en una pose tensa y a la expectativa, como dispuesta a huir ante el primer síntoma de peligro o molestia. David forzó un arco incómodo con los labios, pues la actitud de la mujer le hacía sentirse como un depredador.

—No te voy a hacer daño —dijo él de forma improvisada e inconsciente.

Su suegra (¿o ex suegra?) lo miró por primera vez a los ojos, frunció la boca en un rictus que pretendía ser una sonrisa, y relajó la tensión de sus extremidades a la vez que respondía:

—Lo sé, pero quizá yo sí te lo haga a ti.

Aquellas palabras hicieron enmudecer a David, aunque lograron el efecto contrario en las residentes, que se giraron hacia ellos entre cuchicheos y ojeadas continuas. La mujer se volvió hacia las internas y negó con la cabeza, poniendo los ojos en blanco. Después enfocó sus esmeraldas en el chico y sonrió, en esa ocasión de verdad.

—Te tiras unos quince años sin hablar y luego te miran como un bicho raro porque un día abres la boca, ¿tú te crees? —bromeó la mujer.

David fingió unas débiles risas sin dejar de preguntarse si esa mujer estaba bien de la cabeza y si él mismo no lo estaba.

—Yo he... —comenzó a explicarse.

—Aguarda —le detuvo la mujer.

Nuevos murmullos cruzaron la habitación. Todos los ojos estaban pendientes de ellos dos, como si fueran la función estrella del circo, un hámster tocando el arpa o una foca tejiendo calceta.

—Que sí, coño, que estoy hablando de nuevo —les dijo a sus compañeras, que manifestaban más interés en ella que en sus propias visitas

—. Ahora cada una a lo suyo, que el tiempo corre.

Las cinco mujeres bajaron la vista avergonzadas y volvieron a prestar atención a los suyos. Las voces crecieron de nuevo y, en la seguridad que le proporcionaba el ruido de fondo, le dijo a su visita:

—Presta atención. Tenemos una hora y no sé exactamente a qué has venido ni qué buscas, pero, si he accedido a este encuentro y a volver a hablar a pesar de mi juramento, es para contarte yo a ti una historia, no tú a mí. Las reglas son las siguientes: yo hablo, tú escuchas. No hay más. Sin interrupciones ni preguntas, a no ser que te dé pie, que te pregunte yo algo o que nos sobre tiempo. Si incumples mis condiciones, me levantaré de la silla sin decirte nada y me iré. La visita habrá concluido y jamás te daré otra, ¿comprendido?

—Comprendido —aceptó el chaval, amedrentado ante el tono de la mujer.

«No sé si sería buena psicóloga, pero la autoridad policial no la ha perdido, desde luego», se dijo él mientras trataba de tranquilizarse y prepararse para la historia que vendría a continuación.

—Conocí a tu madre y a tu abuela —comenzó Marta, echando su cuerpo hacia adelante para propiciar la cercanía—, en el 84, al día siguiente de la desaparición de tu tía Sonia. También ahí conocí al abogado amigo de la familia, Juanfran, con el que acabé casándome. Al principio todo apuntaba a un caso de filicidio. Tu abuela mostraba claras evidencias de estar trastornada y llegó incluso a sugerir el asesinato, pero nunca se demostró nada. A ella la ingresaron en un psiquiátrico, en el que imagino que continuará hasta el fin de sus días.

Un gesto de dolor se asomó al rostro de David ante la alusión, pero se mantuvo en silencio con los puños cerrados y las uñas clavadas en las manos. Marta lo captó enseguida, y le ofreció una sonrisa de camaradería y empatía que el otro agradeció.

—Lo lamento, pero debo continuar o se nos echará el tiempo encima — se justificó la mujer, que parecía haber perdido parte del aplomo (o dureza) inicial al observar lo desvalido que se mostraba el chico—. A tu abuela la ingresaron, decía, y a tu madre la llevaron a un centro de acogida. Yo seguí estudiando el caso mucho después de que lo cerráramos oficialmente. Para entonces, Juanfran y yo estábamos ya enamorados y prometidos, aunque nunca nos olvidamos de vuestra familia. De hecho, Juanfran empezó a visitar a tu madre al orfanato en calidad de abogado y amigo de la familia. A mí no me

hacían demasiada gracia esas visitas, ¿sabes? A pesar de que ella era una chiquilla, siempre pensé que entre ellos había cierta conexión, y eso me provocaba celos terribles (aunque yo me guardaba muy mucho de ocultarlos dentro de mí), además de hacerme sentir miserable por esos sentimientos estúpidos.

»Nos casamos en el 86, sólo dos años de la desaparición de Sonia, y en el 87 quedé embarazada de ella: Ángela. No sé qué se nos pasó a ambos por la cabeza al ponerle ese nombre, pero ahora creo que algo nos «empujó» a hacerlo. Así pues, ignoramos las alusiones terriblemente proféticas a las que aludía Alba en sus diarios y le pusimos ese nombre, convencidos de que era el nombre más precioso y mágico del mundo, porque así lo había soñado yo.

»La niña, tu... esposa, nació en el 88. Los primeros meses todo fue bien. Quizá era un poco despierta para su edad, y aprendió a hablar y a caminar antes de tiempo, ¿pero qué padre no estaría encantado de tener un hijo precoz con tales muestras de inteligencia? No lo vimos venir hasta el primer incidente grave y, aun así, seguimos engañándonos un tiempo más.

David se agitó en su asiento con nerviosismo. El relato parecía centrarse justo en lo que él quería: Ángela, y se moría de ganas por preguntarle de qué incidente se trataba. No obstante, se contuvo y se limitó a mirarla con ojos interrogantes. Marta asintió a su vez, adivinando su malestar.

—Cuando tenía solamente dos años y pico, su padre la encontró en el patio trasero de casa jugando con nuestra gatita, Zuri. —David dio un respingo al escuchar aquel nombre—. Sólo que no estaba «jugando». La había abierto en canal y usaba su sangre para pintar en el suelo. Cuando Juanfran la descubrió, nuestra hija se llevó a la boca al pobre animal muerto y comenzó a masticarlo. Gracias a Dios que yo estaba de servicio y no llegué a verlo, pero ahí mi marido y yo nos dimos cuenta de que esa niña era cualquier cosa menos una niña. Más tarde empezaron las desapariciones de las mascotas de nuestros vecinos y nos vimos implicados en un eterno tormento por saber que estábamos protegiendo a un monstruo, pero nuestro monstruito al fin y al cabo, nuestro. Las cosas empeoraron aún más ese año. Habíamos matriculado a la niña en su primer curso de Jardín de Infancia y, bueno, notamos de inmediato que no le gustaba mucho, que no se llevaba bien con los demás niños, pero nos mantuvimos firmes en nuestra decisión pensando que acabaría por claudicar y relacionarse como todos, que era cuestión de tiempo.

»Nos equivocamos —suspiró al tiempo que se limpiaba una lágrima que comenzaba a asomarse—. A finales de curso discutió con un niño por un

juguete. El pobre crío se lo había prestado para que jugara un rato con él y, cuando fue a reclamárselo, Ángela comenzó a patear y a chillar que era suyo, que ahora le pertenecía. El niño se molestó y debió de tirarle del pelo o darle una patadita suave, pero (siempre según la versión de las dos cuidadoras de la escuela infantil) Ángela se sulfuró con él, saltó sobre su cara y le arrancó media oreja de un mordisco. ¡De un mordisco! —exclamó la mujer aterrada al revivir aquellos días—. ¡Y sólo tenía tres añitos!

Marta hizo una leve pausa, que David aprovechó para sacar un paquete de chicles, tomar uno para él y ofrecerle otro a ella. Quizá masticar algo los ayudara a ambos a serenar los furiosos latidos de sus corazones. Marta cogió uno y agradeció el gesto con una sonrisa que albergaba tanto dolor que no dejaba espacio para nada más. Era una sonrisa más triste que las propias lágrimas. David se prometió que nunca sonreiría así.

—Discutimos mucho aquel verano sobre qué hacer con ella porque los «incidentes» cada vez eran más numerosos, frecuentes e intensos. Finalmente, en septiembre enviamos a Ángela a estudiar a un internado suizo muy prestigioso, famoso por su severidad y por su alto índice de éxitos a la hora de erradicar ciertos comportamientos «molestos». Durante ese primer curso, las cosas parecían ir más o menos bien. La niña venía a vernos en vacaciones o bien íbamos nosotros, e incluso parecía querernos, echarnos de menos. Nos confiamos. En el 94 sucedió la primera desgracia: la compañera de cuarto de nuestra hija se desnucó al caer desde lo alto de las escaleras. Nadie sospechó de Ángela y todos lo asumieron como accidental, pero Juanfran y yo intuíamos que no era así. Nuestra mala conciencia, lejos de fortificar nuestra relación, empezó a distanciarnos. Nos amábamos, o eso creía, pero el dolor y la culpabilidad que sentíamos nos alejaba y aislaba cada vez más hasta que llegó la gran bronca y mis celos por tu madre, que ya era mayor de edad por aquel entonces y había salido del orfanato. En mi cabeza, el monstruo de los celos terminó de hacer todo el trabajo. Nos dijimos cosas terribles, terribles, impropias de nosotros y del respeto que nos teníamos. Cuando él confesó que sí, que estaba enamorado de Alba, aunque no sabía cómo había sucedido puesto que se había mantenido alejado de ella, yo le escupí que quería el divorcio, y así fue cómo finalizó nuestro feliz matrimonio en 1995. Él se trasladó a un bufete de Londres de un amigo suyo, y yo solicité una excedencia y viajé hasta suiza para estar cerca de Ángela. Era su madre y todavía quería creer que podía hacer algo por ella, ¿sabes?, que no era tan mala. Que no era el demonio...

»Sólo un año más tarde, mi ex marido murió en extrañas circunstancias (como también le había ocurrido a tu abuelo, quien, por cierto, acabó en la cárcel igual que yo, aunque él sólo por tentativa de homicidio). Todavía recuerdo la sonrisa maléfica de mi hija cuando se lo comuniqué. Ahí ya no tenía dudas de que esa niña no era un ser humano, pero seguí callada, quizá por inercia, quizá por miedo. ¡Yo, que era agente de policía, número uno en mi promoción, y psicóloga infantil especialista en casos traumáticos, me callé! Y, entonces, una nueva desgracia azotó al internado, pero esa vez ya nadie se creyó que fuese accidental cuando encontraron a la nueva compañera de cuarto de mi hija ahogada en el lavabo. El espejo estaba manchado de sangre y roto; seguramente quebrado por el impacto de su cara, pues la tenía llena de fragmentos de cristal. Todas las niñas apuntaron hacia Ángela histéricas, rogando que no le pusieran ninguna compañera de cuarto más. Cuando la policía acudió a investigar, Ángela había desaparecido. Así, sin más.

—¿No...? —se le escapó a David, que enseguida se tapó la boca con ambas manos.

Ella abanicó el aire para restarle importancia a la pequeña infracción de su acuerdo y prosiguió:

—No. Nunca apareció. Y te estarás preguntando cómo es eso posible, cómo es posible que una chiquilla de ocho años pueda volatilizarse, no ser encontrada jamás, que estuviera acusada (o, al menos, fuera sospechosa) de asesinato y, años más tarde, pueda regresar a la sociedad convertida en una prestigiosa abogada, manteniendo su nombre y apellidos, sin ocultarse ni ser requerida por la justicia. ¿A que sí? —David asintió—. Muy fácil. Lo hizo desaparecer. Borró todo del sistema, y cuando hablo del sistema no me refiero únicamente a los ordenadores, a los expedientes del internado y los policiales; me refiero también a la memoria de todos los implicados. A todos se la borró porque, ¿quién iba a buscarla por algo que nadie recuerda que haya sucedido? Sólo había un problema: yo. Yo era su madre biológica y eso, de algún retorcido modo, me confirió cierto poder que le impedía tocar mi cerebro. ¡Ojalá hubiera podido! —se lamentó. Ahora lloraba con intensidad, obviando el desfile de lágrimas que surcaba su rostro—. Yo lo habría olvidado todo y habría podido incluso rehacer mi vida. Pero no fue así y, cuando se dio cuenta, me lo hizo pagar como años antes a su padre.

»Regresé a España muy deprimida. Ya no tenía nada que hacer en ese frío país, mi amado (ex) marido estaba muerto y yo extrañaba a mi gente. Aquí tenía a mis amigos y a mi familia, y al menos conservaba el empleo. Eso me

haría tirar para adelante. O eso es lo que pensé al menos...

»Llevaba un mes reincorporada a mi puesto cuando nos llamaron para un nuevo caso de desaparición infantil. En esa ocasión se trataba de un niño de apenas un año, hijo único. Sus padres, un matrimonio jovencísimo, estaban destrozados. Subí a la habitación del crío (se trataba de una vivienda unifamiliar típica de San Vicente, en Barakaldo. No sé si conoces la zona...) —Marta hizo una pausa para animar al muchacho a responder y continuó cuando éste negó con la cabeza—. He pensado mucho en aquel día desde entonces. Cuando estaba inspeccionando el dormitorio del pequeño, sentí una presión intensa en la nuca y la certeza de que alguien (o algo) me estaba controlando, espionando, a través de la ventana. Me giré disimuladamente hacia allí unos treinta grados, y vi por el rabillo del ojo ¡a mi hija! Estaba encaramada al cristal, no me preguntes cómo porque estábamos en un segundo piso y no había árboles ni farolas cerca, ni nada por lo que subir hasta allí y sujetarse. Ángela sonreía con la boca llena de sangre.

»—Hola, mamá. Sé que me ves, no disimules —dijo alto y claro desde el otro lado.

»El pecho comenzó a dolerme, como si una mano fuerte y firme me estuviera apretujando el corazón. Me di la vuelta lentamente mientras me mentalizaba con la idea de que iba a morir ahí mismo. Sí, eso es lo que pensaba en ese momento, pero nada de aquello sucedió. En su lugar, me topé con la cara de mi hija observándome con simpatía. Estaba algo más alta y, de no ser por la sangre que manchaba su piel y por esos ojos, que en lugar de verdes se habían convertido en un azul desvaído, casi diría que no había cambiado nada. Me guiñó un ojo, me saludó con su manita como si nada y desapareció. Aquella imagen me perturbó. No sabía si me había vuelto loca, si había sido real, de modo que callé y no les dije nada a mis compañeros.

»Esa misma tarde me acosté según llegué a casa (la casa que habíamos comprado en su día Juanfran y yo para tener nuestra familia). La cabeza me iba a explotar y yo necesitaba un respiro. Y tuve un sueño, un sueño con ella. Había conseguido infiltrarse en una familia francesa y vivía como un miembro más en calidad de niña de acogida. Cómo lo hizo, cómo llegó hasta allí y con qué propósito, nunca me ha quedado claro. Lo importante es que la descubrí ahí, viviendo con esa otra familia, hablando en francés como si fuera nativa, hasta que ella me vio. Se quedó sorprendida al notarme y farfulló que Alba ya se lo había hecho una vez y se lo hizo pagar con las muertes de su padre y de su amante, y que ahora lo pagaría yo.

»Desperté de inmediato, bañada en sudores fríos, con el horrible convencimiento de que alguien iba a morir, ¿pero quién? ¿Podría proteger a cuantos amaba de algo tan contundente e imbatible como es la muerte? La respuesta siempre será «no». No se puede. Tres noches más tarde asaltaron la casa de mis padres, a robar según la versión oficial, aunque no tocaron el joyero ni otros objetos de valor. «Sólo» les robaron la vida a ellos con sendos disparos a bocajarro. Por supuesto, nunca encontraron a los culpables, y yo me quedé con unos padres enterrados y una hija desaparecida cuya existencia me parecía cada vez más intolerable.

»Como ya no tenía nada que perder (o eso creía yo), comencé a investigar por mi cuenta. Gracias a mi puesto de psicóloga y de policía, pude acceder a numerosos archivos vetados a la población «civil», y descubrí cientos de casos de desaparición, similares al de tu tía, que se dieron en España (e intuyo que en todas las partes del mundo). Pero lo más inquietante fue que, una y otra vez, la investigación me llevaba a la casa en la que todo comenzó para mí, la «Casa de los Bebés Muertos», donde ocurrieron decenas de crímenes horripilantes antes de que Sonia desapareciese. ¿La conoces? ¿Esa casa enorme de Santurtzi con la puerta verde, con su corral y su terrenito? —preguntó la mujer con cierta ansiedad.

—Sí, es mi casa y vivo en ella —respondió David—. También lo hacían Ángela y nuestra hija hasta hace nada, pero... —se empezó a explicar él, impaciente por contarle y preguntarle lo que necesitaba, pero Marta abortó su intento con un gesto brusco con la mano en cuanto se recuperó de la noticia y la lividez de su cara se extinguió.

—Más tarde, si nos queda tiempo... —añadió mientras se preparaba para seguir relatando la historia de su vida como si supiera que sólo tendría esa oportunidad para hacerlo—. Descubrí que la casa tenía un historial de muertes que rompía cualquier estadística, e historias que remitían todo el tiempo al nombre de Ángela. Eso me llevó a investigar más noticias en las que ese nombre estuviera implicado y averigüé cosas terribles, espeluznantes y terribles. Saqué copias de todo, imprimí y fotocopié extractos de nuestros archivos, de periódicos, de artículos de la red... y los recopilé en una caja.

—¿Qué...? —volvió a decir el chico, incapaz de contenerse.

—Digamos que reuní una especie de biografía de mi hija que me llevaba a muchos años antes de que naciera: fotos, historias... pruebas, en definitiva, de que no era humana. Por entonces todavía no estaba segura de qué era, si se trataba de un espíritu, de un demonio... Faltaban varios sucesos más

para que fuera plenamente consciente de su identidad: la Muerte. Pero volvamos al pasado. Me pasé años investigando, reuniendo pruebas de todo sin saber muy bien qué era ese todo ni qué hacer con ello hasta que tuve un sueño con Alba.

David agigantó los ojos al escuchar la mención de su madre. A él, que había venido buscando respuestas sobre su mujer y sobre aquella tarjeta, no se le había ocurrido que aquel encuentro también arrojará luz sobre la historia de su madre. Se inclinó hacia adelante para escucharla y dejó que ésta le envolviera las manos con las suyas.

—En el sueño vi a Ángela acechando de nuevo a vuestra familia. Tú ya habías nacido y Ángela era una adolescente de quince años, pero la reconocí sin lugar a dudas. Había regresado a España. No podía tolerarlo y, además, sentía que le debía una a tu madre, ¿sabes? Por mis tontos celos y por cómo la recuerdo de niña, con ese desparpajo natural y esa fe en mí cuando me entregó a su mejor amigo, Mickey (su diario), para que me ayudara a encontrar a su tata. Debía avisarla de que volvíais a estar en peligro, de modo que cogí mi coche, entregué la caja de las pruebas a mi vecino por si me sucedía algo, y me dirigí a vuestro piso a toda velocidad.

»Sin embargo, nunca llegué a vuestra casa porque tuve un accidente en el camino; choqué frontalmente con un vehículo que también iba a buena velocidad. Lo siento, lo juro que lo siento... No entiendo todavía cómo, de repente, su vehículo estaba en el carril contrario, en el mío. Perdóname, David...

El chico la miró extrañado. ¿Por qué le pedía perdón a él por haber tenido un accidente de tráfico? ¡Qué tontería! ¿Y si todo lo que le estaba contando era producto de una mente chalada? El chaval se desasíó de sus manos y echó involuntariamente el cuerpo hacia atrás, marcando las distancias con aquel gesto y una mirada suspicaz.

—Corría el año 2003, David. Las navidades del 2003 —matizó ella con tristeza.

El asombro saltó a los ojos celestes del muchacho. Abrió la boca para decir algo, pero sólo consiguió proferir un gemido agónico que se perdió entre los espasmos de su barbilla.

—¿T-t-túúú? —siseó al rato.

—Sí. Choqué con el coche de tus abuelos paternos. Ellos y Unai, tu padre, murieron en el acto. Todavía no me explico cómo pudieron aparecerse de la nada en mi carril. No hay explicación posible, salvo que Ángela lo

provocara. Quizá quiso quitarse dos problemas de un plumazo: a aquéllos que podrían protegerte si a tu madre le sucediera algo, por un lado; y a mí, por otro. Pero yo no morí.

—No puedo creérmelo. ¿Tú fuiste la persona que chocó contra mis aititas^[12]? ¿La que mató a mi aita? —repitió en *shock*, olvidando definitivamente las reglas fijadas por ella.

—Así es. Pero yo no fui... Ellos se me echaron encima y no pude, no pude... —tartamudeó la presa, perdiendo del todo el aplomo inicial—. Fue Ángela, estoy convencida. Ella quería librarse de todos nosotros y, aunque no lo logró conmigo en ese momento (creo que cambió de idea, por las cosas que pasaron después, y por eso yo sobreviví)... Pero, como te iba diciendo, aunque salí milagrosamente con vida del choque, aquello, como es obvio, me impidió llegar a veros y contarle a tu madre lo que había averiguado y advertirle de que estabais en peligro. Siempre me he preguntado qué habría pasado con nuestras vidas si aquella noche hubiera llegado a vuestra casa, si hubiera hablado con tu madre; si habría sido distinto...

David la miraba espantado. La revelación le había congelado la mirada y un manto helado había caído sobre su mente. ¡Esa mujer, aunque inocente, era la que le había arrebatado la vida a aita y a los aitites! Se mordió el labio inferior hasta hacerlo sangrar y tocó de nuevo la tarjeta escondida en el interior de su bolsillo. Aquel gesto le devolvió cierta paz y esbozó una sonrisa para Marta. No, ella no había tenido la culpa. Era una víctima más. Lo vio en su mirada triste y en esas marcas de sufrimiento que cruzaban su cara como un mapa antiguo de carreteras.

—Estuve en coma casi dos semanas —se obligó a seguir—. Al principio no recordaba gran cosa. Los médicos dijeron que sufría amnesia temporal y, durante un mes más o menos, me olvidé de todo, incluso de ella. Después de que me dieran el alta, mi vecino me vino a visitar con la caja entre sus manos, la caja que era el resultado de años de indagaciones, y todo regresó a mi mente en ese instante. Tenía las piernas rotas, una cuidadora que lo hacía todo por mí mientras duraba mi invalidez, y una decisión suicida: salvaros.

»Todo se volvió más negro y oscuro cuando, buscando vuestro número en la red, me saltó la noticia de la muerte de Unai y sus padres. ¡No podía creerlo! ¡Se trataba de mi propio accidente! ¡De mi coche hundido en el de ellos! ¡No podía ser casualidad! Amplié la imagen. La fotografía debía de haber sido tomada por un sanitario, un bombero, un policía o un periodista,

¡vete a saber!, y en ella salían ambos coches. El suyo, hecho un acordeón, lo estaban abriendo por la parte superior para rescatar los cadáveres; y a mí se me veía inconsciente y llena de sangre sobre la fachada mientras trataban de estabilizarme. Sin embargo, lo perturbador de aquella fotografía a color me aguardaba agazapado en la esquina superior derecha: una joven Ángela miraba hacia la cámara sonriente, con aquellos ojos convertidos en agua transparente y muerta.

»Sufrí un colapso nervioso que me retuvo en cama varios días, incapaz de hablar. Pero no eran nervios ni locura lo que yo tenía, no, señor; era un miedo paralizante y atroz que me hizo comportarme como una cobarde. No os llegué a llamar nunca ni traté de contactar con vosotros. Ángela me había dado varios avisos y la muerte era algo que me aterraba por si me encontraba con ella también al otro lado, de modo que me centré en recuperarme física y emocionalmente para que el tribunal me dictaminara apta cuanto antes para volver a estar de servicio.

»En ésas andaba cuando recibí la noticia de la extraña desaparición de Alba. Supe que mi hija no descansaría, que todo volvería a comenzar en algún momento, cuando ella quisiera. Ya sólo quedabas tú y pensé que sería más sencillo protegerte al ser uno nada más. Pasé horas leyendo e investigando historias antiguas sobre multitud de Ángelas en todo el mundo. Quería luchar contra ella, pararle los pies y que pudieras defenderte. ¡Y lo encontré! ¡Encontré el modo de hacerlo! Escribí la nueva información en un cuaderno, lo metí junto al resto de mis pesquisas en la caja, y la puse a buen recaudo para hacértela llegar en cuanto pudiera. Después, encargué una llave especial para que sólo pudiera acceder a ella quien la tuviera en su poder. Pero la he perdido, David. ¡He perdido la llave y hay cosas que no me atrevo a verbalizar! Sin embargo, aún no he terminado mi historia (ni la tuya). Ahora entenderás...

David solicitó permiso con la mirada, que la mujer concedió, y extrajo lo que él había creído hasta el momento una tarjeta de visita. La colocó con cuidado frente a ella y preguntó:

—¿Es ésta la llave?

Los papeles se invirtieron y la incredulidad se apoderó entonces de ella, quien tomó la tarjeta entre sus manos temblorosas y le dio un par de vueltas para asegurarse de que, efectivamente, no estaba viendo un espejismo.

—¡La Virgen! —exclamó Marta—. Es mi llave, sí. ¿De dónde la has sacado? ¿Quién? ¿Cómo?

—Tiene gracia —contestó David, aunque su tono sombrío desmentía tal afirmación—. Pensaba empezar nuestra entrevista diciéndote algo así como «Te va a parecer una locura, pero esta tarjeta me la hizo llegar mi madre muerta hace unos meses en una especie de sueño antes de desaparecer del todo». Contemplaba la posibilidad de que me echaras a patadas al decirte aquello, pero ahora estoy seguro de que me creerás si te digo que es rigurosamente cierto.

Marta carraspeó y asintió enérgicamente con la cabeza.

—Bueno, esto se merece un alto en mi historia, aunque no nos dé tiempo a que la termine... —reflexionó la policía echando un vistazo al reloj de pared de la sala, que marcaba quince minutos para que concluyera la visita—. Debes ir a Correos de Barakaldo y mostrarla al empleado. Él te hará entrega de la caja y de todo lo que ella contiene.

—¿Así de sencillo? —se sorprendió el chico.

—¿Te parece sencillo cómo ha llegado hasta ti? —rio ella de forma forzada, en una risa desprovista de alegría—. Bkd 247 no es más que un acrónimo del municipio (Barakaldo) y 247, la taquilla especial de Correos, pero sólo mostrando la tarjeta tendrás acceso a ella. Es muy importante que la tengas. ¡Yo que la daba por perdida y fíjate, aún estamos a tiempo de detenerla!

«Pero yo no quiero detenerla», protestó David con el corazón triste, «solamente quiero recuperarla. Incluso a la cría».

—¿Prometes que irás enseguida a buscarla? —repitió ansiosa Marta.

—Te lo prometo. Mañana lunes me saltaré las clases e iré a Correos sin falta, prometido —aseguró el chico con la voz grave y una sonrisa adulta que le envejeció una decena de años.

Los dos se miraron fijamente a los ojos; una, para determinar si podía confiar realmente en su palabra; el otro, para determinar si podía confiar en ella a secas y contarle sus secretos. Los labios de ambos se curvaron en una sonrisa sincera, que selló un pacto íntimo y los unió de por vida, aunque eso no entrañara demasiado.

—Se nos agota el tiempo. Permite que intente llegar al final. Regresamos al año 2000. Tú seguías en el orfanato y, por fin, había sido declarada apta para reincorporarme a mi trabajo. Mi idea era ir a verte al centro con cualquier pretexto y contarte lo que nos unía, pero, sobre todo, quería prevenirte de ella, aunque no terminaba de hacerlo. Imagino que mi instinto de supervivencia era más fuerte que el de mi deber. En fin, que un día

recibimos una llamada de un nuevo caso de niña desaparecida. Era tan idéntico al de Sonia que un terrible presentimiento se adueñó de mí. Niña pequeña desaparecida en hogar monoparental, madre algo desquiciada y hermanita mayor adoptando un papel que no le correspondía. Hasta la casa, al llegar, me parecía asombrosamente igual, en un *deja vu* aterrador.

»Mis dos compañeros se quedaron en la primera planta; uno, interrogando a la madre, y el otro, buscando pruebas y haciendo fotografías. Yo subí a hacer mi trabajo y me reuní con la hermana de la pequeña desaparecida. ¡Me recordó tanto a Alba! Incluso tenía un diario en el que había anotado las «cosas raras que habían pasado los días anteriores». Nos sentamos en su camita y comencé con mi interrogatorio rutinario disfrazado de juego. Entonces sus ojos se blanquearon, o azularon, no sé si me entiendes, y me sonrió de una forma tan obscena que sus palabras apenas me provocaron temor.

»—¿Qué vas a hacer para detenerme, mami? ¿Qué vas a hacer? —dijo esa cosa riéndose.

»Y juro que la voz le había cambiado, que ya no era la de esa niña, sino la de mi hija mezclada con otra voz, anciana, antigua y cascada. Vete a saber qué se me pasó por la cabeza para hacer lo que hice. Desenfundé mi arma reglamentaria muy despacio, coloqué la almohada sobre la cara de la niña mientras le decía que la oliera, pegué el cañón a ésta y disparé. Sus risas se detuvieron de inmediato. La niña cayó lánguidamente sobre la cama como si estuviera durmiendo. El único ruido que se podía escuchar era el de los pasos y las voces del piso de abajo. El padre de las criaturas acababa de llegar y gritaba a su ex mujer, fuera de sí, haciéndola responsable de aquella desgracia. Bajé tranquilamente las escaleras. Mis compañeros trataban de poner orden y silencio entre ambos para hacer su trabajo. Me recuerdo acercándome sonriente hacia la mujer, como si me encontrara en mitad de un sueño y estuviera haciendo cosas que realmente no estaban ocurriendo (ni que quería que ocurriesen), encañoné a la madre y apreté de nuevo el gatillo. Esa vez sí hubo ruido. Me giré hacia el padre para repetir el proceso, pero un compañero me hizo un placaje. Cuando volví a sentirme yo de nuevo, con mi voluntad recuperada, me encontré esposada en la parte trasera del mismo vehículo policial que yo misma había conducido a la ida.

»Me preguntaron por qué lo había hecho. Abrí la boca para decirle que no lo sabía, que yo no quería disparar a nadie, pero las palabras que brotaron en su lugar fueron otras:

»—Porque tenían que morir. Todos tienen que morir.

»Cerré la boca, asombrada. ¡Eso no es lo que yo quería decir! Entonces la voz de Ángela sonó dentro de mi cabeza, diciéndome que nunca podría contar mi versión de los hechos y que, si seguía insistiendo en ello, me mataría. Lo intenté un par de veces más hasta que una mano negra casi consigue asfixiarme en la sala de interrogatorios. Nadie pareció haberla visto, claro, pero yo sabía que era un saludo de la Muerte, de mi hija. Llegó el juicio, me cayeron veintitrés años; y gracias que no fueron más por culpa de las atrocidades involuntarias que salían de mis labios.

»Cuando ingresé en prisión, dejé de intentar hablar de nada, y así han transcurrido mis últimos dieciséis años. Te preguntarás por qué sigo viva; yo también. ¿Quizá a mí no pueda matarme por algún rollo biológico madre-hija, como una conexión umbilical? No lo sé. Quizá tiene algunos planes más para mí en el futuro y por eso sigo aquí.

—¿Puedo... hacer una pregunta, por favor? —intervino David con timidez. Sólo faltaban cinco minutos para dar por finalizada la entrevista.

—Dispara... —soltó la mujer, cuyo humor negro parecía seguir intacto pese a todo.

—Si dejaste de hablar (o de intentarlo) porque, o bien ella te cambiaba las palabras cada vez que abrías la boca, o bien te mataría si lo intentabas... ¿cómo es que has podido hacerlo hoy? No comprendo que te hayas atrevido a intentarlo siquiera, ni que lo hayas conseguido después de todo lo que me has contado. Sigues aquí... —observó él con cierta incomodidad—. Me refiero a que me has dicho todo lo que has querido. Nadie te lo ha impedido ni ha sucedido nada malo. No es que dude, pero no comprendo...

Marta asintió repetidas veces con la cabeza, consciente de las dudas del chico, que eran las mismas que le habrían asolado a ella de no ser por...

—Soñé con tu abuela Natalia, David —le soltó sin anestesia—. Fue dos noches antes de que te llamara a cobro revertido para que vinieras. Tu abuela me animó a romper mi silencio y me explicó el modo de hacerlo: primero debía escribirlo todo en un diario, y después las palabras, mi historia, quedarían blindadas para siempre. Ángela no podría destruirlas ni escucharlas. Así de sencillo. ¡Un diario y mis palabras dejarían de ser nieve derretida en mis labios! ¿No es increíble? Probé escribiendo una pequeña frase y funcionó. Aun así, dudé durante casi dos días aunque, como ves, al final me decidí. Ha funcionado tal y como me explicó Natalia en mis sueños, ¡qué locura! Y todo este tiempo ha estado al alcance de mi mano, ¡todo este

tiempo!

—¿Pero Ángela no...? —dudó el visitante con una sensación de miedo agarrada al estómago.

—He escapado de ella, como ves. Pasado mañana tengo una vista para la reducción de mi condena por buena conducta, y mi abogado afirma que es probable que salga en breve, así que mira... Después de tantos años, he conseguido librarme de Ángela y tú ahora tienes una forma de detenerla. ¿Lo har...?

—Se ha cumplido la hora, Marta. Lo lamento —irrumpió la agente con una sonrisa de disculpa, tan amplia como sincera, mientras le tocaba el hombro en un gesto suave pero firme—. ¿Vamos?

La prisionera cabeceó afirmativamente. Ambos intercambiaron una mueca de fastidio y se levantaron en perfecta sincronía. Marta le ofreció su mano tendida como único gesto de despedida, pero el chico se abrazó a ella en un arrebato de ternura, agradecimiento y complicidad.

—Gracias —susurró él en su oreja.

—Cuídate mucho, por favor. Eres tú quien siempre estuvo en peligro, no yo. Espero verte fuera —le dijo ella, apretando con cariño su cuerpo.

—Dalo por hecho —respondió él con una sonrisa esperanzada.

Y el abrazo de ambos se acabó por deshilachar cuando la agente de prisiones tiró de la reja y Marta inició el camino a su módulo. David se mantuvo inmóvil unos segundos más, contemplando cómo aquella mujer, que en una hora había pasado de ser una completa desconocida a convertirse en su amiga y salvadora, se alejaba para regresar a su rutina. Después se guardó la tarjeta- llave en el bolsillo de su abrigo, se caló la gorra y salió de la habitación en sentido contrario al de Marta: la calle.

Diario de David (I)

Santurce (Vizcaya), domingo 3 de diciembre, 2017

Pues sí, amigo, eso es todo lo que te puedo contar hoy de mi visita a Marta en la cárcel. Te prometo que esta vez me he creído todo, absolutamente todo lo que me ha dicho. ¿Cómo podríamos compartir dos extraños las mismas alucinaciones? ¡Imposible! Ella ha soñado con la abuela, igual que yo soñaba con ama, y le advirtió de algunas cosas que sucederían, como a mí (y que se cumplieron, ojo). ¿Cómo explicas, además, que llegaran hasta mi cama su tarjeta de Correos, este anillo que llevo de mis aitas o el mechón, sin olor ya, de ama? Por no hablar de esa niña de ojos azules y transparentes que vi en la cinta, y que es la misma que ella ha descrito. Todo esto va más allá de meras coincidencias; son hechos, hechos reales, no imaginados.

Creo que siempre he sabido que todo era verdad y, sí, ama tenía razón: yo no lo vería hasta que no quisiera verlo. Con lo que no contaba ella (seguramente, yo tampoco) es con que la siguiera eligiendo a pesar de lo que sé. Seguramente decepcione a Marta cuando se entere, pero ¿qué podía decirle?

«Mira, que me voy a llevar tu caja de años de investigación, pero no para acabar con ella como tenías pensado. ¡Qué va! Lo que voy a hacer es empollármelo todo para descubrir su vida, sus debilidades y posibles secretos, incluso su ubicación, para dar con ella y convencerla de que vuelva conmigo a casa».

Estoy dispuesto a intentarlo, amigo, y seguro que se quedará a cuadros cuando la encuentre y le diga todo lo que sé de ella. Le juraré que me importa una mierda si es la Muerte, una *drag queen*, o uno de los renos de Papá Noel. ¡Que me da igual, coño!

En fin, que hoy ha sido un día muy largo y mañana me espera otra jornada intensa, así que mejor me acuesto ya. Quiero ir a primerísima hora a Correos para tener cuanto antes la caja. ¡No me puedo esperar a abrirla!

Mañana te cuento...

David cerró el diario y, sin molestarse ya en ocultarlo, lo dejó a la vista sobre la mesita y apagó la lámpara. Tres nanosegundos más tarde, roncaba como un gorrino en un lodazal.

—¿Qué es ese olor? —se preguntó David, aturdido en medio de la penumbra.

Se incorporó en la cama hasta quedar sentado sobre ella y olfateó el aire. La cara se le desencajó del miedo. ¡Humo! Alcanzó el suelo de un brinco y siguió la estela. Del baño pequeño emanaba una luz anaranjada que prometía ser fuego. Sin pensar con claridad, asió la manilla y abrió la puerta temerariamente. El cuarto de baño conservaba su apariencia rutinaria salvo por una excepción: el espejo.

Los últimos vestigios de sueño se esfumaron con aquella visión. Despierto ya totalmente y con miedo a quemarse, apoyó el pie descalzo en su interior con timidez y suspiró aliviado al verificar que el suelo no quemaba. Entonces se adentró en el cuarto hasta situarse frente al espejo, donde unas intensas llamaradas se contoneaban con sensualidad «desde el otro lado». Acarició el cristal con las yemas de los dedos. Permanecía tan gélido como el suelo. Las llamas empezaron a hacerse más y más diminutas.

—¿Qué cojones es esto? —dijo en voz alta.

El fuego, que se había extinguido por sí solo, quedó sustituido por una cara familiar. Bizqueó asombrado al toparse con sus ojos aceitunados y volvió a decir:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Es esto un sueño?

La mujer sonrió con cierta tristeza, se encogió de hombros y respondió:

—Ven, entra...

—¿Cómo lo hago? —le preguntó el chico mientras palpaba la superficie.

—Sólo deséalo y entra —repitió ella antes de darle la espalda y emprender su camino.

David se encaramó al mueble del baño y dijo:

—Quiero entrar.

Acto seguido, su cabeza rebotó con fuerza contra la dureza del cristal y se cagó en todos los reyes godos y en el santoral al tocarse el enorme huevo que se le estaba formando en la frente. La mujer rio, detuvo su avance en aquella carretera nebulosa, y se giró una vez más.

—He dicho desearlo, no decirlo en voz alta como si estuvieras pidiendo una hamburguesa. Deséalo y sígueme. ¡Ya!

David cerró los ojos, se concentró y deseó con todas sus fuerzas atravesar el espejo y seguir a aquella mujer que aún tenía algo que decirle. Empujó las manos y comprobó asombrado que éstas desaparecían a través del cristal y, sin pensárselo dos veces, se abalanzó contra él convertido en ariete. Aquello le hizo cruzar al otro lado de malas maneras, y cayó rodando por el suelo. La gravilla de la carretera le maltrató las rodillas y las palmas de las manos hasta dejárselas en carne viva.

—¡Pues me cago en el inventor de los sueños realistas! —farfulló él mientras se limpiaba la sangre de las manos en su pijama.

—¡No te detengas! —gritó ella, que cada vez estaba más lejos.

Se levantó como pudo y corrió detrás de su suegra, cada vez más intrigado por aquel numerito. Cuando llegó a ella, estaba casi sin respiración.

—¿Adónde vamos, Marta? —se atrevió a preguntar el chico.

—A charlar un rato de algo que no pude decirte despierta, pero sí dormida —le dijo ella con una sonrisa suave y serena que llenó al otro de confianza.

David guardó silencio y observó el paisaje. Se trataba, efectivamente, de una carretera secundaria. La niebla lo rodeaba todo de un modo tan implacable que apenas podías percibir tus propias manos a dos palmos de la nariz. El viento gemía una suerte de quejidos obscenos que helaban el tuétano a uno y varias aves nocturnas le hacían el acompañamiento musical. David se agarró del brazo de su acompañante, presa de un súbito pánico

—¿Qué carretera es ésta? —preguntó con miedo.

—En la que murieron tus abuelos y tus padres, y en la que estuve a punto de morir yo. Mira, un poco más adelante me verás en el accidente —le informó ella.

David la observó con una mirada inquisitiva.

—¿Me estás vacilando, no? ¿Me levantas de la cama para que vea a mi padre muerto?

—No es eso lo que tienes que ver. De hecho, lamento decirte que no podrías verlos aunque quisieras. El coche quedó... ya lo comprobarás tú

mismo. No nos vamos a detener de todos modos, ¿de acuerdo? A tu izquierda, verás mi coche y a mí misma sobre el pavimento siendo reanimada. A la derecha, a causa del desplazamiento, verás el coche de tus abuelos y a los bomberos tratando de rescatarlos a través del techo, pero que nada de eso te despiste... Quiero que te fijes en la figura que hay un poco más a la derecha. ¿Lo harás?

El chaval tragó cucharadas de miedo, nervios y tensión, y afirmó con la cabeza. ¿Iba a ver a Ángela en su versión de quinceañera?

—Vamos, ya estamos llegando —le avisó su suegra—. Sobre todo, no pronuncies su nombre cuando estemos cerca, ¿de acuerdo?

Cincuenta metros más arriba, se toparon con la estampa de la fotografía que le había descrito Marta. Los bomberos se afanaban por abrir el coche de sus abuelos por la parte superior y los sanitarios hacían su trabajo en el pavimento, donde una Marta inconsciente yacía bañada en sangre. David la observó con perplejidad. ¡Era tan raro verla a un mismo tiempo junto a él, caminando en la carretera en pijama, y tirada luego en el suelo!

—Dios mío —gimió el chico.

—Sí. Casi no lo cuento —coincidió ella sin dejar de contemplar cómo se desangraba su antiguo yo, casi veinte años atrás—. Gírate hacia la derecha, pero no te pares, ¿eh? Debemos seguir caminando.

Él reprimió un grito al verla. Ángela, descalza y ataviada con un camisón blanco, se encaramaba como un mono al coche de sus abuelos. Cuando se situó sobre el capó, proyectó sus largas garras hacia el interior del vehículo, localizó a las presas y se tragó las almas de los tres como si fueran pipas: papá, el abuelo y luego la abuela; los tres. La joven eructó con un gesto de satisfacción. Estaba preciosa y siniestra a la vez, ¡tan joven y bella!, con aquella tez pálida y su cabello castaño ondulado bailando con el viento.

—Áng... —suspiró, pero Marta ahogó los restantes sonidos al colocar velozmente su mano en la boca del chico mientras le lanzaba una mirada reprobatoria—. Perdón, Marta.

—Mira —señaló la otra con el brazo, ignorando su disculpa.

Ángela se lanzó de un salto hacia el lugar en el que ellos se encontraban. El corazón de David sufrió una crisis nerviosa y se habría escapado de su cuerpo de haber tenido piernas. El chaval se aferró a su acompañante con avaricia. Ángela les pasó rozando. Los guijarros del suelo huían ante el contacto de los pies desnudos de ésta y buscaban consuelo en los cuerpos de los espectadores de incógnito. David apenas se atrevía a sacudirse

las piedras ni a calmar con sus manos las zonas doloridas por la metralla de grava.

—Tranquilo, no nos ve ni nos oye mientras no pronunciemos su nombre —susurró ésta.

—¿Y entonces por qué hablas tan bajito? —replicó él entre temblores.

—Por si las moscas —contestó la mujer en un nuevo cuchicheo—. Sigue caminando hasta que le demos la espalda, no te pares.

—¿Qué está haciendo ahora, Marta? —preguntó el chico después de girar su cabeza y echar un vistazo disimulado hacia atrás.

Cuando se hubieron alejado unos pasos del accidente, Marta frenó en seco y se volvió en silencio para contemplar la escena. David la imitó y dirigió sus ojos hacia Ángela, cuya visión le provocó un intenso horror. Su mujer-niña merodeaba a la versión más joven de Marta, dando vueltas alrededor de ella como un tiburón. Alargaba sus manos hacia su cuerpo buscando, quizá, un hueco para culminar su banquete, pero algo parecía impedirselo. Cada vez que acercaba las zarpas hacia su madre, el cuerpo de Ángela comenzaba a parpadear como una bombilla suelta. Y, a cada intermitencia, el aspecto quinceañero de su bella esposa mutaba en otro ser, en esa criatura muerta que había visto capturada en los ojos verdules de su abuela y que (ahora lo recordaba) había poblado sus sueños de infancia. Duraba sólo un parpadeo, pero ahí estaba: la niña Muerte de aspecto espectral, de ojos desgastados y negros cabellos de brea.

Entonces sucedió algo insólito. El alma de la Marta accidentada comenzó su huida del cuerpo en el que se sentía prisionera. La segunda Marta, la del presente, se dobló a causa del vértigo. David la sujetó poniendo todo su empeño, aunque sus ojos no se despegaron ni un segundo de Ángela.

—¡La estamos perdiendo! —gritó un médico mientras maniobraba sobre ella—. ¡La estamos perdiendo, aprisa!

Cuando el alma ya estaba prácticamente fuera, Ángela la acarició con cierto mimo, esbozó una sonrisa enigmática y, de una patada brusca, la obligó a regresar a su envase primigenio.

—¡Síííí! —vitoreó el médico—. ¡He conseguido estabilizarla! Vamos, chicos, ¡a la ambulancia!

La Marta del presente, que seguía apoyada en David, abrió su boca de forma un tanto cómica y preguntó:

—¿Has visto eso? ¿Ella me salvó la vida?

—Eso parece... —replicó el chico, confuso.

—Es raro, ¿no? Después de todo, ella fue quien provocó el accidente y, si estoy en la cárcel, es por su culpa; estoy convencida...

—No sé. Igual el hecho de que seas su madre... —titubeó el chico mientras reemprendían la marcha y se alejaban definitivamente del lugar.

—Lo dudo. Si no me llevó consigo ese día fue porque tenía planes para mí, porque decidió que mi hora aún no había llegado.

—No sé —repitió él—. ¿Qué planes podía tener Ángela para ti?

—¡Pues no lo sé! Quizá quería jugar conmigo un rato más como un gato con un ratón, de ese modo sádico y retorcido en el que el ratón llega a creerse coleguita del gato y, cuando piensa que ya no le va a suceder nada, ¡zas! Quizá se ha divertido todos estos años con lo que me obligó a hacer. ¡Yo qué sé! —reflexionó ella sin reparar en que su acompañante había mencionado su nombre.

Trescientos metros a sus espaldas, Ángela alzó la cabeza al escuchar cómo la invocaban, olisqueó unos segundos y emprendió la marcha detrás de los mortales, que, ajenos a ella, seguían conversando.

—Ya estamos —le informó ella entre el orgullo y la vergüenza, si aquello era posible.

Su yerno ladeó la cabeza a izquierda y derecha.

—¿Aquí? —dijo él.

—Bueno, es extraño, lo sé. Justamente debería aprovechar que es un sueño y respirar un poco de libertad, aunque sea de modo ficticio, pero llevo tantos años en esta celda que me siento más cómoda, más segura, si lo hablamos aquí. Toma asiento, por favor... —le invitó ella apuntando al camastro con la mano.

Él asintió complaciente, aguardó a que ella se acomodara en la sillita colocada frente a la cama y se sentó en el lugar señalado. Marta sonrió una última vez.

—Tienes que saber una cosa más sobre la caja... —su cara se tensó insólitamente.

—Tú dirás... —dijo el chico, preocupado.

—Yo no... —interrumpió su frase.

David la observó preocupado. La pose relajada que había mantenido hasta el momento se había desvanecido, sus arrugas se hicieron mucho más profundas y gruesas, como si hubiera envejecido un lustro de repente.

—¿No hueles eso? —preguntó la mujer con inquietud.

David iba a negar con la cabeza cuando el humo volvió a inundar sus

fosas nasales.

—¿Qué cojones? —perjuró.

—Yo no... —repitió ella y, de nuevo, su boca enmudeció al abrirse de un modo imposible, como un calcetín gigantesco dado de sí.

Los ojos de Marta se llenaron de sufrimiento y de miedo. David se alzó con rapidez hacia ella. El olor del humo se había hecho evidente, persistente, y, antes de que pudiera alcanzarla, el humo lo cegó todo. Escuchó un golpe seco y horripilante y, de algún modo, supo que Marta no volvería a levantarse. Trató de gritar, pero el humo le ahogaba los pulmones y el pensamiento. La estancia aumentó su temperatura y el inconfundible calor del fuego se fue acercando hasta él.

—No, por favor, ¡no! —chilló en un grito mudo que sólo resonó en su cabeza.

¡Ti ti ti ti! ¡Ti ti ti ti! ¡Ti ti ti ti! ¡Ti ti ti ti! ¡TI TI TI TI! ¡TI TI TI TI! ¡TI TI TI TI!

El joven abrió los ojos desmesuradamente, tosió varias veces para limpiar sus pulmones y oxigenarlos, y gritó un «¡Me cago en la puta!» antes de propinar un manotazo alegre al despertador. ¿Qué sueño había sido ése? ¿Acababa de salvarse por los pelos?

Se precipitó al baño entre pisadas confusas. Necesitaba una buena ducha que le borrara aquella sensación pegajosa e incómoda. Además, notaba el estómago del revés y algo le mordisqueaba su tranquilidad mental. ¿Qué era? Empujó la puerta del cuarto con prisa y una arcada traicionera le obligó a vomitar la cena del día anterior en cuanto el olor a humo y a carne quemada lo envolvió al entrar.

Diez minutos más tarde, mientras rememoraba el inquietante sueño bajo el chorro caliente de la ducha, el teléfono fijo comenzó a sonar impunemente, con su soniquete olvidado y ahogado por la musicalidad del agua. Y otros diez minutos más tarde, David, que había descartado ingerir alimento alguno para desayunar (pues la sola idea le producía náuseas), se protegió del frío con el abrigo y, parapetado en él, salió a la carrera un segundo antes de que el teléfono de casa volviera a reclamar su atención con injusta futilidad.

David corrió y corrió hasta alcanzar la estación de tren, no sólo porque tuviera prisa por apoderarse del paquete, sino por huir de ese mal

presentimiento que lo acosaba. Llegó a la estación a tiempo de tomar el tren de las 8,47 a.m., que lo llevaría a su destino: la oficina de Correos de Barakaldo.

Su móvil bailó en el bolsillo a ritmo de Fito cuando ya estaba arrellanado en su asiento. Lo sacó del abrigo, miró dudoso aquel número largo y desconocido que lo reclamaba, y descolgó con una sensación ácida en el estómago.

—¿Sí?

—Me ll... mo... ..ctor de Penit... .. —sonó al otro lado.

David maldijo a la patrona de la cobertura para móviles, Santa Mecagoentodo, y trató de informar a la voz de que no se oía nada, pero la santa castigó semejante pensamiento blasfemo interrumpiendo la llamada. El chico se quedó con él móvil en la mano, observándolo dos o tres minutos más, pero, al ver que éste permanecía en silencio, lo devolvió al bolsillo. Cuando el audio del tren le avisó de que la siguiente parada era la suya, el móvil volvió a sonar. En esa ocasión, David aguardó un momento para descender del vagón y descolgó con idéntico presentimiento.

—¿Sí? —repitió.

—Buenos días, ¿me oye ahora? —preguntó una voz masculina y urgente.

—Sí, le oigo. Estaba en el tren y había poca cobertura —se disculpó él innecesariamente—. Dígame...

—Mi nombre es Mikel Ariznavarreta y soy el alcaide del Centro Penitenciario de Álava... —realizó una pausa dramática que ayudara a su interlocutor a prepararse para una mala noticia.

El chico abandonó la estación y, al no poder comprobar la ruta en el navegador de su móvil, decidió tomar la pendiente de la calle Ibarra, que se alzaba delante de él. El cuerpo le pedía a gritos que se detuviera, pero él se obligó a seguir caminando.

—¿Sí? —consiguió decir.

—Verá. Tengo que comunicarle una lamentable noticia.

David aceleró sus pisadas en un rumbo incierto. Recordaba, por lo que había visto en Google Maps, que la oficina no quedaba muy lejos de la estación, pero ahora aquella ciudad se le antojaba todavía más extraña mientras aquel hombre, también extraño, se disponía a contarle una muerte que él ya lloraba en su corazón.

—¿Ajá? —respondió de nuevo mientras se decidía por la calle de la derecha al final de la cuesta.

—Se trata de la interna Marta Robles. Nos consta que ayer la visitó

usted, un hecho extraordinario por sí mismo ya que, para ello, rompió su mutismo voluntario. También nos consta que es usted su yerno... Dígame... — la voz del alcaide sonaba cada vez más incómoda. David siguió avanzando por la acera, aunque sus pasos iban haciéndose cada vez más lentos y pausados—. ¿La notó deprimida, preocupada o similar?

La pregunta cogió desprevenido a David, que acabó por pararse en mitad de la calle. El pulso aumentó su ritmo y aquel sabor amargo del estómago subió precipitadamente por su organismo hasta inundar sus papilas gustativas.

—¿Por qué pregunta eso? —trató de pronunciar con calma, aunque el intento se quedó en un chillido histérico—. ¿No ha muerto esta pasada madrugada en un incendio?

—¡No, por favor! ¿De dónde ha sacado usted eso? —respondió el hombre en un tono de auténtica sorpresa.

—¿No ha habido ningún incendio? —se extrañó David al evocar aquel humo pesado y negro, las llamas anaranjadas arrinconándolo, y ese calor insoportable y asfixiante antes de despertarse.

—No. Ella... Bueno, la única explicación o teoría que manejamos por ahora es el suicidio, ya que estaba sola en su celda, y ésta está dentro de nuestro módulo de confianza. Aunque yo...

—¿Sí? —pronunció el muchacho al borde del desmayo.

—Bueno, es atípico que alguien acabe así con su propia vida, de esa forma tan... brutal.

—¿C-c-cómo? —tartamudeó David.

El sonido de unas sirenas cercanas envolvió la calle. David estiró el cuello distraídamente hacia el ruido, como si pudiera visualizar de ese modo la calle perpendicular por la que circulaba ¿un coche de policía?, ¿una ambulancia? Creyó ver unas luces y, entonces, el indiscutible y familiar olor del humo voló hasta él.

—¿Está ahí? —preguntó el portador de desgracias—. Se escuchan sirenas, ¿todo bien?

—No lo sé... Dígame, por favor. ¿Qué le ha sucedido a mi suegra? —preguntó con ansiedad mientras echaba a correr hacia el lugar del que provenían las sirenas.

—Marta... ¡La leche, no se acostumbra uno a estas cosas! —exclamó en voz baja—. Encontramos a Marta en su celda tendida en un charco de sangre, con la lengua extirpada de cuajo. Todo muy atroz e inexplicable, como verá.

Murió desangrada por la amputación, de eso no hay duda, y no pudimos hacer nada por ella. Pero, ¿por qué?

«Porque habló, ¡por eso! ¡Porque habló y Ángela se aseguró de que no siguiese haciéndolo!», gritó su subconsciente.

David comenzó a temblar, pero siguió corriendo.

—Por eso le pregunto —continuó el alcaide—, ¿le dijo algo que le pudiera hacer sospechar a usted que planeaba acabar con su vida? Es como si le hubiera usado como confesor antes de cometer esta barbaridad. ¿O quizá se mostró arrepentida al final de su encuentro por haber hablado tras tantos años en silencio? ¿Puede decirme algo al respecto?

—Yo... —respondió el chico.

No obstante, su voz se apagó cuando, al doblar la esquina con la calle Arana, se topó con un panorama desolador. Un enorme camión de bomberos había acampado en el pequeño parque frente a Correos y, desde ahí, los bomberos se afanaban en apagar un incendio cuya virulencia desmedida había calcinado ya dos tercios del edificio, y las viviendas colindantes. La gente comenzaba a apiñarse pese a la labor policial. Todo era confusión y gritos. Algunos lloraban por los que habían quedado dentro, otros curioseaban y grababan el incendio con sus móviles, y unos pocos afortunados rescatados de las llamas vomitaban o eran atendidos por el personal sanitario de varias ambulancias, situadas en el inicio de la calle.

—¿Sigue ahí, señor Iparraguirre? —dijo en su móvil una voz lejana.

David fue a despedirse amablemente del hombre con intención de acercarse a la zona para ayudar a los heridos pero, en ese instante, una explosión acalló todo sonido. Una lluvia mortífera de cascotes y lenguas de fuego cayó sobre la calle, lamiendo a cuantos encontrara en su camino. La oficina de Correos había quedado totalmente arrasada, al igual que la vida de doce personas, según informarían los periódicos al día siguiente.

Fue en ese momento cuando el amor ciego de David hacia Ángela empezó a calcinarse como aquel edificio ante sus ojos para transformarse en un odio visceral y profundo. ¡Ella los había matado a todos para que la caja no llegara a sus manos!

En una cueva oscura, un ser pequeño de rizos rubios y ojos azules se reía por su jugada maestra.

—Jaque, Ángela... —celebró la niña muerta.

Fragmentos de diarios (II)

Cabaña de Ángela, lunes 4 de diciembre, 2017

Diario de Ángela

¡No debería haber hablado, no debería! Yo no quería hacerlo, ¿sabes, diario? Esta vez no. ¡Pero ella me obligó! Me bastaba con que no abriera el puto pico y le habría permitido disfrutar de una vida larga, ¡joder! Para eso era mi madre humana...

¿No me crees, eh? Lo de mi padre fue distinto, muy distinto. Yo no crecí dentro de él ni me conecté a su mente nunca, como me sucedió con ella. Tampoco me hacía gracia que la SinOjo y su hija estuvieran enamoradas de él, así que lo transformé en lobombre. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Pero Marta... Ya sabes cómo son las madres. Siempre me quiso pese a todo. El día aquél en la carretera estuve a puntísimo de llevármela conmigo, pero decidí que viviera. Debía de tener el día tonto y pensé que no representaba ningún peligro puesto que no podía hablar de mí ni de lo ocurrido en la casa.

¡Pero así le pagan a una que se ponga sentimental y

romántica por un día! Pues adiós, mamá. No sé cómo lo has hecho, cómo te las has apañado para hablar con él, pero ya no podrás repetirlo. ¡Eso te pasa por tener la lengua tan larga!

Sobre David, lo extraño bastante, ¿sabes? Pero es lo que hay: Morana le tiene demasiadas ganas. Cuando lo vi ayer charlando en la celda con mi madre, con ese pijama que tantas veces le he quitado a mordiscos...

Hice que despertara antes de que las llamas lo alcanzaran, por supuesto. Él no tiene que morir, no va a morir. ¡Quién sabe si un día le hago una visita nocturna! No estaría mal, ¿eh? Kiki por sorpresa, jejejeje.

Y, hablando de visitas sorpresa, tengo que ir ya mismo a cantarle las cuarenta a esa zorra mocosa. Sé que está tramando algo, lo sé, y voy a sacárselo. No le daría excesiva importancia a la comilona fiestera que se ha cascado hace un par de horas en esa oficina de Correos (comprendo que se divierta, joder), de no ser porque se encuentra sospechosamente cerca de la Casa Aguirre y porque he captado el olor de David en la misma zona del incendio.

No puede ser casualidad. ¿Qué hacía mi marido por allí? ¿Sonia provocó ese incendio porque él estaba ahí o a pesar de él? Sonia y David en un mismo escenario... ¡No me gusta un carajo!

¿Qué me está escondiendo la piojosa detrás de todos esos muertos?

Diario de David

¡Todos esos muertos! ¡Todos esos muertos! Ha sido horrible.

¡Esto ha sido obra de Ángela! Ella quería impedirme que descubriera sus secretos y, para ello, no le ha importado matar a toda esa gente inocente...

¿Cómo he podido estar tan ciego? Y lo más patético de todo es que hay una parte de mí que aún la ama, a ella y a ese monstruo que hemos engendrado, y eso hace que la odie todavía más.

Sí, la odio, y también me odio a mí mismo porque... porque no la odio lo suficiente, porque la sigo queriendo, ¡coño!

Diario de Sonia

Mimimimi ... Mirame, soy la Muerte y estoy escribiendo en un diario como los mortales, ¡Mirame! Pues yo también me he hecho mi propio diario, ¡estúpida Ángela! Y el mío sí que es guay, no como el tuyo, hecho de papel. Pinto estas paredes con la sangre de mis víctimas ... , ¿qué mejor diario que éste?

Pero Ángela lo quiere todo, todo, ¡y eso no es así! Sonia, no hagas esto, Sonia, no mates a este otro ... ¡Y una mierda! ¡Que ya me he cansado de ese rollo! Todo el día «Soy la Muerte, yo soy la Muerte, no tú.. Mimimiimimimi.. Mirame, ¡qué guapa soy y qué bien mato!», pero luego quieres zapatos de tacón, y maquillaje, y bolsos de Gucci. ¡Puta pija! ¡La Muerte

soy yo! Tú sólo eres un chiste con un bebé colgando de la teta., ¡Sólo eres una est ...!

—¿Qué soy? —rio una voz seca tras ella.

El viento ululó amenazador y en la cueva se hizo la noche. Sonia soltó el cuerpo que había estado usando como tintero para escribir con los dedos en su improvisado diario y éste cayó entre los pies de ambas.

—¿Qué soy? —repitió Ángela entre dientes.

—Mi Maestra —se apresuró a responder la niña.

—¿Y qué hemos escrito aquí? —dijo la mujer a la vez que se aproximaba a las paredes de la caverna y contemplaba aquellos trazos infantiles y sangrientos con una risa heladora.

—Es mi... diario —confesó la pequeña con una mueca de disgusto. La había pillado y lo iba a pagar, lo sabía—. Yo también quería uno, y como me has quitado a mamá...

Ángela se dio la vuelta y ocultó la risa al ver cómo la niña reculaba y se alejaba de ella en pequeños y disimulados pasitos.

—Haces bien en tenerme miedo, criatura. Mira, me has cogido de buenas y te lo voy a explicar una vez más: si te he quitado a Natalia no ha sido por fastidiarte esta vez. A mí también me gustaba tenerla aquí formando parte de mi colección, pero la SinOjo se había vuelto peligrosa. Creo que ha estado haciendo viajecitos oníricos y otras cabronadas de ésas que han aprendido a hacer las mujeres Aguirre. ¡Intolerable!

—¡Pero tú me la regalaste y me la has quitado! —la acusó la niña con un mohín frustrado mientras luchaba por esconder sus puñitos furiosos.

Ángela la taladró con la mirada antes de contestar con una voz seca y lijosa que maltrató el rostro infantil:

—Es lo que yo hago: yo quito, siempre quito. ¡No lo olvides! Además, si me he tenido que cargar a mi madre por culpa de la tuya, es justo que pague, ¿no crees? Y hablando de pagar...

Las palabras se mezclaron con la humedad de la gruta y el sonido se reprodujo en simultaneidad por cada recoveco como un eco eterno.

¡PAGAR! ¡PAGAR! ¡PAGAR! ¡PAGAR! ¡PAGAR!

Sonia tiritó ante aquello, pero a Ángela aún le quedaban ganas de charlar antes de su castigo. Sonia lo sabía.

—Pero Natalia... —dijo la cría balanceando nerviosamente su pequeño cuerpo.

Hacia adelante, hacia atrás, hacia adelante, hacia atrás, sin detener el movimiento de sus pies ni su baile agitado.

—Mira... Esa parte la entiendo, ¿eh? Te prometo que la entiendo. Sé que te hice un regalo y que te lo quité, aunque, oye, ¡te devolví a Nino! Pero comprendo que creyeras que te había mentido, y ya sabes que no tolero las mentiras, andrajosita mía. Fíjate, incluso comprendo este muro de las lamentaciones tuyo que te acabas de hacer, lleno de adorables y enternecedores insultos hacia mí. Lo comprendo, querida... —dijo Ángela que, de un salto, se había colocado junto a ella y ahora le acariciaba la garganta con sus afiladas uñas—. ¿Pero sabes qué es lo que no comprendo?

Sonia notó una mano helada oprimiendo su corazón. Negó con la cabeza, tal y como esperaba su maestra, y cerró los ojos en señal de rendición.

—¡No comprendo qué cojones hacías esta mañana cerca de mi marido cuando te expliqué lo que te pasaría si volvías a arrimarte a él!

—Yo no... ¡Yo no me he acercado a él! —exclamó la niña con el gesto confuso—. ¿Hablas del incendio? ¿Él estaba dentro? —preguntó atemorizada.

La abogada contempló a su pupila, examinó a su ratoncito. La zarrapastrosa no estaba mintiendo. ¡Estaba sorprendida de verdad! Ángela abrió la mano en el aire y el corazón de la niña se liberó de aquella dolorosa sensación.

—¿Vas a contarme ahora mismo por qué cojones has armado ese pitoste tan cerca de mi casa? —gritó la mujer.

—Había... había dentro algo que nos comprometía a las dos. Tu madre humana había recopilado información sobre ti en estos siglos y la había dejado almacenada en esa oficina. Esa caja desvelaba tus puntos débiles y yo no podía permitir que cayera en manos de nadie.

Ángela rompió en carcajadas.

—¿Ahora eres mi ángel de la guarda o qué?

—No, pero tus puntos débiles son mis puntos débiles también mientras sea tu sucesora (temporal) —añadió en un susurro—, y yo no... ¡Había que acabar con aquello antes de que fuera a parar a las manos de un mortal que le diera credibilidad!

—Ajá —respondió la Muerte con voz neutral—. Mira, vamos a hacer una cosa. Moranita me está reclamando: es la hora de su siguiente toma y se pone muy pesada si no come su ración de alma. Como ando con prisa y los

castigos requieren su tiempo, voy a darte un par de collejas cariñosas nada más mientras decido en qué me estás mintiendo y cómo hacértelo pagar en otro momento. ¿Qué te parece?

Pero antes de que la niña pudiera decir «Esta boca es mía», Ángela había saltado a su espalda y apoyado su mano letal sobre la cascada de rizos rubios para propinarle dos crueles tirones. La voz de Sonia se transformó en un grito de sufrimiento cuando sintió cómo el cabello se le desprendía dolorosamente del cuero.

—¿Ves? Esto es otra cosa —le felicitó Ángela mirando la cabellera ensangrentada que ahora decoraba sus manos—. Este grito sí que ha sonado verdadero. Piensa en ello para cuando regrese y me cuentes qué demonios me estás ocultando, o te reduciré a la nada, ¡a menos que nada!

Sonia asintió con grandes lágrimas surcando sus mofletes y se tocó la cabeza, ahora desnuda y herida, mientras veía a Ángela desaparecer sin más ceremonia. Esperó unos segundos y entonces, sus lágrimas se fundieron con unas victoriosas e inquietantes risotadas.

—¡Payasa, más que payasa! —rio Sonia girando sobre sí misma con volteretas alegres—. ¡Hazme daño mientras puedas, sí! Pero cada día estás más débil, estúpida y humana. Ni siquiera te has planteado por qué yo me he enterado de esa caja y tú no. ¡Vaya mierda de Muerte estás hecha! No has sabido de ella en todo este tiempo ni le has oído a tu «madre» contárselo a tu tonto maridito. Y ahora ni te cuestionas cómo lo sé yo. ¡Tus poderes están mermando desde que habitas un cuerpo mortal y los míos aumentan, y ni siquiera te das cuenta! ¡Me lo voy a quedar todo yo, mentirosa! ¡Que sé que tienes a mi madre haciendo de niñera para esa niña fea que has tenido! ¡Voy a mataros a las dos! ¡A las dos!

Acto seguido, se acercó en un correteo impaciente al fondo de la caverna, allí donde las almas de sus antepasados deambulaban perdidas, y extrajo una funda de plástico enterrada en el suelo. La acarició con las yemas de los dedos sin atreverse a abrirla y sonrió.

—Ya queda poco...

Diario de David (II)

Santurce (Vizcaya), martes 5 de diciembre, 2017

Pues sí, amigo mío, vengo a contarte otro sueño (de esos flipantes y rarunos de dar miedo) que tuve anoche y cuya continuación, cómo no, ha tenido lugar esta mañana.

Escucha:

Como siempre, algo me despierta. No estoy seguro de si esta vez es debido a una luz, a un sonido o a la sensación de que me miran, pero lo hago. Me despierto y esta vez sé, ni idea de cómo, que estoy en un sueño que no me pertenece, que yo no debería estar ahí, pues se trata de un sitio que no forma parte de este mundo y en el que corro peligro. Pero, en lugar de huir, tratar de esconderme o despertarme (como habría sido lo más sensato), me quedo. Algo me comunica que me quede, que explore el lugar...

Giro la cabeza a izquierda y derecha, adelante y atrás para quedarme con todos los detalles del paisaje. Estoy un bosque que acojona, tétrico a más no poder, y eso que en el sueño todavía es de día. No es que haya mucha luz, pero el sol se asoma con timidez por entre el espeso follaje de los árboles. El suelo es un lecho de hojas rojizas, como si se hubieran alimentado de sangre en vez de agua, y, con cada paso que doy, crujen con un ruido desesperante para alguien que busca el anonimato. Diversas criaturas ululan, aúllan y susurran, ocultas entre los árboles. Puedo ver sus pequeños ojos brillantes y ellas pueden verme a mí. Es como si me estuvieran estudiando antes de saltar sobre mí.

Me alejo cuanto antes de todo aquello y me encamino hacia la enorme casa de madera que preside el claro. Corro hacia ella, siempre vigilante y arrojando miradas precavidas por encima del hombro por si algún horrible bicho me estuviera persiguiendo, pero no hay nada. Las voces animales se han quedado donde estaban, riéndose. Quizá de mí.

Llegó a la casa y me asomo a una de las ventanas. Se trata de un salón

hogareño, decorado con maderas nobles y buen gusto. Veo una chimenea encendida, muebles preciosos de madera..., todo muy de cuento de Navidad, ¿sabes? Salvo... ¡Salvo por encontrarme a mi hija en una cunita levantando en el aire a mi abuela muerta!

La amama, que ya casi está tocando el techo, tiene una expresión horrorizada. Está aterrada y extiende los brazos hacia el suelo implorando que la baje. Completan el cuadro surrealista esas ropas extrañas que lleva (¿un vestido de niña pequeña?) y toda una serie de golpes, quemaduras y cortes que marcan tanto su cara como sus extremidades. Entonces la huelo antes incluso de que llegue. ¡Es mi Ángela!

El bosque se oscurece tanto que soy incapaz de ver nada a mi alrededor salvo el interior de la cabaña. ¡Ahí está ella! Aparece en medio del salón con una niña pequeña, de unos siete/ocho añitos. Mi mujer le dice algo al oído y la niña avanza con miedo hacia la cuna en la que está mi hija. Morana deja de prestar atención a amama, haciendo que ésta caiga al suelo en un estruendo que me provoca dolor. Pero ella apenas se queja, sólo un leve gemido. Mientras se está levantando, oigo chillar a la niña pequeña. Mis ojos corren de mi abuela a mi hija, quien está devorando a la niña visitante. Ángela observa la escena con tranquilidad, casi con agrado u orgullo, como si estuviera diciendo su primera palabra. Entonces mi mujer se coloca junto a la abuela y le dice:

—Oye, SinOjo... Eres libre, acabo de decidirlo.

La abuela la mira con desconfianza. Clava su mirada valiente en ella y tiemblo porque siento que algo malo va a pasar. ¡La abuela no puede mirarla con ese desprecio sin que corran ríos de sangre! ¡Lo sé hasta yo! Pero, para mi asombro, Ángela sonríe y le da una palmadita en el brazo.

—Se nota que mi sangre corre por tus venas, Natalia —le dice. Y también hay sonrisas y orgullo para ella en su voz—. ¡Eras tan tonta de pequeña! Y fíjate en lo que te has convertido..., ¡en toda una superviviente! Y yo eso lo valoro, lo admiro mucho, ¿sabes? Que sí, que Azucena te ayudó al principio, pero has sabido luchar, esconderte de mí, incluso engañarme en ocasiones. Has luchado con uñas y dientes por la vida de los tuyos y por ti misma, y hoy quiero regalarte la libertad.

—¿Ah, sí? ¿Me vas a dejar en un estanque lleno de cocodrilos o qué?
—le reta la abuela.

Ángela contrae sus labios carnosos y rojos (¡qué bonita está!) y se esfuerza por perdonarle la insolencia.

—¿Sabes por qué te había traído conmigo y te arrebaté de las manos de

tu hija Sonia? ¡Por esto! —señala los golpes, la ropa que viste, todo su estado—. A los grandes luchadores hay que mostrarles respeto y Sonia no lo estaba haciendo contigo, como tampoco se lo mostró a su hermana cuando se la llevó. Y no sé, diablos, ahora eres la bisabuela de mi hija. Pensaba que podrías cuidarla y estrechar lazos cuando yo estuviera de caza, pero mi pequeña es tan glotona que ya veo que no puede ser. Por eso, Natalia, voy a dejar que descanses, que seas libre. Conozco tus sueños estúpidos de humana y, por esta vez, te lo voy a conceder. Descansa, Natalia...

Entonces Ángela apoya sus manos en los hombros de la abuela, la cual se deshace, pero no como polvo, ni humo ni nada parecido, no. Se convierte en minúsculas gotitas de agua que inundan la habitación. Morana, que ya ha acabado con su horrible hora de la comida, comienza a reír al ver volar todas esas gotitas brillantes.

—¡Sé libre! —repite mi mujer, y a mí se me llenan los ojos de lágrimas al verla a ella tan hermosa y a mi abuela convertida en lluvia.

Ángela alza la mano hacia el techo en un gesto brusco y mi abuela se repliega sobre sí misma, formando un torrente de agua de colorines, y desaparece de allí a través de la chimenea. Miro un rato más, y entonces me que Ángela también está llorando. Coge a nuestra hija y la acuna en brazos. Tengo ganas de entrar, estoy a punto de alejarme de la ventana y de abrir la puerta con un «¡Hola, cariño!» como si volviera del trabajo, pero su voz me detiene.

—¿David? ¿Estás aquí, David? —pregunta buscando con su olfato.

Y yo me despierto de nuevo en la cama y lloro sobre la almohada que un día compartimos. Nunca podremos estar juntos...

Y éste ha sido mi sueño de hoy. Vamos, que no me aburro, ¿eh? Pero aquí llega la segunda parte de la historia, la que me ha alegrado el día...

Hace un rato voy y salgo a la calle. El cielo está gris y amenaza tormenta. Me la pela y doy un paseo para limpiar mi mente. Se escucha un trueno (bastante cercano, por cierto), y al rato un relámpago cruza la bóveda celeste. Apenas me da tiempo a insultarme por no haber sido previsor al no coger un paraguas, y la lluvia me empapa con ganas. Pero, entonces, en vez de enfadarme, me voy notando más feliz y sereno, más lleno, más yo. Levanto la cabeza, extrañado, y me doy cuenta de que cada gota de lluvia tiene un original tono, entre verdoso y azulado, como los ojos de la abuela. Abro la boca de asombro y felicidad. Las gotitas brillan fugaces, como si me estuvieran

guiñando el ojo, y caen sobre mi con suavidad.

Y tenías que haberme visto, amigo diario, bajo la lluvia como un jodido loco, permitiendo que me calara el cuerpo como si fueran todos los besos que siempre quiso darme. Mis ojos también llovieron y se mezclaron con ella, con mi abuela, que por fin es libre y feliz.

Yo creo que voy a pillar una gripe estupenda, ¿tú qué opinas? Ya te contaré. Estoy feliz por ella, porque sé que era ella, pero mi vida... mi vida sigue igual.

Santurce (Vizcaya), domingo 24 de diciembre, 2017

¿Sabes qué, compañero de penurias? Estoy triste, jodidamente triste. Estamos en Nochebuena y aquí estoy, más solo que la una, sin familia ni amigos con quien cenar. Ni siquiera la Muerte me quiere, ¿has visto? ¡La Muerte me ha abandonado!

Como esto siga así, me voy a volver loco. Toda la gente a la que he querido y que me ha querido a mí está muerta (mis aitas, los abuelos, Christian...), o bien me consideran muerto para ellos (como Andoni, Julen y Jon), o bien es la misma Muerte. En serio, ¿qué se puede decir ante esto? Si hasta a mí me resulta ridículo leerme por muy real que sea. Ridículo, sí, pero también doloroso. Muchos ratos me sorprende anhelando, esperando una visita sorpresa suya que me calme esta soledad, esta tristeza que me está comiendo. Estoy fatal, ¿verdad? ¡Pero es que he sido tan feliz a su lado! Todo parecía más brillante, más intenso y amable cuando estaba conmigo.

No sé, supongo que es normal que me sienta así, que forma parte del duelo (y más sin tener a nadie). Imagino que sí, que se me pasará y volveré a retomar las clases después de las Navidades, que me sacaré el máster, haré nuevas amistades (¡quién sabe si alguna un poco más especial!), y seguiré adelante con mi proyecto de montar mi propio estudio. Sí, imagino que así será, y puede que un día me descubra sonriendo simplemente porque soy feliz o porque he vuelto a enamorarme. No sé. Es lo que quiero pensar... Porque ahora mismo sólo siento vacío y cansancio.

Estoy cansado, amigo, como si hubiera vivido cien años. Muy cansado...

Santurce (Vizcaya), jueves 4 de enero, 2018

Hoy he vuelto a soñar con ella. No obstante, no era un sueño de esos... llamémosles mágicos. Era un vulgar sueño erótico donde yo volvía de lavarme los dientes y, cuando entraba en el dormitorio para meterme en la cama, ella estaba ahí desnuda esperándome. Todo mi cuerpo le sonrió de inmediato y acabamos enlazados el uno con el otro: dedos, piernas, brazos, lengua, nuestros sexos... unidos, siempre unidos.

Ni te imaginas la sensación tan devastadora que he tenido al despertarme. Me he sentido asolado, deprimido. Yo... la echo tanto de menos, amigo diario. ¿Por qué no puedo ir con ellas a esa cabaña encantadora? ¿No me importa que esté en mitad del infierno o en ese bosque tenebroso y maligno! ¿Ni que esté mundo fuera mejor! Es todo tan hostil cuando no tienes nada, ni un poco de amor o amistad en el que apoyarte ni sustentar tus días.

¡Ángela! Si me escuchas, ¡ven a buscarme, por favor!

—Daviiiiid, Daviiiiid... —silbó una voz fuera del dormitorio.

El chico se giró despacio conteniendo una sonrisa nerviosa y comprobó que no había nadie a su espalda. ¿Se lo habría imaginado a fuerza de desear que reapareciera?

—¿Ángela? ¿Eres tú, mi amor? —preguntó mirando hacia la entrada.

—Daviiiiid, Daviiiiid... ¡Ven! —exclamó ella—. ¡Ven con nosotras!

No había duda. ¡Era su voz! ¿Pero por qué no entraba sin más? ¿Desde dónde le estaba hablando? David se levantó del asiento, sin detenerse siquiera a soltar el bolígrafo, y corrió hacia la llamada musical de su mujer.

—Daviiiiid, Daviiiiid... —sonó de nuevo cuando ya se encontraba en el pasillo.

—¿Estás aquí dentro? —inquirió él con la mano temblorosa sobre el pomo de la puerta del aseo.

—¡Entra, joder! —le regañó Ángela.

Él rio ante su respuesta, tan natural como cotidiana, y entornó la puerta

con la expectación y velocidad con las que un niño abriría un regalo sorpresa; sin embargo, el cuarto de baño se hallaba vacío. Guiado por su intuición, estiró prudentemente el cuello hacia el espejo. El rostro de su angelical Ángela lo recibió con una sonrisa que eclipsó en luminosidad al tonto arbolito navideño que había instalado en el salón para entretenerse y sentirse menos aislado del mundo, para sentir que todavía formaba parte de él.

—¡Ho... hola! —tartamudeó el chaval con súbita timidez, situándose frente a ella.

—¡Hola, David! —canturreó la imagen al otro lado del espejo.

¡Estaba tan bonita! Y, curiosamente, llevaba el mismo vestido blanco que vestía en su sueño de la cabaña. David se miró las manos en un acto instintivo y reparó en que aún portaba consigo el bolígrafo. Lo apoyó sobre la encimera del lavabo y levantó su mirada azul hacia los hipnotizantes ojos verdes de su esposa.

—¿Qué haces ahí metida? ¿Y Morana dónde está? ¿Por qué no sales? Me muero por abrazarte... —soltó David de carrerilla con la emoción brincando sobre sus labios y las yemas de sus dedos.

Ella rio, y su risa le resultó familiar y desconocida a la vez.

—La niña acaba de comer y está durmiendo ahora —le informó su mujer.

El recuerdo de su hija «comiendo» le provocó un rechazo inconsciente y se alejó del mueble un par de pasos. Ángela negó con la cabeza, defraudada por aquel gesto ingrato.

—¿No me has llamado? —le espetó ella—. Pues aquí me tienes.

—Ángela, yo... —titubeó un poco mientras regresaba a la posición inicial—. ¿Por qué no volvéis a casa? ¡Éramos tan felices juntos! A mí... ya no me importa lo que seas, te lo juro. Sólo quiero estar contigo —le confesó él tocando el espejo con una sensación punzante de soledad y hambre de sus abrazos.

—Por eso he venido, cielito —«¿Cielito?»—. Pero me temo que tienes que ser tú el que se una a nosotras, no al revés. Allí, en tu mundo, lo nuestro no funcionaría. ¿De verdad quieres estar conmigo otra vez? —formuló ella con los ojos tiernos y la voz dulce.

Su joven marido asintió convencido. Sí que quería. ¡Claro que quería! Ángela esbozó una nueva sonrisa de satisfacción, que a él se le antojó encantadora, sin percatarse de que su cutis comenzaba a cuartearse como el papel de fumar cuando está mojado, como una funda de plástico maltratada

bajo el granizo.

—Pues entra, amor. Tienes que ser tú quien entre. Entra aquí conmigo y estaremos juntos para siempre... —prometió la mujer.

David se despidió mentalmente de la casa, de su diario, incluso de los amigos que lo dejaron de lado, y del mundo que conocía, e introdujo la mano derecha hacia ella, impaciente por tocarla, besarla y abrazarla. Entonces fue Ángela quien retrocedió para hacerle sitio.

—¡Te he echado tanto de m...! —repitió él al borde del llanto mientras atravesaba el cristal con la otra mano y parte de la cabeza, pero calló súbitamente en cuanto sus ojos detectaron que la cara de su esposa se arrugaba como una fruta pocha y, en su lugar, aparecía...—. ¡La niña borrón! ¡Eres la niña borrón!

El ser del otro lado lanzó una carcajada abominable y siniestra. A continuación, alargó los brazos hacia el chico, cuyo cuerpo estaba a medio camino entre ambos mundos, y tiró fuertemente de él con sus poderosas garras. David profirió un alarido de pánico al notar las zarpas desgarrándolo, abriéndose paso entre la carne de sus brazos. El cuerpo de la que había creído Ángela se abrió como una flor y cayó al suelo cual chubasquero olvidado para mostrar, por fin, la verdadera apariencia de la criatura.

—Hola, sobrino —rio Sonia.

David, con el corazón desbocado, trató de girarse en busca de la cercana salida, pero las crueles manos de la niña muerta lo paralizaron.

—¿Por qué? —gimió él después de observar cómo la boca del pequeño engendro calvo adquiría dimensiones estratosféricas y los dientes le crecían como en un truco de magia.

—Porque puedo, porque ahora yo soy la Muerte.

David luchó en su mente por alejarse de ella, pero su cuerpo permaneció inmóvil, congelado ante el frío contacto de las pequeñas manos de hielo y sus risas gélidas. Tiritó una vez más ante aquellos ojos azules, tan idénticos a los suyos, y, con la imagen de su madre en la cabeza, abrió la boca para emitir un último quejido que jamás llegó a rozar el aire, pues se ahogó en el interior de la niña.

Sonia se limpió las comisuras de los labios y se dio media vuelta con una mueca triunfal. Ángela no tardaría demasiado.

—El final está cerca. Jaque mate, Maestra, jaque mate.

Ángela, que se encontraba de caza con la pequeña, soltó, llena de desconcierto y dolor, a la presa que estaban devorando a medias y aulló:

—¡No, David no! ¡Me las pagarás, Sonia! ¡Me las pagarás!

El enfrentamiento

Incluso la oscuridad se replegó sobre sí misma, buscando un lugar seguro donde guarecerse, cuando resonó el taconeo airado de Ángela en la cueva. Sonia la aguardaba dentro, sentada en una pose relajada y simpática. Llamadas de ardiente fuego la acompañaban en su avance frenético para luego trepar por las paredes y el techo, anunciando una hecatombe. La cueva ardía y Ángela, también. Sonia se mantuvo tranquila y sonriente, palpándose satisfecha la barriga por el banquete reciente, incluso después de encontrarse cara a cara con ella.

—¿Qué has hecho, bastarda piojosa? —vociferó la mujer.

—Quitarte lo que más querías, ni más ni menos. Como me hiciste tú a mí —respondió Sonia con una serenidad desconcertante mientras se levantaba del suelo y la señalaba con su pequeño dedo.

—¿Coooooómo? —repitió la Muerte.

—Pues eso. Tú me lo quitaste todo: la vida, a mi familia, los sentimientos humanos... Me los arrebataste y ahora te lo devuelvo yo a ti —replicó la niña con decisión—. Además, me ha dicho un pajarito que lo único que puede matar a la Muerte es el amor, así que estás muriéndote, aunque no lo sepas —rio entre dientes.

—¡Tú eres tonta! —le escupió la otra a la cara—. ¿Lo has escuchado en alguna canción o qué? Eso no funciona así, cacho estúpida. Pero lo único que importa ahora, zorrita desagradecida, es que tú sí vas a morir. Y, créeme, te va a doler muuuucho. ¿Cómo has podido llevarte a David, cómo? —gritó al aire con los ojos empañados.

El viento sollozó con ella convertido en acompañante musical. Las llamas ardieron con más intensidad y pronto la caverna se transformó en una enorme bola de fuego. Sonia observó las llamas prisioneras en las pupilas de Ángela e ignoró conscientemente las del entorno.

—¿Ah, que no te mueres si mato a tu amor? —preguntó la niña, forzando una mueca de desilusión—. Pues vaya, me he debido de equivocar —añadió con una sonrisa retadora mientras se encogía de hombros.

La ira de Ángela se multiplicaba a cada gesto y palabra de su protegida.

—¿Es que ya no me temes, piojo?

Y, con asombrosa rapidez, la agarró del cuello y la alzó en el aire hasta tenerla frente a frente, dispuesta a hacerle suplicar, gritar y llorar hasta la muerte, pero entonces los ojos de Ángela se dilataron de manera ostensible. Bajó la cabeza y captó una mancha de sangre en su vestido blanco.

—¿Qué...? —dijo ella temblando.

—¡Qué corazón tan bonito tienes, Ángela! —exclamó la chiquilla mostrándole un órgano palpitante y sanguinolento entre las manos—. ¡Creo que se te ha caído!

—¿Qué has hecho? ¿No ves que yo te he creado? ¿Que, si muero yo, tú también?

La niña, todavía izada en alto, rompió en risitas alegres y despreocupadas.

—Te has humanizado tanto que te has vuelto idiota, «Maestra». ¿Qué somos ahora, vampiros? No... —negó con la cabeza y un gesto de burla asomado a sus labios—. Te equivocas. Si yo muero, tú vives. Si tú mueres, yo vivo. Siempre fue así, pero lo has olvidado.

La mujer bajó a la niña al suelo y se palpó con perplejidad el doloroso agujero del pecho.

—¿Cómo vas a matarme si yo soy la Muerte? —preguntó ella, cada vez más confusa y débil.

Sonia volvió a reír; sin embargo, en aquella ocasión no había alegría en sus carcajadas; únicamente oscuridad, hambre de venganza, dolor y muerte. Se acercó grosera e insolentemente a Ángela, y le espetó con todo el odio que había reunido en esos años:

—¡Imbécil! Estás dentro de un cuerpo humano; ergo, mortal. Si tu envase muere, tú mueres con él, y no conozco casos de humanos que vivan sin esta cosita —subrayó malévolamente sin dejar de acariciar el corazón recién extraído—. Ohhh, pero míralo, ¡ya está enfriándose y dejando de latir! ¡Qué penita!

Ángela se dobló de dolor y cayó al suelo, lívida.

—¿Alguna palabra que quieras decir a modo de despedida? —se burló la mocosa desde arriba.

La mujer moribunda silabeó algo.

—¿Qué? ¿Qué dices?

Tras un par de intentos fracasados, Sonia se aproximó con confianza

ante el inminente cadáver de su ejecutora con la intención de escuchar sus últimas palabras.

—¿Sí? —preguntó apoyando la oreja en su cara.

—Has olvidado algo, ratita... —enunció Ángela—. Sigo siendo inmortal.

Y, antes de que los ojos y la boca de la niña se agrandaran a causa del miedo y la sorpresa, la boca de Ángela se cerró sobre su garganta y la desgarró en una herida letal. Acto seguido, un humo espeso y negro escapó del cuerpo inerte de la mujer conocida como Ángela Peralta, y voló lejos de allí, dejando a Sonia malherida.

Una gran nube de humo, de aspecto tóxico y preocupante, se divisó aquella tarde en el cielo de una pequeña localidad madrileña llamada Ciempozuelos, que proporcionaría a los lugareños tantas y tantas horas de conversación.

Tras la ventana de un hogar del lugar, una bebecita dormitaba arropada en su cunita mientras la madre le preparaba el baño. El humo negro se filtró a través de las rendijas del marco e invadió el dormitorio con total impunidad. Atravesó el dormitorio, reptó por las paredes, descansó sobre el techo, dio un par de vueltas indecisas y, finalmente, se introdujo por las fosas nasales de la pequeña recién nacida, quien abrió los ojos de inmediato.

Éstos eran de un bonito tono marrón, hechos de otoños y de castañas asadas al fuego. Brillaron un instante, mutando a un azul tan transparente que casi parecieron blancos, para recuperar de nuevo su tonalidad. La pequeña tosió y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Si yo vivo, tú mueres. Si tú mueres, yo vivo —pronunció en voz baja la criatura al tiempo que una pequeña niña calva olvidada exhalaba su último aliento.

Epílogo

Vladivostok (Rusia), viernes 5 de enero, 2018

La mujer de negro avivó las llamas de la chimenea de leña y extendió sus manos heladas para calentarse al calor del fuego. Hacía un frío de mil demonios, aunque ahora tenía siempre frío, siempre; por mucho que se abrigara, por mucha ropa que llevase, el frío siempre iba con ella, dentro de ella. ¿Podría ser de otro modo cuando la muerte le había arrebatado a sus hijos y luego a su marido? No, no volvería a sentir calor en lo que le quedase de vida. Se arrebujó en su chal y fijó la mirada en el fuego.

El sonido de unos nudillos devolvió a la mujer a la realidad. Pensó en ignorarlos. El mundo se podía ir a la mierda, se dijo para sí misma, pero los nudillos golpearon con insistencia y firmeza. Se alejó de la chimenea farfullando alguna maldición y abrió la puerta dispuesta a expulsar a quien fuera de su hogar, pero fue el desconcierto quien vino a visitarla porque allí no había nadie. Asomó la cabeza al frío exterior del bosque para cerciorarse de que no había nadie en efecto y, cuando estaba a punto de regresar al interior de la casa y cerrar la puerta, reparó en un canastillo apoyado en la alfombra sobre el porche.

—¿Qué demonios? —se escuchó decir, incrédula.

Se agachó para verla de cerca, boquiabierta. Se trataba de un bebé precioso que la miraba con los ojos tan abiertos como los suyos. El corazón palpitó en su pecho y sintió una pequeña llamita de calor.

—¡Tienes los mismos ojos de Alek, mi difunto marido! ¡Por todos los dioses! —exclamó embargada por un montón de emociones e ideas confusas.

La niña gorjeó al escuchar aquel nombre y extendió sus diminutas manos hacia la viuda. Ésta se encogió de hombros y la apretó contra su pecho.

—¿Por qué no? Si éste es el destino que se me ha escrito, que así sea. Serás mi hija... Morana —afirmó mientras leía el nombre grabado en la mantita en la que estaba envuelta—. Morana... —repitió.

Y entró de nuevo en la casa con su nueva hija, una sonrisa que creía haber perdido y el calor llenando su pecho.

Fin

(Dale la vuelta a la página, que tengo más cositas que contarte ??)

¿Te ha gustado la novela? ¡Pues espera, no te vayas aún! Tengo cosas que contarte... Ven, ven...

¿A que jamás te han pedido que dejes “opi” en Amazon? ¿Puedo ser la prime, puedo, puedo? Pues eso... ¡Comparte con el mundo mundial tu opinión sobre la novela! Me ayudarás, mucho más de lo que piensas, si compartes tus sensaciones y opiniones al leerme. Sea en Amazon, en Goodreads, o en tus redes sociales o incluso en el tablón de anuncios del Mercadona.

Por cada opinión que dejéis, alguien, en algún lugar del mundo, adoptará un gatito. Si con eso no os animáis ya, yo no sé...

Va... ¿Me ayudas a que más gente se anime a leerme y a conocerme?

Y si, a estas alturas, te has enamorado irremediablemente de mi pluma, mi deber es ayudarte a que encuentres mi obra fácilmente, jijiji. Así que ahí va:

LA CONDESA MUERTA **(thriller sobrenatural)**

Sinopsis:

Una mujer de época casada con un conde sanguinario. Un extraño asesinato en un hotel de Nápoles, que dará comienzo a una espiral de misteriosos asesinatos. Dos tramas, aparentemente inconexas, que se revelarán como una sola.

Misterio, sorpresa y ficción sobrenatural se unirán en esta trepidante novela negra que te cautivará.

Apuntes de la autora: Esta novela es un homenaje a clásicos como Poe, Christie, Lovecraft y muchos otros. Una novela negra fusionada con lo gótico y sobrenatural, salpicada de humor y guiños a la actualidad. Crimen, misterio y horror se mezclan aquí en una historia que te mantendrá constantemente en vilo.

Enlace para hacerte con ella: rx.me/47TF4O

SAGA SERES MALDITOS

(novela gótica)

Actualmente, están publicadas las tres primeras entregas. Y, para cuando estés leyendo esto, la cuarta estará ya en proceso, o incluso terminada. Pero, aviso: serán un total de 5 o 6 entregas. ¡Más diversión!, ¿no? ¡Bieeeeeen!

Sinopsis:

Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor. Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.

Seres malditos. El origen (Libro 1): rxe.me/VG4Z26

Seres malditos. La conversión (Libro 2): rxe.me/VFWF1K

Seres malditos. Metamorfosis (Libro 3): rxe.me/4TB2PQ

Y si quieres los tres primeros libros en un único volumen y a un precio espectacular, hazte con ellos aquí: rxe.me/YCX611

SEGUNDAS OPORTUNIDADES

(Colección Elige tu destino. Serie «Eros», nº 1)

¿Alguna vez has pensado cómo habría sido tu vida de haber

cambiado una sola de tus decisiones? ¿Qué habría sucedido si ese día hubieras hecho aquello otro? ¿Dónde estarías ahora? ¿Con quién? ¿Serías más feliz? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo y de vivir, varias veces, múltiples vidas según tus elecciones.

Ven, toma mi mano y adéntrate en esta novela, TU NOVELA, pues lo que ocurra dentro de ella (y el final) dependen exclusivamente de ti.

Un extracto del prólogo:

Bienvenido a Elige tu destino, una colección de novelas independientes donde tú eres el protagonista absoluto. Tu destino, tu futuro, dependerán exclusivamente de ti y de las decisiones que tomes a lo largo de la lectura. Eso sí, piénsalo bien, ya que no podrás volverte atrás; como en la propia vida, cada decisión que escojas te llevará a uno u otro final. ¡Y deberás elegir varias veces a lo largo de la lectura!

La colección se escinde en dos series: «Eros», con argumentos que versan sobre las preocupaciones y relaciones sociales: el amor, la amistad, los sentimientos y el erotismo (entre otras); y la serie «Thanatos», de tono más oscuro, que mezclará en ocasiones los elementos de la primera con misterios que resolver, muertes y asesinatos.

Link: rxe.me/CRZ2J7

Manual práctico de comunicación escrita

Este libro es una pista de despegue para las personas que deseen mejorar su redacción, ya sea porque así lo requiere su trabajo, por sus estudios (administrativos, universitarios, opositores...) o porque quieren aprender a desenvolverse en el ámbito de la escritura.

Aporta las nociones gramaticales y estilísticas necesarias para que el usuario adquiriera una sólida base formal que le permita enfrentarse con seguridad a la escritura de cualquier tipo de texto.

Los objetivos de este libro son:

- . Elaborar un mensaje escrito correcto, claro y conciso en función del receptor.
- Redactar mails, cartas e informes con rapidez y eficacia.
- Organizar los escritos con un estilo personal y persuasivo, y atractiva presentación.
- Elegir la estructura y el estilo apropiados a cada escrito.
- Reforzar la habilidad de construir frases claras con palabras apropiadas.
- Conocer las incorrecciones de moda, para evitarlas.
- Detectar los giros y frases anticuados, para renovarlos.

Enlace de compra: rx.me/2AIGC4

Futuros proyectos:

Si todo va bien, en abril de 2018 saldrá la cuarta entrega de la saga, que llevará por título: *Seres malditos. Venganza (Libro 4)*.

Mis proyectos para el próximo año 2018 y 2019 son: escribir *Seres malditos 5* (sin título por ahora), una colección de relatos de miedo, dos nuevas entregas de la colección *Elige tu destino* (una de la serie Eros y otra de la serie Thanatos), y *Seres malditos 6* (que será, posiblemente, el final de la saga).

Sobre la autora

Eba Martín Muñoz nació en Barakaldo (Vizcaya), aunque en la actualidad reside en Ciempozuelos (Madrid). Licenciada en Filología Hispánica, ha trabajado como profesora de Español para extranjeros dentro y fuera de España, como profesora de Italiano e Inglés para empresas, y como diseñadora de cursos, aunque los diez últimos años de docencia los ha trabajado como profesora de Lengua y Literatura castellana, Inglés y Latín en Secundaria y Bachillerato, compaginándolo con la creación literaria y la corrección de textos.

Tras su éxito en las dos últimas facetas, la autora decidió dejar las aulas hace un año y dedicarse a tiempo completo a la corrección profesional de novelas y a la creación de las suyas.

Para contactar con la autora, pedirle un libro dedicado a casa o seguir su avance en sus novelas, puedes hacerlo a través de su twitter: @ebamiren o entrar en sus páginas <https://www.facebook.com/EbaMartinMunoz/> y <https://www.facebook.com/Seresmalditos/>

[1] En euskera, pequeño.

[2] Abuela en euskera (también se dice “amona”).

[3] Papá, o padre, en euskera.

[4] En el País Vasco, es el vasco de plástico de un litro que, por antonomasia, llevan los jóvenes cuando salen de fiesta. Suele estar lleno de cerveza o kalimotxo (mezcla de vino y coca cola), aunque también puede contener cualquier otro combinado alcohólico.

[5] De salida nocturna. Literalmente, es un término en euskera que significa «pasar la noche fuera (de casa)».

[6] En euskera, significa «el último» (o «la última»).

[7] Saludo típico entre la juventud del País Vasco y algunas zonas del norte de España.

[8] En inglés, desaparecido/a.

[9] Olentzero, Olentzaro u Olantzaro es un personaje navarro de la tradición navideña [vasca](#). Se trata de un carbonero mitológico que trae los regalos el día de Navidad en los hogares del área geográfica y cultural denominada Euskal Herria, conformada por el País Vasco, Navarra y el País Vasco francés (región histórica de Francia). Su origen está en la zona de Lesaca (Navarra, España).

[10] Este nombre ruso significa «Protector de la humanidad».

[11] Según este mito griego, Orfeo va a rescatar a su amada Eurídice al reino de Hades (el

mundo de los muertos) después de que ésta muriera a causa de la picadura de una serpiente. Gracias a su portentosa habilidad musical, ablanda el corazón de los dioses del Inframundo (Hades y Perséfone, que serían los equivalentes de Morana y Yarilo), y le permiten regresar con ella al mundo de los vivos con la condición de que ésta vaya detrás de él en la ascensión y de que no la mire hasta estar en la superficie, bañados ambos por el sol. Y, así, inician una travesía llena de peligros hasta que llegan al exterior. Entonces, Orfeo, desesperado por comprobar que ella está bien, gira la cabeza para verla cuando Eurídice aún tenía un pie en el camino del inframundo, y su amor se desvanece en el aire para siempre.

[\[12\]](#) Abuelos en la versión castellanizada del euskera. También “aitites” o “aitonas”.